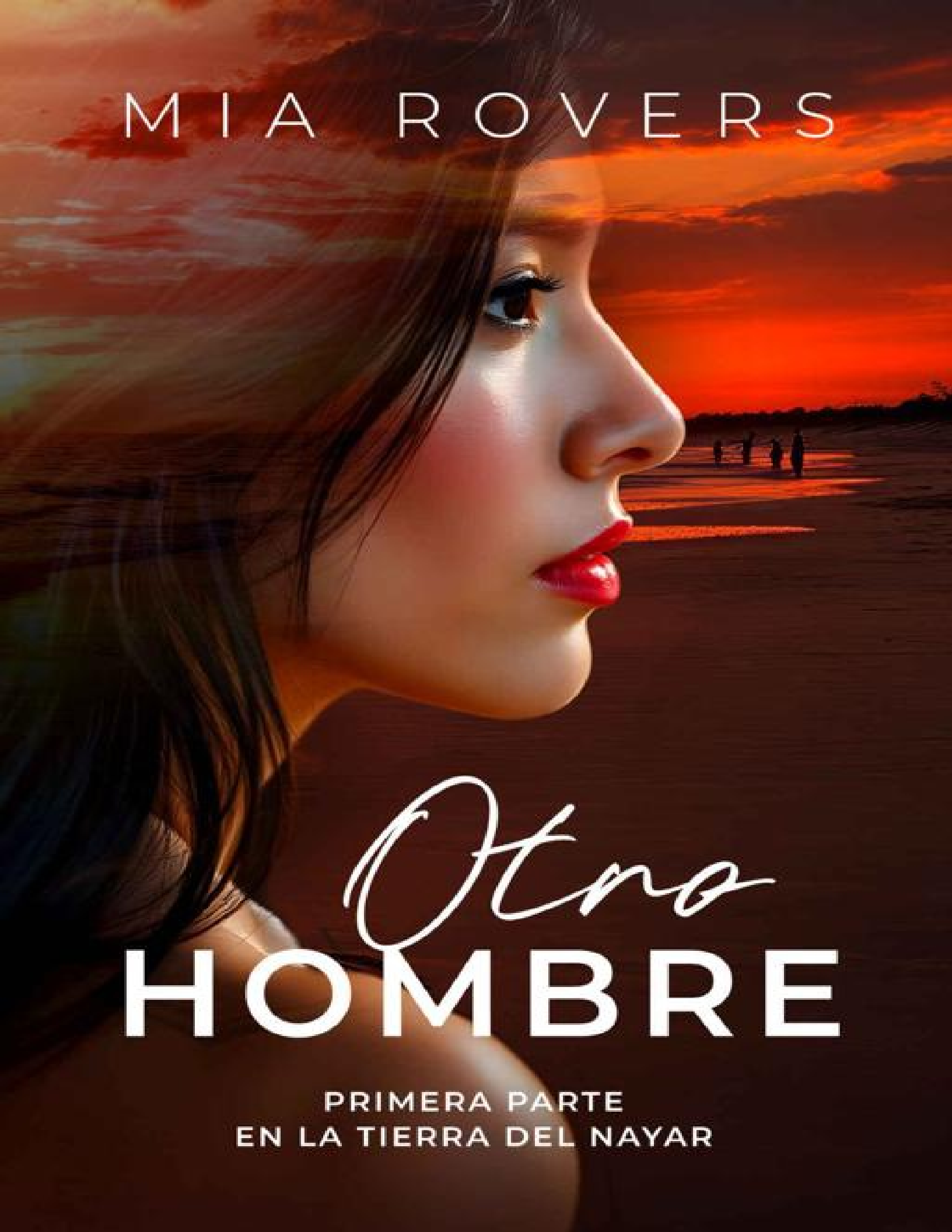


A woman with long dark hair and red lipstick is shown in profile, looking towards the right. The background is a dramatic sunset with orange and red clouds. In the distance, a few silhouetted figures are standing on a beach.

MIA ROVERS

Otro
HOMBRE

PRIMERA PARTE
EN LA TIERRA DEL NAYAR

Otro **HOMBRE**

PRIMERA PARTE

En la tierra del Nayar

MIA ROVERS

OTRO HOMBRE. PRIMERA PARTE. En la tierra del Nayar - Mia Rovers

© 2024, Mia Rovers
miarovers.autora@gmail.com

Primera edición: 2024

Corrección ortotipográfica: Adoración Pérez Ferrer

Diseño de portada: Sara García

Maquetación editorial: Georgia Delena

www.maquetacionlibros.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico o de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del autor.



*Gracias por su confianza: le deseo una feliz singladura por este océano de emociones
rompientes, que vibre con el latido del viento y goce con cada ola, que se llene de magia, cree
mundos y se enamore.*

Índice

Portada

Título

Créditos

Agradecimientos

Introducción

1. Cuestión de estrategia

2. Desencuentro

3. Cosa de dos

4. Confidencias

5. Emociones contrapuestas

6. Julia

7. El perdón

8. Encargo inusitado

9. El hombre de mi vida

10. Celos

11. Sin error de apreciación

12. En boca de todos

13. Sin previo aviso

14. La caja de los truenos

15. Favor por favor

16. Contratiempo

17. Rosas rojas

18. Vorágine

19. Resignación

20. En familia

21. Comadreo

22. Algo mío

23. Soledad

24. La ofensa

25. El final



Introducción

No cabía llamarse a engaño, la actitud de Marissa Montesinos era inequívoca: llevaba tres días en San Mauricio y aún no había salido de la Casa Grande. Aquella situación, sin embargo, tenía poco de sorpresiva; de hecho, todo seguía igual que en Miami y, a tenor de las primeras impresiones, nada inducía a pensar que aquel estado de cosas fuese a mudar.

Desgraciadamente, en los últimos tiempos, el temperamento de la joven ejercía sin otorgar concesiones: aquí y allá, voluntades e iniciativas topaban con una determinación inquebrantable, nadie hasta la fecha había logrado doblegar su tozudez, una tozudez nacida de la mortificación y la impotencia; le era imposible actuar de otro modo, se había erigido en juez y verdugo, y no hacía más que lo que se sentía llamada a hacer.

Víctima expiatoria de sus propios juicios, el caso es que Marissa se había autoexcluido del mundo y estaba dispuesta a perseverar en su aislamiento a como diera lugar. Y nada más ajustado al propósito que una casona solitaria en un pueblo remoto de un país extraño.



Cuestión de estrategia

—¡Gusto en conocerte, Marissa!
—El gusto es mío, padre.

Era un decir. Relacionarse estaba lejos de la idea que la joven perseguía y el cura párroco no tenía por qué ser la excepción, pero no tenía corazón para desairar a su abuela; según sus propias palabras: «el padre Anselmo se había acercado a la casona por un asunto y, antes de irse, deseaba cumplimentarla presentando sus respetos».

—Confío en que tu estancia en San Mauricio sea placentera y te sientas cómoda entre nosotros —expresó el sacerdote, afable—. Si tal es el caso, no me sorprenderá; la amabilidad de mis feligreses es digna de elogio. En cuanto a mi humilde persona, estoy a tu disposición para cualquier cosa que necesites.

—Se lo agradezco, padre.

Si bien el ánimo de Marissa estaba desaparecido, su buena educación permanecía intacta.

—El agradecido soy yo por permitirme disfrutar de tu compañía —enfaticó, risueño—. Aun así, no quiero importunarte por más tiempo. Ya conversaremos esta tarde, después de la misa.

—¿La misa?! —titubeó ella, desconcertada.

—La misa recordatorio por el alma de tu abuelo —aclaró el cura párroco, fingiendo extrañeza.

—Perdón, no lo sabía —se excusó un tanto azorada.

—¡Pero cómo! —exclamó el susodicho, muy en su papel.

—Mi nieta no estaba enterada, padre —intervino doña Adela, resuelta—; es más, no pensaba decírselo.

—Lo siento, pero no acierto a comprender —replicó el sacerdote, aparentemente perplejo.

—¿Y por qué no pensabas decírmelo? —interpeló Marissa, confundida.

—Como sé que no te apetece salir, no quería que te sintieras obligada a acompañarme.

La joven mostró incertidumbre; así y todo, reaccionó según lo esperado.

—¡Por favor, abuela! Es la misa del abuelo. Asistiré con mucho gusto.

Los conjurados intercambiaron miradas cómplices.

—Le pido disculpas, padre. Sólo pretendía evitar una situación molesta.

—No se preocupe, doña Adela, puedo entenderlo.
¡Cómo no!

El caso es que la respetable señora, viuda de Montesinos, tenía sus propios intereses, y no estaba dispuesta a ceder en su propósito hasta haber agotado todas las posibilidades. Sabía de antemano que su nieta no iba a colaborar en la iniciativa; aun así, creía firmemente que la actitud que abrazaba la joven no podía eternizarse. Esta confianza la salvaguardaba de caer en el desánimo y, si bien su preocupación era ostensible, prefería refugiarse en la esperanza. Lo cierto es que, no obstante haberse implicado desde un primer momento, el hecho de que en México la benjamina de la familia estuviese bajo su responsabilidad, le procuraba un plus de motivación. Por tanto, aunque cambiasen las formas y el lugar, el objetivo con respecto a Marissa seguía siendo el mismo y perseguía un único fin: socavar su resistencia.

No es de extrañar, entonces, que el pretendido aislamiento de la joven resultase fallido; ya que si bien su negativa a salir suponía un hándicap, la encomienda de las personas que transitaban la Casa Grande lo hacía posible: cuando no eran las idas y venidas de Clara Velarde —la cocinera— con los más variados pretextos, era doña Adela con las impresiones de su paseo matutino y, cuando no, Antonia y Carmina —las domésticas—, que entre barrido y fregado mariposeaban a placer, dejando caer comentarios y anécdotas. Isaías Piñero —hombre de confianza, encargado de la organización y administración de la casa— también participaba escudándose en el mantenimiento y puesta a punto de las instalaciones. Esta dinámica, perfectamente orquestada, perseguía dos cosas: que la huésped estuviese sola el menor tiempo posible y que, poco a poco se familiarizara con su nuevo entorno. Y aunque Marissa no mostraba interés por ningún tema, no podía evitar oír lo que hablaban; así que, sin pretenderlo, tomaba conciencia de una cotidianidad muy diferente a las conocidas. Porque, si cotidiano es característica de lo habitual, en Marissa Montesinos confluían tres realidades: la recién iniciada y dos pretéritas; una, administrada durante veinticinco años; la otra, sobrevenida siete meses atrás:

Pasado: península de Florida, septiembre de 2005.

—¡Si a falta de treinta días te puede el nerviosismo, me pregunto qué será de ti la última semana!

—Andaré histérica.

—¡¿Más?! Imposible.

Julia Collins rio, abiertamente.

—Estoy inaguantable, ¿verdad?

—¡Sí! —respondió Marissa, exagerando el tono.

—Jamás pensé que acusaría los preparativos con tanta intensidad. ¡Es más!, siempre dije que

no pasaría por esto.

—Sin duda, el señor Seaborg resultó muy persuasivo.

—¡Estoy loca por él! —enfaticó, vehemente—. Alfred ha roto mis esquemas y a su lado he experimentado sensaciones que me hacen sentir plena.

La vehemencia de Julia no era novedosa, Marissa conocía sus sentimientos: eran amigas y confidentes; con todo, no podía evitar que el ímpetu de aquel afecto perturbase su ánimo hasta el punto de poner en entredicho sus propias emociones.

—Te envidio —admitió.

No hubo réplica, bastó con la mejor de las sonrisas.

A continuación, se impuso el silencio; la conducción requería los cinco sentidos y la tarde no era propicia, llevaba varias horas lloviendo con insistencia y el temporal arreciaba.

Circulaban por la SR 60 en dirección a Lakeland, en el condado de Polk. Acudían al Congreso Internacional de Educación y Aprendizaje que se iniciaba al día siguiente. Ambas asistían en calidad de profesoras del Miami Prime College.

Viajaban sin prisa; habían salido de casa con tiempo suficiente y, a pesar de la meteorología adversa, esperaban llegar a su destino antes del anochecer; posibilidad altamente probable, puesto que se encontraban a tan sólo treinta kilómetros del final de trayecto y la circulación, aunque intensa, era fluida.

En todo caso, aquel no era un viaje a lo desconocido; habían transitado la ruta muchas veces, las dos eran viajeras empedernidas y, aun sin ser intrépidas aventureras, se vanagloriaban de conocer los parajes más insólitos de la península de Florida.

Aquella jornada, sin embargo, el manto de lluvia solapaba el paisaje y las gotas que empañaban los cristales desdibujaban las formas.

A Julia parecía no importarle, su atención abarcaba más allá de los tonos grisáceos y la visibilidad reducida. Había reabierto el catálogo de arreglos florales para boda que tenía entre las manos y se disponía a reanudar la búsqueda: la fecha de su casamiento se echaba encima y aún faltaba por ultimar detalles.

Acción estéril la suya: la fatalidad no atiende a razones y aquella tarde la tragedia acechaba.

—¡Dios mío! —era la exclamación que precedía al vértigo, el rostro de Marissa se descompuso en una mueca de espanto.

Todo ocurrió muy rápido y Julia apenas pudo reaccionar.

A la mañana siguiente, la crónica de sucesos informaba del siniestro:

«Un muerto y tres heridos en la State Road 60»

Según la patrulla de carreteras de Florida:

«El accidente se produjo cuando el Lincoln Town Car, que venía adelantando por el carril izquierdo, derrapó, desplazándose varios metros sobre dos ruedas hasta quedar volcado en mitad de la calzada. En un intento por esquivar el choque frontal, el conductor del Ford Escape XLT Sport, que circulaba por el carril central, viró de forma brusca, interceptando la trayectoria del semirremolque Talbert 55CC, que transitaba por el carril derecho. La colisión fue inevitable. De los dos ocupantes del SUV, el acompañante falleció en el acto; el conductor resultó gravemente herido, siendo trasladado al Lakeland Medical Center donde permanece en estado crítico. Asimismo, y con heridas de pronóstico reservado, ingresaron el automovilista y el chófer del camión implicados en el suceso; si bien, conforme ha notificado la oficina del *sheriff* del condado de Polk, no se teme por su vida».

La fatalidad impuso su ley: se cobró una vida y arruinó otra. Desde aquel día, la mente de Marissa no admitía razonamientos, cualquier reflexión cedía ante el sentimiento de culpa. Porque, aun reconociendo que en aquella adversidad las circunstancias constituían un factor determinante, ella se adjudicaba su cuota de responsabilidad individual; el quid de la cuestión radicaba en saber qué proporción le correspondía.

En cualquier caso, el tiempo transcurrido había resultado poco aclaratorio; el conflicto emocional persistía y los recursos psicológicos de la joven erraban en la ofuscación: era su penitencia y la sufría a conciencia; no en vano la obligación de reparar y satisfacer sus culpas era una máxima de su personalidad.

Urgía un cambio. Y aunque por sí solo el viaje a San Mauricio no resolvía el problema, al menos, introducía una variante con respecto al resto de tentativas. Al tratarse de un lugar al margen de las vivencias de Marissa, carecía de vínculos relacionados con la tristemente malograda Julia.

Presente: San Mauricio, abril 2006

—¿Ha leído la carta, doctor Nebrera? —preguntó doña Adela tras un cordial recibimiento.

—Por supuesto —afirmó el facultativo en tono cortés.

La respetable señora sonrió. No había dudado ni por un momento.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo, reconocida.

—No hay nada que agradecer. Como médico, mi deber es estar al servicio de los pacientes.

Ciertamente. Como profesional de la medicina era su obligación. No obstante, la confianza que transmitía el doctor Nebrera provenía de su demostrada valía. Tanto es así, que había voces que le situaban como director del futuro Centro de Especialidades Médicas. Con treinta y seis años y semejante reputación, la elección de doña Adela no podía ser más adecuada.

—Me imagino que, en su escrito, el doctor Hull le habrá notificado la relevancia del caso.

—En efecto. La exposición y las instrucciones son rigurosas y concisas.

Teniendo en cuenta que la paciente convalecía de un politraumatismo de extremidades, la comunicación entre las partes era indispensable y las indicaciones de obligado cumplimiento.

—Si bien la problemática actual de Marissa radica, principalmente, en el síndrome depresivo —prosiguió—, el tratamiento de las lesiones óseas es de por sí extremadamente complejo. En consecuencia, es necesario insistir con la rehabilitación de forma exigente y continuada; de lo contrario, podrían quedar secuelas limitantes.

En otras palabras, el riesgo vital distaba de ser comprometido, pero la eventualidad existía.

—Conocemos el diagnóstico y la estrategia a seguir —continuó—. Y aunque en estos meses el plan de acción no ha dado los resultados esperados, sigue siendo el único viable. Coincido plenamente con el criterio del doctor Hull.

—Lo celebro extraordinariamente —enfaticó doña Adela, animosa—. A pesar de la angustiosa situación, es un consuelo saber que mi nieta está bien atendida.

Lo estaba, ¿qué duda cabe! El doctor Hull, director del servicio de traumatología y cirugía ortopédica del Medical Orthopedics Center, era considerado una eminencia en el campo de la cirugía articular. En cuanto al doctor Nebrera, como médico internista acreditaba un currículum suficientemente excelso para erigirse en el colaborador idóneo.

En suma, en lo tocante a atención médica, Marissa Montesinos estaba en manos expertas y altamente cualificadas; conque bastaba que pusiera de su parte.

Pero nada más lejos de la realidad; la voluntad de la joven se revelaba clara, resuelta y granítica. Ni siquiera el riesgo de quedar en silla de ruedas, de por vida, espoleaba su ánimo. Después de todo, la invalidez era el resultado de su actuación; por consiguiente, cabía considerarse elemento de castigo.

Con la llegada de la tarde, el escenario cambió. La iglesia parroquial, una edificación desnuda de siglos de historia, pero de configuración estética apreciable, se ubicaba frente al jardín de la plaza municipal, a escasos cincuenta metros de la avenida Insurgentes, eje axial de San Mauricio, desde donde partían todos los caminos: tanto los provistos de callejuelas empedradas y fachadas coloridas que confluían en la playa, como los que, circundados de tupido bosque tropical, se adentraban en la jungla.

Durante el recorrido, Marissa advirtió que el conjunto era en todo armonioso y la esencia marinera aún no había sido contrariada por un gusto inoportuno o la especulación desenfadada; donde quiera que sus ojos se posaran, hallaba nuevas razones que afianzaban su buena impresión.

Isaías detuvo el coche a poca distancia del portal de baldosas de cantera que, junto a un banco

de piedra y variopintos parterres de dalias en flor, enmarcaban la entrada; las campanas, en breve, anunciarían las cinco de la tarde, por lo que, sin dilación y con la solicitud y presteza que le eran características, tras asistir a doña Adela, hizo lo propio con Marissa. Afortunadamente, el acomodo de la joven no significaba mayor problema, la silla de ruedas plegable que utilizaba cabía en el maletero y era de fácil ensamblaje. Así que, una vez agotado el tiempo obligado, los tres convocados se dirigieron hacia la iglesia.

Al cruzar el umbral, doña Adela experimentó una agradable sorpresa: el llamamiento del padre Anselmo había sido generosamente atendido. Ninguno de los allí congregados sabía el motivo por el cual la misa en recuerdo de don Lorenzo se celebraba aquel día a horas intempestivas; sin embargo, todas las familias del pueblo estaban representadas. Ante tamaña muestra de afecto, la respetable señora, viuda de Montesinos, no pudo por menos que sentirse emocionada y profundamente agradecida.

Su nieta tampoco fue insensible al hecho. Si bien Marissa desconocía los pormenores y el alto grado de improvisación del evento, era evidencia innegable que aquellas personas estaban reunidas para honrar la memoria de su abuelo.

El padre Anselmo no tardó en personarse. Saltándose lo establecido —algo habitual en él—, fue donde Marissa y doña Adela y las saludó, deferente. Seguidamente, se encaminó al púlpito y, en un respetuoso gesto, agradeció la asistencia a los presentes en nombre de la familia Montesinos, iniciando la celebración de la misa.

Sobra decir que el comportamiento de la joven fue seguido con especial interés. A decir verdad, en San Mauricio, aquellos días no se hablaba de otra cosa y la expectación iba *in crescendo*. No obstante, pese a que desde un principio, Marissa se supo el blanco de todas las miradas, el hecho en sí no le generó excesivo malestar; después de todo, era entendible que aquellas personas sintieran curiosidad; al fin y al cabo, era la recién llegada al pueblo.

Aquella actitud de tolerancia y entendimiento se mantuvo durante el resto de la tarde, ya que, nada más concluir el oficio religioso, fueron muchos los que, al ir a ofrecer sus respetos a doña Adela, tuvieron la satisfacción de que Marissa Montesinos les fuese presentada. Y aunque el intercambio de saludos se dio en términos estrictamente protocolarios, la brevedad del momento no imposibilitó que la joven les obsequiase con un trato amable y considerado.

Flora Acosta fue una de las personas que se acercó a saludar.

—Flora y yo somos viejas conocidas —destacó doña Adela a modo de presentación—. Su esposo era el coordinador de capturas de Ahumados del Pacífico y mano derecha de tu abuelo. Ambos trabajaron, codo con codo, hasta que la empresa cerró.

Verdaderamente, el vínculo afectivo que mantenían ambas mujeres venía de lejos; y aunque sus mundos y edades no coincidían, la vida les había brindado la oportunidad de ahondar en la manera de ser de cada una, comprobando que tenían mucho en común.

—Congeniaron muy bien y eran de gustos afines —convino Flora con expresión amable—.

Compartían la misma pasión por la mar.

—La mar siempre fue nuestra rival —enfaticó doña Adela.

—Ciertamente. Tanto es así, que a Vicente me lo ganó.

El comentario no pasó inadvertido.

—¿Qué sucedió? —preguntó Marissa sin pensar.

Al momento acusó turbación.

—Le ruego me disculpe, mi petición probablemente le resulte inoportuna, no era mi intención causarle malestar.

—No te preocupes, hija —replicó Flora, condescendiente—. Hubo un tiempo para el dolor, pero ese tiempo pasó; mi voz no se entrecorta al hablar y en mis ojos no quedan lágrimas; el luto quedó reservado para el alma.

Marissa experimentó un sentimiento de respeto, el modo y las formas de su interlocutora favorecían la comunicación y la empatía.

—Hace siete años que mi esposo falleció —continuó Flora con valor de ánimo—. Se encontraba faenando, junto con mi yerno y otros dos compañeros. Hubo aviso de fuerte temporal, el caladero se encontraba a gran distancia de la costa y no lograron arribar a puerto. Los cuatro eran navegantes intrépidos, pero aquel día la mar enloqueció: olas negras brotaron de sus entrañas y la barcaza naufragó; ni siquiera pudimos recuperar sus cuerpos.

El semblante de Marissa mostró aflicción, aquel era un suceso francamente triste y conmovedor.

—La admiro, señora —dijo de todo corazón—. Yo sería incapaz de describir lo ocurrido sin flaquear.

—La entereza se adquiere con la edad —manifestó Flora, magnánima—. Tú eres muy joven todavía. Sin embargo, ocurra lo que ocurra, no permitas que el tiempo de la tristeza sobrepase el límite.

—¿Y cómo se reconoce el límite?

—Cuando ya no quedan lágrimas.

—¿Y cómo se desecan?

—Liberando el dolor y la angustia. Cada lloro, cada lamento, cada suspiro de desaliento nos acerca a la calma. De otro modo, el desasosiego nos gana y la tristeza se enquistas. El tiempo transcurre, a pesar de todo, y a nuestro alrededor hay gente que nos necesita, no podemos abandonarnos a la desesperación: hay que plantar cara a la vida.

Marissa se quedó pensativa, el lenguaje favorecía la introspección.

—Es preciso que me vaya, en mi casa deben estar extrañados por la tardanza —se excusó Flora en un tono cordial.

—Gracias por acompañarnos.

—Las gracias están de más, doña Adela, su esposo se ganó la estima de todos los que tuvimos la suerte de conocerlo.

No era sólo un decir, el recuerdo de don Lorenzo seguía ocupando un lugar preferente en el corazón de las gentes de San Mauricio.

—Ha sido un placer, Marissa.

—El placer ha sido mío, señora —replicó, gentil.

—Ten siempre presente que en la vida hay un tiempo para todo; lo hay para el dolor y la tristeza, también para la felicidad: no dejes de buscarla —reiteró Flora, afectuosa.

Marissa la siguió con la mirada, en su interior rompían las emociones; aquella persona le había aconsejado que buscara la felicidad, pero ella no la merecía.

La llegada del padre Anselmo reprimió las lágrimas.

—¡Ya podemos irnos! —expresó el cura párroco con una sonrisa exultante—. Hace una tarde espléndida para pasear.

—¿Qué recorrido sugiere, padre? —interrogó doña Adela, animosa.

—Llegar hasta el embarcadero, es tiempo de que Marissa conozca el rincón preferido de su abuelo.

—¡Excelente idea! —exclamó su compinche, complacida.

Marissa no dijo nada, ¿qué podía decir! No era una cría para improvisar excusas poco creíbles. Se resignó, pues, a pasar las inmediatas horas fuera de su madriguera, con el convencimiento de que al día siguiente todo volvería a la normalidad.



Desencuentro

El embarcadero se encontraba prácticamente desierto. Veinticuatro horas antes todo era ebullición y ajeteo. Aquella tarde, en cambio, la actividad pesquera era poco menos que inexistente; de hecho, la mayoría de pescadores iban de camino a casa.

Pancho Olmedo, un lobo de mar entrado en años, se topó con los últimos rezagados.

—¿Dónde vas tan tarde?! —interpeló Ricardo Ibáñez—. Los demás ya se han ido, sólo quedamos Miguel y yo.

—Vengo de misa.

Ricardo soltó una carcajada. Miguel Hernández se mostró igual de incrédulo.

—¡Sí, cómo no!

—Es la verdad —insistió Pancho con gesto serio.

—Entonces, doy por hecho que tu mujer te ha llevado a rastras —dictaminó Ricardo, socarrón.

—Otras veces no digo que no, pero en esta ocasión he ido por voluntad propia.

—¿Y eso? Nunca has sido muy devoto que digamos y, que sepamos, no había ningún entierro.

—Esta tarde se ha celebrado una misa de sufragio por el alma de don Lorenzo Montesinos. Con mi asistencia he querido rendir tributo a su memoria.

—No tenía noticias al respecto. Y me extraña que en casa no se haya comentado, mi madre suele estar al quite de los asuntos eclesiásticos.

—Lo mismo digo —intervino Miguel.

—Pues ellas también estaban, las he visto. En cuanto a saberlo, nadie lo sabía. A media mañana, el padre Anselmo ha convocado a varios feligreses, ellos han corrido la voz.

—Ajustes de programación por saturación de rezos —resolvió Ricardo con sorna.

—El caso es que la iglesia estaba muy concurrida e incluso doña Adela se ha hecho acompañar de su nieta.

—¿Cómo es?

—Francamente hermosa.

La vehemencia de Pancho no daba opción a la duda.

—¿Os han presentado?

—Hemos intercambiado saludos.

—¿Y qué tal?

—Marissa Montesinos me ha causado muy buena impresión. Y por los comentarios que he podido escuchar, mi sensación es compartida.

—Confiemos en que sea como dices y no resulte una pusilánime malcriada y consentida —concluyó Ricardo.

—Lo dudo. Además, en su situación, no está para menospreciar a nadie.

—En eso llevas razón —convino Miguel—. Aunque tengo entendido que rechaza cualquier ayuda.

—Así es —asintió Pancho—. Y en verdad es una lástima que una persona tan joven se abandone de ese modo.

El tema daba para mucho más, pero ni Miguel ni Ricardo deseaban profundizar en él, los comentarios vertidos obedecían a un interés meramente circunstancial; a fin de cuentas, Marissa Montesinos era una perfecta desconocida y entrar en juicios y valoraciones exigía sólidos fundamentos que ellos no tenían.

En el caso de Pancho era diferente; por muchos años había sido testigo del proceder del abuelo de Marissa y su inclinación provenía del reconocimiento hacia una determinada manera de conducirse. Dicho de otro modo, el interés en torno a la joven no era tanto por su persona como por ser nieta de quien era.

Aquel sentir bien podía extrapolarse al resto de habitantes de San Mauricio; no en vano, si algo compartían las gentes del lugar era la consideración a un apellido que, por más de treinta años, se erigió en buque insignia del bienestar y el progreso.

Lorenzo Montesinos, ingeniero agropecuario, hombre emprendedor y resuelto como pocos, tuvo conocimiento del pueblo al recabar información acerca de los enclaves pesqueros de la zona: tenía en mente construir una planta procesadora de pescados. De modo que, a tal fin y tras un periplo por distintos poblados marineros, arribó al lugar. La impresión que obtuvo del sitio no pudo ser más satisfactoria; tanto es así, que el encuentro entre las partes se inició a los pocos días. Felizmente, la opinión del Consistorio desde el primer momento fue propicia. Obtenida la aprobación, los trámites legales resultaron más ágiles de lo que acostumbran; por lo que, en breve tiempo, Ahumados del Pacífico pasó de propuesta a ilusionante realidad.

Los lugareños, conscientes del beneficio que la industria procuraría a la comunidad, se volcaron en el proyecto. No se equivocaron en sus predicciones: la pesquera activó la economía de la zona, contribuyendo al desarrollo y propulsando la creación de nuevas infraestructuras y equipamientos.

Lamentablemente, aquel período no tuvo continuidad. La razón no fue de índole económica ni

derivó de una mala gestión, se debió al cambio generacional.

Cuando don Lorenzo fundó la empresa, lo hizo con el convencimiento de que le sobreviviría: era un negocio concebido para pasar de padres a hijos. Pero aquel deseo, sin duda respetable, requería que fuese compartido. Y no fue así. Su único descendiente albergaba otras inquietudes y los intentos de persuasión resultaron infructuosos.

Eduardo Montesinos nunca mostró interés por el negocio familiar, al contrario, siempre buscó mantenerse al margen. Aquella actitud propició más de un enfrentamiento, y el paso del tiempo acentuó las diferencias. La mediación de Adela Ayala, en calidad de esposa y madre, fue decisiva para evitar la ruptura. Así y todo, la decepción manifiesta del uno y el *mea culpa* del otro condicionaron la relación.

Referir que Eduardo siempre obró con conocimiento de sus actos y de su repercusión; justamente, su conciencia le mantuvo un tiempo sumido en reflexiones contrapuestas: quería a su padre, lo admiraba, y le dolía en lo más hondo frustrar sus expectativas; pero, de otro modo, comprometía las suyas. Al final, se impusieron los deseos propios e, irremisiblemente, sobrevino la intranquilidad del alma; era el justo tributo a la decepción causada, la deuda moral asumida en su día y destinada a mortificarle hasta su último aliento.

Pero la situación creada en el seno de la familia Montesinos abarcaba mucho más: afectaba el porvenir de todo un pueblo. Porque, si bien el *modus vivendi* de los lugareños no resultaba mayormente alterado, la inquietud ante un futuro incierto, forzosamente, suscitaba incertidumbre y desamparo. Sin embargo, nada como la propia supervivencia para sacudirse los miedos. Había concluido un ciclo, ciertamente, pero aquellos hombres y mujeres eran, ante todo, hijos de la mar; en ellos no cabía el desaliento ni las lamentaciones, eran supervivientes de las fuerzas vivas de las aguas. Ahumados del Pacífico pertenecía al pasado, se imponía un golpe de timón y modificar el rumbo.

En lo tocante a Marissa Montesinos, mencionar que el relato de aquellos hechos no le había merecido especial atención. Al igual que ocurría con sus hermanos, la información relacionada con los acontecimientos o avatares del pueblo le resultaba ajena.

Aquella falta de interés no era gratuita, sus padres habían favorecido el desapego, puesto que en casa apenas se hablaba del tema y los comentarios, de darse, eran escuetos y desprovistos de atractivo. Al parecer, Elsa y Eduardo tenían sus propios intereses y no estaba en su ánimo fomentar expectativas; de manera que la indiferencia de la nueva generación de Montesinos era, hasta cierto punto, comprensible y más teniendo en cuenta el factor distancia.

La cosa es que, en su día, Eduardo Montesinos proyectó su futuro en base a sus inquietudes y éstas pasaban por cursar estudios de arquitectura en Estados Unidos. Si bien su permanencia en el país vecino se preveía temporal, las circunstancias determinaron que fuese definitiva; unas circunstancias con nombre propio: Elsa St. Clair. Ella, ciudadana estadounidense con residencia en Miami, pese a su ascendencia mexicana por línea materna, no estaba dispuesta a establecerse

en la tierra de sus ancestros. Sobra decir que, en aquel entonces, el presente de Eduardo era Elsa, por lo que su futuro estaba donde ella quisiera estar.

Aquella decisión no estuvo exenta de renunciaciones —toda elección comporta el sacrificio de algo—. Eduardo dejó atrás familia, amigos, patria... México quedó relegado a salvaguarda de los recuerdos de infancia y adolescencia; no fue fácil para él distanciarse de su mundo, pero el presente que había escogido le exigía un futuro con salvoconducto de otro país.

Ni que decir tiene que la determinación de Eduardo supuso el golpe de gracia a las mermadas esperanzas de don Lorenzo. Ya no cabía llamarse a engaño; los argumentos falaces y las eventualidades propicias se disipaban, nada podía remediar lo irremediable: la suerte de la pesquera estaba echada. Pero el futuro resulta de lo más impredecible y, de algún modo, el presente de los Montesinos retornaba a San Mauricio.

—¡Qué belleza! —exclamó Marissa, admirada.

El marco natural permitía el encomio; en aquel segmento de litoral la naturaleza había sido especialmente generosa y aunque desde la Casa Grande la perspectiva del lugar era espléndida, la cercanía no lo desmerecía en absoluto.

El semblante de doña Adela mostraba complacencia, el del padre Anselmo también, todo apuntaba a que las expectativas de aquel día se cumplirían; no aspiraban a mucho, pero dadas las circunstancias, cualquier avance, por pequeño que fuese, proporcionaba satisfacción. Por lo pronto, habían conseguido sacarla de la casona; confiaban en que el pintoresquismo del entorno fuese suficiente estímulo como para incitarla a volver.

—¡Hola, hijo! —saludó el padre Anselmo, afable—. Por lo que veo, ya habéis terminado.

—La pesca era escasa —respondió Miguel, amistoso.

—Después de las capturas de ayer, era previsible. ¡Os acabasteis el banco! —enfaticó el cura párroco, jovial.

—Verdaderamente. Así y todo, acordamos completar la semana.

—Miguel, te presento a mi nieta —intervino doña Adela, sonriente.

Un momento antes, Pancho y Ricardo hablaban de ella; ahora, la tenía frente a él. La casualidad había resuelto ponerla en su camino y, en esta ocasión, iba solo; sus compañeros habían tomado otra dirección.

La observó: los deslumbrantes ojos melados de la joven lo miraban con cautela. Pancho tenía razón: era francamente hermosa. La languidez de su rostro no desmerecía en nada sus delicadas facciones y su cabello negro proyectaba sobre su esbelta figura un aire sensual y misterioso, que ponía en entredicho su aparente fragilidad. Miguel dudó un instante, no por falta de seguridad en sí mismo —con treinta y cuatro años, la timidez había quedado atrás—; no obstante, ante desconocidos, su temperamento seguía mostrándose igual de sobrio y reservado.

—Un placer —dijo al fin, tendiendo su mano.

Marissa correspondió al gesto.

—Lo mismo digo.

—Aunque suene repetitivo, te deseo una agradable estancia en San Mauricio —añadió él, cortés.

—Los buenos deseos siempre son de agradecer —replicó ella, considerada.

La breve conversación que siguió duró lo bastante como para que el dictamen acerca de la personalidad del otro quedase bien definida.

Miguel celebró que las reticencias que albergaba Ricardo, a propósito de la joven, fuesen infundadas: no era ni arrogante ni engreída. Y lamentó su situación personal con la misma sinceridad con que deseaba su pronto restablecimiento.

La impresión que Marissa obtuvo de él fue, asimismo, acertada. Su manera de hablar, correcta y sin pretensiones, revelaba una mente sincera y racional. Y sus modales, libres de artificios, correspondían a un hombre maduro, si no en edad, sí en inteligencia.

El encuentro se produjo al final de la avenida Insurgentes. En el lugar, la extraordinaria vegetación multicolor de las fachadas de las construcciones cedía el protagonismo a exuberantes palmeras que, cual custodios de la playa, bordeaban el breve paseo empedrado que delimitaba la ancha franja de arena blanca. Unas pocas *palapas* diseminadas completaban el espacio, casi virgen, hasta la orilla del océano; casi, porque en aquel espectáculo visual, la acción del hombre también tenía su cuota de participación.

A escasos trescientos metros, perfectamente integrada en el marco natural, se avistaba la infraestructura más significativa de San Mauricio: el embarcadero. Costeada en su totalidad por don Lorenzo Montesinos, aquella plataforma de madera tratada, asentada sobre un sistema de pilotes, que la colocaban por encima del nivel del agua, constituía por sí sola un elemento estilístico relevante.

A modo de invitación para los que estaban en tierra firme, la pasarela peatonal iniciaba en el paseo empedrado y, tras un suave desnivel, franqueaba el paso del arenal hasta adentrarse en la mar.

Prestos a completar el itinerario, los tres paseantes habían rebasado la línea de la playa; el intermitente runruneo de las olas reventando en la orilla dominaba el espacio, creando una sensación de extensión que sobrepasaba la voluntad. En aquel punto, la plataforma se ensanchaba formando el muelle de amarre; un grupo de bancas, fijas y alineadas, ocupaban el espacio central mientras que, en los laterales, las barcazas, en su mayoría dedicadas a la pesca artesanal, dormitaban al vaivén de las ondas.

—¡La Revoltosa! —exclamó Marissa de manera impensada.

El nombre escrito en el casco la delataba.

—En efecto, esa es: ¡la alocada del muelle! —puntualizó el padre Anselmo, ocurrente.

Lo era, sin duda alguna, su fama se la había ganado a pulso. Marissa lo pudo comprobar la tarde anterior, al escuchar el atronador sonar de las sirenas. El estallido, acaudillado por la Revoltosa, anunciaba la obtención de buenas capturas, constituyendo el mayor reclamo para atraer público y compradores en busca de los frutos de la mar.

—¿Te sientes cansada, hija?

—Estoy bien, abuela, pero mejor continúen ustedes; los alcanzo al rato.

Era evidencia innegable que Marissa se sentía a gusto en aquel entorno y esta certeza resultaba de lo más alentadora. Así que, dispuestos a complacerla, doña Adela y el padre Anselmo reanudaron el paseo; la tarde se deslizaba hacia un ocaso radiante y aún quedaba tiempo para afianzar los estímulos. ¡Y nunca mejor dicho! Porque al poco de volver sobre sus pasos, los dos paseantes se vieron gratamente sorprendidos: Pancho Olmedo y Ricardo Ibáñez —este último portando un envase en la mano—, se dirigían hacia ellos.

—¡No esperábamos coincidir con nadie! —saludó el padre Anselmo, cordial.

—Justo ha ido, padre —respondió Pancho, receptivo.

—Mañana toca engrasar motores y he tenido que acercarme al surtidor a por una lata de aceite —aclaró Ricardo.

Era una reunión entre conocidos, los formalismos estaban de más.

—¿Cómo va todo, hijo? —preguntó doña Adela, afectuosa.

—Después de lo de ayer, no podemos quejarnos —dijo él, animado—. Por cierto, no la vi en el embarcadero.

—No vine. Me quedé acompañando a mi nieta. Intenté convencerla, pero no lo logré.

—Siendo así, tendré que reñir a esa joven por desconsiderada —enfaticó Ricardo, cambiando el gesto.

—Tú mismo. Está junto a la Revoltosa —indicó la respetable señora con expresión risueña.

Él miró en dirección a la barcaza. La silueta de Marissa parecía configurarse como un elemento del paisaje. Tras observarla durante unos instantes, volvió a hablar:

—Con su permiso.

—Concedido.

Sin digresión alguna, haciendo gala del desparpajo que le era innato, Ricardo se encaminó al encuentro de la joven.

Marissa permanecía inmóvil, su mirada puesta en el horizonte se recreaba con los colores del ocaso; de ahí que, aturdida por la calma, no advirtiese la presencia del extraño.

—Hermoso, ¿verdad?

Ella se sobresaltó, la voz masculina sonaba muy próxima; al momento, sus ojos se precipitaron

hacia el desconocido.

Ricardo, manteniendo la vista fija en la inmensidad del océano, prosiguió:

—Cuentan que, al atardecer, la mar y el sol se besan y, ante su pasión, el cielo se sonroja. Realidad o alegoría, celebro que el espectáculo no te sea indiferente.

Una situación desconcertante, desde luego; con todo, Marissa trató de sobreponerse.

—Es imposible abstraerse a tanta belleza —alegó.

—Ciertamente. Aunque insignificante en comparación con la tuya.

Sus miradas se engarzaron y un estímulo surgido de lo inexplicable electrizó su ser. Mas los electrodos de Ricardo partían con ventaja.

—Suponía que la belleza de las ninfas era cautivadora, pero ni en sueños acaricié la posibilidad de estar entre los cautivos.

Aquella era una actitud de acoso y derribo; así y todo, Marissa procuró hablar con la mayor compostura.

—Debería dar las gracias por el cumplido, pero siento que no me corresponde hacerlo: va dirigido a una ninfa y no lo soy. Ellas, aparte de melena rubia, no usan silla de ruedas.

—Tu réplica me infunde serias dudas —discrepó él—. Según tengo entendido, las ninfas marinas son fabulosas deidades con busto de mujer y cuerpo de pez; teniendo en cuenta que no estás en tu hábitat, es lógico que utilices silla de ruedas; tus flamantes piernas necesitan adaptarse al cambio y aprender a caminar —hablaba sin pestañear con los ojos clavados en ella—. En cuanto al color del pelo, es un detalle irrelevante; si acaso, esa peculiaridad te hace única.

El atrevimiento de Ricardo era desconcertante y sus recursos expresivos innegables; sin embargo, Marissa no estaba dispuesta a claudicar tan fácilmente.

—Tal vez lo sea, pero jamás lo sabrás.

—¡Jamás! —enfaticó él con solemnidad burlona—. Se me antoja mucho tiempo. Además, los retos me apasionan.

—Pues yo que tú, no perdería un segundo en averiguaciones; puede que al final resulte una mujer vulgar, condicionada por unas piernas que no se adaptaron.

—Es una posibilidad, pero eso no me detendrá. Todo objetivo comporta riesgos; llegado el momento, tendré que afrontarlos.

—¿Nunca te das por vencido? —interrogó ella con forzada calma.

—Nunca —respondió él con vehemencia—. ¿Y tú?

Marissa acusó incomodidad.

—Prefiero reservarme la respuesta.

—¿Por qué?

—No acostumbro a hablar de mí con desconocidos.

—Disculpa, no me he presentado. Mi nombre es Ricardo Ibáñez.

—¿El patrón de la Revoltosa?! —exclamó, sorprendida.

—El mismo.

Había oído hablar de él como inductor del estallido de sirenas y maestro de ceremonias del jolgorio posterior. Según Antonia y Carmina, el tal Ricardo presentaba diversas singularidades: era astuto, intrépido, tenaz, amiguero, juerguista, dicharachero..., además de reconocido seductor.

—Y tú eres Marissa Montesinos St. Clair, el sinvivir de doña Adela —explicitó él.

Ella se contrarió, la había cogido desprevenida.

—Tal parece que aparte de osado, eres insolente —replicó, molesta.

—Me limito a decir la verdad.

—Una verdad que desconoces.

—Conozco lo suficiente para saber que tu abuela está muy preocupada por ti, pero, por lo visto, aún no te has dado cuenta.

—¿Qué quieres decir? —interpeló, indignada.

—Digo que, a veces, es conveniente desatender el ombligo de uno para fijarse en lo que ocurre alrededor. Aunque es más cómodo andar de víctima, eso no requiere ningún esfuerzo.

La irritación de Marissa se hizo ostensible.

—¿¿Cómo osas hablarme así?! —clamó con el rostro congestionado—. ¿¿Piensas acaso que con tu arrogancia te basta y sobra?! —

Ricardo permaneció impasible en su mutismo, lo que sirvió para exasperarla más.

—¿Pues no! ¡Tú no eres nadie! A la sumo, un patán de pueblo con donaire de siete machos —espetó, incisiva.

El lenguaje agresivo no iba de acuerdo a su manera de ser, pero aquella situación sobrepasaba el límite de lo permisivo.

—¿Qué sabes de mí? ¿Conoces mis sentimientos? ¿Sientes lo que yo? ¡Por supuesto que no! ¡Tú no sabes nada! No eres más que un bocazas que se las da de listo.

Ricardo se dispuso a hablar; finalmente, la vehemencia venció el mutismo.

—Tienes razón —dijo con aparente tranquilidad—. Soy un bocazas, un patán, un arrogante, un engreído...; además de alguien que ama la vida y piensa que es demasiado hermosa para dejar de vivirla.

—¿Qué ocurre, muchachos? —interpeló el padre Anselmo con expresión incierta.

Con él llegaron sus dos acompañantes; venían presurosos y preocupados: habían oído vociferar.

—¿Estás bien, Marissa? —se interesó doña Adela.

—No —respondió con los ojos turbios de rabia—. Quiero irme de aquí cuanto antes, no soporto la presencia de este... señor.

La respetable señora acusó desconcierto. Miró a Ricardo con expresión interrogante. No fue la única. Así y todo, él se mantuvo callado.

—Como quieras, hija. ¿Viene con nosotras, padre?

El cura párroco asintió. Ya habría tiempo para averiguaciones.

No hubo palabras de despedida; en tales situaciones, los saludos se dan por recibidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pancho un tanto confundido—. Marissa Montesinos estaba muy crispada.

—Dejo la lata de aceite en la Revoltosa —respondió Ricardo, amigable.

El viejo lobo de mar lo conocía demasiado bien como para saber que de nada serviría insistir.

—¿Quieres que te espere?

—Si no te importa, prefiero estar un rato a solas.

—Me lo suponía —murmuró Pancho, resignado—. Entonces, nos vemos mañana.

—Nos vemos.

Las voces se apagaron y el rumor del oleaje asumió el protagonismo. Sin embargo, Ricardo no estaba solo: permanecía en compañía de su incongruencia. Experimentaba el sinsabor del malestar causado, pero había actuado a conciencia; aun así, se preguntaba por qué lo había hecho, por qué extraña razón lo había permitido.



3

Cosa de dos

Las horas que siguieron fueron penosísimas para Marissa; pugnaba por rechazar el recuerdo, pero el intento sólo servía para que su pensamiento se centrara más en él.

Su abuela la estuvo observando durante la cena. Apenas comió y se mantuvo callada y abstraída. Una actitud que, si bien no se diferenciaba de la exhibida en los últimos meses, presentaba un componente nuevo: su tez encendida evidenciaba la enorme tribulación que soportaba.

Así las cosas, doña Adela convino que el tiempo de espera estaba agotado. En el trayecto de vuelta ni ella ni el padre Anselmo se habían atrevido a preguntar, esperaban que fuese la propia Marissa quien abordase el tema, pero no lo hizo y seguía decididamente muda. Por lo que, encomendándose al primer santo disponible, con voz amorosa, pero firme, dijo:

—Marissa, creo que ha llegado el momento de que me expliques qué ha pasado entre Ricardo y tú.

El semblante de la joven se congestionó.

—¡Lo siento, abuela!, ¡no quiero hablar de ese patán!

—¡Patán! —exclamó la respetable señora, sorprendida.

—¡Patán, bocazas, insolente, engreído...! —El despecho de Marissa fluía a borbotones.

Un tanto perpleja, doña Adela escuchó pacientemente la amplia sarta de lindezas. Concluido el repertorio, se dispuso a intervenir.

—Siento contradecirte, hija, pero ninguno de estos calificativos se corresponde con el Ricardo Ibáñez que conozco.

—¡Abuela, por favor!, ¡no lo justifiques! Ese hombre es pura fachada.

—Me baso en mi criterio, Marissa —replicó, categórica.

—Perdón, no pretendía ofenderte.

La disculpa fue aceptada, pero aún quedaba por decir.

—Lo conozco desde que era un crío y puedo afirmar ante quien sea que Ricardo es una persona de bien. Es cierto que tiene atractivo, eso es innegable, lo heredó de su padre; pero de él también obtuvo el arrojo, la nobleza, la constancia, la honradez. En cuanto a su comportamiento con los demás, siempre ha sido afable y respetuoso; su madre le inculcó la humildad y de ella

adquirió el aplomo y la fortaleza. Esta misma tarde, tú encomiaste su entereza.

La joven acusó desconcierto.

—¿La señora Flora es...?!

—La madre de Ricardo Ibáñez Acosta.

Aquella revelación suscitó en Marissa emociones contrapuestas; emociones cuya naturaleza no podía definir y que añadían más confusión a su convulsa mente. No tenía motivo alguno para dudar del discernimiento de su abuela; sin embargo, la actitud de él para con ella distaba mucho del perfil descrito. Contra todo pronóstico, deseó saber más y agradeció que continuase.

—Tras la pérdida de su padre y su cuñado, Ricardo pasó a ser el bastión de la familia Ibáñez. En una semana, compró la Revoltosa y se echó a la mar: no había tiempo para lamentos, tenía que sacar a los suyos adelante. Desde aquel funesto día es el sustento y principal apoyo de su madre, su hermana y su sobrina. Ante tanta excelencia, comprenderás que tus acusaciones me resulten inaceptables.

En Marissa había emoción contenida. Ricardo no hablaba por hablar, había vivido en carne propia la desesperación y la impotencia. Aquel convencimiento fructificó en un sentimiento de complacencia y aunque la animadversión hacia él persistía, en lo más íntimo de su ser no pudo por menos que loar su entereza.

—La defensa ha concluido —anunció doña Adela—. Las pruebas a favor de mi defendido están expuestas, le toca comparecer al Ministerio Fiscal.

Marissa, ante la ocurrencia de su abuela, no pudo evitar sonreír.

—Celebro esta sonrisa, temí que Ricardo la retuviese.

—¿Por qué lo dices? —interpeló, turbada.

—Porque retiene tus pensamientos.

Una verdad que no podía impugnarse.

—¿Qué te ha dicho? No puede ser tan grave.

La pregunta era demasiado directa para eludirla sin ser descortés; además, su propio comportamiento la justificaba. Así que tras unos momentos dubitativos, Marissa procedió a secuenciar las viñetas de aquel singular desencuentro. Habló con relativa calma, las revelaciones de su abuela habían apaciguado el ánimo y, aunque el fundamento de su desaprobación permanecía inalterable, estaba mejor preparada que antes para conversar sobre el tema.

Doña Adela escuchó el relato de lo sucedido con indescriptible asombro. Y si bien se abstuvo de comentar, en su fuero interno aplaudió la intervención de Ricardo.

—En verdad, lamento que tu encuentro con él haya resultado tan desagradable —dijo, obligada.

El comentario provocó que Marissa evocase las secuencias previas a la discusión.

—Al principio no ha sido así, al contrario —admitió—. Se ha mostrado extremadamente sutil.

Por supuesto, la respetable señora ambicionaba saber más, pero se privó de preguntar, no quería forzar las confidencias. Examinó a su nieta con tanto interés como discreción. Y no le cupo la menor duda: aquel lance tenía dos lecturas y una de ellas tan sumamente agradable que, al revivirla, las facciones de la joven se dulcificaban y su voz, antes crispada, recuperaba el timbre cálido y armónico que le era habitual.

Lo cierto es que Marissa empezaba a pensar en el patrón de la Revoltosa de manera distinta. El respeto surgido al saberlo en posesión de ciertas cualidades, abogaba a favor de él. Con todo, en modo alguno iba a permitir que aquella realidad comprometiese sus sentimientos. Convencida, pues, de la necesidad de apartarlo de su pensamiento, apeló al resentimiento a fin de neutralizar aquel caudal de emociones nuevas, pero descubrió que el aborrecimiento no estaba tan arraigado como creía. Ante aquella revelación, su mente acusó toda la inestabilidad que produce una transición emocional de aquellas características; en ningún momento de su vida se había sentido tan desconcertada.

La pérdida de serenidad no era exclusiva de Marissa Montesinos, Ricardo Ibáñez la sufría con parecida intensidad; si bien entre los suyos procuró disimular, hubo detalles que no pasaron inadvertidos.

—Hijo, ¿qué te pasa? Apenas has probado bocado.

—No me pasa nada, madre —respondió con naturalidad fingida—. No tengo hambre, eso es todo.

Una respuesta poco convincente viniendo de alguien de buen comer. Flora estaba segura de que aquella inapetencia obedecía a un desajuste; de todos modos, tratándose de un varón de treinta y dos años y sin otros síntomas de indisposición, no había por qué alarmarse: con un férreo seguimiento bastaría. Por lo que razonado el concepto, el interrogatorio no dio más de sí.

Pero la tranquilidad del referido duró poco menos que un suspiro. En el mismo lugar, otra cabeza pensante había llegado a su propia conclusión.

—¡Estás enamorado! ¿A que sí?

Ricardo, que estaba bebiendo, se atragantó.

A Flora le dio la risa.

—¿Lo estás? —insistió la niña.

—¡Sara! No quiero que atosigues a tu tío con ese tipo de preguntas —amonestó Isabel.

La inocencia de la chiquilla estaba fuera de toda duda, pero lo cierto es que Ricardo se dio de bruces con la realidad. Así y todo, una vez repuesto del mal trago, preguntó:

—Dime tesoro, ¿qué te ha hecho suponer tal cosa?

—En las películas los que se enamoran pierden el apetito, y como a ti te pasa...

—Entiendo, pero la realidad y la ficción son muy diferentes. —Sonrió, benévolo.

La expresión de Sara Valdés se enturbió.

—¿Y esa cara? Tal parece que te has molestado conmigo.

—No, pero me había hecho ilusiones —respondió la niña, cabizbaja.

—¿Y eso?

—Como no puedo tener hermanos porque papá murió, si te casaras nacerían mis primos y tendría con quién compartir.

—¡Vaya por Dios, no había caído en eso! —enfaticó Ricardo con gesto contrariado—. De todos modos, eso tiene fácil arreglo: mañana sin falta me busco novia.

—¿De verdad?! —interrogó Sara con ojos expectantes.

—Lo prometo.

—¡¡¡Bien!!! —festejó la chiquilla, alborozada.

La risa fue unánime, si bien en los ojos de Isabel Ibáñez asomaron lágrimas de duelo.

El sonar del timbre impidió que la celebración se prolongase en el tiempo.

—¿Quién será?! —se preguntó Flora, encaminándose al distribuidor.

La respuesta no demoró, la voz proveniente del zaguán era de sobra conocida. Ricardo frunció el ceño, los acontecimientos se precipitaban.

—¿Qué sucede? —preguntó Isabel.

—Lo sabrás enseguida.

Era suficiente argumentación; nadie lo conocía como ella, sabía interpretar sus gestos a la perfección y, en aquel momento, la situación no era propicia. Así que, con obligada immediatez, instó a su hija a refugiarse en su habitación.

Sara, como siempre, obedeció sin rechistar.

—Perdone el desorden, padre, justo recogíamos el servicio —se excusó Flora de regreso al salón comedor.

—No te apures, hija, soy yo quien debe excusarse por irrumpir en tu casa a horas intempestivas, pero me urge hablar con Ricardo y he pensado que éste era el momento idóneo para encontrarlo.

Lo era, sin duda alguna.

—Buenas noches, muchachos —saludó el cura párroco, cordial.

Isabel se mostró amable —una cualidad que le era innata—. En esta ocasión, sin embargo, el asunto no era con ella.

—Ricardo, ¿supongo que adivinas por qué estoy aquí?

El patrón de la Revoltosa esbozó una sonrisa irónica, sus pretensiones de ocultación se iban al traste.

—Por Marissa Montesinos —respondió.

—¿La nieta de doña Adela?! —intervino Flora, sorprendida—. ¿Qué ocurre con ella?

—No lo sé. A eso he venido. A que tu hijo me lo explique.

—¿Acaso no está enterado? —replicó Ricardo.

—Marissa no nos ha dicho nada.

—No sabía que la conocías —manifestó Isabel.

—Esta tarde he tenido la oportunidad.

—Y por lo visto, ha sido un encuentro muy destemplado —aseveró el padre Anselmo.

—¿Destemplado! —exclamó Flora, alarmada—. ¿Qué ha sucedido, hijo?

—Nada.

—¿Cómo que nada! ¡Os hemos oído discutir y Marissa estaba muy crispada!

—¿Has discutido con ella? —insistió su madre entre sobresaltada e incrédula.

Él no contestó. Aunque se sabía entre las cuerdas, urdía una capitulación honrosa. Flora, sin embargo, no estaba dispuesta a dar concesiones.

—¿Te estoy preguntando! —reiteró con firmeza.

—Sí, madre, hemos discutido —transigió a fin de acabar con la cuestión.

Ella no daba crédito a sus oídos.

—¿Pero por qué?

—Lo siento, no pienso hablar del tema. El asunto es entre Marissa Montesinos y yo, no afecta a nadie más.

—¿Te equivocas, Ricardo! Afecta a muchos —protestó el padre Anselmo—. A consecuencia del accidente, Marissa quedó atrapada en la depresión; cualquier situación que le provoque desasosiego puede suponer un retroceso en su lucha por salir de ella. Su familia y las personas que estamos a su alrededor no podemos consentirlo.

—¿Por favor, padre! ¡¿De qué lucha habla?! El enfrentamiento, por agriado que haya sido, no podrá deprimirla más de lo que estaba.

—Lo que no comprendo, hijo, es por qué has permitido la discusión. Conocías su caso, en casa lo hemos comentado. ¿Cómo has podido enfrentarte a una muchacha que apenas conoces y que además necesita ayuda? Esta tarde, en la iglesia, he conversado con ella y me ha parecido una joven sensible y gentil. ¿Por qué lastimarla?

—Porque yo no siento compasión, siento coraje.

—¿Ricardo! —reprobó Flora, visiblemente alterada.

—¡Mamá, por favor, cálmate!, deja que se explique —suplicó Isabel en un intento por reconducir la situación.

La aclaración fue igual de contundente.

—Es la verdad, siento coraje por Marissa Montesinos. Me encona su pasividad, su abandono,

su transigencia ante la adversidad. Ella tiene la posibilidad de recuperar lo perdido; otros, en cambio, no han tenido esa suerte. De resultas del encuentro, ha sabido mi opinión al respecto, y te puedo asegurar que si se repitiese la oportunidad volvería a importunarla.

El silencio imperaba.

—Me disculparé, padre, mi intención no es ser impertinente, pero es todo cuanto pienso decir acerca de esta cuestión.

No hubo turno de réplica; nada más pronunciarse salió del salón comedor y un momento después se escuchó el rechinar de la puerta que daba acceso a la calle.

—Lo siento, padre —dijo Flora, confundida.

—No te preocupes, hija, sabes que estimo a Ricardo y confío en él. Además, le sobra razón en lo que ha dicho. Marissa está desperdiciando la oportunidad que otros anhelan. En cuanto a nosotros, si bien desconocemos las palabras en discordia, al menos, sabemos el motivo que las ha provocado.

Isabel albergaba serias dudas; ya que, si bien su hermano para ella era inestimable y sus juicios y opiniones siempre merecían su aprobación, no lo tenía por un santurrón que anduviese confortando almas. A su entender, la razón de aquel manifiesto interés no estaba del todo esclarecida; a no ser, claro está, que aquella extraña conducta tuviese su origen en una fuerte atracción.

Pese a que el flan de queso con galletas suponía una auténtica tentación —madre e hija eran reputadas reposteras—, la visita del padre Anselmo no se dilató, era demasiado tarde para aceptar cualquier ofrecimiento por muy apetitoso que fuese. Así que, una vez el cura párroco se hubo marchado, llegó el momento de explayarse.

—En verdad, estoy confundida —dijo Flora, contrariada—. No sé qué pensar. Además, me ha disgustado sobremanera que tu hermano se fuese así, sin más, dando plantón al padre Anselmo.

—No le ha dado plantón, mamá, al venir hasta aquí sabía a lo que se exponía. Ricardo no es un crío presto a escuchar sermones —replicó Isabel en tono conciliador.

—Te consta que se tienen mucho afecto.

—Eso no equivale a inmiscuirse —argumentó—. Mi hermano siempre ha demostrado coherencia en sus actos y en esta ocasión no tiene por qué ser diferente.

—Me pregunto qué pensará doña Adela de todo esto —expresó Flora, intranquila.

—Supongo que, al igual que tú, estará expectante. A decir del padre Anselmo, Marissa Montesinos no ha contado nada de lo sucedido. Tal parece que en este apartado, ella y Ricardo piensan del mismo modo: el asunto es entre ellos dos.



4

Confidencias

Rondaba la medianoche, lo bastante temprano como para que La Imperial se mostrase animada. Fundada a principios del siglo XX por el bisabuelo de Gonzalo y Ana Salazar — los actuales propietarios—, se vanagloriaba de ser la cantina más antigua y prestigiosa de San Mauricio, un engreimiento sostenido con gran oficio, puesto que sus platillos de pescados y mariscos eran afamados en el pueblo y más allá de él.

Pero, aparte de todo un referente del buen comer, La Imperial, como institución, significaba mucho más: era el punto de encuentro de los hombres de la mar, el refugio donde conversar, debatir, acordar, reír, llorar, beber y ahogar las penas.

—He supuesto que ya no vendrías —dijo Miguel Hernández cuando Ricardo Ibáñez ganó el mostrador.

—Se me pasó el tiempo.

Verdaderamente, de hecho, aquella era la última parada de un largo recorrido; un recorrido que inició en el umbral de la puerta de su casa, hizo escala en el embarcadero y deambuló por callejuelas y avenidas hasta alcanzar los límites del pueblo. Allí, la voluntad de Ricardo no pudo más y cedió al impulso; de poco sirvió apelar al sentido común y reafirmarse en lo absurdo de la inclinación, la fuerza del deseo superó la razón y la lógica fue derrotada en toda la línea. De ahí que, abandonado al capricho, y sin poder pensar en otra cosa, salvase los ochocientos metros del penúltimo tramo, un trazado ascendente y sinuoso que coronaba en la verja de la Casa Grande.

La edificación, alzada sobre un pequeño cerro que en pendiente escarpada se deslizaba hacia las aguas, era una construcción de líneas sobrias y belleza serena, en cuya fachada se apreciaban los elementos tradicionales de la arquitectura autóctona. Éste había sido el requisito que don Lorenzo impuso al encargar el proyecto: quería una casa en consonancia con la zona donde estaba; el marco natural no admitía estridencias visuales. La relación entre edificación, su función y el paisaje, más que una opción, era una exigencia.

Al llegar, la primera cautela de Ricardo fue inspeccionar el entorno; de ser descubierto, difícilmente encontrase un pretexto plausible; la situación no admitía subterfugios, y lo que menos deseaba, en aquel momento, era verse forzado a dar explicaciones. La segunda cautela fue buscar el sitio idóneo para otear sin ser visto. Felizmente, la exuberante vegetación que circundaba la propiedad favorecía el propósito. Conque, camuflado entre las sombras, observó

expectante: los amplios ventanales estaban en su mayoría bañados en luz. Instintivamente, su pensamiento evocó cada una de las estancias donde ella podía encontrarse y conocía la casona lo suficiente para rememorarla. La relación existente entre su padre y el patriarca de los Montesinos había propiciado que, en sus años mozos, se le requiriese para alguna que otra diligencia; esta circunstancia le había permitido familiarizarse con el lugar, aunque nunca lo había sentido tan próximo como aquella noche. Permaneció junto al vallado sin saber a qué atenerse en lo tocante a sus sentimientos. Su interés por Marissa Montesinos iba en aumento; le faltaba averiguar hasta qué punto deseaba que su felicidad dependiese de él y estaba dispuesto a obtener la respuesta lo antes posible; no le separaban más allá de quince metros del portón de entrada, un verdadero suplicio para sus ansias. Con todo, no podía incurrir en desatinos: ella tenía sobradas razones para rechazarlo; su comportamiento, deliberadamente reprensible, había herido su orgullo y, en semejante estado de ánimo, hacer concesiones no entra dentro de lo razonable. Primeramente, necesitaba contrarrestar la indignación que él mismo había provocado; pero para ello era preciso calcular las acciones a emprender y asegurarse las máximas garantías de éxito.

Así pues, consciente de lo imprudente de su presencia allí, optó por recurrir a una última cautela; desde hacía unas horas, su mente se permitía tan amplias licencias, que dudaba de su capacidad para reprimir nuevos arrebatos. De ahí que, ante el peligro que suponía quedarse, voltease sobre sus pasos, encaminándose hacia un lugar donde los sentimientos tuvieran la oportunidad de explayarse.

—¿Qué te sirvo? —preguntó Gonzalo Salazar, solícito.

—Tequila. Mejor, trae la botella.

—¡Híjole! Sediento vienes —exclamó el cantinero un tanto sorprendido.

Ricardo se limitó a sonreír y, seguidamente, pidió a Miguel que lo acompañase hasta una de las mesas. Su amigo no se extrañó, nada más verlo había advertido signos de preocupación.

—Soy todo oídos. ¿Qué te traes? —interpeló, una vez acomodados frente a frente.

—He tenido bronca con Marissa Montesinos.

Miguel mostró desconcierto.

—Creo que no entendí bien.

—En el embarcadero he discutido con ella.

—Sinceramente, Ricardo, me cuesta creerte. Precisamente, cuando iba para casa hemos coincidido y en el intercambio de saludos me ha parecido una joven amable y accesible; además, su situación no invita al enfrentamiento.

—Ésta ha sido la causa, he cuestionado su pasividad. No soporto verla entregada —adujo con afección.

—Hablas como si te importase —insinuó Miguel con una sonrisa de inteligencia.

—Me importa. No puedo dejar de pensar en ella.

—Puedo entenderlo, es muy hermosa.

—Lo es, ¡en mi vida había contemplado facciones más armoniosas ni mirada más cautivante!

Miguel se echó a reír, su amigo había sufrido un deslumbramiento o, mejor dicho, una fascinación brusca y repentina, pero en ningún caso liviana. Porque, aunque el talante de Ricardo Ibáñez fuese inherente al de un conquistador, en cuestiones amorosas siempre anteponía la cautela.

Esto es, en los planes del patrón de la Revoltosa no entraba el comprometerse. Hasta la fecha, sus relaciones se anotaban como antojos. Ninguna mujer le había tentado lo suficiente como para pensar en formalidades. Por tanto, con su implicación, demostraba un serio interés por Marissa Montesinos. Aparte de que, siendo ella quién era, amén de sus circunstancias personales, en modo alguno aquella inclinación quedaba exenta de compromiso.

—Y, ahora, ¿qué piensas hacer? No es que dude de tu poder de persuasión —resaltó Miguel, burlón—, pero no creo que te resulte fácil acercarte a ella. Si como dices ha habido bronca, será que te ha hecho frente.

—¡Y sin remilgos, además! —enfaticó, Ricardo—. A fe que se ha despachado a gusto.

—¡Lógico! Ha respondido al abuso. Tú no tenías ningún derecho a inmiscuirte.

—Lo sé, pero algo en mi interior lo ha hecho inevitable —reveló, introspectivo—. Nada más verla, he experimentado el deseo de ayudarla a recuperar el mundo que dejó atrás.

—¿Y si ese mundo la aparta de ti? Es una posibilidad que no puedes desestimar. Si la tratas y descubres que lo que sientes por ella es amor, ¿qué pasará contigo, entonces?

Ricardo acusó malestar, incomprensible, teniendo en cuenta que justo acababa de conocerla; en buena lógica, el comentario de Miguel no tenía por qué afectarle en demasía; pero, extrañamente, sus sentimientos obviaron el detalle. Por primera vez, fue consciente del poder que Marissa Montesinos tenía sobre él y lo importante que podía llegar a ser en su vida. Supo, además, que no podía ni quería renunciar a ella. La introspección concluyó con una terminante respuesta.

—Si tal posibilidad se diera, si su mundo la alejara del mío, entonces te acompañaré en el calvario, pero quiero darme la oportunidad de amarla. Es cierto que apenas la conozco; sin embargo, desde el primer momento de mi trato con ella, he experimentado sensaciones que me arrastran sin remisión. Tú las conoces bien, eres un claro ejemplo de que es imposible dominarlas, no pretendas que lo haga yo.

Ricardo había hecho gala de su habitual franqueza y, efectivamente, Miguel Hernández era el menos indicado para disuadirlo.

—Estaba decidido a esforzarme por convencerte, pero me has cogido a traición y me he quedado sin argumentos —replicó el burlado, flemático—. Confiaba en que todavía estarías a tiempo, pero tu suerte está echada. Sea como sea, mi conciencia queda tranquila. En un asunto de tanta importancia, la opinión de la experiencia cuenta, aunque es alarmante comprobar el poco

valor que tiene. En cuanto a tu idea de acompañarme, ¡olvídate! Con mi caos me basta y sobra — resolvió entre sarcástico y doliente.

—Somos amigos desde siempre y nunca me has dicho quién es —censuró Ricardo.

—De qué sirve poner rostro a una mujer que nunca será mía.

—Eso es discutible.

—No lo es. Si en todos estos años de desamor hubiese advertido una posibilidad, habría luchado a muerte por ese querer. Pero ella ama a otro hombre.

—Entonces, ¿por qué te atormentas? ¿Por qué no buscas el amor en alguien más?

—No puedo, llevo su imagen grabada a fuego.

La capacidad de sufrimiento de Miguel era admirable; así y todo, su expresión revelaba amargura.

—Hubo un tiempo en que lo intenté, tú fuiste testigo —prosiguió—, saberla en brazos de otro me enloquecía. Me desquité con otras mujeres. A cambio, sólo obtuve vacío y causé perjuicio a quien no debía.

—¿Te refieres a Elena?

—Sí. Después de aquello, juré que mi desesperanza no dañaría a ninguna otra.

Habían transcurrido cinco largos años, pero la angustia resultante de aquellos hechos permanecía incrustada en las vísceras de Miguel.

—En todo caso, fue su irreflexión —aseveró Ricardo—. No puedes culparte por ello.

—Su irreflexión fue consecuencia de la mía.

—¡Estabas ebrio!

—Eso no elude mi responsabilidad.

—Pero la rebaja considerablemente. Elena sabía lo que tenía entre manos, tú no.

—Era una cría —razonó Miguel.

—¡Sí! Una cría con artes de mujer —replicó Ricardo con marcada ironía—. Cualquiera en tu lugar hubiera caído, y sin la embriaguez de por medio —recalcó—; andaba detrás de ti como gata en celo.

En aquel entonces, Elena Piñero contaba diecisiete años; lo que ha de ser su excusa. Su apasionamiento por el patrón de la Marinera era de sobra conocido; su actitud insinuante y descocada no admitía duda. En cuanto a él, nunca mostró especial interés, pero aquellas eran fechas de convulsión y extravío, de borracheras de alcohol y desespero, de anocheceres locos y amaneceres grises, de esperanzas frustradas y de errores. Elena fue el traspie de una de aquellas noches; en aquel breve intervalo de tiempo se juntaron la inconsciencia y la desesperanza, y entre besos etílicos y torpor de caricias se consumó el despropósito; un despropósito que trajo consigo el escándalo y culminó en un intento de suicidio.

—Es descorazonador —manifestó Ricardo—. Elena sufriendo por ti y tú sufriendo por otra. Vuestros sentimientos merecían mejor destino.

—No puedo estar más de acuerdo, pero la vida es quien reparte los roles. A nosotros nos tocó enamorarnos de la persona equivocada. Por su bien, espero que el tiempo y la distancia hayan sosegado su espíritu; ella aún está a tiempo de reescribir su historia.

—Empresa difícil —apuntó Ricardo, reflexivo—. Y no lo digo sólo por tu experiencia. Los hermanos Salazar llevan años batallando con el desamor y nada hace suponer que salgan victoriosos.

Miguel mostró incomodidad, pero se repuso antes de que Ricardo notase su afección.

—En el caso de Gonzalo, la lección aprendida fue demasiado dolorosa —argumentó—, se casó muy enamorado de su mujer.

—Más bien de la imagen que proyectaba.

—Hay que reconocer que Graciela jugó bien sus cartas. A decir verdad, nos embaucó a todos.

—Poseía un bello rostro e indiscutibles atributos femeninos —puntualizó Ricardo a modo de sátira—. Me pregunto qué tal le irá con el alemán.

—En lo personal, lo ignoro, pero según datos de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el nexos comercial entre México y Alemania se ha disparado al alza.

La aclaración destilaba sarcasmo.

—En ese caso, habrá que darle las gracias por su contribución al crecimiento.

—Aun así, no queda redimida de sus pecados —espetó Miguel con aire de desdén en el gesto—. No hay argumentos que justifiquen el abandono de un hijo; menos todavía, si el hecho redundaba en beneficio propio.

—Ciertamente, pero hay madres y hay parideras. Graciela Medina pertenecía al segundo grupo; buscó el embarazo por conveniencia, no porque lo deseara; con un hijo de Gonzalo Salazar, se aseguraba el futuro y parte de la herencia.

—Ese era su objetivo, en efecto —asintió Miguel—. Y, por desgracia, en este tipo de situaciones, el más perjudicado acaba siendo el inocente; Beto Salazar ha crecido huérfano de madre, ya que, en realidad, nunca contó con su protección.

—De todos modos, dejando a un lado la aflicción moral que supuso el abandono, Beto nunca ha adolecido de cariño; su tía le ha sabido dar el apoyo y el amor que su madre le negó. Ana ha demostrado una gran valía como persona —ponderó Ricardo—. Fue una lástima que diera con aquel canalla.

Fue una lástima, desde luego, pero Fabián Ugarte lo tenía todo a su favor: caballerosidad, buena presencia, labia y don de gentes; además, era capitalino del Distrito Federal, un lugar demasiado distante para tener referencias tuyas. Así que, con Ana Salazar se repitió la misma vieja historia, tan común y nada diferente de la ocurrida miles de veces: un hombre sedujo la

vanidad de una mujer y ésta cayó en la tentación de sus galanterías; conseguido el propósito, enfrentar el desengaño era sólo cuestión de tiempo.

—Si he de serte franco, el tal Ugarte desde el principio me produjo recelo —continuó Ricardo—, pero no pude acreditar nada en su contra; mi desconfianza se basaba en meras conjeturas y no supe atisbar hasta qué punto eran certeras.

Dicho esto, alzó el chupito de tequila y proclamó:

—¡Por Ana! ¡Por ti! ¡Por Gonzalo! ¡Por los parroquianos del club del desamor!

Miguel, con expresión incierta, correspondió al gesto con otro brindis:

—¡Por ti! ¡Por Marissa! ¡Por un futuro juntos!



Emociones contrapuestas

La extrañeza de Isaías Piñero aumentaba conforme se acercaba a la cocina; aun sin ser una norma establecida, en la Casa Grande el primero en levantarse era él; aquella mañana, sin embargo, alguien le había tomado la delantera —el retumbante sonido de la licuadora advertía de la presencia del intruso—. Descartada su mujer —Clara Velarde se encontraba en labores de aseo y arreglo personal—, las sospechas recaían en doña Adela, habituada como estaba la señora a su paseo matutino, bien podía tratarse de un adelanto de horario por motivos de agenda; en cualquier caso, las cábalas de Isaías se desvanecieron justo en el instante de abrir la puerta.

—¡Señorita Marissa! —exclamó, visiblemente sorprendido—. ¡Mucho ha madrugado hoy! ¿Ocurre algo? ¿Se siente mal? —interrogó en una clara muestra de intranquilidad.

—Estoy bien, no se preocupe —respondió la joven, amable—. Me apetecía un batido, eso es todo.

Todo lo que podía decir, por supuesto, porque aun considerando que el batido de papaya, piña y tamarindo bien valía un madrugón, lo cierto es que, aquella noche, Marissa no había podido conciliar el sueño. El hecho en sí, no era una novedad; lastimosamente, tras el infortunio, su estado de vigilia era reiterativo, pero en aquella ocasión la causa venía provocada por una borrachera y no precisamente de vino y licores fermentados, sino de emociones contrapuestas.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Isaías, servicial.

—Gracias, pero no será necesario.

—Entonces, con su permiso, me acerco a Dulcería Baeza a por el pan de dulce.

—Por mí no se moleste, no tengo hambre.

—No es molestia, señorita. Además, es preferible que vaya cuanto antes, más tarde se llena de gente. Sucede que el fin de semana los pescadores libran, y como la mayoría de ellos por la noche andan de parrandera, durante la mañana aprovechan las horas de sueño y la actividad del pueblo se retrasa.

Marissa forzó una sonrisa. Si bien la información había surgido de forma espontánea, en aquellos momentos resultaba de lo más incisiva: «¡De seguro anduvo de picos pardos con alguna gallina! ¡Total, tiene a todo el gallinero disponible!».

—Lo dicho, señorita, nos vemos al rato.

Marissa se quedó a solas con su indefensión; la respuesta emocional al comentario de Isaías era manifiestamente delatora: sus sentimientos estaban más comprometidos de lo que pensaba. Ricardo Ibáñez perturbaba su mente y ella carecía de medios de defensa; o sea, había alcanzado el colmo del absurdo.

—¡Buenos días, señorita! —saludó Clara Velarde, resuelta y animosa; un momento antes su marido la había puesto sobre aviso—. Celebro verla levantada. Ayer cuando regresó del paseo traía mal semblante y temí que se hubiese enfriado, por estos lares la brisa resulta traicionera.

—Fue mucho ajetreo en un sólo día —pretextó Marissa, deferente—, al llegar la tarde me sentí algo cansada.

Una verdad a medias, pero efectiva contra preguntas inoportunas. Aunque el disimulo no era una capacidad recurrente en su proceder, la falta de claridad en los interrogantes planteados justificaba el subterfugio; en otras palabras, cuanta menos gente supiera del asunto, mucho mejor.

—¿Le gustó el pueblo, señorita? —interrogó Clara, expectante.

—¡Muchísimo! ¡Es un lugar encantador! Cuenta con un paisaje de ensueño. Apetece coger un lienzo y recrearse en él.

—¡Pues debería! —recalcó su interlocutora de manera absoluta—. En alguna ocasión, doña Adela me comentó que usted dibuja y pinta muy bien.

—Bueno, no sé si tanto —replicó la joven con una media sonrisa—. A decir de mi hermano Daryl, si me dedicase a pintar seriamente, no comería todos los días, pero tampoco me moriría de hambre.

—¡Seguro, además! —asintió Clara con énfasis—. Usted necesita poca comida para vivir.

La sonrisa de Marissa se agrandó.

Isaías estaba en lo cierto, aquella mañana, la joven se mostraba menos reservada que en días anteriores; inclusive sus movimientos exhibían más energía. Ponerse en pie por la apetencia de un batido —en las distancias cortas se ayudaba de muletas—, era un dato a tener en cuenta; máxime, cuando la inapetencia venía siendo una constante. Clara se congratuló.

Isabel Ibáñez también mostró complacencia. Había coincidido con Isaías Piñero en Dulcería Baeza y, pese a que en un principio dudó, convino en que no podía desaprovechar la ocasión de sondear a una fuente fidedigna cómo estaban los ánimos en la Casa Grande. Para su tranquilidad, la respuesta del mayordomo fue mejor de lo esperado: «Esta mañana, la señorita Marissa ha amanecido con actitud muy receptiva». Y aunque Isabel comprobó que su interlocutor no estaba al tanto de lo ocurrido la tarde-noche del día anterior, la información bien podía considerarse positiva.

—¿La conoces? —se interesó Rosa Suárez.

—No he tenido la oportunidad.

—Mi madre la vio en la iglesia; asegura que es muy guapa y distinguida.

—Debe de serlo.

—¿Por qué lo dices?

—Todos opinan igual; difícilmente tantos estén equivocados.

Una respuesta ambigua. Isabel no quería expandirse en el tema; su hermano estaba de por medio y desconocía hacia dónde evolucionarían los acontecimientos. Así pues, hizo su pedido sin más explicaciones. Rosa, eficiente y voluntariosa, se dispuso a cumplimentar el encargo.

Dependiente de Dulcería Baeza, la muchacha era sobrina de Cecilia Suárez, esposa de Daniel Baeza. Éste, descendiente de una saga de renombrados pasteleros y confiteros, conservaba la tradición elaborando los productos artesanalmente y con la misma calidad de antaño; de ahí que sus cuernos, trenzas, conchas, rosquillas, pellizcadas... y rebanadas de chocolate deleitasen el paladar más exigente.

—¿Y de Ricardo qué me cuentas? —enfaticó Rosa con cara de fiesta.

—Nada en especial —respondió Isabel, indulgente—. Cuando me he levantado, ya se había ido.

—¿Tan temprano?!

No es que Rosa Suárez fuese una fisgona, nada de eso, pero Ricardo Ibáñez era su debilidad: lo idolatraba. Conque todo lo concerniente a su persona monopolizaba su interés. Aquella mañana, sin embargo, la información escaseaba.

En el despacho del honorable Roberto Govea, los datos acerca de los Ibáñez-Acosta eran bastante más concretos.

—¿Tanto se pescó?

—Pocas veces se ha obtenido tal cantidad —aseguró Felipe Guzmán.

—Ibáñez debe andar eufórico; las ganancias habrán sido cuantiosas —espetó el honorable con sorna.

—Ricardo es de los que se conforma con poco.

—Una verdadera lástima —masculló—. Me habría gustado contar con él, pero tiene el inconveniente de la rectitud. —Dio una calada al cigarro y exhaló—. Y de su hermana, ¿qué hay de nuevo?

—Isabel sigue con la rutina de siempre: el embarcadero y la iglesia.

—¡Ah, qué mujer más sensiblera! —enfaticó con descarado cinismo—. Dudo que el muerto mereciese siete años de duelo.

—Santiago Valdés era un buen tipo.

—¡Me imagino! Un arrastrado como Ricardo. Ilusos que se contentan con llevar la etiqueta de persona íntegra a cambio de una vida mediocre.

—Usar pantalla es complicado —argumentó Felipe.

—Nadie dijo que fuera fácil; pero, en este mundo, los bienes sólo están al alcance de los avispados. Si bien hay ciertas normas que deben observarse en público, hay que ser suficientemente astuto para vivir al margen de ellas.

Hablaba con propiedad, al fin y al cabo, lo hacía desde su propia experiencia: él era un avispadito, aunque se guardaba mucho de levantar sospechas. Lo cierto es que la relación de vecindad que mantenía con los lugareños era de lo más confortable. De los tres años que llevaba viviendo en el pueblo, uno había transcurrido entre viaje y viaje; el tiempo restante se conducía como un respetable y adinerado hombre de negocios que, un buen día, descubrió el emplazamiento, le sedujo y decidió convertirlo en el refugio donde regresar en busca de sosiego; nada extraño, teniendo en cuenta que San Mauricio era un hermoso lugar para vivir y él un viudo de mediana edad sin hijos ni ataduras.

—Puedes irte —dijo, áspero—, ya he malgastado demasiado tiempo contigo. En cuanto al miércoles, haz las comprobaciones pertinentes y asegúrate de que el yate esté a punto.

Aquella era una relación puramente mercantil: información y servicios a cambio de dinero.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Silvina Guzmán.

Se había topado con su hijo cuando éste iba de salida.

—¡Te creí desaparecido! —añadió la mujer con ironía.

—Todo se andará —farfulló el joven, antipático.

Apenas cruzaron una mirada; la comunicación entre ellos era fría y distante. Felipe nació del descuido de una noche de lujuria, una de tantas. Silvina era una mujer de conducta sexual promiscua; sus escándalos amorios estaban en boca de todos; por lo que el alumbramiento le supuso más un incordio que una bendición. Nunca supo ejercer de madre. De ahí que su irresponsabilidad suscitara en su hijo inseguridad y desapego.

—¿Da su permiso? —preguntó tras golpear la puerta del despacho con los nudillos.

—Pasa —indicó el honorable, desabrido—. ¿Has visto a Isabel?

—Sí, don Roberto. La misiva ya está en sus manos.

Aún no había abierto el sobre, pero la inquietud hacía mella. Silvina Guzmán la había abordado al salir de Dulcería Baeza, lo que avalaba su convencimiento: la gente de Roberto Govea sabía en todo momento dónde encontrarla. Así pues, la sensación de sentirse observada no obedecía a un trastorno de personalidad paranoica ni era atribuible a una mala deducción, constituía una verdad maquinada por terceros. Para Isabel Ibáñez, siempre juiciosa y recatada en sus actos, la situación no podía ser más desagradable y arbitraria. Jamás había dado pie a malentendidos; el tratamiento

de cortesía dispensado a don Roberto era de acuerdo a las normas de trato social establecidas para personas de su edad; por tanto, la amabilidad, el respeto y la consideración, en modo alguno podían prestarse a la libre interpretación; menos aún, considerarse indicadores de vanas esperanzas.

La realidad, sin embargo, parecía desmentir tamaña obviedad: el acoso, aunque velado, existía. Y si bien en un principio consideró que sus encuentros eran fruto de la casualidad, con el paso de los días la lógica le hizo entender que no era así. Cuando don Roberto estaba en el pueblo, podía aparecer en cualquier lugar. Y, si bien sus modales eran exquisitamente corteses, su mirada ofendía. Isabel sólo había experimentado la pasión de un hombre, pero reconocía la inclinación.

Rasgó el sobre, no podía dejarse vencer por el desasosiego. A sus treinta años, era suficientemente madura como para afrontar cualquier circunstancia.

La nota escrita en la tarjeta adjunta era breve, pero concisa:

«Tengo algo importante que hablar contigo. Te busco mañana a la salida de misa.

Roberto Govea».

El sonido de la puerta de entrada introdujo un receso; en casa nadie sabía del asunto y así debía continuar.

—¡Qué tal, hermanita! ¿Cómo amaneciste? —enfaticó Ricardo con vivo ademán.

—Bien. ¿Y tú? —interpeló Isabel, procurando aparentar tranquilidad—. Para ser sábado has madrugado mucho.

—Tenía que resolver un asunto.

—Debía de ser muy importante para levantarte de la cama.

—Lo era.

—¿Pudiste resolverlo?

—Es pronto para saberlo, no depende exclusivamente de mí.

—¿Puedo preguntar de quién más?

—De Marissa Montesinos.

Isabel mostró perplejidad; no contemplaba que la maniobra de aproximación se iniciase tan de mañana.

—¿Has estado en la Casa Grande?! ¿Vienes de hablar con ella? —interrogó, expectante.

—No exactamente, he programado una cita.

Isabel quería conocer los detalles, pero la llegada de su madre forzó la espera.

—¡Buenos días, hija! ¡Ricardo! —exclamó Flora, sorprendida—. ¡¿Qué haces levantado?! —

—He tenido que desplazarme a por una pieza de repuesto —respondió él mirando de reojo a su hermana.

La complicidad entre ambos funcionaba a las mil maravillas.

—¿Tienes problemas con la Revoltosa, hijo?

—Nada importante, cuestión de mantenimiento.

—Mejor así —celebró.

Tras pronunciarse, el interés de Flora se encaminó a otro asunto.

—Hablando de cuestiones —remarcó con tono incisivo—. ¿Qué piensas hacer con Marissa Montesinos? Porque supongo que has pensado en disculparte.

Isabel sonrió. Imposible eludir el tema.

El semblante de Ricardo denotó resignación.

—Descuida, madre, Marissa es mi prioridad.



6

Julia

En la Casa Grande, el sonar del timbre originó cierta confusión, la llegada de Sandra Guillén —fisioterapeuta asistente del doctor Nebrera— no se esperaba hasta bien entrada la mañana. Con todo, al abrir la puerta, las conjeturas se convirtieron en agradable sorpresa; una sorpresa que tras los buenos días, la información y las gracias, llegó a su destinataria.

—¡Qué hermosura! —exclamó Marissa, impresionada.

El calificativo no podía ser más pertinente: el espectacular arreglo de rosas blancas, dalias y *lisianthus* era digno de alabanza.

—Es para usted, señorita —informó Isaías, casi tan asombrado como ella.

—¿Para mí?! —expresó, desconcertada.

—Un auxiliar de jardinería lo acaba de traer.

El ánimo de la joven enardeció, en su mente sólo cabía un responsable.

—¿Sabe quién lo envía? —interrogó, ansiosa.

—Lo desconozco, pero junto con el arreglo venía esta carta.

Marissa la cogió con premura: en el anverso del sobre figuraba su nombre y, en el reverso, la información del remitente no aparecía. Sin más dilación, abrió la misiva y, con impaciencia contenida, desdobló el mensaje escrito. Al instante, un tropel de estímulos desatados aniquiló sus defensas:

«Marissa:

Mi memoria persigue la secuencia de nuestro desencuentro.

Sé que es cuestión de palabras y también sé que debo recomponerlas; no obstante, ¡qué torpes se revelan! Ignoro el tiempo que llevo aguardando la voz que las guíe, mas la espera es inútil; desde que hablamos, el caos ordena mi cerebro: vivo en contradicción permanente. Me duele en la entraña haberte ofendido. Sin embargo, lo volvería a hacer. Te repetiría incansable los mismos reproches hasta perder la voz. De nuevo mi insolencia y mi arrogancia te exasperarían; y, aun consciente de tu malestar, sería el bocazas y el patán que has conocido. Te insistiría, una y mil veces, en que luches por rehacer tu vida.

Ricardo Ibáñez

P.D.: Sé que en nuestra singladura navegamos con rumbos distintos; así y todo, sería hermoso reencontrarte cuando el sol alcance el horizonte y la mar le devuelva el beso».

—¿Todo bien, señorita?

—Sí.

No pudo decir más, la efervescencia estorbaba las palabras.

A media tarde, las manecillas del reloj avanzaban más lentamente que la impaciencia de Ricardo: «¿Habrás leído la carta? ¿Entenderá mis razones? ¿Acudirá?». Una vorágine de preguntas sin respuesta.

—¿Necesitas el coche?

La voz de su hermana interrumpió las cábalas.

—Puedes disponer de él, si quieres.

—Aprovecharé para acercarme a Gran Emporio a por el saco de dormir. Me llevo a Sara y a mamá conmigo.

Isabel Ibáñez conocía de sobra a su hermano como para darse cuenta clara de su inquietud.

—¡Ánimo! —dijo, cariñosa—. Estoy segura de que acudirá a la cita.

—Eso espero.

No se le escapaba que el cautivo era él, pero ni aun así podía imaginar que no le fuese posible enamorarla.

En la Casa Grande, el espléndido arreglo presidía el salón, impregnando la estancia de su fragancia.

Abuela y nieta se encontraban inmersas en sus respectivas lecturas..., es un decir. En realidad, ninguna de las dos leía. Marissa, con expresión incierta, cada cierto tiempo contemplaba las flores para, a continuación, mirar el reloj. Doña Adela, por su parte, denotaba intranquilidad: el inmovilismo de la joven empezaba a ser preocupante. Así que, dispuesta a paliar la incertidumbre, preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Marissa?

—¿Sobre qué? —expresó, abatida.

—Sabes a qué me refiero.

Por supuesto que lo sabía, pero tenía falta de respuesta.

—Aún no lo sé.

—¿No te ha parecido suficiente disculpa? —insistió doña Adela un tanto incisiva.

—No es eso, abuela.

—¿Entonces?

Marissa dudó en hablar y no precisamente por una cuestión de desconfianza, sino por la trascendencia de las palabras que iba a pronunciar.

—Tengo miedo.

—¡Miedo! —exclamó la respetable señora, incrédula—. ¿Miedo de Ricardo?

—Miedo a enamorarme de él.

Aquella no era una confesión banal, la prudencia era una máxima de su carácter y su abuela lo sabía.

—Suponiendo que eso llegase a suceder, ¿dónde reside el problema?, ¿en su estatus social?, ¿en su medio de vida?, ¿en la diferencia de costumbres...?

—Eso es irrelevante para mí —aseveró Marissa—. Pienso que el amor ha de poder con todo.

—Siendo así, ¿qué te impide ir a su encuentro?

En esta ocasión no hubo respuesta.

—El sentimiento que ha nacido en ti, si es amor, el tiempo lo dirá —continuó doña Adela con buen temple—, pero, por lo pronto, lo llevas dentro y aunque no acudas a la cita permanecerá ahí, impávido.

—¡No puedo enamorarme de él, abuela! —enfaticó con voz entrecortada.

—¡Claro que puedes!

—¡No! —insistió Marissa con los ojos anegados.

—¿Por qué no?

—¡Porque estoy muerta! —resaltó con elocuencia estremecedora.

Era su verdad, la que martirizaba su espíritu.

—Te equivocas —replicó la respetable señora con firmeza de ánimo—. De ser así, no sentirías lo que sientes por Ricardo.

—¡Pero Julia sí lo está! —contradijo, alterada—. ¡Yo le arrebaté la vida! ¡No tengo derecho a enamorarme! ¡Ni siquiera tengo derecho a vivir!

—¡Fue un accidente, Marissa!

—¡Yo conducía el coche! —insistió, sollozante—. De haber reaccionado de otra manera, probablemente seguiría con vida.

Su capacidad de contención estaba agotada, había perdido el dominio de sí misma.

—No se puede luchar contra la eventualidad, nuestra condición es limitada; sólo podemos responsabilizarnos de una parte de nuestras acciones, el resto depende de causas complejas e inabordables. Culparse de un hecho accidental, imposible de predecir, carece de toda lógica —controvirtió doña Adela, categórica—. ¿Recuerdas las palabras de Flora al despedirse?: «En la vida hay un tiempo para todo, lo hay para el dolor y la tristeza, también para la felicidad». Tu

tiempo de tristeza lo has rebasado con creces. Por desventura, Julia está muerta, pero ella vivió su tiempo. Tú, en cambio, desperdicias el tuyo. Tienes tu propia andadura, Marissa. Y en ella también cabe la dicha. Estas flores son el presente, su aroma desprende vitalidad, lozanía... Si el azar te ha llevado hasta Ricardo Ibáñez y él resulta ser el hombre de tu vida, aunque intentes evitarlo de nada te servirá: tienes la lucha perdida.

La espuma de las crestas pintaba de blanco el borde de la playa. Ricardo llevaba tiempo observando a su alrededor; demasiado para sus ansias; si bien la paciencia figuraba entre sus virtudes, conforme los sonidos que emanaban de las entrañas selváticas se atenuaban y los rayos del sol se escurrían del follaje de las palmeras y los árboles de mango y plátano, sus dudas y su intranquilidad se acrecentaban. No era un hombre acostumbrado a recibir desplantes y, aun considerando que aquella era una situación de riesgo, en su fuero interno no lo contemplaba. Sin embargo, los acontecimientos jugaban en su contra.

—Marissa ha sufrido una crisis de ansiedad —dictaminó el doctor Nebrera.

Esto es, el proceso de resistencia interno de Marissa Montesinos había quebrado: los síntomas de ahogo, palpitaciones y mareo eran consecuencia necesaria de la pugna que mantenía consigo misma. Durante el transcurso de la tarde, había intentado manipular su voluntad, aferrándose a la negación, al desinterés; pero los sentimientos no se disuelven sin más, y los imputables a Ricardo Ibáñez se habían mostrado más fuertes que el acero. Su abuela llevaba razón: tenía la lucha perdida. Entonces, ¿cómo gestionar aquella amalgama de emociones sin perder el equilibrio?

—El calmante pronto hará efecto —precisó el facultativo.

—Le agradezco que haya acudido a mi llamado, doctor. Al verla tan angustiada, me asusté.

—Su llamado, doña Adela, ha llegado con siete meses de retraso —indicó él, introspectivo—. Aun así, debemos congratularnos; lo que ha pasado hoy es realmente esperanzador. En este tipo de situaciones conflictivas, el mayor logro es conseguir que la persona exprese en voz alta sus sentimientos negativos. Marissa lo ha hecho. Eso nos permitirá pautar el proceso orientado a reconducir su angustia.

Así pues, a tenor de lo expuesto por el doctor Nebrera, las circunstancias podían considerarse propicias.

El padre Anselmo compartía la misma opinión. Había sido requerido en calidad de amigo y confidente; no en vano su perspectiva como sacerdote —con tres parroquias a su cargo y treinta y ocho años de servicios prestados en el seno de la Iglesia—, merecía ser tenida en consideración.

—¡Hay que ver las flores cuán convulsivas pueden ser! —enfaticó, risueño.

—Desde luego. Aunque, en este caso, padre, el mérito es del remitente.

—Eso es indiscutible, doña Adela.

—Me he propuesto contactar con él y disculpar a mi nieta. Isaías ha llamado a su casa con la intención de averiguar su teléfono móvil, pero hasta el momento nadie responde. Ricardo debe estar muy molesto por el desplante.

—Lógico, es un hombre herido en su orgullo. Aun así, estoy seguro de que sabrá reponerse —resolvió el cura párroco, afable.

En el embarcadero, el bramar de las olas dominaba y entre estruendo y estruendo se percibían sonidos aislados provenientes de algún lugar sin determinar. A bordo de la Revoltosa, recostado en la borda de estribor, con la mirada perdida en el paisaje de sombras, Ricardo buscaba recomponer el ánimo; no obstante, advertía que estaba muy lejos de obtener el propósito. La frustración y el ego dañado atizaban su espíritu como la brisa marina golpeaba su cara; eran momentos de abandono y soledad, pero en ningún caso de renuncia.

Las mujeres de la casa se habían entretenido más de la cuenta. Sara estaba supercontenta con su saco de dormir; a escasos seis días de la excursión, los preparativos se intensificaban. Con todo, al abrir la puerta principal, la atención de la chiquilla se desvió hacia otro lado: la llamada sonaba con insistencia; de ahí que, con el brío propio de sus nueve años, se precipitase hacia la sala.

—¿Bueno? —dijo al descolgar—. Él no está (...) Sí, enseguida —respondió, cortés—. ¡Mamá! —voceó—. ¡Un señor pregunta por el tío!

Isabel apareció al poco.

—¿De quién se trata? —preguntó un tanto extrañada.

—No me lo ha dicho.

Era sábado y un poco tarde para recibir encargos.

—¿Con quién tengo el gusto? —interpeló, expectante.

La respuesta fue del todo inesperada; tanto es así, que tuvo que reprimir la expresividad y mesurar las palabras: su madre andaba cerca y cualquier referencia a la Casa Grande suponía enfrentarse a una oleada de preguntas sin respuesta; porque, dicho sea de paso, tras las explicaciones, la primera confundida era ella.

—¿Llamaban para un encargo, hija? —interrogó Flora.

—Sí, mamá: ¡jurel! Ochenta cajas de quince kilos.

La luz de la luna se filtraba a través del follaje, llenando el camino de claroscuros sorprendentes; era la segunda vez en veinticuatro horas que lo transitaba. En aquella ocasión, sin embargo, la verja de la Casa Grande estaría abierta para recibirlo.

—¿Qué tal, Ricardo? Pasa, doña Adela te aguarda.

Había llegado el momento de conocer la verdad acerca de la indisposición de Marissa. Intuía que la información recibida no era del todo precisa; el hecho de ser requerida su presencia en el lugar, alimentaba su sospecha y agrandaba su inquietud.

Isaías, con la diligencia y corrección propias de su cargo, lo condujo hasta la puerta del salón y, justo en el umbral, se retiró.

Al entrar en la suntuosa estancia, Ricardo no pudo por menos que sentirse honrado: las flores obsequiadas habían merecido la aprobación y el favor de ser admiradas.

—Gracias por venir —dijo la respetable señora, afectuosa.

—A usted por llamarme.

Hablaban sin reserva. Ricardo, a raíz de la llamada, sabía que Marissa se había retirado a descansar. Doña Adela, por su parte, no contemplaba ningún tipo de precaución; un momento antes había acudido al dormitorio de la joven, verificando que se encontraba dormida.

—Ricardo, mi nieta ha iniciado su lucha —informó tras ofrecerle asiento—. Y considero necesario que sepas qué está pasando.

—En verdad, se lo agradezco.

—Marissa, finalmente, ha hablado del accidente y ha puesto en palabras su sentimiento de culpa; aun sin serlo, se siente responsable de la muerte de Julia. Eran grandes amigas, su evolución personal y profesional había sido pareja; ambas estudiaron Pedagogía y se desenvolvían en el mismo ambiente. Julia estaba llena de proyectos, se casaba a las pocas semanas. Marissa sostiene que le arrebató la vida, por lo que su deber de conciencia le exige vivir expiando su responsabilidad. Mi nieta, aun en su tormento, es muy terca. A lo largo de estos meses, ha conseguido mantenerse firme en su decisión. Con lo que no contaba era con toparse contigo. Tu actitud ha logrado moverla y confundirla: ayer la avasallaste y enfureciste; hoy la has considerado y consentido. Demasiados estímulos en tan solo veinticuatro horas. A media tarde, una parte de ella quería ir a tu encuentro; la otra seguía aferrada a su determinación. La pelea ha cristalizado en una crisis de ansiedad.

La revelación de doña Adela había ensombrecido el gesto de Ricardo: su intuición era fiable; la indisposición de Marissa era una verdad a medias. Y, de algún modo, él era el causante de su malestar.

—¿Y ahora cómo está? —preguntó, angustiado.

—Descansa tranquila, el doctor Nebrera le ha suministrado un calmante.

En la alcoba reinaba el silencio, la joven dormía. Aun así, su cuerpo se movía inquieto, su mente se hallaba inmersa en un sueño:

Estaba en el embarcadero, sentada en su silla de ruedas; asida a su mano, Julia; enfrente, Ricardo se alejaba con la mano tendida:

—Ven, Marissa... ven —la voz sonaba persuasiva.

Ella intentaba agarrarse, pero no alcanzaba.

—Ven —insistía.

—¡Detente! —suplicaba, angustiada.

Pero él no escuchaba.

En su desespero, se soltaba de Julia y pugnaba por levantarse.

—¡Ricardo! —gritaba con todas sus fuerzas.

Finalmente, él se detenía.

Ahogada en lágrimas, corría a su encuentro y, en un vehemente gesto, entrelazaban sus manos. Mientras, Julia y la silla estaban cada vez más lejos.

—Doña Adela, ¿me permite verla? —solicitó Ricardo con voz suplicante—. Me quedaré más tranquilo. Por favor, se lo ruego.

—Está bien, pero antes quiero preguntarte algo.

—Adelante.

—¿Qué significa Marissa para ti?

—Un antes y un después.

No tuvo que pensárselo. Doña Adela sonrió.

—Acompáñame.

El dormitorio de la joven se ubicaba en la misma planta baja, era una de las dependencias destinadas al servicio y había sido acondicionada para facilitar su movilidad y evitarle la dificultad de subir y bajar peldaños.

Al llegar, doña Adela abrió la puerta con sigilo. Ricardo se quedó en compañía de sus ansias. Al poco, la respetable señora regresó en su busca.

—Puedes pasar —dijo en un hilo de voz—. Marissa sigue dormida.

Él no se hizo de rogar y, con cautelosa lentitud, se aproximó al lecho. La tenue luz de la lámpara situada sobre la mesilla de noche iluminaba las delicadas facciones de la bella durmiente. Al contemplarla, Ricardo tuvo que batallar para conservar la calma; así y todo, sus sentimientos le traicionaron.

—¡Es preciosa! —susurró, cautivo.

Pasados unos momentos, la puerta volvió a cerrarse.

Marissa levantó los párpados... y sus pupilas relucieron en la penumbra.



El perdón

El lugar amaneció atestado de tenderetes. Era domingo, día capital. Y al igual que ocurría desde tiempos inmemoriales, las callejuelas y avenidas de San Mauricio se henchirían de oriundos y foráneos en busca de las gangas del mercadillo más surtido, popular y concurrido de la región. Con todo, para la hora punta aún quedaba mucho; justo asomaba el primer rayo de sol.

—¡Buenos días, Clara! ¿Has visto a mi nieta? Vengo de su habitación y no se encuentra.

—La señorita Marissa lleva una hora en el gimnasio —respondió la cocinera, risueña—. Y eso no es todo. Me ha solicitado el número de teléfono de la casa de Ricardo. He pedido tiempo, he procurado disimular.

Para el común de los mortales, la visita de Ricardo Ibáñez no había tenido lugar, por lo que la información era de lo más alentadora; tanto es así, que doña Adela se apresuró a verificar el hecho.

La puerta de acceso al gimnasio estaba abierta —destacar que los aparatos para realizar ejercicios gimnásticos habían pertenecido al difunto don Lorenzo; así y todo, estaban muy bien conservados—. La respetable señora observó a su nieta con cautelosa atención y, al comprobar su esforzada actitud, no cupo en sí de gozo.

El semblante de Marissa denotaba sufrimiento, pero no había tregua; aquella voz machacona le exigía más, más... era la misma que anoche, al borde de su cama, susurró: «¡Es preciosa!».

—Marissa, hija, ¿cómo amaneciste? —preguntó doña Adela, amorosa.

—Bien, abuela.

—¡No sabes cuánto me alegro! A decir verdad, se te nota.

—Sandra me dejó instrucciones. Hoy libra. Y considero obligado cumplir.

Ni que hablar de que la disposición de Marissa era otra.

Apenas Sandra Guillén le fue presentada, estaba dispuesta a inventar cualquier excusa con tal de no subordinar su voluntad; dos días después, se encontraba subida en una bicicleta estática ejercitando las piernas.

—Por cierto, Clara ha averiguado el número de teléfono de la casa de Ricardo. ¿Piensas comunicarte con él?

—Sí. Quiero agradecerle el detalle de las flores.

—Me parece razonable —aplaudió la respetable señora, disimulando el contento—. Y con respecto a tus sentimientos, ¿qué has decidido?

—Nada —declaró—. Mis sueños y mi realidad convergen en un mismo punto, no puedo hacer otra cosa que rendirme a la evidencia.

En casa de los Ibáñez, la conversación entre Isabel y Ricardo discurría por los cauces previsibles.

—Corres el riesgo de salir perjudicado, no sé si lo has considerado.

—No quiero considerar nada.

—Pues deberías, aún estás a tiempo.

—Te equivocas, ya no —afirmó con rotundidad—. Ayer, ante la imposibilidad de verla, experimenté dolor; más tarde, al contemplarla dormida, supe que mi mente la retendría hasta el final de mis días.

El sonido del teléfono introdujo un receso. Ricardo se dispuso a coger la llamada. Sin embargo, su madre, acabada de llegar, se le adelantó.

—¿Dígame? (...). Sí, aquí es. (...). ¡Marissa Montesinos! ¡Caramba, qué sorpresa! (...). Sí, la misma. (...). ¡Bien, gracias a Dios! (...). ¿Ricardo? Sí, por supuesto.

El ademán de su hijo resultó de lo más elocuente. Flora, sensiblemente contrariada, no entendía nada. Ante el titubeo, él gesticuló con vehemencia. Finalmente, y a regañadientes, accedió al disimulo.

—Lo siento, Marissa. Creí que mi hijo se encontraba en casa, pero por lo visto salió hace un rato. (...). No sabría decirte. ¿Quieres dejar algún recado? (...). Como gustes, hija.

Al colgar, la expresión de Flora denotaba enfado. Ricardo llegó hasta ella y la besó cariñoso.

—No te sulfures. Todo está bajo control.

Seguidamente, antes de que su madre pidiese explicaciones, anunció:

—¡Os dejo! No me esperéis hasta la noche.

—¿Adónde vas?! —interrogó ella, desconcertada.

—¡Al mercado!

Tras lanzar un guiño a su hermana, desapareció *ipso facto*.

—¿Qué le pasa? ¿Me quieres explicar? —interpeló Flora un tanto malhumorada.

Isabel dudó, pero no cabían excusas. Además, aquel era un hecho consumado.

—Está enamorado.

—¡Enamorado! —Se sorprendió—. ¿De quién?

—De Marissa Montesinos.

El semblante de Flora Acosta se congestionó.

El mercado empezaba a animarse, los tenderetes multicolores mostraban su mercancía. Había de casi todo, pero Ana Salazar no encontraba lo que buscaba; aun así, tenía que llevarse algo como coartada. De manera que se detuvo en un *puestecillo* de ropa y escogió un par de jerséis de punto en distinto color; surgieron las dudas, no sabía por cuál decidirse.

—¡El rojo!

Ana vibró, el timbre de voz de Miguel Hernández era inconfundible. Así que reprimiendo a duras penas la emoción, se volteó hacia él con expresión sonriente.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo!

Estaban cara a cara, encubriendo sus sentimientos.

—No sabía que frecuentabas este lugar —dijo Miguel en tono jovial.

—He venido a escondidas de mi hermano.

—¡Caramba! ¡Cuánto atrevimiento de tu parte! —enfaticó, burlón.

—¡Pues ni creas! Algo hay de verdad.

—¿Y eso?

—Mi sobrino, con motivo de la excursión del próximo fin de semana, necesita una mochila, una brújula y un flexómetro. Gonzalo no quiere que vaya y andamos a escondidas.

—Conociéndolo como lo conozco, es fácil adivinar la razón —manifestó Miguel con el ceño fruncido—; el sábado y el domingo la cantina se llena de gente y las manos de Beto, aunque pequeñas, se defienden muy bien.

—Exacto, ni más ni menos.

—¿Y qué piensas hacer? Porque, por lo que veo, no ha habido suerte.

—Mañana, aprovechando que La Imperial cierra, me acercaré a Gran Emporio. Después, entretanto logro convencer a Gonzalo, buscaré un sitio donde esconderlo.

Aquella era una oportunidad que Miguel no podía dejar escapar.

—Puedes guardarlo en mi casa, así no tienes de qué preocuparte; además, si gustas, puedo acompañarte. Tengo que ir de todos modos, mi padre anda de bricolaje.

Ana mostró templanza; en su interior, sin embargo, la alteración era acusada.

—Ellos cierran tarde, hay tiempo de sobra —añadió él a modo de persuasión—. Quedamos después del trabajo. ¿Te parece?

—Está bien. Te lo agradezco, Miguel.

—Para eso están los amigos —concluyó, risueño.

¡Cuánta amargura encerraba aquel comentario! ¡Cuánto dolor el mero hecho de escucharlo! Pero la amistad era lo único que podían permitirse.

La situación de Ricardo Ibáñez era muy diferente, él no tenía que recurrir al disimulo; sus sentimientos por Marissa Montesinos podían airearse a los cuatro vientos.

—¿Dónde está ella? —preguntó al ser recibido en la Casa Grande.

—En el salón —respondió Isaías—. ¿Quieres que anuncie tu llegada?

—Mejor sin avisar.

—Como quieras, ya sabes el camino, entonces. Yo, mientras, comunico a doña Adela que estás aquí.

Sentada junto al arreglo —su sitio predilecto desde el día anterior—, Marissa hojeaba una revista de moda y complementos. Nunca había mostrado especial interés por las tendencias; en aquellos momentos, sin embargo, no podía evadirse con un libro de lectura; su concentración se hallaba en paradero desconocido, por lo que sólo buscaba distraer la incordiante impaciencia. Básicamente, no estaba dispuesta a ceder en su empeño de comunicarse con Ricardo; pero, para un segundo intento, era preciso que pasara un tiempo prudencial y, en este punto estribaba el dilema; porque, cuando las ansias apremian, no es fácil saber dónde está el límite entre lo apropiado y lo que no.

—¡Qué pena con las flores, a tu lado lucen mustias!

—¡Ricardo!

El dilema quedaba resuelto, pero había sido pillada por sorpresa y el rubor de sus mejillas delataba su agitación.

—¡Me reconoces! —enfaticó, risueño—. Creí ser parte del olvido, un borrón en el diario de tu vida.

—Tienes alma de poeta, por lo que veo —destacó Marissa, complacida.

—En absoluto. Las florituras son de prestado, recurro a ellas cuando la ocasión lo merece.

Era Ricardo Ibáñez en estado puro: socarrón, desinhibido y arrollador.

—Es para ti —dijo al tiempo que le ofrecía el envoltorio que traía consigo—. Contiene bombones.

—No tenías por qué molestarte.

—No es molestia, es desespero. Como no me perdonaste con las flores, intento ablandarte con el chocolate.

—Sí te perdoné —replicó, turbada—. Sólo que no pude acudir. Hace un rato he llamado a tu casa para darte las gracias y disculparme.

—¿Debo entender que ya no existe resquemor?

—Ninguno.

—Te lo agradezco.

Ya no sonreía como antes, era plenamente consciente de la relevancia del momento y la

oportunidad que tenía ante sí.

—¡Buenos días, Ricardo!

—¿Qué tal, doña Adela?

—Tan sólo he venido a saludarte, salgo para la iglesia enseguida, no quiero perderme el inicio de la misa.

—Con su permiso, he venido a llevarme a su nieta.

—¿A mí?! —exclamó Marissa, sorprendida.

—Sí, a ti —reiteró él, categórico—. El día amaneció radiante y no voy a tolerar que te quedes en casa. En esta zona hay lugares espectaculares que debes conocer. Si no aceptas, igual me atrincheró aquí hasta que te decidas.

—¿Es una amenaza?

—En toda regla.

Doña Adela observaba la escena complacida; previamente informada por Ricardo acerca de sus intenciones, tenía todas las esperanzas puestas en él.

Sin embargo, su nieta abrigaba dudas.

—Necesito desplazarme en silla de ruedas —advirtió un tanto contrariada—. Eso supone un engorro.

—Para nada. Tengo el coche ahí afuera. Te basta con las muletas. Además, si te cansas, te llevo en volandas. Por tanto, señorita Montesinos, no hay excusa.

Marissa sabía que no tenía alternativa; de haberla, Ricardo la habría desestimado. Por otra parte, estaba deseosa de salir con él.

—Está bien. Pero antes tengo que arreglarme.

—No lo creo necesario. Estás bellísima.

—Gracias —Sonrió, abrumada—. Aun así, lo prefiero. No me tardo.

—De acuerdo. Te espero.

Solícito, la ayudó a incorporarse. Fue un simple roce, pero la sensación que experimentaron ambos al percibir el contacto del otro sobre la piel superó todo lo conocido.

En contraste, los auspicios de Isabel Ibáñez se presentaron tal cual los imaginó: don Roberto la aguardaba a la salida de misa y la compañía de su madre y su hija no supuso el mayor inconveniente para el aparte. Al ser los dos voluntarios de la parroquia y colaboradores habituales del padre Anselmo, cualquiera de las diversas actividades pastorales en curso se prestaba para la excusa, por lo que el rechazo de Isabel no tenía cabida, sin contar que, con su fingida afabilidad y disimulada cortesía, el honorable tenía ganada la confianza y la simpatía de Flora y la niña.

—¿Me acompañas? —solicitó asiendo su brazo.

Isabel se soltó a los pocos pasos; el tacto de aquel hombre le causaba repulsión.

—Si no le importa, prefiero que hablemos aquí.

—No es apropiado para lo que tengo que decir.

—Nadie puede oírnos —razonó ella, inquieta—. Además, tengo prisa, le ruego sea breve.

Él sonrió. La actitud de la joven viuda entraba dentro de lo previsible.

—Está bien, como quieras.

No estaba claudicando, su objetivo era claro; sin embargo, aunque el anhelo acuciase, se había propuesto no perder las formas.

—Lo que voy a decir no creo que te sorprenda —dijo, calmoso—, estoy seguro de que te has dado cuenta de lo que siento por ti. Me gustas, Isabel, me gustas mucho —reiteró, enfático—. Durante mi último viaje no he dejado de pensar en nosotros, quiero hacerte mi mujer.

Hasta aquel instante, Isabel Ibáñez mantenía la esperanza de que se tratara de un error de apreciación, pero ya no cabían dudas.

—¡Eso es imposible! —exclamó, estremecida.

—¿Por qué?

—¡Porque no siento nada por usted!

—Isabel, ¡por favor! No seas ingenua —replicó él, sarcástico—. No estoy pidiendo amor. Pido compañía. Además, casándote conmigo tendrás el porvenir de tu hija asegurado. Tu hermano, tarde o temprano formará su propia familia. ¿Dónde quedáis tú y la niña, entonces? Aceptando mi propuesta de matrimonio, el futuro de ambas queda resuelto. Piénsalo.

—¡No hay nada que pensar! —aseveró, indignada.

Acto seguido, sin dar tiempo a réplica, volteó sobre sus pasos y aceleró su andar: estaba consternada, ofendida, la sensación de malestar era especialmente aguda.

Por fortuna, la conversación entre Marissa Montesinos y Ricardo Ibáñez era bastante más distendida. Habían hecho una parada en su trayecto por la planicie costera, el sol brillaba en lo más alto y nada mejor para contrarrestar sus rayos de fuego y oro que un reconfortante licuado de coco, al lado de un manantial de agua cristalina envuelto en sombras.

—¡Es un disfrute para los sentidos! —declaró Marissa, fascinada.

Verdaderamente, la belleza del paraje natural quitaba el aliento: rocas de origen volcánico, junto a monumentales helechos, frondosas higueras y llamativas parotas, caobas, pochotas y rosamoradas, de entre un largo etcétera de variedades de plantas tropicales, distribuidas en un mosaico de tonalidades verdes; no en vano, en aquel segmento de litoral la sierra se sumergía en el océano y los estímulos visuales aparecían en forma de vegetación selvática, saltos, cascadas,

puntas, bahías y ensenadas con escarpados salientes.

—No puedo estar más de acuerdo —convino Ricardo, complacido—.

Me alegra comprobar que tenemos gustos afines.

En todo momento, se había conducido como un perfecto guía turístico; en aquella ocasión, en cambio, la observación era manifiestamente tendenciosa.

Marissa captó la intencionalidad del comentario, pero se limitó a sonreír; es más, con la mirada puesta en el paisaje, pareció desentenderse de su acompañante. Así y todo, tras unos instantes contemplativos, volvió la vista hacia Ricardo y preguntó:

—¿Por qué estás aquí, conmigo?

—No hay otro lugar mejor —respondió él, risueño.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

—Insisto —reiteró ella, ignorando la réplica—. ¿Por qué?

Las posiciones se habían intercambiado; ahora, era Marissa quien llevaba la iniciativa.

—Desde el momento que te vi, experimenté el deseo de ayudarte.

Su sonrisa había decaído y el timbre de voz sonaba franco y pausado.

—Pero tú apenas sabes quién soy.

—Tú tampoco sabes mucho de mí y, sin embargo, estás aquí, conmigo. Podría hacerte la misma pregunta.

Marissa se turbó, la iniciativa volvía a estar en manos de Ricardo, pero él no quería saber el porqué, aún no. Primero tenía que asegurarse de que ella dijese lo que ambicionaba escuchar.

—De todos modos, tienes razón, apenas nos conocemos —prosiguió—, pero eso tiene fácil arreglo: señorita Montesinos ¡estoy a su disposición! —resolvió, recuperando el tono desenfadado que le era característico—. ¿Qué quiere saber de mí?

—Todo.

Ricardo se carcajeó.

—¡Con razón dicen que las mujeres sois curiosas!

—Mejor di que los seres humanos somos curiosos por naturaleza —matizó ella en un intento por salir airosa.

—No te lo discuto. En todo caso, depende del interés que se tenga por la persona. Si me ciño a tu respuesta, el tuyo es realmente significativo.

—Supongo que mi curiosidad es comprensible —pretextó Marissa, recogiendo el guante—. De buenas a primeras te has convertido en mi consejero, es lógico que quiera saber en manos de quién estoy.

—¡En las mejores! —afirmó él, concluyente.

—Eso lo dices tú, pero la información que tengo sobre ti me genera serias dudas.

Ricardo mostró extrañeza.

—Según mis fuentes, además de seductor, eres un jueguista de mucho cuidado. A todas luces, una combinación peligrosa.

—No hagas caso —dijo él entre risas—. Son sólo habladurías, soy inofensivo.

—La verdad, no sé si creerte.

—Procuro ser amable, eso es todo.

—Me imagino —replicó Marissa con retintín.

—¿Te importa?

—No tiene por qué, no eres nada mío.

—No soy nada tuyo, pero no me importaría.

—Lo dicho, eres un seductor —reiteró ella, medio en broma medio en serio—. Además, no tiene nada de particular, los marineros tenéis un amor en cada puerto.

—No es mi caso, yo soy pescador —replicó Ricardo cambiando el gesto—. Estuve muy cerca de ser marinero. Desventuradamente, no pudo ser. Mis planes se truncaron de un modo imprevisible.

Marissa percibió el cambio, de ahí que por espacio de unos momentos estuviese dudosa entre abstenerse o seguir preguntando, pero tenía un objetivo en mente: conocer el pasado del hombre del que se sabía enamorada.

—¿Por qué? —interrogó.

—Porque en la vida las cosas no siempre salen como uno quiere; en ocasiones hay que tomar decisiones que nos apartan del camino trazado.

—¿Debo entender que a ti te sucedió?

—Así es. Iba para capitán de Marina Mercante. Estudiaba en la Escuela Náutica de Mazatlán. Cuando se produjo el naufragio, me faltaba un semestre para licenciarme.

—Tu madre me puso al tanto de lo ocurrido. Me admiró su entereza. Es una mujer muy fuerte.

—No tanto como aparenta. Padece de insuficiencia cardíaca. Su salud es delicada.

—Lo siento —dijo, afligida.

—A raíz del infortunio, su dolencia se agravó. Tiene que cuidarse; sin embargo, hace caso omiso a las advertencias. Isabel y yo nos pasamos de broncas con ella, pero es muy obstinada, no hay quien le haga entrar en razón.

—¿Y tu hermana? Me refiero a si su personalidad es fuerte como la de tu madre.

—No sabría decirte; son físicamente parecidas, pero de naturaleza muy diferente. Mi madre es puro nervio, con todo lo que eso implica. —Sonrió—. Por el contrario, Isabel es indulgente y sosegada. Las dos han sufrido mucho; la pérdida de mi padre y mi cuñado supuso un duro golpe

para ambas; aunque, a decir verdad, mi hermana se llevó la peor parte. A resultas de la depresión sobrevenida, sufrió un aborto; pese a estar de pocas semanas, el hecho, unido a las funestas circunstancias, la sumió en un profundo desconsuelo. Su hija es el incentivo para seguir viviendo.

El semblante de Marissa denotaba tristeza. Si bien su abuela le había contado los pormenores del caso, no tenía noticias relativas al aborto de Isabel, probablemente, porque la información del embarazo y posterior interrupción no había sido divulgada más allá del núcleo familiar.

—Te has quedado muy callada —dijo Ricardo, ante el prolongado silencio.

—Pensaba en tu hermana, en su vida rota, en lo efímero de la felicidad. Pensaba en esa niña huérfana de amor paterno —expresó con gesto compungido—. ¿Qué edad tiene tu sobrina?

—Nueve años recién cumplidos.

—¿Y cómo es?

—¡Adorable! La nenita más linda de San Mauricio.

Marissa no pudo por menos que sonreír.

—Hablas con orgullo de padre.

—Lo soy. Santiago me cedió el título.

Desgraciadamente, aquella había sido una cesión forzada, pero a efectos prácticos podía considerarse real. En los últimos siete años, Ricardo había sido el sustituto de su cuñado, y aunque la memoria de Santiago Valdés se había mantenido viva y su lugar y su nombre respetados, el desempeño del cargo y el afecto demostrado hacia su sobrina hacían de él la figura masculina de referencia.

—Te hablo con la verdad —reiteró—. Sara es bonita, obediente y tiene buen corazón. De pequeña era muy revoltosa, pero después cambió.

—¿Revoltosa?!

Él asintió.

—¿Guarda relación con el nombre de tu barcaza o es simple casualidad?

—Eres buena observadora —reconoció, sonriente—. No es casualidad, guarda relación directa. Ellos siempre hablaban de la revoltosa que tenían en casa. A resultas del naufragio, sus almas quedaron entre las olas; de algún modo, con la Revoltosa seguimos navegando juntos.

Los ojos de Marissa se anegaron. Ricardo se percató al instante.

—A mi lado la tristeza no tiene cabida —protestó—. Aparte de que es su turno, señorita Montesinos, le toca explicarse a usted.

Desprenderse de las emociones lleva su tiempo, pero ante la más envolvente de las miradas no podía flaquear.

—De acuerdo, señor Ibáñez —se avino, haciendo un esfuerzo—. ¿Por dónde quiere que

empiece? ¿Por mi familia, tal vez?

—Es lo correcto.

—Mi familia la forman mis padres y mis dos hermanos, además de mi abuela y mi tío carnal, casado y con dos hijos. Mis abuelos maternos fallecieron cuando niña. En cuanto al abuelo Lorenzo, apenas lo conocí. Yo contaba trece años cuando murió. A esa edad, no te paras a examinar cómo son las personas. De él guardo el recuerdo del anciano amoroso que nos traía regalos a mis hermanos y a mí, pero nos veíamos poco. Eso hacía que mi relación con él fuese inconexa. Con mi abuela ha sido diferente. Como supongo que sabrás, al quedarse viuda estuvo viviendo un tiempo con nosotros. Lamentablemente, no pudimos convencerla para que se quedara en Miami. Así y todo, desde entonces, procuramos que nuestros encuentros sean más seguidos. A mi abuela la admiro, es una mujer extraordinaria.

—Lo es, sin duda alguna —asintió Ricardo, magnánimo—. Y tus hermanos, ¿a qué se dedican?

—Edward, el mayor, al igual que mi padre, es arquitecto; forma parte de su equipo. Daryl estudió Bellas Artes, es el bohemio de la familia: un apasionado de la belleza y la estética; se especializó en la restauración de obras de arte.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

Marissa mostró desconcierto, su realidad pretérita volvía a pasar a un primer plano.

—A nada —contestó, apocada.

—Me han contado que eres pedagoga.

—Pero no ejerzo.

—Has cogido un año sabático, es todo.

—¡Eres imposible! —exclamó, admirada.

—Estoy planificando el futuro. Las ganancias de un pescador no dan para mucho; si decides quedarte conmigo, tendrás que desempeñar tu profesión, necesitamos dos sueldos para vivir.

En su primer encuentro, la había cogido desprevenida; en esta ocasión, Marissa no pensaba quedarse atrás en el juego.

—¿Debo entenderlo como una proposición?

—Por supuesto.

—En tal caso, comprenderás que necesite un tiempo para pensarlo.

—Es lógico. ¿Cuánto?

—Una semana. ¿Te parece?

—Me parece razonable.

Al momento, Ricardo desvió la vista hacia el cronógrafo de caucho que llevaba en la muñeca.

—Casi es la hora —anunció—. No te pregunto si tienes hambre, porque ya sé la respuesta. Me

han advertido de que apenas comes.

—¡Sí como! —replicó—. Obviamente, no tanto como la abuela y Clara quisieran.

—Entonces, vamos.

—De acuerdo.

—Durante la comida me sigues contando acerca de ti y tu familia; quiero saber con quién voy a emparentar.

La sonrisa de Marissa se agrandó.

Ricardo la ayudó a ponerse en pie. Tenerla tan cerca debilitaba sus fuerzas, pero se había propuesto no besarla hasta estar seguro de no ser rechazado.

—¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa?

Ambos se desafiaban con la mirada.

—¡Eres tremendo! —protestó, encandilada.



Encargo inusitado

Aquella tarde, en la residencia de Morningside, Eduardo Montesinos se disponía a no hacer nada. Durante la semana, ejercía de arquitecto reconocido, ciudadano respetable y esposo y padre ejemplar; el domingo, sin embargo, se encerraba en casa y desconectaba del mundo, como quien dice, no estaba para nadie.

—¿Telefoneaste, Eduardo?

Su mujer era la excepción.

—Justo deben estar en la sobremesa.

—¿Y?

—No veo la necesidad de importunarlas. Además, ¿qué prisa hay?

—Saber cómo está tu hija. ¿Te parece poco? —replicó Elsa, contrariada—. Quedamos en que hoy llamarías tú.

—Marissa no es una cría. Y con ella están mi madre, Clara e Isaías. Si algo fuese mal lo sabríamos, ¿no te parece? —argumentó Eduardo en claro gesto de desaprobación—. El primer día había una justificación para comunicarse, no conocía el sitio y podía no sentirse a gusto. Ahora, con telefonar una vez por semana es más que suficiente. Recuerda lo que dijo el doctor Hull al respecto: nuestra hija necesita alejarse un tiempo de su entorno. Y aunque nos duela, nosotros somos parte de él. De manera que, si te empeñas en agobiarla llamando, un día sí y otro también, lo único que harás será perjudicarla.

—Sé perfectamente que el viaje a San Mauricio ha sido planteado como instrumento de terapia psicológica, pero ¿en verdad crees que el alejamiento obrará la mejoría? —cuestionó, descreída.

—No es cuestión de creer; en ocasiones, las circunstancias obligan. El estado de nuestra hija es demasiado comprometido y no podemos descartar ninguna posibilidad. Por otra parte, aunque *a priori* la decisión genere dudas, prima el criterio facultativo.

Más que apelar al raciocinio, Eduardo se acogía a la lógica; después de todo, la languidez de Marissa no admitía discusión.

—¡No me convences! —declaró Elsa, concluyente—. Si bien estoy de acuerdo contigo en no atosigarla, necesito saber de ella. Y no pienso esperar ni un minuto más.

Lo había intentado; de hecho, Eduardo Montesinos lo intentaba desde hacía treinta y dos años;

mejor dicho, treinta, puesto que durante el primer tiempo de casados no tuvo conocimiento del problema subyacente. Fue a raíz del nacimiento de su primogénito cuando el temperamento de su mujer salió a la palestra. Nadie, ni siquiera él, podía poner en tela de juicio las cualidades de Elsa St. Clair como madre y esposa, pero sus miedos a propósito del bienestar y la seguridad de sus hijos rayaban lo patológico.

—Doña Adela, su nuera está al teléfono. Pregunta por la señorita Marissa.

—¿Qué le has dicho, Isaías?

—Nada comprometedor, señora —respondió, respetuoso—. No se encuentra en casa, eso es todo.

—Mejor así, por el momento es preferible que en Miami no sepan los pormenores.

—Descuide, doña Adela.

La confianza que la respetable señora tenía depositada en su mayordomo era plena; no en vano, Isaías tenía la extraña facultad de interpretar sus deseos incluso antes de ser revelados.

—¿Qué tal, Elsa? —se interesó en tono afectuoso—. (...). Así es. Ha salido con unas muchachas del pueblo. (...). Sorprendente, desde luego. Se conocieron el viernes en la misa recordatorio por el alma de tu suegro. (...). Te creo. Sin duda, el cambio le está sentando bien. (...). A media mañana, pero según me han informado, regresarán tarde. Tenían planeado visitar varios lugares. (...). Yo también lo espero. No os preocupéis, vuestra hija está en buenas manos.

En buenas manos y en buena mesa. ¡Y nunca mejor dicho!:

Ensalada de papaya y lisa tatemada para Marissa; chimichangas de ostión y pescado zarandeado para Ricardo; aguas frescas y pan de plátano.

—¿Qué tal la comida, señorita Montesinos?

—Deliciosa, señor Ibáñez.

—¿Y el lugar?

—Tremendamente acogedor.

—¿Y la compañía?

—Regia.

Era lo que sentía y lo proclamaba con una sonrisa de lado a lado.

—En tal caso, tengo algo que proponerle.

—¿Qué cosa?

—Navegar conmigo.

Marissa se mostró sorprendida.

—¿Acepta?

—¡Encantada! Será la primera vez que navegue en una barcaza de pesca.

—De todos modos, he de advertirle que la Revoltosa no es una embarcación de recreo —puntualizó, risueño—. Con todo, no la cambiaría por el yate de Roberto Govea.

Si Ricardo hubiese sabido lo que significaba el honorable en la vida de su hermana, no hubiera hablado de él tan a la ligera; por desgracia, estaba muy lejos de sospechar.

Flora Acosta estaba aún más lejos. Así y todo, aquella tarde la actitud de Isabel le causaba verdadera inquietud; la joven viuda se mostraba más reservada que de costumbre.

—¿Te sientes mal, hija? —preguntó con gesto de preocupación—. Te noto callada y ausente.

—Estoy bien, mamá, no te preocupes. Ocurre que en el día de hoy me gana la tristeza. Echo en falta a Santiago.

Era una verdad a medias, pero no quería hablar con nadie de la desagradable situación que enfrentaba y, menos aún, inquietar a su madre.

—Vuestro tiempo fue muy hermoso, pero él ya no está. Hace siete años que vives aferrada a su recuerdo. Todavía eres joven, Isabel. Necesitas salir, distraerte, conocer a gente y darte la oportunidad de enamorarte de nuevo.

—¡Eso nunca! —reprobó con firmeza—. Es cierto que sólo tengo su recuerdo, pero aún siento el ardor de sus labios en los míos. Y eso nadie lo borrará, ¡nadie!

El rostro de Isabel se había quebrado. Flora la abrazó amorosa.

—Lo siento, hija, no pretendía molestarte, sólo que me angustia verte tan sola.

—Lo sé, mamá, pero descuida, no estoy sola. Tengo a la niña y os tengo a ti y a Ricardo.

Flora frunció el ceño.

—Ricardo —masculló entre dientes—. Aún no consigo hacerme a la idea de lo que me has contado.

La Revoltosa surcaba las olas en su navegar mar adentro. Marissa, sentada en cubierta, contemplaba alejarse la costa. La estampa marinera era espléndida.

—¡Señorita Montesinos! ¿Todo bien por aquí?

La voz imperiosa provenía del puente de mando.

—¡Perfecto, señor Ibáñez! —respondió, gozosa.

Avanzaban rápido hacia ninguna parte y sorteaban el oleaje sólo por el placer de navegar a favor del viento, pero antes de que la silueta de tierra firme se desdibujase por completo, Ricardo dejó los motores en punto muerto y el rastro de espuma y agua removida se disgregó.

—¿Qué te parecen mis dominios? —interpeló, acomodándose junto a ella.

—¡Dignos del mejor lienzo!

—Habló la pintora. Mañana sin falta te acerco a Gran Emporio en busca de todo lo necesario para pintar.

—¡No! —objetó Marissa, atónita.

—No tienes escapatoria, debes cumplir con el encargo.

—¿Qué encargo? —interrogó, desconcertada.

—Pintar la Revoltosa.

La joven mostró perplejidad.

—Quizá te parezca absurdo, pero esta barcaza significa mucho para mí: con ella he navegado a la luz de la luna, del sol y a través de la bruma; gozado de la brisa marina y soportado el rigor de los vientos; disfrutado días de calma y padecido el embate de las olas bajo el rugir de la tormenta; es mi compañera de viaje, en cierto modo, la prolongación de mí mismo.

La expresividad de Ricardo no dejaba lugar a dudas; Marissa, sin embargo, había dejado de mirarlo.

—¿En qué piensas? —preguntó él ante su silencio.

—En que tu mujer sentirá celos —su voz sonó extraña.

—¡Celos! No concibo el porqué.

Mentía, el comentario era perfectamente entendible; además, un hombre tan perspicaz como él sabía leer entre líneas. En cualquier caso, el momento había llegado; sólo él sabía cuán ardua había sido la espera: el magnetismo de Marissa Montesinos superaba todo lo experimentado; este hecho, unido a la carga emotiva adicional, dificultaba aún más el dominio sobre sus instintos. Porque, antes que nada, Ricardo Ibáñez era un hombre apasionado.

—La Revoltosa adolece de manos que pueda tomar entre las mías —manifestó con voz susurrante—; no tiene pupilas chispeantes que, adondequiera que la vista clave, las vea llamear; tampoco posee mejillas que se enciendan con el roce de mis dedos ni labios de rubí que ansíe besar.

Marissa permaneció muda e inmóvil. La mirada oscura y penetrante de Ricardo subyugaba su voluntad, y aun a sabiendas del peligro que entrañaba, dejó que acariciara sus manos, su rostro... siquiera cuando los labios de él se posaron sobre los suyos fue capaz de oponer resistencia.

Ricardo la besó sin prisa, deleitándose en cada toque, en cada aspiración; apreciando con detenimiento su suave y aterciopelada textura, poniendo en jaque su propio autocontrol.

—Marissa... —susurró, cautivo.

Ella, incapaz de rebelarse al abuso de confianza, silenció su boca, devolviéndole el beso, pero esta vez sus labios se quemaron en las llamas de un aliento abrasador.

En tierra firme existían dudas a propósito de la pareja.

—Señora, ¿la señorita Marissa cenará en casa o hay algún motivo para pensar que no?

—Ninguno —replicó doña Adela—. De lo contrario, se habría comunicado.

—Eso, claro está, suponiendo que sepa en qué hora vive; hay situaciones en las que el tiempo se echa encima sin uno darse cuenta.

—No creo que ocurra nada de lo que estás pensando, Clara.

—¡Yo no estaría tan segura, señora! Son jóvenes y se gustan. Una combinación muy peligrosa, se mire por donde se mire.

—Aun así, confío en ellos. De presentarse la ocasión, estoy segura de que reflexionarán sobre las consecuencias de un posible arrebato.

El semblante de Clara ensombreció.

—A veces, la reflexión llega demasiado tarde.

—¿Hablas por Elena?

—Sí —respondió, apesadumbrada—. Se dejó llevar por la pasión y casi la perdemos.

—Pero eso ya pasó, tu hija está recuperada.

—Eso dicen. Sin embargo, ella es muy pasional, la forma de ser de las personas no cambia.

—Pero con los años la gente madura. Elena no es la jovencita inmadura que se enamoró perdidamente de un hombre; es una mujer.

—Una mujer que sigue enamorada del mismo hombre.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No. En la familia está prohibido hablar del tema; no obstante, sigue guardando su fotografía. En un descuido, uno de mis nietos la encontró. Tal parece que ni la distancia ni el paso del tiempo logran que lo olvide. Por otra parte, lleva días insistiendo en que quiere regresar a San Mauricio. Según dice, en casa de su hermana está muy a gusto, pero Andrea tiene a su esposo y a sus hijos, y ella necesita su propio lugar. Me temo que, a poco que encuentre trabajo, volverá. Nosotros podemos aconsejarla, pero no podemos obligarla. Como usted bien dice, Elena es una mujer adulta. Aun así, que regrese al pueblo me preocupa y a Isaías también. Sería distinto si se hubiese enamorado de nuevo, pero todo sigue igual que hace cinco años.

—Igual no —expresó doña Adela, reflexiva—. Tal como se dieron las cosas, difícilmente Miguel quiera nada con ella.

—De eso estoy convencida, pero mi inquietud no está en él, sino en cómo afrontará ella su indiferencia. Aunque me duela decirlo, Miguel Hernández se comportó como lo hubiera hecho la mayoría: Elena lo buscó y él aprovechó la oportunidad. Lo que ocurrió después fue fruto de la inmadurez de una muchacha que creyó que por entregarse a un hombre conseguiría retenerlo, pero nada más lejos de la realidad. Isaías lo maldice por ello. Yo no. Los sentimientos no pueden imponerse.

—Estoy contigo, Clara; es más, si Miguel, tras el suceso, se hubiese comprometido con tu hija,

habría sido por compasión. Pienso que tanto el uno como el otro merecen vivir el amor de forma plena. Son jóvenes, les queda toda una vida para encontrarlo; a veces, aparece cuando menos lo esperas.

En la cubierta de la Revoltosa las emociones estaban a flor de piel; el primer contacto había sido tan sumamente placentero, que lejos de serenar el ánimo lo había alterado.

—Es muy extraño lo que me pasa contigo —expresó Ricardo, arrobado—, es como si te conociera de antes, como si en todo este tiempo te hubiese estado esperando.

—No te estarás insinuando, ¿verdad?

—¿Doy esa impresión?

Marissa asintió.

—Entonces, debe de ser cierto —dijo besándola de nuevo.

Ella se zafó como pudo de sus propias ansias.

—Ricardo, ¿qué sientes por mí?

Él sonrió.

—Lo que te cuentan mis ojos —respondió, evasivo.

—Prefiero escucharlo de tu boca.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—No exactamente. Tengo curiosidad por saber cómo te las ingenias —resaltó en tono cálido y sensual.

—En las distancias cortas, causo una grata impresión —aseveró él entre ameno y sugerente.

Marissa no tenía ninguna duda al respecto; pero, mujer al fin y al cabo, anhelaba una declaración de amor.

Ricardo lo sabía. Y aunque su actitud aparentemente evasiva generase desconfianza, estaba más que dispuesto a complacerla; por lo que mudando el gesto a formal, con voz pausada, dijo:

—No alcanzo a describir lo que siento, es indescriptible; con todo, te diré que no puedo dejar de pensar en ti; que soy cautivo de tus ojos y sólo quiero anegarme en su luz; que el simple roce de tu piel enciende en mí la llama más ardiente y que, irremisiblemente, mis labios se han viciado al néctar de tu boca.

La atmósfera creada era perfecta para avivar el fuego, por lo que las caricias se volvieron codiciosas y la excitación galopante.

—¡No, Ricardo! —ordenó Marissa en un momento de cordura.

Esto es, el raciocinio pidió tiempo o, mejor dicho, la moral sujetó los impulsos naturales.

—Lo siento, me dejé llevar.

—Yo también, pero antes quiero estar segura de mis sentimientos —adujo ella, esforzándose

por recuperar la compostura—. Me encuentro inmersa en un torbellino de emociones; a tu lado es como si el pasado no existiera: no puedo pensar en nada, acaparas mi mente.

—Marissa...

—Por favor, déjame terminar —suplicó, sellando la boca de Ricardo con dedos acariciantes—. Anoche tuve un sueño: oí tu voz que me llamaba, sentí tu mano en la mía y dejé que me llevaras; en aquel instante, mi angustia desapareció. Lamentablemente, era un sueño; mi alma sigue atormentada. Tú alivias ese sufrimiento, pero necesito saber si hay algo más.

—Descuida, sabré esperar —replicó, amoroso—. Me basta con caminar a tu lado y sostenerte cuando desmayes, ser tu fuerza en la flaqueza y tu guía en la oscuridad. Mi corazón te aguarda, pero será cuando tú decidas que llevemos anclas y pongamos rumbo a nuestros más hondos anhelos.

Subyugada, Marissa se echó al cuello de Ricardo y lo besó con obsequiosa vehemencia.

—Tendrás que darte prisa en averiguar qué sientes por mí —advirtió él, insinuante—. Tus besos son en extremo sugestivos, no sé hasta cuándo podré contener mis ansias.

Ella se soltó un tanto sofocada.

—Por lo que veo, estoy en una situación expuesta —destacó, sobreponiéndose a las ardientes sensaciones que la dominaban—. Mejor será que regresemos cuanto antes. Además, se está haciendo tarde y mi abuela debe estar preocupada; desde esta mañana no sabe nada de nosotros.

—Estoy muy a gusto, no me apetece volver —contradijo él, estrechándola nuevamente entre sus brazos.

—¡Ricardo! —recriminó ella, al darse cuenta clara de sus intenciones.

Él rio, gozoso.

—Está bien, como quieras —cedió, soltándola—. Bajo a buscarte un jersey; de lo contrario, cogerás frío.

Marissa lo siguió con la mirada; el brillo de sus ojos ponía al descubierto la verdad de su mentira; no necesitaba tiempo para aclarar sus sentimientos: estaba perdidamente enamorada.

En la costa, alguien no las tenía todas consigo.

—¡Qué extraño! La Revoltosa no está en su amarre.

Si bien las últimas horas de la tarde de aquel día invitaban al sosiego, al llegar al embarcadero, los ánimos de Lope Ricoy se habían visto seriamente alterados.

—Probablemente, Ricardo esté en tareas de prueba —indicó Camila Morillo en un intento de tranquilizar a su marido.

—Lo dudo. Esta semana apenas tenía mantenimiento.

—Habrá salido a navegar —razonó ella.

—No acostumbra a salir los fines de semana.

—Puede que esté acompañado.

Lope mostró incredulidad.

—Si así fuese, me sorprendería. Ricardo es muy discreto, no le gusta exhibirse con sus conquistas.

—Tal vez ella sea alguien especial.

—Si en la Revoltosa hay una mujer, sin duda lo es.

—¿Quién será? —elucubró Camila.

—Habrá que averiguarlo —resolvió Lope—. Y sin mucho esfuerzo. Se está aproximando una barcaza.

—Mejor nos vamos. Ricardo podría molestarse.

—¡Ni hablar! —exclamó él con rotundidad—. Suponiendo que sea como dices, no voy a quedarme con las ganas de conocer a esa joven; además, pasear forma parte de nuestras costumbres vespertinas, de manera que el encuentro entra dentro de lo posible. Por lo pronto, nos alejamos y al rato regresamos. Será un encuentro casual. —Sonrió.

No cabía la réplica; a fin de cuentas, aquel era un lugar público y ellos lo transitaban a diario.

La Revoltosa llegó sin novedad. De ahí que, una vez ejecutada la maniobra de aproximación, Ricardo dejase el puente de mando y fuese donde Marissa.

—¿Ha tenido buena travesía, señorita Montesinos? —preguntó en tono burlón.

—¡Estupenda!

—Con la nave a mi cargo, no podía ser de otro modo.

Ella sonrió, alegre. Él, flechado, la besó.

La escena era reveladora, por lo que Lope hubo de reconocer que su mujer estaba en lo cierto.

—Bajo a amarrar la Revoltosa —informó Ricardo—. Mientras puedes llamar a tu abuela —sugirió, al tiempo que le proporcionaba su teléfono móvil.

Acto seguido, se dispuso a tirar el primero de los cabos.

—¿Se te ofrece algo, patrón? —interpeló Lope, risueño.

El semblante de Ricardo se congestionó... lo habían pillado infraganti. Con todo, se repuso enseguida y, tras saludar a Camila con un amigable ademán, dijo:

—¡Ya que estás ahí, bien podrías echar una mano!

Sin más dilación, y con la destreza y agilidad propia de dos hombres de oficio, Lope y Ricardo procedieron al amarre.

La colaboración se excedió más allá de las maniobras de atraque.

—¿Las alcanzas, por favor?

—Sí, por supuesto —respondió Lope cogiendo las muletas.

Él y su mujer intercambiaron miradas de extrañeza.

—¿Quiénes son? —preguntó Marissa cuando Ricardo acudió en su busca.

Lope Ricoy es tripulante de la Revoltosa. Camila Morillo, su esposa. Son buena gente. Aunque te advierto que Lope es un guasón de mucho cuidado.

Dicho esto, la cogió en brazos. Momento en que la expectación del matrimonio Ricoy llegó a su máxima intensidad. Habían apreciado el perfil de la joven desde la distancia, pero el auricular del teléfono móvil solapaba, en parte, la armonía y perfección de sus rasgos. Ahora no había obstáculos, por lo que ambos constataron que la belleza de aquella desconocida era cautivante.

Al pisar tierra firme, Lope, diligente, le acercó las muletas.

Como era de esperar, Ricardo hizo las presentaciones pertinentes.

—¡Marissa Montesinos! —exclamó Camila, asombrada—. Sabía de su llegada, pero no esperaba encontrarla por aquí. Le deseo una feliz estancia entre nosotros.

—Gracias —correspondió Marissa, cordial—. No obstante, me sentiré más cómoda si nos tuteamos.

—Como gustes —asintió Camila con agrado.

—¿Y qué tal se ha portado la Revoltosa? —interrogó Lope con marcado interés.

—Bien, supongo —contestó, risueña—. A decir verdad, no entiendo nada de barcos, aparte de que era la primera vez que navegaba en una barcaza de pesca. Respondiendo desde mi ignorancia, creo que ha estado perfecta.

—Seguro; además —expresó él, taimado—, te has iniciado en la mejor del muelle. Lo que lamento es que Ricardo no diera aviso; de haberlo sabido, hubiéramos limpiado la mugre y echado ambientador.

El comentario generó risas.

—Pues la verdad es que he estado muy a gusto. En cuanto a la mugre, no me he percatado.

—Estarías ocupada en otras cosas.

—Lo cierto es que había mucho que ver.

—Me imagino. —Sonrió, malicioso—. Lo importante es que no tengas queja.

—Ninguna.

Previamente advertida, Marissa capeó la tanda de indirectas con manifiesta soltura, pero Ricardo conocía demasiado bien a Lope como para evitar darle alas.

—Voy en busca del coche —anunció—, enseguida estoy de regreso.

—Quédate tranquilo, nosotros nos quedamos a acompañarla —determinó Camila, deferente.

—Mejor tú la acompañas a ella y yo lo acompaño a él, no sea que se extravíe —rectificó Lope.

El aparte era del todo previsible, así que Ricardo aprestó el ánimo para enfrentarse a la sarta de preguntas.

—Y bien, amigo, ¿qué me cuentas?

—No tengo nada que contar.

—¡No te hagas! —protestó Lope—. He visto cómo os besabais. En serio, ¿qué significa Marissa Montesinos para ti?

Era una pregunta directa, que requería una respuesta concisa.

—Marissa es la mujer de mi vida.

La noche sobrevino al poco y el embarcadero y la compañía del matrimonio Ricoy quedó atrás en el tiempo.

Cuando Ricardo se detuvo, se encontraba a pocos pasos del soportal de la puerta principal de entrada a la Casa Grande.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marissa, al ver que se detenía sin motivo aparente.

—Tenemos que despedirnos.

—¿No pasas a saludar?

—Por supuesto, pero no quiero irme sin besarte y no puedo hacerlo delante de tu abuela. ¿O sí?

—¡No!

—Me lo suponía. —Sonrió, atrayéndola hacia él—. Señorita Montesinos, antes que nada, debo darle las gracias. Este fin de semana ha sido el más intenso de todos los que he vivido. Gracias por permitirme ser alguien en su vida.

La mirada de Marissa se anegó en luz y algo en su interior le anunciaba el final del período de sombras y el inicio de una etapa de ilusión, de magia, de amor.

—¡Buenas noches, Isaías!

—Buenas y radiantes, señorita.

El rostro de la joven era delator.

En casa de los Ibáñez, el recibimiento fue más mesurado.

—¿Me esperáis a mí? —enfaticó Ricardo, socarrón.

—¿Tú qué crees? —replicó Flora con expresión incierta.

—Pues aquí estoy —dijo, sonriendo—. ¿Dónde está Sara?

—Durmiendo —informó Isabel.

—Voy a verla.

—¡Aún no! —intervino su madre, resuelta—. Antes, tienes que contarnos qué ha pasado con Marissa Montesinos.

—Nada —respondió él, inexpresivo.

—¡Nada! —se extrañó su hermana—. ¿Has salido con ella?

—Sí.

—¿Os habéis peleado? —interrogó Flora, intranquila.

—No.

—¿Te ha decepcionado? —insistió Isabel.

—En absoluto.

Ante tamaña incertidumbre, Ricardo se ablandó.

—Entre Marissa y yo no ha pasado nada impropio de dos personas enamoradas.

—¿Hablas en serio?! —expresó su hermana, admirada.

—Muy en serio.

—¡No sabes cuánto me alegro! —dijo, abrazándose a él.

Por el contrario, el semblante de Flora evidenciaba tribulación.

—¿Estás seguro de lo que sientes, hijo? —su voz sonaba exigente—. ¿No será un sentimiento pasajero? ¿Un capricho? Marissa es una muchacha muy hermosa, es entendible que te guste.

—¿Adónde quieres llegar, madre? —interpeló él cambiando el gesto.

—No quiero que Marissa Montesinos sea una de tantas —argumentó, categórica—. Enamorarla es fácil para ti, en estos momentos es una mujer vulnerable. Te pido que no la hagas sufrir.

Ricardo aspiró profundamente y, con expresión grave, dijo:

—Es verdad que he estado con otras mujeres, pero nunca te he hablado de ellas, ni siquiera he mencionado sus nombres; eran rostros distintos y, sin embargo, mis sensaciones siempre han sido las mismas, ninguna logró aflorar mis sentimientos. Con Marissa, en cambio, todo ha sido diferente: desde el primer momento sentí el deseo de ayudarla, protegerla; sentí que era mi presente y mi futuro; la mujer de mi vida y de mis sueños. La quiero. Mis ansias me llevan a ella. No sé qué me depara el mañana, pero, hoy por hoy, estoy dispuesto a luchar por defender lo que siento.



9

El hombre de mi vida

El lunes despertó laborable y en San Mauricio se recuperó la actividad cotidiana; con todo, había excepciones: Gonzalo Salazar pertenecía a la minoría que transgredía la norma general. Ese día, La Imperial cerraba por descanso semanal y su ocupación se centraba en asuntos menos prioritarios que satisfacer el estómago de sus parroquianos. Precisamente, cuando su hermana irrumpió en el despacho, se encontraba repasando los últimos movimientos contables.

—Gonzalo, ¿tienes un momento?

—Sí, por supuesto.

—Tenemos que hablar, nos queda algo pendiente.

—¿Algo pendiente?

—Sí, no te hagas, sabes perfectamente a qué me refiero.

—No quiero volver sobre la misma discusión, Ana —replicó él, frunciendo el ceño.

—Pues yo sí, el tema no está resuelto. A cuatro días de la excursión, Beto sigue sumido en la incertidumbre. Lo que estás haciendo con él no es justo.

—Quiero lo mejor para mi hijo, eso es todo.

—Lo que tú consideras mejor —contradijo ella, incisiva—, su parecer es otro.

—Beto todavía es un muchacho y no sabe lo que quiere.

—Tal vez, pero tiene derecho a elegir su propio camino. Tú escogiste el tuyo. La diferencia está en que tu elección era la que quería nuestro padre. Tu hijo, en cambio, quiere ser médico. Si piensas que seguirá tus pasos, te equivocas; quizá lo haga durante un tiempo, pero él pertenece a otro mundo. Dale la oportunidad de decidir, hermano: sin presiones, sin trabas, apóyale en sus estudios y en todo lo que tenga que ver con ellos; de lo contrario, te arriesgas a perderlo.

La expresión de Gonzalo se avinagró.

—¿Por qué hablas de perderlo?

—Porque si insistes en tu terquedad, tarde o temprano, Beto se alejará de ti. ¿Acaso crees que siempre será el muchacho dócil que es ahora? No, Gonzalo, desengáñate. Tu hijo está en sexto de Primaria; en menos de cuatro años finalizará la enseñanza obligatoria. ¿Qué crees que pasará cuando con quince te diga que quiere continuar con el Bachillerato?, ¿qué le vas a decir?, que se

olvide de sus sueños, que lo primero es La Imperial y que hay que seguir con la tradición.

—Tú lo has dicho: faltan cuatro años —resaltó, malhumorado—. Durante este tiempo, estoy seguro de que Beto entenderá que lo mejor para él es permanecer en el negocio.

—¿Y si no es así? Si tu hijo insiste en ser médico, ¿qué harás? ¿Obligarlo a quedarse? Estarás en tu derecho, eres su padre, pero si lo haces, nunca te lo perdonará.

El semblante de Gonzalo evidenciaba malestar.

—Hermano, sé lo que significa este lugar para ti —prosiguió Ana, magnánima—. Aun así, no puedes pretender que tu hijo sienta lo mismo. Él tiene que escribir su historia con independencia de La Imperial.

—¿Has pensado lo que eso comportaría? —interpeló él con forzada calma.

—Sería el final de un período que inició el bisabuelo Cosme hace ciento veinte años.

—¡Exacto! ¿Y tú crees que el esfuerzo de cuatro generaciones debe desaparecer por el capricho de un muchacho?

—¿Y tú crees que ese muchacho debe sacrificar sus propias ilusiones en pro de una responsabilidad que él no ha buscado? No, Gonzalo. Beto no tiene la culpa de ser el único descendiente de los Salazar.

Se hizo el silencio y los ojos de Ana se humedecieron. Intentó disimular las lágrimas, pero cada vez eran más acuciantes.

Gonzalo acudió presto a confortarla.

—Sabes que cuentas con mi hombro —dijo, estrechándola entre sus brazos—. Lástima que no esté a mi alcance hacerte olvidar.

—Eso es imposible —afirmó ella, doliente—. Las malas experiencias perviven en la memoria.

—Tienes razón, pero es pasado, Ana. Te queda el presente y el futuro. Todavía estás a tiempo de rehacer tu vida.

—¿Y tú por qué no lo haces?

El rostro de Gonzalo se contrajo.

—No entra en mis planes equivocarme de nuevo.

—¿No será que esperas a que Graciela regrese?

—¿Qué te hace suponer tal cosa? —interpeló, sorprendido.

—El que no te hayas divorciado. Hace tres años que se fue y todavía no has movido nada.

—Andas descaminada: la desprecio. Y no por el hecho de haberme dejado por otro, sino porque se desentendió de nuestro hijo.

—Entonces, ¿por qué sigues casado con ella?

—Por Beto. No quiero arriesgarme a que se lo lleve.

—Graciela te abandonó, el juez dictaría sentencia a tu favor.

—Probablemente. Así y todo, durante un juicio pueden surgir imprevistos; no quiero aventurarme ni quiero que mi hijo sufra las consecuencias de un posible enfrentamiento entre su madre y yo. Aunque en ocasiones lo pongas en duda, en mi pensamiento, el bienestar de Beto tiene prioridad absoluta.

—No lo pongo en duda, Gonzalo. Justamente porque lo sé, te prevengo de lo que puede ocurrir. A ti, Dios te dio la oportunidad de ver crecer a tu hijo. A mi hija, en cambio, me la negó. No arriesgues el amor que te tiene; es, con diferencia, lo más valioso que posees.

Durante el transcurso de aquella mañana, en la Casa Grande tuvieron visita; si bien, exceptuando al padre Anselmo, Marissa Montesinos no tenía idea de quiénes eran aquellas personas ni el motivo de su presencia allí.

—Te presento a doña Berta Juárez, directora del Colegio Mayor de San Mauricio, y a la señorita Raquel Bianchini, titular de la jefatura de estudios —clarificó el cura párroco.

El desconcierto de Marissa fue notorio, pero aún no estaba todo dicho.

—Hemos venido a pedirte ayuda —dijo doña Berta, cordial.

—¿Ayuda?!

—De casualidad, hablando con el padre Anselmo, me comentó que hasta hace poco ejercías como pedagoga. Esta revelación, unida a nuestra endémica situación, me hizo concebir la posibilidad de abusar de tus conocimientos mientras estés entre nosotros.

Era una proposición del todo inesperada. Marissa buscó a su abuela con la mirada; doña Adela fingió estar tan sorprendida como ella.

—Pero no veo cómo podría hacerlo —manifestó, confusa.

—Permíteme que te explique.

Raquel tomó la palabra.

—Sucedre que en los pueblos carecemos del profesorado suficiente para atender las necesidades del alumnado y la mayoría de veces tenemos que desdoblarnos, y no solamente en las horas lectivas; sabes por experiencia que nuestra tarea no termina cuando los alumnos se van; hay que programar la siguiente jornada y corregir un montón de ejercicios. Tú podrías ayudarnos con eso. El sistema educativo de un país a otro puede variar, pero los conceptos son los mismos. Si aceptas, nos serás de gran ayuda. Justamente, este fin de semana, los últimos grados de Primaria salen dos días de convivencia, por lo que habrá muchas experiencias para contar y corregir; eso supone un trabajo añadido.

Las explicaciones eran de lo más convincentes, de manera que Marissa se encontraba entre la espada y la pared.

—La verdad, no sé hasta qué punto podría ser útil.

—Si te parece, mañana te muestro algunos de los trabajos realizados —resolvió Raquel—.

Podemos analizarlos y conocerás el sistema de valoraciones que empleamos; de esa forma, te será más fácil decidir.

La finalidad era despertar en Marissa el gusanillo por la enseñanza y la ensalada de astucias estaba a un paso de su objetivo.

—Está bien, prometo intentarlo —anunció, incapaz de negarse.

El ademán de los conjurados no pudo ser más expresivo. Es justo reconocer que la idea había sido expuesta con maestría.

En comparación, la sonrisa de Rosa Suárez no disimulaba ningún ardid; la flor de dieciocho primaveras relucía no sólo por su lindura, sino por su simpatía y alegría de vivir.

—¡Hola, chicos!

Había acudido al embarcadero en busca de su padre, era la excusa perfecta para ver a Ricardo Ibáñez. Aquella tarde, sin embargo, de los contertulios habituales solamente se encontraban Lope Ricoy y Carlos Heredia.

—¿Qué tal, beldad? —saludó Lope—. ¿Cómo te fue el fin de semana?

—Bien —contestó, risueña—. Aunque supongo que no tanto como a vosotros, ya que el sábado y el domingo me toca trabajar.

—Ah, claro. Tú, al igual que mi mujer, libras el lunes.

—Así es. Con el mercado, en Dulcería Baeza, el domingo es el día de mayor venta. En La Imperial, me imagino que durante el fin de semana ocurre lo mismo.

—En efecto. Según Camila, estos días el trabajo se multiplica.

—Y a ti, Carlos, ¿cómo te va?

Antes, ni reparaba en él; sin embargo, una vez confirmada la veracidad de su sensibilidad poética, había empezado a mirarlo con otros ojos.

—Normal —respondió el joven sin dejar de acomodar las cajas vacías.

—¿Has pensado en mí? ¿Lo trajiste?

—Todavía me faltan por pasar a limpio —se excusó él con timidez.

—Quedo a la espera —enfaticó ella, sonriente—. Pero te advierto que voy a insistir todos los días; conmigo no te valdrá hacerte el despistado.

—Descuida, no es mi intención.

Sí lo era, no sin razón el entrometido de Lope lo había metido en un buen lío. Y según cómo se desarrollase el asunto, podía liarse aún más parda. El caso es que Carlos pasaba por un joven esquivo e introvertido hasta que, en fechas recientes y en presencia de Rosa, el cotilla de Lope desenmascaró sus sentimientos. Y no es que su compañero en la Revoltosa lo quisiera mal, ¡para nada!, pero traía entre ceja y ceja sacudirle la timidez; de ahí que aprovechase cualquier

oportunidad que se presentaba para sacarle el nervio. Así que, cuando Carlos, lector empedernido, se dejó olvidado el libro que leía durante los descansos, se lo sirvió en bandeja de plata. Lope lo encontró de casualidad y por curiosidad le dio una hojeada y entre sus hojas halló el borrador de una composición poética: un poema que ponía al descubierto la pasión del joven por una mujer cuyo nombre escondía tras una rosa. De manera que, encauzado el asombro, que lo hubo, era cuestión de tiempo que Lope sacara a relucir el tema y, para incomodidad del pobre Carlos, lo hizo sin previo aviso y en el momento menos oportuno; después de todo, que alguien ventile el sentir de uno, aparte de ofensivo, tiene poco de agradable y mucho de bochornoso.

Total que, con veintitrés años, Carlos Heredia se había doctorado en disimular emociones; no le quedaba otra, porque la muchacha que quería estaba colgada por otro.

—Por cierto, ¿dónde están Ricardo y los demás? —preguntó Rosa, animosa.

—Tu padre y Andrés Padilla están en la lonja —informó Lope—, esta tarde los patrones han delegado el trabajo.

—¿Y eso?

—Miguel y Ricardo tenían pendientes.

—¿Se han ido?

—Hace un rato.

La sonrisa de Rosa se desdibujó.

Por el contrario, el semblante de Marissa Montesinos lucía radiante. Ricardo Ibáñez se había comunicado con ella apenas llegar a puerto y, en el tiempo de adecentarse, la recogería para llevarla de compras al centro comercial. Ni qué hablar que la encomienda de pintar la Revoltosa seguía en vigor, de manera que la joven estaba dispuesta a plasmar en el lienzo las líneas y colores más hábiles y armoniosos.

—¿Eres realidad o eres la visión de un sueño? —enfaticó Ricardo, fascinado.

—¿Tú qué crees?

Marissa había acudido a recibirlo y, verdaderamente, aquella tarde su belleza deslumbraba.

—Tengo dudas, necesito comprobarlo —adujo él, circunspecto.

Sin más, la atrajo hacia sí y la besó con vehemente anhelo.

—Eres real —susurró, incurriendo de nuevo en el abuso.

Ella no hizo ademán alguno por resistirse; compartía la misma necesidad intensa y sostenida.

—Te extraño, sin ti las horas se hacen interminables —afirmó Ricardo, enfrascado en su disfrute—. ¿Te parece si instalamos una emisora de radio? Así podré comunicarme contigo a cada rato.

—¿Lo crees necesario?

—Del todo.

—Por mí no hay inconveniente —dijo, subyugada—. En cualquier caso, tendrás que pedir permiso a mi abuela.

—¿Dónde está ella?

—En el jardín.

—Vamos, entonces.

Marissa mostró desconcierto.

—¿Hablas en serio?

—No —respondió, risueño—. Aunque admito que me encantaría controlar tus movimientos.

—¡Vaya! ¿Eres posesivo?

—Contigo solamente. Tengo que atarte corto, me importas demasiado.

Aquel era un tema que se prestaba a discusión, pero aquella tarde la prioridad se situaba a quince kilómetros de distancia.

Gran Emporio estaba muy concurrido, si bien la afluencia de compradores no era comparable a la de un fin de semana, la actividad en el recinto se observaba dinámica; no en vano sus dieciocho mil metros cuadrados de superficie, distribuida en dos plantas destinadas a hipermercado y tiendas especializadas, constituían el epicentro de la actividad comercial de las poblaciones cercanas.

Ana Salazar y Miguel Hernández se hallaban entre la concurrencia. Cualquier persona anónima, que se cruzara con ellos, podía interpretar que se trataba de una pareja avenida, enamorada y discreta; de hecho, la discreción era lo único que despistaba.

—¿Estás seguro, Miguel?

—Completamente. No es tan llamativo como el otro, pero su composición es más resistente al uso.

—Coincido con su esposo, señora —refrendó el vendedor.

Lamentablemente, la música que sonaba por el hilo musical silenció los latidos; de modo que en el rostro de Ana y Miguel sólo se apreció una sonrisa.

Marissa y Ricardo llegaron a Gran Emporio algo más tarde; con todo, su compra en el departamento de arte y diseño no era menos considerable.

—Hay mucho que llevar —expresó Marissa, preocupada.

—Descuida. Acerco las bolsas al coche y por el caballete regreso después. Mientras, puedes aguardar en la cafetería.

En la línea de cajas la fluidez del paso era correcta, apenas había colas.

—¡Híjole!, ¡qué sorpresa! —exclamó Ricardo, afable.

—¿Qué ocurre?

—Miguel Hernández se encuentra aquí —anunció, indicando el extremo de la hilera—. Creo que te lo presentaron.

—Así es —confirmó Marissa al reconocerlo—. Fue más amable que tú.

—¿Quieres ponerme celoso? —enfaticó.

—Tal vez, pero con él lo tendría difícil. Su mujer es muy guapa.

—No es su mujer, son conocidos del pueblo. Ana Salazar es copropietaria de La Imperial, la cantina más reputada de San Mauricio.

—Ricardo Ibáñez está aquí.

Ana recién se había percatado. Miguel acusó perplejidad.

—Va con Marissa Montesinos —informó, sonriente.

—No la conocía —declaró ella un tanto sorprendida—. En verdad es una belleza. Justina y Camila me habían hablado al respecto.

—Lo es, en efecto —convino él—. Ricardo y yo somos la envidia de muchos.

Ana se turbó, el halago no podía ser más directo.

Tras su paso por caja, las parejas se juntaron.

—¡Me sorprende veros por aquí!

—Lo mismo digo. No sabía que tus prisas y las mías se dirigían al mismo sitio.

La familiaridad de ambos amigos se manifestaba en los gestos, en el tono y en las palabras; una peculiaridad resultante de la estima y el respeto mutuo.

—Celebro saludarte, Marissa —dijo Miguel, cortés.

—Lo mismo digo —replicó ella, gentil.

—Te presento a Ana Salazar.

—Gusto en conocerte.

—El gusto es mío. Sabía de tu llegada, pero no había tenido la oportunidad de coincidir contigo.

—La verdad es que apenas he salido de la casa.

—Yo tampoco me prodigo fuera de la mía.

Se mostraban amables y receptivas, con buena disposición la una hacia la otra.

—¿Ya os vais? —interpeló Ricardo.

—Sí —respondió Miguel—. ¿Y vosotros?

—Tengo que regresar a por el caballete.

—¿Eres pintora?! —preguntó Ana, mostrando un vivo interés.

—Soy aficionada a la pintura, pero Ricardo se ha empeñado en que pinte la Revoltosa.

—Eso suena bien —realzó—. Además, si te animas a pintar, en los alrededores de San Mauricio encontrarás lugares idílicos para recrear sobre el lienzo.

—De eso estoy segura, lo que he visto hasta ahora me ha dejado impresionada. Y según mis fuentes, aún me queda por descubrir —puntualizó, risueña.

Miguel se mostraba admirado, el ánimo de Marissa Montesinos había experimentado un cambio radical; esto es, Ricardo había logrado su objetivo. Y como buen amigo, estaba dispuesto a poner de su parte.

—Ana, ¿tienes prisa por volver a casa?

—No. ¿Por qué?

—Se me ocurre que mientras nosotros terminamos con los pendientes, Marissa y tú podríais seguir platicando.

—Por mí encantada.

—Será un placer.

—¡Bien pensado! —aplaudió Ricardo.

Miguel se había limitado a jugar sobre seguro; después de todo, en un ambiente cordial apetece afianzar el trato y las dos jóvenes parecían abiertas a tal posibilidad.

—Dame tu bolsa, Ana, la acercaré al coche junto con las demás.

—¿Habéis venido juntos?! Suponía que habíais coincidido —enfaticó Ricardo un tanto sorprendido.

—Estamos en una misión, soy su cómplice —clarificó Miguel con sorna—. ¡Ni se te ocurra decirle a Gonzalo que nos has visto!

—Tienes mi palabra. ¿Qué pasa con él?

—Es por la excursión —informó Ana—. Mi hermano se niega a conceder la autorización para que Beto pueda acudir.

—Recuerdo que Sara lo comentó, pero me figuraba que en estos días ya habría recapacitado —adujo Ricardo con gesto grave.

—Pues no. Hemos venido a por la mochila y demás. Miguel lo guardará en su casa, entretanto yo intento convencer a Gonzalo de su estupidez.

—Pero ¿por qué le deniega el permiso? —intervino Marissa, expectante.

—Es largo de explicar, mejor nos acomodamos y en la cafetería te cuento.

Beto Salazar se encontraba estudiando en su cuarto, mejor dicho, ampliando conocimientos, no

en vano un buen médico se forja poco a poco; porque, en contra de lo que pudiese opinar su padre, el muchacho había nacido con una disposición y aptitud que le habilitaban para ejercer la medicina. De manera que la inclinación de Beto estaba lejos de ser un deseo impulsivo y su interés era meramente vocacional.

—¿Das tu permiso?

—Sí, papá.

Mencionar que, pese a su consabida cabezonería, Gonzalo era un padre amoroso y protector; por lo que la relación con su hijo siempre había sido fluida y respetuosa.

—¿Qué estudias?

—La plaqueta. Es elemento constituyente de la sangre de los vertebrados e interviene en la coagulación.

—¿Y estos libros?

—Pertenecen al doctor Nebrera.

—¡Víctor Nebrera! —exclamó, sorprendido.

—Se los prestó a la señorita Raquel. Son muy interesantes.

Demasiado para los intereses de Gonzalo.

—Supongo que esa señorita es tu tutora.

—Además de titular de la jefatura de estudios. ¡Es genial! —enfaticó—. Desde que llegó al Colegio Mayor de San Mauricio, todo ha cambiado a mejor.

Dicho de otro modo, el bando contrario sumaba efectivos y encima de relevancia.

—No te interrumpo más, hijo, al rato te aviso para cenar.

—Está bien, papá.

Como siempre, el tiempo decidiría: no estaba en sus manos hacer nada. Con treinta y ocho años, Gonzalo Salazar era un hombre de honor, íntegro y disciplinado, de un saber hacer las cosas como se deben. Así y todo, al volver la vista y contemplar a Beto absorto en la lectura, su expresión reveló tribulación.

En la cafetería de Gran Emporio el ambiente era más distendido y la comunicación entre Ana Salazar y Marissa Montesinos fluía con la mayor franqueza.

—Por el bien de tu sobrino, te deseo mucha suerte en la mediación. Ojalá tu hermano reflexione y entienda que la imposición no conduce a nada positivo.

—Cuento con ello. Aunque, dicho sea de paso, el problema no reside en la excursión propiamente dicha, el fondo de la cuestión es que Gonzalo se resiste a aceptar la realidad. Para él, Beto está menospreciando el esfuerzo de cuatro generaciones, lo siente como una traición a sus raíces. Con todo, si hay alguien que puede comprender a mi hermano, esa soy yo. Para

nosotros, el valor de La Imperial trasciende más allá del negocio, es nuestro refugio, el lugar donde administramos alegrías y penas, donde escondemos ilusiones y desesperanza.

El gesto de Ana había ensombrecido, sus rasgos denotaban tristeza.

—Sabes lo que es sufrir, ¿verdad?

—Así es.

—En eso coincidimos.

—A pesar de lo poco que te conozco, tengo la impresión de que coincidimos en más cosas.

—Yo también lo creo.

Una observación de lo más acertada.

—Marissa, ¿me permites una injerencia?

—Por supuesto.

—¿Estás enamorada de Ricardo?

—Sí —afirmó sin ambages—. Siento que es el hombre de mi vida.

Ana sonrió.

—Te felicito. Tu corazón ha sabido elegir. Ricardo Ibáñez es una gran persona.

—Y tú, ¿estás enamorada?

Comprometedora pregunta.

—Estoy enamorada de un imposible.

—¿Por qué un imposible?

—Porque a ese hombre no lo merezco.

La respuesta invitaba a sondear, pero Miguel y Ricardo aparecieron justo en aquel momento.

—No os hemos visto llegar —se sorprendió Marissa, recuperando la sonrisa.

—Estabais demasiado enfrascadas conversando —resolvió Ricardo, en tanto que sus miradas permanecían abducidas por la fascinación.

—Podéis besaros, por nosotros no os cortéis —dijo Miguel, ocurrente.

—¿Tanto se notan las ganas? —replicó su amigo, jovial.

—¿Tú qué opinas, Ana?

—Coincido contigo, se ve a la legua que están enamorados.

—Y tú, Marissa, ¿qué dices al respecto? —preguntó Ricardo, malicioso.

—Si damos esa impresión, por algo será.

—Es un hecho, entonces.

—Eso parece.

—¡Perfecto! El acontecimiento se presta a celebración. ¡Os invito a cenar!



10

Celos

En La Imperial, la cena en familia transcurría en circunstancias un tanto anómalas.

—Estás muy callado, hijo. ¿Qué ocurre?

—Extraño a la tía, se me hace raro cenar sin ella.

—La verdad es que sí —asintió Gonzalo, risueño—. Ana nos tiene malacostumbrados, su ausencia pesa. Así y todo, no debemos ser egoístas, ella también necesita relacionarse con sus amistades.

—Lo sé, pero como nunca sale.

—Sí, ciertamente. Ana se pasa los días encerrada en casa, y eso no está bien.

—Papá, ¿por qué la tía no se ha casado? Ella es muy linda y buena onda.

La pregunta no tenía una respuesta fácil.

—Puede que no haya encontrado al hombre adecuado. Casarse es algo muy serio, Beto, hay que pensarlo bien.

—¿Tú no lo pensaste?

Gonzalo mostró desconcierto, hubiese preferido eludir la cuestión; sin embargo, una vez superado el efecto del primer momento, optó por sincerarse.

—No lo suficiente. A veces las personas nos dejamos deslumbrar por la apariencia y la envoltura nos impide ver el contenido.

—¿A ti te pasó?

—Sí. Tu madre era una joven sumamente atractiva, admito que su físico me sedujo. Después, el paso del tiempo se encargó de demostrar que éramos muy diferentes y que, en realidad, me había casado con alguien que no conocía. Desgraciadamente, nuestras diferencias minaron la relación hasta el punto de afectar la convivencia. El resto ya lo conoces.

Lo conocía, desde luego. Beto Salazar era parte damnificada y aunque en gran medida había logrado superar el trauma del abandono, aún quedaban incertidumbres y preguntas sin respuesta.

—¿La perdonarías si volviese a casa?

El tema era particularmente espinoso; no obstante, en el sentir de Gonzalo Salazar no cabían dudas.

—Beto, en la vida se dan situaciones en las cuales perdonar resulta muy difícil; hacerlo solamente está al alcance de unos pocos: no es mi caso; entre tu madre y yo el daño es irreparable, no hay posibilidad de arreglo —aseveró con gesto grave—. Lo siento, hijo, probablemente mi respuesta te resulte dolorosa, pero no puedo mentirte ni dejar entrever falsas expectativas.

Aquella era una verdad sin vueltas, límpida y concreta, decepcionante, tal vez, pero necesaria.

—Descuida, papá, no me duele —dijo el muchacho, introspectivo—. Cuando mamá se fue, sí me dolió. Entendí que si se había ido era porque no me quería lo suficiente. Durante este tiempo, me he acostumbrado a estar sin ella, ya no la necesito, en su lugar tengo a la tía.

Se explicaba con libertad, no en vano Beto Salazar era un muchacho muy maduro para su edad, capaz de obtener conclusiones y formar juicios.

—A Ana la quieres mucho, ¿verdad?

—Sí. ¡Es la mejor!

—Lo es, sin duda alguna. Además de la más testaruda y machacona —enfaticó—. Por cierto, ¿cómo van los preparativos de la excursión?

Beto se mostró contrariado, no esperaba la pregunta.

—Bien —aseguró con voz apagada—. Todos están muy ilusionados.

—Todos menos tú, claro está.

La intencionalidad de Gonzalo era inequívoca.

—En tal caso, habrá que ponerle remedio —continuó—. No quiero que tu tía me haga la vida imposible. Tienes mi permiso para ir.

Los ojos del muchacho se abrieron como platos.

—¿¿Hablas en serio, papá?! —exclamó entre incrédulo y exultante.

—Completamente.

Casa Juan, a diferencia de La Imperial, no cerraba los lunes; especializado en la restauración de carne de res, era, en cuanto a calidad y prestigio, lo que su homólogo en mariscos y pescados.

—Estarás de acuerdo en que nos han dispensado un trato preferente —ponderó Miguel.

—Totalmente, amigo —asintió Ricardo—. La belleza de nuestras acompañantes, aparte de dar realce al establecimiento, ha estimulado la creatividad del chef.

—Ciertamente, Juan se ha desvivido por atenderlas; después de todo, entre ellas se encontraba una reconocida profesional del gremio.

—¡Caramba! ¡Qué aduladores! —exclamó Ana entre complacida y amena.

—Para nada —replicó Miguel—. Nos remitimos a los hechos.

—Los motivos pueden ser discutibles, pero la cena estaba deliciosa —intervino Marissa,

risueña—, no recuerdo haber comido birria de res tan sabrosa.

—¡Seguro, además! —enfaticó Ricardo—. Los gringos degustáis *fast food*.

—¡Óyeme, no, tampoco es eso! —protestó ella—. Es más, por si no lo recuerdas, mis padres son de ascendencia mexicana y en mi casa la comida no se diferencia tanto de la vuestra. Aunque reconozco que le falta el toque.

—Juan lo tiene, su talento es indiscutible. En esta zona, Casa Juan y La Imperial son los máximos exponentes de la cocina tradicional. Un día de estos te llevo a la cantina y lo comprobarás por ti misma.

—Te tomo la palabra —recalcó Ana, resuelta—. Tú y Miguel pescáis los mejores ejemplares y yo los condimento.

—Así se hará —convino Ricardo.

Habían llegado al aparcamiento; el día siguiente era laborable y aunque la afabilidad y el buen humor imperante invitaban a alargar la velada, aquella noche prevalecían las obligaciones.

—Sed juiciosos —dijo un sonriente Miguel al despedirse.

—Gracias por la invitación, Ricardo —agradeció Ana.

—A ti por acompañarnos.

—Espero tu llamada, Marissa.

—Pierde cuidado, te llamo mañana sin falta.

Si el objetivo pasaba por afianzar el trato entre las jóvenes, a fe que se había logrado. En realidad, ambas habían simpatizado desde el primer momento y, a tenor de los indicadores, aquella inclinación mutua, afectiva y amistosa, se anunciaba de largo recorrido.

—¿Qué sucede, Miguel?

—Nada grave, pero necesito comprobarlo.

Justo se disponían a partir cuando al girar la llave en el contacto el testigo del aceite se encendió.

—Miguel tiene problemas —advirtió Ricardo al ver a su amigo levantar el capó.

Al ir a interesarse, constató que la cuestión era de orden menor.

—Se trata de un fallo electrónico. He pensado en la posibilidad de una fuga, pero el nivel está correcto. En verdad me extrañaba, el sábado lo estuve revisando y no aprecié manchas de lubricante ni nada que pudiera considerarse anormal.

En aquel lapso de tiempo, el teléfono móvil que Ricardo había abandonado sobre el salpicadero de su coche recibió una llamada; aun estando en posición de silencio, Marissa se percató y, en

una reacción instintiva, cogió el celular: casi de inmediato, sufrió una punzada.

—No era nada serio, podemos irnos —informó Ricardo al poco.

El gesto cariñoso que siguió a la aclaración, no produjo efecto alguno; al contrario, Marissa estaba muy tensa.

—¿Todo bien? —preguntó, extrañado.

—Sí. —Su rostro la desmentía—. Tienes una llamada perdida —comunicó, escueta.

Al verificar el aviso, Ricardo halló la causa del cambio de actitud.

—¿Es una de tus amigas?

—En efecto —respondió él con buen ánimo.

—Lo suponía. Debe ser muy amiga cuando te llama a estas horas.

—No más que las otras.

—¡Ah, claro! Olvidaba que procuras ser amable con todas.

Ricardo se mostraba reidor mientras que Marissa permanecía ceñuda.

—Te noto molesta.

—¡Yo molesta!, ¡por favor! —replicó, disimulada—. No soy ninguna retrógrada. Considero que cada uno es libre de tener su propio círculo de amistades, independientemente de con quién esté.

—Me agrada que pienses así, nos evitará muchos pleitos.

El dominio de la situación pertenecía por entero a Ricardo y, para mayor disfrute, Marissa razonaba y actuaba de manera inconsecuente.

—Laura debe estar impaciente, mejor llámala.

—¿Tú crees? No pensaba hacerlo, no me urge.

—Comprendo, ciertos temas requieren privacidad —dijo, incisiva.

—Así es, pero no es el caso. Tú demuestras ser una mujer muy avanzada en estas cuestiones y un posible flirteo entre mi amiga y yo no debería suponer ningún incordio.

—En absoluto.

—Entonces, si no te importa, haré la llamada; puede que tengas razón, Laura debe estar preocupada por mí, en todo el fin de semana no ha tenido noticias mías.

Dicho esto, dio un toque en registros. Instante en que Marissa reaccionó.

—¡Detente, te lo ruego! —suplicó, abochornada—. Me estoy comportando como una estúpida.

—Discrepo —replicó él, sonriente—. Te comportas como una mujer celosa que no quiere reconocerlo.

Marissa no podía rebatirle. No obstante, aunque la complacencia de Ricardo era plena, en modo alguno buscaba avivar la incomodidad de su enamorada. Así que, a fin de desvanecer cualquier sospecha, se dispuso a poner los puntos sobre las íes.

—Te quiero, Marissa —afirmó con vehemencia—. No dejes que las dudas interfieran entre nosotros, no hay razón, no puede haberla, el fuego de tus labios ha fundido todos los besos y el fulgor de tus pupilas ha oscurecido las demás. ¿Me crees?

—Necesito creerte, Ricardo, lo necesito con todas mis fuerzas, no soportaría ser una más.

El diálogo entre Ana Salazar y Miguel Hernández discurría por otros cauces; de hecho, el flujo de la conversación llevaba un tiempo interrumpido.

—Enseguida llegamos —anunció él—. Debes de estar cansada.

—¿Por qué lo dices?

—Te noto callada.

—Estaba meditando.

—Eso suena muy profundo. —Sonrió.

—Pensaba en Marissa Montesinos y en lo contradictoria que es la vida.

—¿A qué te refieres?

—De no haber tenido el accidente y sufrido sus consecuencias, ella y Ricardo no se habrían conocido.

—Verdaderamente. Pero no lo atribuyas únicamente a su desgracia. Si Vicente Ibáñez y Santiago Valdés no hubieran sucumbido al naufragio, difícilmente él se encontraría en San Mauricio; lo más probable es que se hallara viajando por el mundo al mando de un mercante.

—Aquí radica lo contradictorio, el infortunio ha propiciado su encuentro y tal parece que su felicidad.

—La vida es sorprendente e imprevisible, es parte de su grandeza.

—¿Eres uno de sus incondicionales?

—Lo soy.

—¿Pese al sufrimiento que conlleva?

—A pesar de él —subrayó, enfático—. Los hechos y circunstancias que transcurren a lo largo de nuestra existencia, mayormente tienen su origen en nuestras propias decisiones; en gran medida, nosotros somos los responsables de nuestra infelicidad.

El corazón de Ana se encogió; ella era un buen ejemplo, su amargura era consecuencia directa de su estupidez.

—Bien, hemos llegado.

Al no advertir sonido ni ademán alguno, Miguel desvió la vista hacia su acompañante; al reparar en sus ojos llorosos, de manera instintiva rozó sus mejillas.

—Ana, ¿qué te ocurre? —preguntó, conmovido.

El suave contacto de los dedos acariciantes propició el fin del ensimismamiento.

—Lo siento —dijo, aturdida—. Estaba enfrascada en mis pensamientos.

—Dolorosos, por lo que veo —afirmó él sin dejar de acariciarla—. Han sido mis palabras, ellas han removido el pasado; no sabes cuánto lamento mi torpeza.

—No te culpes. Tú sólo has hablado de realidades. Y tienes razón, yo soy la principal responsable de mi infelicidad.

—Te enamoraste, eso es todo —resolvió, magnánimo—. Pero la vida sigue su curso, cada amanecer se abre a nuevas ilusiones, basta con desatranca la puerta.

—Mi infelicidad no es por falta de ilusiones, al contrario, mis sentimientos nadan en ellas.

Miguel acusó desconcierto.

—Entonces, ¿qué te impide ser feliz?

—Sucede que, cuando quiero aflorarlas, el pasado las engulle.

Sus miradas quedaron atrapadas; a poca atención que hubiesen prestado, habrían visto su amor reflejado en las pupilas del otro; lamentablemente, el ayer los cegaba.

—Debo irme, es tarde y te estoy entreteniendo —dijo, turbada.

Era una frase engañosa, pero lo cierto es que, si se quedaba, no podría reprimir por más tiempo el deseo de abrazarse a él.

—Gracias por todo. En verdad, te lo agradezco —reiteró, apeándose del coche presurosa.

—No tienes nada que agradecer.

La siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido por el sendero que daba acceso a la zona privada. Ahuyentado el peligro, exhaló un suspiro: estaba exhausto, la pugna consigo mismo había sido atroz. Aquella noche, Ana se había mostrado especialmente vulnerable y él ardía en deseos de envolverla en su abrazo; sin embargo, se había comportado como el más imbécil de los hombres, ¡enhorabuena!

La situación de ella no era mejor; recostada contra la puerta, permaneció sumida en la desesperanza hasta que, al percibir el ruido del motor alejarse, rompió a llorar.

Con respecto al amago de celos de Marissa Montesinos, todo apuntaba a que había sido debidamente contrarrestado.

—Se ha hecho tarde, esta noche apenas podrás dormir.

—No importa, he decidido pasarla en vela. Te propongo irnos a la playa y contemplar las estrellas hasta el amanecer, ¿aceptas? Prometo comportarme —aclaró Ricardo, socarrón.

—¡Sí, cómo no! —replicó Marissa, incrédula.

—Hace un momento te lo he demostrado, he sabido frenar a tiempo —recalcó él—. Aunque confieso que me ha costado lo mío.

—Por eso mismo, no hay que tentar a la suerte.

—¿Cuál suerte?

—La mía, naturalmente.

—¿Sigues dudando de mis sentimientos?

—No.

—Entonces, ¿por qué reprimes tus ansias?

—Porque no quiero equivocarme.

—Hablas como si nunca hubieras estado con nadie.

—Así es, ningún hombre despertó en mí suficiente confianza como para entregarme a él. Si, al igual que Ana Salazar, he de sufrir de amores, no quiero que sea por efecto de mis instintos, sino como consecuencia de mis emociones —hablaba con la firmeza que le proporcionaban sus convicciones.

—Tu caso y el de Ana son muy diferentes —manifestó Ricardo, cambiando el gesto—. Yo te amo, Marissa. A ella, en cambio, aquel canalla la engañó.

—¿Quién era? ¿Cómo se conocieron? —preguntó con indisimulado interés.

—Trabajaba en una empresa de *software* y cuando Gran Emporio abrió, puso en funcionamiento el sistema informático. Durante su estancia aquí, se encaprichó de Ana y pavoneó su labia hasta enamorarla.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—Los Salazar tienen una tía que reside en el D. F., cayó enferma y precisó cuidados; en los meses que Ana estuvo allí, descubrió que el tal Ugarte era un hombre casado.

—¡Infame! Tremendo desengaño —expresó Marissa, compungida.

—La verdad es que lo pasó muy mal; de hecho, no ha vuelto a ser la misma. Y lo peor es que lo sigue queriendo.

—¿Te lo ha dicho ella? —interrogó un tanto sorprendida.

—No, pero desde entonces no se le conoce relación alguna.

—Eso no prueba nada, ha pasado mucho tiempo, puede haberse enamorado de alguien más.

—Nunca ha dado muestra de ello.

Marissa se quedó pensativa.

—Esta tarde, en la cafetería, Ana me ha preguntado si estaba enamorada de ti —comentó tras unos minutos reflexivos.

—¿Y qué has respondido? —interpeló Ricardo, expectante.

—¿Tú qué crees?

—Quiero escucharlo de tu voz.

—He dicho que sí.

—¡¿Nada más?!

—¿Te parece poco?

—Sí, la verdad —replicó él fingiendo decepción—. Confiaba en que dirías que soy el hombre de tu vida.

Su expresión invitaba a besarlo, pero Marissa se contuvo.

—Todavía no lo eres.

—¿Cuánto me falta?

—¡Ricardo! Nos estamos desviando del tema —protestó ella.

—Está bien, no me lo tengas en cuenta —se excusó, reidor.

—Una vez satisfecha su pregunta, yo también me he interesado por el sentir de Ana —prosiguió Marissa, retomando el hilo.

—¿Y qué has averiguado?

—Que está enamorada de un imposible. Según ella, a ese hombre no lo merece. Obviamente, no se estaba refiriendo a aquel miserable.

Ricardo mostró extrañeza.

—¿Cómo explicas su aislamiento, entonces?

—Puede que él sea de su entorno.

—No digo que no, por La Imperial pasamos todos los hombres del pueblo, es nuestro lugar de encuentro. Aun así, me resulta sorprendente. Si fuera como dices, ¿por qué piensa que no lo merece? Ana, aparte de bella, es una mujer excepcional, cualquier hombre estaría orgulloso de tenerla a su lado.

—Quizá su mortificación esté en el hecho de no poder entregarle la candidez que el otro mancilló.

—En tal caso, faltaría saber la opinión de ese hombre al respecto; muy probablemente, Ana se llevaría una sorpresa. Si él la quisiera, aceptaría su pasado. Al fin y al cabo, qué importan las experiencias pretéritas, cuando tienes la posibilidad de construir un futuro junto a la persona amada.

—¡Te ganaste un beso! —enfaticó Marissa al tiempo que besaba su mejilla.

—¿Solamente uno? —refunfuñó él—. ¡Qué rúcana eres!

Lo besó de nuevo.

—Más...

—¡Ya basta! Estás conduciendo.

—Al poco voy a desquitarme —dijo Ricardo en tono amenazador.

La réplica procuró un instante de diversión. Apenas sofocada la risa, Marissa retomó la conversación.

—Miguel es tu mejor amigo, ¿verdad?

—En efecto.

—Me extraña que un hombre como él no esté con una mujer.

—Dar con la pareja ideal lleva su tiempo —argumentó.

—¿Es su caso?

—No, exactamente.

—¿Entonces?

—Ella quiere a otro hombre.

—¿La conoces?

—No. Miguel siempre ha rehusado decirme de quién se trata.

—¿No te resulta extraño?

—En estas cuestiones es un tanto reservado.

—Y prudente —razonó Marissa.

—¿Qué quieres decir?

—Si esa mujer pertenece a vuestro círculo de amistades, evita insinuaciones y comentarios comprometedores.

—Miguel sabe que nunca diré nada que pueda molestarle.

—Lo sé, pero si supieras quién es, tu actitud con ella cambiaría. Te retraerías, estoy segura.

Ricardo detuvo el coche, habían llegado al final de trayecto.

—No sabría decirte —dijo, reflexivo—. En cualquier caso, estamos debatiendo sobre meras conjeturas.

—Conjeturas acertadas —replicó Marissa.

Él la miró sorprendido.

—¡Pero cómo! ¿Eres adivina?

—Soy observadora. Y lo que me has contado reafirma mis conclusiones.

—¿Cuáles?

—Ana y Miguel están enamorados.

—¡¡¡Qué!!!

El asombro de Ricardo fue superlativo.

—¡Ana y Miguel enamorados! —repitió con ojos de pasmo—. Me parece increíble lo que estás diciendo, no porque no pueda ser verdad, sino porque tal posibilidad no la había contemplado. ¡Habría que indagar! —resolvió, festivo—. Así y todo, es preciso andar con tiento, no podemos intervenir hasta estar completamente seguros.

—¡De acuerdo, patrón!

—Si estás en lo cierto, voy a nombrarte: ¡pitonisa mayor de San Mauricio!

A Marissa le dio la risa.

—¡Te ganaste un beso! —enfaticó Ricardo al tiempo que besaba su mejilla.

—¿Solamente uno? —refunfuñó ella—. ¡Que rácano eres!

La besó de nuevo.

—Más...



Sin error de apreciación

Durante el discurrir de aquella mañana, la afinidad entre Raquel Bianchini y Marissa Montesinos quedó patente; las preguntas y respuestas, al respecto del trabajo del alumnado, se sucedieron con total fluidez.

—Como puedes observar, se trata de recoger evidencias que prueben que han adquirido los conocimientos básicos de la asignatura.

—Sin duda es una estrategia que puede sustituir a otras formas de evaluación —razonó Marissa.

Unos toques en la puerta introdujeron el receso.

—¡Les traigo un refrigerio! —anunció Clara, animosa—. Llevan mucho tiempo de plática y necesitan despejarse, la mente saturada no interpreta correctamente.

Soltada la máxima, Clara Velarde se fue por donde vino.

—Es única —dijo Marissa, risueña—. Nunca sabes por dónde te va a salir. Aunque me imagino que tienes experiencia directa, aquí en el pueblo os conocéis todos.

—Pues no creas, no conozco a tantos, apenas hace un año que resido en San Mauricio y la verdad es que me muevo en un círculo muy reducido.

—¿Tienes familia? Me refiero a si tienes pareja e hijos.

—Estoy divorciada —informó Raquel, cambiando el gesto—. En cuanto a hijos, quedé embarazada, pero, infortunadamente, se malogró.

Marissa mostró aflicción, no era la respuesta que esperaba.

—Lo siento, no pretendía incomodarte —se disculpó.

—No lo has hecho. Tu pregunta entra dentro de la lógica. Además, este episodio de mi vida quedó en el pasado: la herida está, pero ya no sangra.

—Por lo que se ve, todos tenemos alguna cicatriz —razonó Marissa como pensando en voz alta.

—Es natural, las vivencias negativas dañan el ánimo; no obstante, a raíz de mi experiencia, aprendí que hurgar en la llaga no sirve de nada; los hechos no pueden modificarse. Durante mi convalecencia emocional, contacté con gente que me ayudó a oxigenar el espíritu; una vez restablecida, decidí que no volvería a mirar atrás.

Raquel se expresaba con gran aplomo; así y todo, en su fuero interno aún quedaban trazas de padecimiento.

—Es una buena táctica, pero no es fácil de realizar.

—No lo es, ciertamente, supone un aprendizaje, un volver a empezar, pero con voluntad y esfuerzo se consigue.

—Tus palabras suenan reiterativas, hablas como una profesora.

—¡No me digas! ¿Por qué será?

La reciprocidad había favorecido el trato y la confianza; después de todo, eran dos profesionales que compartían un mismo criterio.

—Por cierto, tengo algo que comentarte —anunció Marissa—. Pienso que como titular de la jefatura de estudios, te corresponde estar informada.

—Te escucho.

—Se trata de Beto Salazar. Ayer su tía me estuvo hablando del problema que le afecta.

—¿Cuál problema? —se extrañó.

—Su padre le ha prohibido ir de excursión. Sucede que el fin de semana el muchacho ayuda en la cantina y no quiere que se ausente.

—Pero yo aseguraría que Beto me entregó la nota firmada con su conformidad; de lo contrario, me habría interesado por él —replicó Raquel, introspectiva.

—Fue Ana quien firmó a la espera de convencer a su hermano.

—Ya entiendo. Y en lo que a mí concierne, no reparé en ello porque ella es quien asiste a las reuniones de padres y maestros.

—No obstante, el problema es más complejo —aseguró Marissa—. Gonzalo Salazar quiere que su hijo le suceda en el negocio, se niega a que en su día curse estudios superiores.

—¡Qué! —exclamó Raquel, atónita—. Me resulta inconcebible. Por lo visto, ese hombre se cree con derecho a manejar la vida de los demás —expresó un tanto crispada—. Tengo que hablar con él, eso no puede quedar así.

—¿Lo conoces?

—No, pero para el caso es lo mismo. Beto es un alumno aventajado, además de un gran muchacho; como su tutora, tengo facultad para inmiscuirme en todo cuanto pueda afectar sus estudios. Le guste o no, su padre tendrá que escuchar mi opinión al respecto.

Gonzalo estaba lejos de imaginar que se había convertido en el centro de interés de dos desconocidas. De todos modos, aquella mañana, el foco de atención parecía estar puesto sobre él.

—¿Y eso?!

—¡Te lo mereces! —dijo su hermana tras estamparle un beso en la mejilla—. Beto me lo ha

contado.

—Entiendo. Y este es el premio por ceder a vuestro antojo.

—No es un antojo, tu hijo está feliz, es lo único que importa. Te portaste, hermano.

—¡Sí, como un calzorras! —replicó él, arrugando el entrecejo—. A todo esto, ¿qué tal la velada? Anoche no pude hablarte.

—Estuvimos en Casa Juan, me mandó saludos. En cuanto a la cena, deliciosa, a la altura de su renombre.

Las secuencias de lo vivido afloraron y Ana se regocijó.

—¿Por qué la risa?

—Recordaba la observación que Ricardo Ibáñez le hizo a Marissa Montesinos con respecto a que los gringos degustan *fast food*.

—¡¿La nieta de doña Adela?! —se sorprendió.

—Ayer nos presentaron.

—¿Y qué impresión te causó?

—Marissa me cae muy bien, es agradable y delicada en el trato, aparte de que es una belleza.

—Eso explica por qué el galán de galanes andaba cerca —enfaticó Gonzalo, socarrón.

—¡Figúrate! Lo tiene cogido.

—¡¿En serio?! Ella debe de ser alguien muy especial, entonces. Ricardo no es de los que se dejan convencer fácilmente —resaltó—. ¿Y cómo fue que te decidiste a ir con ellos? Cuando llamaste dijiste que habías coincidido con unos amigos, pero no pensé que se tratase de una pareja; en tales circunstancias, tres son multitud.

—Éramos cuatro. Miguel Hernández también estaba.

—¡A poco!

—Con Miguel no coincidimos, íbamos juntos —aclaró—. Él y yo fuimos a Gran Emporio en busca de la mochila y los complementos que Beto necesita para la excursión, sabía de tu intransigencia y, para evitarme problemas, se ofreció a guardarlo en su casa.

—¡Así que conspirando a mis espaldas! —reprobó Gonzalo con el ceño fruncido—. Para eso están los amigos.

—Tú te lo buscaste. Además, Miguel también es amigo mío.

—Pero desconocía que comiera de tu mano.

Ana supo que había llegado el momento de ausentarse.

—Te dejo. Tengo cosas que hacer.

Apenas dicho esto, giró sobre sus pasos y desanduvo el pasillo de los vinos; antes de cruzar el umbral de la puerta, volteó.

—¡Ah, por cierto! Un día de estos, Marissa, Ricardo y Miguel, vendrán a cenar; ellos traerán

las capturas y yo prepararé el aderezo.

—¡De eso nada!

Ana evidenció desconcierto.

—¡La cena es cosa mía! —dijo, categórico—. La mujer que ha rendido al rey es digna de manjares en la mesa.

—Como prefieras —acató ella, sonriente.

Ana se fue. Gonzalo permaneció en la bodega revisando las existencias.

—¡Así que Ricardo anda sofocado! Con razón necesitaba la botella —destacó, reidor.

A propósito del novedoso asunto, aquella mañana, en casa de los Ibáñez recibieron visita.

—Tenía ganas de platicar con usted, Flora.

—Yo también, doña Adela. Me gustaría saber su opinión acerca de lo que está pasando.

—A mi modo de ver no ocurre nada anormal: dos jóvenes se han enamorado, eso sucede todos los días —argumentó la respetable señora, sonriente.

—Efectivamente, pero ellos se desenvuelven en ambientes muy diferentes.

—Cierto. Aun así, mi nieta es de las que piensan que el amor puede con todo.

—Eso suena muy hermoso, pero usted y yo sabemos que la realidad es otra —dijo Flora con gesto serio.

—Verdaderamente. Sin embargo, considero que los sentimientos han de tener su oportunidad, y no seré yo quien ponga trabas, al contrario. El estado de ánimo de Marissa está supeditado al amor que siente por Ricardo; él se ha convertido en el principal estímulo. En mi opinión, eso es lo único que cuenta y todo lo demás es secundario.

Doña Adela hablaba con convencimiento; no obstante, el semblante de Flora mostraba tribulación.

—¿Y sus padres? Dudo que les haga gracia que su hija ande en amores con un pescador.

—Ellos no saben nada todavía y no sé cómo vayan a reaccionar. Mi nuera es en exceso sobreprotectora con sus hijos, el que Marissa viva lejos le supondrá una enfermedad; con todo, estoy convencida de que, al final, se impondrá el sentido común. Si Elsa comprueba que el sentimiento de su hija es firme, lo aceptará. En cuanto a Eduardo, es el menos indicado para oponerse; si lo hace, con refrescarle la memoria será más que suficiente. Cuando conoció a su mujer, lo dejó todo por estar con ella. Si Marissa hace lo propio, tiene a quien salir.

Doña Adela había resumido lo esencial de aquel asunto, en cualquier caso, el desenlace estaba por resolver.

—¿Y usted, Flora?, ¿qué piensa de esta relación? La noto intranquila. ¿Acaso tiene que ver con la elección de su hijo? Puede hablarme con total franqueza.

—La verdad es que sí estoy preocupada, pienso que hay demasiadas cosas que los separan y no sé hasta qué punto puedan afrontarlas. Coincido con usted en que, en estos momentos, Marissa necesita de Ricardo, pero ¿qué pasará después? ¿Se conformará con vivir día tras día en un pueblo como éste, acostumbrada como está a la vorágine de la gran ciudad? ¿Se adaptará a la vida rutinaria que llevamos las mujeres de la mar? Una cosa es pasar unos días de descanso en un lugar agradable y pintoresco y otra muy diferente permanecer anclada en él. Las gentes que hemos crecido entre barcazas, redes y aparejos estamos habituadas, éste es nuestro mundo, pero Marissa no pertenece a él, su mundo es otro.

Hizo una pausa y tras unos instantes reflexivos, continuó:

—Cuando usted nos presentó, observé en su nieta a una joven educada y gentil. Me gustó su forma de hablar y comportarse. Marissa posee inteligencia, sensibilidad y belleza. Es comprensible que mi hijo se haya enamorado de ella. En lo que a mí concierne, no desapruébo su elección, pienso que Ricardo ha sabido elegir. Pero no quiero que sufran. En San Mauricio, tenemos un ejemplo con Gonzalo Salazar: su mujer no se adaptó a la vida del pueblo y, como usted bien sabe, las consecuencias fueron desastrosas.

—La comprendo, Flora. Créame que también he pensado en ello. Obviamente, los interrogantes quedan ahí; es imposible saber hacia dónde les llevará el sentimiento que se tienen, y si será suficientemente fuerte como para que puedan afrontar las diferencias. Aun así, estoy segura de que cuando los sorprenda juntos y advierta la luz de su mirada, al igual que yo, pensará que su amor va a poder con todo.

Mientras tanto, en La Imperial, Serafín Mendoza validaba lo dicho anteriormente: aquel martes, el foco de atención estaba puesto sobre Gonzalo Salazar.

—Preguntan por ti.

—¿Quién?

—Raquel Bianchini, la tutora de Beto.

Gonzalo mostró extrañeza.

—Avisa a mi hermana —resolvió—. Ana es quien se ocupa de estas cuestiones.

—Lo sé, pero es contigo con quien quiere hablar. La he invitado a pasar a tu despacho —precisó, flemático.

De los asalariados, Serafín era el único que podía permitirse ciertas licencias. Próximo a jubilarse, afable y perspicaz, abanderaba una generación volcada en el trabajo y la constancia; había sido hombre de confianza de Joaquín Salazar y, a la muerte de éste, sus descendientes habían mantenido su estatus, considerándolo como tal.

—Está bien —replicó Gonzalo no muy convencido—. En un momento voy para allá.

Raquel aguardaba un tanto intranquila. Se decía para sí que debía comportarse, pero intuía que

la entrevista no resultaría agradable. Marissa Montesinos había sido tan sumamente explícita en su exposición que, aun sin conocerlo, sentía verdadera animadversión por aquel hombre. De manera que, cuando la puerta del despacho se abrió, su incomodidad se acrecentó.

—Por favor, no se moleste —rogó Gonzalo, al ver a Raquel presta a levantarse.

Ella hizo caso omiso al ruego. Puesta en pie y en un gesto protocolario, le ofreció su mano.

—Soy Raquel Bianchini, la tutora de su hijo.

—Un placer.

Lo era, sin duda alguna; el atractivo de Raquel incitaba al más apocado. De figura estilizada, facciones armónicas y elegancia de movimientos, a sus treinta y cuatro años lucía espléndida.

—Usted dirá —dijo Gonzalo tras ocupar el sillón de dirección y, en cortés ademán, instar a su interlocutora a acomodarse.

—Vengo a hablarle de Beto —anunció Raquel, tomando asiento.

—Adelante, ¿qué ocurre con él?

—Nada que no sea digno de elogio, su hijo es un alumno brillante y un muchacho excepcional. La expresión de Gonzalo mostró satisfacción.

—Siempre resulta grato escuchar alabanzas acerca de un hijo, en verdad se lo agradezco. Aunque le aseguro que no tenía la menor duda al respecto, conozco a Beto y sé cómo es.

—Me alegro. Porque siendo así, debe de estar al tanto de su pretensión, supongo que le habrá comentado que quiere ser médico.

—Cuando niños, todos idealizamos realidades que el paso del tiempo se encarga de desvanecer. —La sonrisa de Gonzalo se había desdibujado.

—No siempre sucede así, algunas nos acompañan el resto de nuestra vida —replicó ella, en un vivo e incisivo tono—. Usted, por ejemplo, desde niño amó su profesión y la sigue ejerciendo. Otro ejemplo puede ser el mío, mi aspiración era ser maestra y lo logré. Es cierto que, a veces, las pretensiones resultan inalcanzables; en ello intervienen muchos factores: el económico, el familiar, el medio; en el caso de Beto, el que pueda alcanzarlas dependerá de la intransigencia de un padre que antepone sus deseos a los de su hijo.

El rostro de Gonzalo se enturbió.

—Eso no es cierto —reprobó con indignación contenida.

—Entonces, ¿por qué interfiere? ¿Por qué no deja que Beto decida por él?

Se sostenían la mirada, conscientes del magnetismo del otro, pero la incompatibilidad menospreciaba todo interés que no fuese desautorizar la opinión contraria.

—Me temo que la respuesta sólo se ajuste a un hecho —continuó Raquel, reafirmando en su postura—. A usted no le interesa el esfuerzo ni la dedicación que su hijo emplea en los estudios; tampoco le importan sus sueños, al contrario, le fastidian, representan un incordio para sus

planes; en realidad, usted sólo aprecia su negocio.

Se había explayado, siquiera la más penetrante e inquisidora de las miradas había conseguido acallarla.

—Compruebo que tiene muy mal concepto de mí —dijo Gonzalo en tono grave—. Es fácil acusar a alguien por lo que aparenta ser.

—¿Intenta decirme que mis acusaciones se sustentan en suposiciones?

—¿Serviría de algo decir que sí? —respondió él, esforzándose por no perder las formas—. Usted ya tiene una opinión formada, por lo que mis explicaciones supondrían un desperdicio.

—¿Me está sugiriendo que me vaya?

—No, exactamente. Usted ha cumplido con su obligación como tutora de mi hijo y su queja está expuesta. Yo, a mi vez, he tomado nota. Pese a ello, mi decisión sigue inamovible. Si acaso, será el tiempo el que me negará la razón. En consecuencia, no tengo nada más que añadir.

Las espadas estaban en todo lo alto.

—Está bien —replicó Raquel, visiblemente incómoda—. Puede que esté en lo cierto, las explicaciones servirían de poco; su posicionamiento ha confirmado lo que pensaba de usted.

Dicho esto, se puso en pie.

Gonzalo, con la intención de acompañarla, hizo lo propio.

—No se moleste —dijo, categórica—. Conozco la salida.

Un momento después, la puerta del despacho se abrió y cerró tras ella. Sin embargo, Raquel sólo pudo recorrer unos pasos.

—Serafín me ha avisado de que estabas aquí —saludó Ana Salazar, cordial—. ¿Qué ocurre?

—Marissa Montesinos me ha puesto al tanto de la situación que enfrenta tu sobrino; por mi cuenta y riesgo he decidido intervenir. Acabo de recriminarle a tu hermano su proceder.

El semblante de Ana pasó de la sorpresa a la intranquilidad, no en vano la expresión de Raquel revelaba que la entrevista no había sido plácida.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Con ese hombre no se puede dialogar! —declaró, molesta—. Es intransigente y autoritario.

—No es tan recalcitrante como parece, si bien le cuesta reconocer sus errores, al final cede. Anoche, Beto obtuvo el permiso para ir de excursión, justo lo he sabido esta mañana.

El sonido de la puerta las puso sobre aviso; un instante después, Gonzalo salió de su despacho. Al pasar junto a Raquel, la miró inexpresivo. Acto seguido, y sin mediar palabra, cruzó el pasillo y se quitó de la vista.

Ajena al conflicto que su información había ocasionado, Marissa se disponía a pasar la tarde de aquel martes en el embarcadero. Tenía previsto iniciar el boceto de la Revoltosa al día siguiente,

por lo que antes de dar comienzo al trabajo manual, quería visualizar la idea sobre el propio marco; de ahí que Isaías la acercara al lugar.

Su presencia no pasó inadvertida, ya que al poco de llegar, Pancho Olmedo acudió a saludarla y, de paso, ofrecerle su ayuda y compañía. Y si bien el objetivo fijado por la joven no precisaba de acompañamiento alguno y con su silla de ruedas se bastaba sola, aceptó de buen grado la atención y la locuacidad del viejo lobo de mar.

Igualmente expectantes, aunque por variopintas razones, un grupo de rederas, al tiempo que cosían las mallas rotas, no perdían de vista los movimientos de la insigne forastera. Sobra decir que de entre todas ellas, Isabel Ibáñez era quien demostraba un mayor interés; después de todo, aún no había tenido la oportunidad de conocer a la pretendida de su hermano, y aunque la prudencia obligaba a guardar mutismo, sus ojos no podían resistirse a observar las acciones de su futurible cuñada.

Marissa, en cambio, al desconocer que Isabel estaba allí, no reparó más de lo ordinario en las mujeres; las percibió como elementos visuales del paisaje, como parte de un todo. Ahora bien, aquella percepción idílica del entorno no facilitó su ensimismamiento, al contrario, conforme las barcas que se atisbaban desde la costa se aproximaban, su pulsación se aceleraba. Porque, aunque es verdad que el motivo que la había conducido hasta allí era sincero, había otro tanto o más importante y alentador que el primero: ver a su enamorado arribar a puerto.

—¡Ricardo! ¡Tu mujercita aguarda! —enfaticó Lope Ricoy a voz en grito.

El patrón de la Revoltosa mostró asombro.

—¿En serio? —preguntó dubitativo, de su compañero no cabía fiarse.

—Mira a tu izquierda, está en buena compañía. ¡Te la están pisando! —puntualizó Lope, socarrón.

Los ojos de Ricardo se precipitaron hacia el punto indicado y, al momento, sus facciones se avivaron; no era para menos, la presencia de Marissa en el embarcadero significaba la afirmación de sus sentimientos y él no deseaba otra cosa.

—¡Sí, es ella! —asintió, reprimiendo el alborozo.

La Revoltosa arribó a puerto sin contratiempo; de manera que una vez completada la maniobra de ataque y repartidas las instrucciones, Ricardo se dispuso a dar rienda suelta a sus ansias.

—En un rato me reúno contigo, Andrés —informó, impaciente.

—Quédate tranquilo.

—¡Tranquilo! ¡Si anda en carreras como potro desbocado! —intervino Lope, guasón.

No hubo réplica, las ansias apremiaban.

—Parece que esta vez ha mordido la carnada —dijo Andrés Padilla, risueño.

—Y sin ánimo de soltarla, además —afirmó Lope.

Al ver acercarse a Ricardo, Pancho recurrió a su habitual discreción, despidiéndose de Marissa.

—Gracias por acompañarla —saludó el patrón de la Revoltosa al cruzarse con él.

—Ha sido un placer, es digna nieta de su abuelo.

A continuación, el viento barrió la escena y el espacio entre los amantes devino infranqueable para terceros.

Ricardo se tomó un tiempo antes de llegar a ella. Marissa se veía preciosa, perfecta a sus ojos.

—Tengo miedo de hablarte y despertar del sueño —dijo, arrobado.

El juego de miradas culminó en un ardiente beso que el gran público celebró con silbidos de aprobación.

—¡Te has sonrojado! —enfaticó Ricardo.

—¡¿Te extraña?! Estamos dando el espectáculo —afirmó Marissa, turbada.

—Nos queremos, eso es todo. Hasta hace un momento era sólo un rumor, ahora ya tiene calidad de oficial: a ojos del mundo, te has convertido en la novia de Ricardo Ibáñez. ¿Te late?

—Suenan bien —respondió, gozosa.

—En tal caso, una vez aceptado el nombramiento, te toca desempeñar las funciones que conlleva.

—¿Ah, sí?, ¿cuáles?

—Amarme sin pausa, lo primero —concretó, terminante—. Y entre sus variantes, acompañarme en mis actos de representación. En breve, dará comienzo la subasta y te quiero a mi lado.

—No sé si podré sobrellevar tanta carga. ¿No tengo alternativa?

—Me temo que no.

—Entonces, acepto —asintió, fingiendo resignación.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Hoy, todavía no.

Ricardo se dispuso a hablar, pero sus labios permanecían imantados y la besó de nuevo.

—¡Compórtate! Estamos en público —recriminó Marissa en un susurro.

—No puedo.

—¡Por favor! —su tono era suplicante.

De acuerdo, te concedo un receso. Aunque te advierto que pienso cobrármelo con creces.

—¡Qué avaricioso!

—Lo soy, mi necesidad de ti es desmedida.

Rosa Suárez contempló la secuencia de imágenes con marcado interés, si bien, a diferencia del resto, no lo hizo por gusto. Necesitaba examinar detenidamente la situación, llegar a convencerse de que no era totalmente desesperada, pero no cabían dudas: el sentir de Ricardo Ibáñez se había revelado sin error de apreciación.

Ni que decir tiene que en el momento de las presentaciones, los compañeros de Ricardo en la Revoltosa fueron los más receptivos: Carlos aparcó su timidez, mostrándose amable y comunicativo; Andrés, segundo de a bordo, dejó constancia de su saber estar; en cuanto a Lope, caso aparte, no dejó escapar la oportunidad de meter bulla.

—Marissa, ¡sigo pensando que este tipo no te conviene! Tiene pinta de pescador: andrajoso, desgredado, con tufo a mar y a pescado. Si yo fuera tú, me lo pensaría.

—¡Ya salió el liante metomentodo! —vituperó Ricardo, fingiendo mosqueo—. Pero la jeringaste, amigo: mañana regresas a nado, a huevo que sí.

La experiencia de Marissa en la lonja no pudo ser más gratificante, nunca había presenciado la vorágine de una subasta.

—¿Qué tal? —preguntó un afable Miguel Hernández.

—¡Impresionada! No me imaginaba tanto ajetreo.

—Para ajetreo el que hubo el jueves.

—Debió de ser emocionante.

—Lo fue. Te lo perdiste.

—Sí, por desconsiderada —intervino Ricardo—. De haber atendido el llamado de sirenas, ahora no lo lamentaría. Y, de paso, nos habríamos ahorrado el encontronazo que tuvimos.

—¿Seguro? —interpeló ella, descreída.

—Completamente. Al verte aquí, entre mojarras y pargos, habría reconocido a la ninfa atrapada por el arrastre, habría pujado por ti hasta adquirir el lote y, sin más, te habría llevado conmigo.

Marissa y Miguel rieron al unísono.

—¿Quieres saber adónde? —añadió en clara insinuación.

—Mejor se lo cuentas en privado —sugirió su amigo, risueño.

—Sí, mucho mejor.

La actividad del lugar fue decreciendo gradualmente, hasta quedar vacío; a la orilla de la mar, dos amantes, ajenos al paso de las horas, disfrutaban su amor, arrullados por el plácido murmullo

de las olas.

—Si estuviera en mis manos, en este instante detendría el tiempo —afirmó él—. Antes de conocerte, apenas tenía noción de la felicidad, ahora tengo absoluta certeza de que existe.

Ella, incapaz de resistirse a la embriaguez de sentimientos, posó sus labios sobre la boca anhelante y lo besó con vehemencia.

—No está mal, pero aún te faltan —objetó él.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuántos?

—Uno por segundo, hasta quedar sin aire; una vez repuesto, vuelta a empezar, y así hasta la extenuación.

—¡Qué bárbaro! ¡Eres un abusivo!

—Y tú una irresponsable.

—¡¿Yo?!

—Sí, tú. ¡Y no te hagas! Sabes perfectamente a qué me refiero.

—No, no lo sé —replicó ella, desconcertada.

—¡Mentirosa! —enfaticó él, implacable—. Te ciñes una blusa con un escote de vértigo, sugerente a más no poder. Aguardas mi llegada, sólo por el afán de seducirme. Y cuando envuelto en llamas intento sofocar el incendio que deliberadamente has provocado en mí, apenas me das un sorbo de tu aliento y me dejas abrasando. ¿Quién es el abusivo aquí? ¿No entiendes acaso que sin tu boca muero de sed?

—¡Estás loco! —exclamó, abrumada.

No pudo decir más, él quemó las palabras.



En boca de todos

El noviazgo entre Marissa Montesinos y Ricardo Ibáñez fue de boca en boca y la clientela de Dulcería Baeza no quedó al margen de la noticia.

—¡Qué astuto el Ibáñez! No ha desaprovechado la oportunidad de camelar a una niña rica —largó Silvina Guzmán, corrosiva.

—Ricardo se ha enamorado y punto, tus insinuaciones están de más —replicó Paulina Finol, categórica.

—Estás pecando de ingenua —contradijo Silvina, insidiosa—. Un tipazo como él no se fija en una inválida de no ser por su dinero.

—Marissa no es inválida. ¡Y aun si lo fuese! —reprobó Paulina, indignada—. Antes que nada, es una joven hermosa, culta y distinguida.

—¡Pues mejor para él! Pero sigo pensando que si está con ella es por la plata; de lo contrario, ni se la habría mirado.

—¡Ah, claro! Como tú eres una interesada, te crees que todos los demás son igual.

—¡No me hagas hablar de más, Paulina! Mejor me voy.

—¡Ándate! Y lávate la boca, que apestas.

Paulina Finol era una mujer corpulenta y andar a la greña con ella suponía una temeridad. Además, a efectos prácticos, el asunto era irrelevante, conque Silvina optó por tragar sapos y culebras y abandonó el lugar.

—Lo siento, Cecilia —dijo Paulina a modo de disculpa—, pero esa retorcida me pone de malas.

—A mí también —afirmó la pastelera—. De todos modos, sabemos de sobra quién es, lo que diga no debe ser tenido en cuenta.

Tras la acalorada discusión, los ánimos se aquietaron y durante el pequeño lapso de tiempo que el establecimiento permaneció a la espera de clientes, Cecilia Suárez aprovechó para acercarse a su sobrina y confortarla.

—Cielo, sé por lo que estás pasando —dijo, amorosa—, pero algún día tenía que suceder. Ricardo no es hombre para ti, a sus ojos eres una cría.

—¡No digas eso, tía! —replicó la muchacha, doliente.

—Es la verdad, Rosa —insistió Cecilia.

—¡Yo lo quiero! —enfaticó entre lágrimas.

—Tu querer es fruto de una ilusión que has ido alimentando, pero eso no es amor, es otra cosa.

A Cecilia no le faltaba razón; después de todo, su sobrina transitaba la etapa donde las idealizaciones sobreabundan y Ricardo Ibáñez encajaba a la perfección con el prototipo de hombre ideal.

—¿Qué tienes, niña? —preguntó un cliente acabado de llegar.

—Nada. —Sonrió Rosa, forzada—. Me ha entrado una impureza en el ojo.

En casa de Roberto Govea, las impurezas eran de otra índole.

—Traigo noticias acerca de Ricardo Ibáñez —dijo Silvina, apenas entrar.

—Habla —ordenó el honorable, desabrido.

—Se ha liado con Marissa Montesinos.

—¿Y para eso me molestas?! —replicó, alzando la voz—. A mí qué carajo me importa con quién se alivie.

—Perdone que le replique, don Roberto, pero para sus intereses el hecho tiene mucha relevancia.

—¿Ah, sí? ¡No me digas! —exclamó, sarcástico.

—Si Ricardo consigue engatusar a la gringa hasta el punto de convertirla en su mujer, difícilmente los Montesinos permitan que la consentida de la familia viva retirada en un pueblo como éste, y menos todavía como esposa de un simple pescador. Si él se va, Isabel pierde su protección y el acoso sobre ella será mucho más efectivo.

El porqué de su proceder no estaba claro, pero lo cierto es que Silvina se mostraba tal cual era: una mujer servil y envilecida.

—Puede que tengas razón —admitió el honorable—. Siendo así, le deseo suerte —su tono era marcadamente cínico.

A continuación, en su afán posesivo, fue donde su asistente y la tocó obsceno. Ella, servicial, se dejó magrear, favoreciendo los estímulos.

—A tu lado, Isabel resultará una mojigata —aventuró él, inflamado—. Con todo, recuperar el gusto de la inocencia y pervertirla, tendrá su encanto.

Intereses aparte, el hecho es que, aquel día, el cotilleo giró en torno a la familia Ibáñez.

—Está en boca de todos —informó Isabel al llegar a casa.

—Me lo suponía; en San Mauricio las noticias corren como la pólvora —replicó su madre, un tanto contrariada.

—Pero esta vez el comadreo está justificado. Ayer, Marissa y Ricardo se mostraron muy cariñosos.

—¡Cariñosos! —exclamó Flora, alarmada—. ¿Qué hicieron?

—Nada impropio de una pareja de enamorados.

—No me cuentes milongas —protestó.

—Se besaron frente a todos.

—¡Ay, Señor! Entonces, es natural que la gente hable.

—Vete preparando, cuando salgas a la calle vas a recibir un sinfín de enhorabuenas —enfaticó Isabel, risueña—. Lo de Marissa y Ricardo es un hecho, en el embarcadero dejaron constancia de sus sentimientos y, por si fuera poco, mi hermano la presentó a sus compañeros como su novia.

—¿Y por qué no me lo has contado antes?! —interpeló Flora a modo de amonestación.

—Pensé que debía ser él quien te informase.

Hubiese sido lo correcto. De todas formas, quedaba la opción de pedir explicaciones; una posibilidad que se dio apenas Isabel hubo concluido el relato de los hechos.

—¡Hola, familia!

La voz de Ricardo se oyó por toda la casa; tanto es así, que Sara dejó su habitación y corrió a precipitarse a sus brazos.

—¿Cómo estás, tesoro? —preguntó él, afable.

—Bien.

—¿Y los deberes?

—Voy por el último ejercicio.

La escena no por cotidiana era menos entrañable; en cada gesto, palabra o caricia compartida se percibía la complicidad y el afecto que sobrina y tío se tenían.

Aquella reciprocidad de sentimientos no era exclusiva de ellos dos; si de algo podían jactarse los Ibáñez era de ser una familia muy unida.

—No prepares cena para mí, madre, al rato me marchó —dijo Ricardo, al tiempo que dejaba el pescado sobre la encimera de la cocina.

—Últimamente no paras en casa —recalcó ella.

—Tengo asuntos que atender —alegó, risueño.

—De eso quería hablarte. Por ahí dicen que tienes novia.

—¿Novia?! —exclamó Sara, alborozada.

—Quedamos en eso, ¿no? —replicó Ricardo, jovial.

—¡Sí! —clamó la chiquilla, exultante—. ¿Cuándo te casas?

—Cuando ella quiera.

—¡¡¡Qué bien!!! —festejó la niña, entusiasmada—. ¿Cómo se llama?

—Marissa.

—¿Es de San Mauricio?

—No. Pero cuento contigo para convencerla de que se quede con nosotros. ¿Me ayudarás?

—¡Sí!

—¡¡¡Qué bien!!! —celebró Ricardo, enfático.

El divertimento fue común a todos los presentes.

—¿Y tú, Flora, me ayudarás?

—Si tu felicidad depende de Marissa, cuenta conmigo.

—Muero por ella, madre.

—Lo sé; más bien, lo sabe todo el mundo —puntualizó con tonillo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuentan que ayer la besaste en público.

—Hoy también. ¿Por qué te sorprende tanto? Marissa y yo somos novios, no hacemos nada diferente al resto de parejas.

—Supongo que tengo que acostumbrarme, hijo —resolvió tras exhalar un suspiro.

—Tendrías menos reparos si ella no se apellidase Montesinos, ¿verdad? —la interpelación sonaba a reproche.

—Este apellido me impone respeto, ciertamente —respondió Flora, introspectiva—. Pero no te equivoques conmigo, tal consideración no es gratuita, se la ganó un hombre con su honestidad y su trato; un nombre no significa nada, su valía está en la persona que lo lleva. En cuanto a Marissa, no voy a quererla por ser nieta de quien es, sino por lo que demuestre ser. Para tu información, te diré que lo poco que conozco de ella me agrada.

En aquel apartado no cabían más explicaciones, el semblante de Ricardo mostró satisfacción.

—Y a ti, hermanita, ¿te agrada? —preguntó, burlón.

—No estoy en condición de darte una respuesta.

—¿Por qué? —se extrañó.

—¡Cómo que por qué! —replicó ella frunciendo el ceño—. ¡Se la has presentado a todos menos a mí! Estoy esperando a que te decidas.

El rostro de su hermano se contrajo.

—Lo siento, no he reparado en ello —admitió, azorado—. Mañana voy a recompensarte, ¿sí? —su tono era suplicante.

—¡En buena hora! Vaya un carota.

La queja de Isabel estaba más que justificada; sus labios, sin embargo, dibujaban una sonrisa.

—¿Y yo cuándo la conoceré, tío?

—Pensaba traerla este fin de semana, pero como andarás de excursión, habrá que posponerlo hasta el siguiente.

—¿Y por qué no viene a cenar esta noche? ¿Puede, abuelita?

—Por supuesto.

—Esta noche cenamos en casa de su abuela. Si acaso, mañana.

—Cuando queráis —resolvió Flora, complaciente.

—Lo hablaré con ella, ¿de acuerdo?

—¡¡¡De acuerdo!!! —intervino Sara, feliz.

—Ahora si me perdonáis, tengo que asearme, se está haciendo tarde.

No era un decir, la agenda de Ricardo estaba realmente apretada.

—Bueno, mañana será el gran día —dijo Isabel, sonriente—. Ya tengo ganas. Ayer la vi de lejos; esta tarde he pasado cerca de ella y estaba absorta pintando.

—¿Es pintora?!

—Es pedagoga, pero tiene inclinación por la pintura; tanto es así, que tu tío le ha hecho el encargo de pintar la Revoltosa.

—¡¡¡Qué guay!!!

Pero no todo eran parabienes; estaba la parte damnificada con Rosa Suárez como máximo exponente. Aquella tarde, no había acudido en busca de su padre y permanecía sentada en la franja de arena blanca con la mirada perdida en la inmensidad de las aguas, ajena a todo y a todos.

—Hola, Rosa, ¿qué tal?

Dar el paso le había costado lo indecible; no sabía las palabras que emplearía, pero no podía dejar el lugar sin reconfortarla; si alguien conocía el sentimiento de tristeza y decepción que embargaba a la muchacha, ese era él.

—Hola, Carlos —saludó ella, esforzándose en aparentar normalidad.

—Traigo lo que me pediste —alegó el joven, mostrando un cuaderno—. Pensaba entregártelo en el embarcadero, pero al no presentarte y verte aquí, me he atrevido a molestarte.

—Te lo agradezco. Y no me molestas, en absoluto, sólo que hoy no me apetecía estar entre el bullicio.

—La desesperanza duele, ¿verdad? —más que una pregunta era una afirmación.

Rosa lo miró de hito en hito entre turbada y expectante.

—¿Has pasado por esto? —interrogó con cara ruborosa.

—¿Te refieres a la apatía, a la incertidumbre de los días grises deslizándose uno tras otro sin

esperanza, sin fe? Sí, se lo que es sufrir la sinrazón de un corazón que ambiciona el paraíso.

—Me encanta cómo hablas —expresó, admirada—. ¿Te importa acompañarme un rato?

—Bueno, no sé si... —se aturulló Carlos, mostrándose dubitativo.

—¡Por favor! —insistió.

—Está bien, como gustes —transigió, incapaz de negarse.

Acto seguido, se sentó junto a ella y, ante su proximidad, acusó cierto nerviosismo.

—No pensé que supieras hablar y escribir tan bonito —dijo Rosa que, al percatarse de que su comentario podía malinterpretarse, intentó explicarse mejor—. Quiero decir que apenas había platicado contigo y...

—No te preocupes, sé lo que quieres decir —la interrumpió.

Si Rosa Suárez hubiera tenido alguna duda acerca de la amistad de Carlos Heredia, en aquel momento se habría disipado.

—Cuando estabas como yo estoy ahora, ¿escribiste algún poema?

—Alguno.

—¿Está aquí? —interrogó, señalando el cuaderno que sostenía en la mano—. Me gustaría saber si en tus circunstancias experimentabas lo mismo.

Un tanto azorado por la situación, Carlos pasó las páginas hasta detenerse en una.

—Éste puede valer.

—¿Te importa leerlo?

—Es preferible que lo leas tú —respondió, evasivo.

—Tú eres el poeta —resolvió Rosa—. No quiero perderme la oportunidad de escucharlo de boca del autor.

Una respuesta razonable y difícil de contrarrestar.

—De acuerdo.

—Gracias.

Carlos se dispuso a leer; aunque, en honor a la verdad, el poema lo recitó de memoria; es más, en su oratoria no pudo evitar que sus ojos se posaran en la muchacha.

*Anoche, en mi ferviente anhelo,
busqué tu imagen entre mis sueños;
hecho el vacío, no hallé consuelo.*

*Maltrecho el corazón, faltar de bríos,
vencidos los instintos con razones;
del anhelo quedaron los despojos.*

*Hazmerreír de hazañas imposibles,
tenorio de paupérrimo bagaje;
en la gélida cama de mis noches,
ebrio de dolor, lloré y maldije.*

Ella lo escuchó sin pestañear. Los reflejos del sol de la tarde se diluían en la mar y el aroma visual, que todo lo envolvía, parecía dotado de tal virtud que los pensamientos negativos de la muchacha se invirtieron, tomando otra dirección y un nuevo sentido.

—La querías mucho, ¿verdad?

—La sigo queriendo.

Nada más pronunciarse, Carlos sufrió un estremecimiento, seguido de un sudor frío que le devolvió la conciencia: había sucumbido a los efectos de la mirada hipnótica de Rosa. Con todo, no había de qué preocuparse, su secreto estaba a buen recaudo. En su día, ante la necesidad de contrarrestar la impertinencia del cotilla de Lope y las consiguientes preguntas en relación con la identidad de la joven que inspiraba sus poemas, se vio obligado a recurrir a un ardid y fue él, de propia voz, quien puso a la muchacha en antecedentes: la mujer por quien bebía los vientos residía en otro pueblo.

Entre Marissa Montesinos y Ricardo Ibáñez no cabían disimulos. Durante la cena y en presencia de doña Adela, habían mantenido las formas; sin embargo, una vez la respetable señora se hubo retirado a su aposento, las sombras y los claroscuros del frondoso jardín de la Casa Grande fueron testimonio mudo de su apasionamiento.

—Podría permanecer así el resto de mi vida —susurró Marissa, arrobada.

—¿Abrazada a mí?

—¿Te importaría?

—En absoluto.

—Te amo, Ricardo —confesó.

—¿Ya no tienes dudas?

—Nunca las tuve.

—Siempre lo supe. De poco sirven las palabras cuando la mirada las desmiente. ¿Por qué ocultar la verdad, entonces?

—Porque todo iba demasiado rápido, necesitaba encauzar mis sentimientos, saber hasta dónde llegaba mi necesidad de ti.

—¿Y lo averiguaste?

—Es ilimitada.

Una respuesta más que suficiente para enardecer los estímulos y abandonarse al goce de los besos y las caricias compartidas.

—Qué duro es tenerte así, sintiéndote mía, y no poder hacerte el amor; ¡qué tormento desearte como te deseo! —musitó él.

—Ricardo...

—No digas nada, este no es lugar, lo sé. —Instintivamente, miró a su alrededor—. Aunque parece que estamos solos —añadió, insinuante.

—Pero Clara o Isaías pueden aparecer en cualquier momento.

—Lo dudo. Además, a su edad ya están curtidos; si nos sorprenden amándonos, difícilmente se escandalicen. Mejor será despreocuparse y consolidar lo nuestro.

Sin más preámbulo, deslizó sus diestras manos hasta la botonadura del elegante minivestido blazer de seda rosa que cubría las sugestivas formas y, con dedos intuitivos y anhelantes, empezó a desvestirla. La expresión de Marissa fue de estupor.

—¡Detente! —suplicó—. De sorprendernos, me muero de vergüenza.

Ricardo soltó una carcajada.

—¡Hay que ver! Contigo no hay quien pueda —reprochó ella, al advertir su verdadera intención.

Él la atrajo hacia sí y jugueteó con sus labios hasta hacerla reír.

—Tengo algo que darte —anunció, sacando un pequeño envoltorio del bolsillo—. Nada importante, una baratija de apenas cuatro pesos.

Entre sorprendida y expectante, Marissa se dispuso a rasgar el delicado papel, comprobando que disimulaba una cajita de raso.

Ricardo la alentó a continuar.

Ella no se hizo de rogar y, al abrirla, sus ojos descubrieron un precioso anillo de compromiso: inexplicablemente, sus pupilas se anegaron en lágrimas.

—Mi vida, no llores.

Sin duda, aquella noche la luna fue testigo de un momento mágico.

Pero las sombras dan cabida a todo tipo de situaciones. Entrada la madrugada, cuando el silencio amordazaba el pueblo y los sonidos de la jungla apenas eran perceptibles, una camioneta procedente de algún lugar desconocido transitaba con sumo sigilo la avenida Insurgentes en dirección al embarcadero.

—Es la hora prevista, no pueden tardar —informó uno de los tres ocupantes.

La información provenía de fuentes fidedignas, ya que, al poco, una embarcación salida de las aguas se vislumbró en la penumbra: se trataba del yate de Roberto Govea.

—Hay que darse prisa —advirtió Felipe Guzmán tras el ataque.

Un escueto saludo y los hombres se pusieron en faena.

Desde la amura de estribor, el honorable observaba la perfecta coordinación de movimientos; sus secuaces eran gente experimentada, trabajaban rápido; de manera que el desembarco de los fardos se llevó a cabo sin novedad.

—Mañana me reúno con vosotros —dijo el capo, al finalizar el operativo.

Recibidas las instrucciones, los hombres de la camioneta se fueron con el mismo sigilo con el que habían llegado.

—Don Roberto, si no se le ofrece nada más, yo también me retiro —comunicó Felipe—. En dos horas amanece.



Sin previo aviso

En Miami, las primeras luces del día justo se desperezaban; con todo, en la residencia de Morningside la actividad de aquel jueves se había iniciado muy de mañana.

—No me voy al fin del mundo, mamá.

—Casi —replicó Elsa, compungida.

—¡Qué exagerada! —reprobó Daryl, amoroso—. Además, no es la primera vez que me traslado al Viejo Continente.

—Pero, en esta ocasión, te vas por mucho tiempo.

—Es por mi trabajo, lo sabes. Y te consta que me ilusiona ir.

—Lo sé, hijo, pero...

—Pero nada —interrumpió él—. Tienes que pensar en positivo. Viajo a un país donde la belleza adquiere cotas insospechadas. ¡Toda Italia es arte! —enfaticó, vehemente—. Estoy ansioso por disfrutarlo y participar de él. De todos modos, te prometo que cuando se junten unos días festivos haré una escapada para verte.

—Eso, suponiendo que alguien no te retenga, las italianas son guapas a rabiar —intervino Edward, risueño.

—No había caído en ello —replicó Daryl con expresión igual de sonriente que la de su hermano—. En tal caso, si me demoro en exceso, papá y tú cogéis el avión y os plantáis en Florencia. Luca me ha buscado un apartamento con dos habitaciones, podéis disponer de la sobrante cuando gustéis.

—Con el pavor que le tiene tu madre a volar, lo veo difícil —anticipó Eduardo.

—Pues yo no lo descarto, a condición de que reserves alguna italiana para mí. Ya conoces mis gustos —recalcó Edward.

—Dalo por hecho.

Edward Montesinos había llevado la conversación a la zona de distensión, pero era consciente de que su madre lo estaba pasando mal y tampoco era cuestión de alargar la situación; por otra parte, el tiempo se echaba encima.

—Se hace tarde, Daryl, tenemos que irnos —dijo, cambiando el gesto—. Alan ya debe de estar camino del aeropuerto.

—Sí, vamos.

Aquel sería el último abrazo en mucho tiempo.

—No quiero verte llorar, mamá.

—Está bien —asintió ella, esforzándose en controlar las lágrimas.

—Ahora, sonríe.

Elsa esbozó una sonrisa.

—Así está mejor. Te quiero.

—Y yo a ti, hijo.

—Adiós, papá. Cuídala.

—Descuida, lo haré. Tú también cuídate mucho. Y mantennos informados.

—Apenas llegue a Florencia, me pongo en contacto con vosotros. Aparte, mañana os llamo para daros debida cuenta de Marissa.

—Estupendo, hijo —aplaudió Eduardo—. Confío en que no tengáis problemas para llegar a San Mauricio.

—Con las explicaciones que me has dado, será fácil acceder. Además, según mis cálculos, llegaremos antes del anochecer; aun desconociendo el lugar, con luz de día no tiene por qué haber ningún impedimento.

En la Casa Grande, el nuevo día inició como de costumbre, con una salvedad: Marissa Montesinos estaba exultante con su anillo de pedida. Tanto es así que, apenas despertar, fue en busca de alguien con quien explayarse.

—¿Das tu permiso, abuela?

Doña Adela tenía por costumbre hojear el periódico antes de desayunar, y ningún otro lugar le ofrecía mayor confort que el sillón orejero del rincón de lectura de la biblioteca.

—Por supuesto —manifestó, complaciente.

Al ver el rostro de su nieta, la respetable señora no pudo por menos que sonreír.

—Lo sé, estás pletórica de contento —enfaticó.

—¡Acertaste!

—Cuéntame, ¿qué pasó anoche?

Sin más, Marissa le mostró el dedo anular de la mano izquierda.

—¡No! ¿Cómo es posible? —exclamó doña Adela, perpleja—. ¡Qué hermosura! —ponderó, afirmándose en su impresión.

—Cuando me lo entregó, se me saltaron las lágrimas.

—Es entendible, hija. Aparte de buen gusto, demuestra tener las ideas muy claras; su economía

no le permite grandes desembolsos; si sus sentimientos hacia ti no fueran firmes, este espléndido solitario de diamante y oro blanco no luciría en tu mano.

—Lo sé, abuela. Y eso es lo que me hace feliz: Ricardo me ama. Y yo no deseo otra cosa.

Realmente era así. Para Marissa, el valor de la joya no estaba en su diseño ni en su elegancia ni en su cuantía, sino en el sentimiento que albergaba.

—Y tú, ¿cómo piensas obsequiarlo?

—Tengo algo en mente, pero no descarto otras opciones. En todo caso, le pediré a Ana Salazar que el próximo lunes me acompañe de tiendas. Ella conoce esta zona y sabrá indicarme el lugar más adecuado donde poder escoger.

—Habéis congeniado, por lo que veo.

—Así es. Aunque reconozco que mi relación con Ana es un tanto peculiar —afirmó, introspectiva—. Cuando Miguel Hernández nos presentó, percibí sensaciones que me eran conocidas, como si en realidad me reencontrara con una amiga; es más, durante nuestra charla, sentí que podía sincerarme con ella, hablarle con franqueza, igual que lo hacía con Julia.

Doña Adela mostró desconcierto.

—¿Y esta percepción no te produjo malestar?

—Al contrario, experimenté una paz inmensa, fue como si a través de Ana la recuperase a ella, como si de alguna forma me hiciera saber que está conmigo.

Ajena a la relevancia que su persona había adquirido en la trayectoria de Marissa Montesinos, Ana Salazar se disponía a iniciar su jornada laboral junto al resto de integrantes de la brigada de cocina de La Imperial. Aquel día, las reservas estaban cerradas y había que adelantar el trabajo.

—Acabo de cruzarme con alguien que no veía desde hace mucho —informó Serafín—. Hablo de Elena Piñero.

—¡Elena! —exclamó Justina, gratamente sorprendida—. ¿Y cómo está?

—Muy cambiada, me ha costado reconocerla, ha vuelto hecha una mujer.

—¡Sí, claro! Se fue siendo una adolescente.

—Nunca coincidí con ella —intervino Camila—. Recuerdo que cuando su intento de suicidio yo llevaba un par de meses en San Mauricio; el suceso se dio al poco de entrar a trabajar aquí.

—Efectivamente —asintió Serafín—. El hecho ocurrió durante el tiempo que Ana estuvo en el Distrito Federal, al cuidado de Imelda.

El semblante de Ana Salazar se ensombreció. Aquel no era un tema de conversación agradable; evocaba momentos dolorosos y añadía más incertidumbre a sus ya de por sí mermadas esperanzas.

—Aquellas fueron fechas muy convulsas, las opiniones estaban enfrentadas —elucubró Justina

—. Unos apoyaban a Miguel Hernández: si no la quería, hacía bien en no comprometerse; otros, en cambio, sostenían que debía cumplir. Ya se sabe que en un pueblo estos asuntos adquieren mucha relevancia. Gracias a Dios, el intento de suicidio no acabó en tragedia; de lo contrario, Miguel se habría arrepentido durante el resto de su vida.

—Pues yo soy de los que piensan que hizo lo correcto —dijo Serafín, terminante.

—¡Cómo no! Eres hombre.

—No se trata de eso, Justina —replicó él—. Elena jugó con fuego y se quemó.

—¡Por favor! Era una chiquilla. Se obsesionó. En cambio, Miguel sabía lo que se cocía.

—Lo dudo. Estuvo con ella una vez y estaba ebrio. Si hubiese querido sacar provecho, la habría gozado las veces que hubiera querido: andaba de ofrecida.

—Serafín lleva razón —asintió Camila—. Lope me contaba que en el embarcadero lo acosaba un día sí y otro también. Y que su actitud no era muy recatada que digamos.

—Porque estaba perdidamente enamorada —alegó Justina.

—No te lo discuto, pero su apasionamiento no le daba derecho a exigir responsabilidades de un hecho que, en definitiva, ella sola se buscó.

—¿Ha vuelto para quedarse? —interpeló Ana, tratando de aparentar indiferencia.

—No sabría decirte —respondió Serafín con expresión incierta.

En la Casa Grande, la actividad de aquella mañana también se ubicaba en la cocina.

—Una joven pregunta por ti —anunció Isaías.

—Estoy ocupada —respondió Clara—. Atiéndela tú.

Siquiera había levantado la vista, toda su atención estaba puesta en el pastel de elote que elaboraba.

—¡Tiene buena pinta!

La voz proveniente de su espalda no era fácil de ignorar.

—¡Elena, vida mía!

Clara se abrazó a su hija, pletórica de alegría. Sin embargo, el regocijo duró poco.

—Por lo que veo, han respondido a tu solicitud —razonó, disimulando su inquietud.

—Así es —confirmó Elena, animosa—. En dos horas me presento a la entrevista de trabajo.

Clara e Isaías se buscaron con la mirada, la preocupación de ambos era ostensible.

—¿Estás segura de querer volver, hija?

—Del todo, mamá —replicó, categórica—. En San Mauricio están mis raíces, ya es tiempo de regresar al hogar.

Una verdad incompleta, puesto que el motivo de su retorno era el mismo que había provocado

su partida.

—¡Disculpen! No sabía que tenían visita.

La llegada de Marissa Montesinos introdujo el receso.

—¡No se vaya, señorita! —rogó Isaías—. Estamos en familia. Le presento a Elena, la menor de mis hijas.

—Encantada de conocerte —saludó Marissa, cortés.

—Un placer —correspondió la visita, igualmente atenta.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —preguntó Clara, servicial.

—No, exactamente —respondió, sonriente—. Quería cerciorarme de que elaborara el pastel de elote, compruebo que está en ello.

—Descuide, este pastel supone un reto para mí.

—¿Un reto?! —se extrañó—. Las veces que lo he probado sabía riquísimo.

—Pero hoy está en juego mi prestigio.

—Sigo sin entender.

—Entender a mi mujer es el mayor de los retos, señorita.

—¡No te metas conmigo, Isaías! Esto es muy serio.

—Tratándose de un pastel de elote, es lo que corresponde —enfaticó él con marcada ironía.

—¡Tengo mis razones! —insistió ella.

—Te escuchamos, sorpréndenos.

—Aparte de Ricardo y la niña, ¿quién más degustará el pastel?

—Su madre y su hermana, supongo.

—Ajá. ¿Y sabe quién acredita el título de mejor repostera de San Mauricio?

—¡No me diga que...! —titubeó Marissa, fingiendo estupor.

—Flora Acosta —aseveró Clara—. Y doy por hecho que Isabel Ibáñez no se queda atrás.

—De haberlo sabido, no la habría puesto en semejante compromiso —acertó a decir, medio en broma medio en serio—. De todas formas, dudo mucho que su receta pueda ser mejorada.

—Gracias, señorita. Créame que pongo todo mi saber en ello.

—Con eso me basta, Clara —aseguró, risueña.

Reconocida la relevancia del asunto, no hubo nada más que objetar.

—Isaías, necesito saber si dispone de tiempo para acercarme a Gran Emporio. Me gustaría agasajar a Sara Valdés con un regalo.

—Por supuesto, señorita. Cuando guste.

—En un rato. Antes preciso hacer una llamada.

—De acuerdo. Quedo a la espera.

Con la celeridad que le proporcionaban sus muletas, Marissa abandonó la cocina y se encaminó al despacho; una vez en él, buscó apoyo en la mesa de caoba maciza de estilo Chippendale que presidía la regia estancia y marcó el número de teléfono que traía anotado.

—Buenos días, le habla Marissa Montesinos. ¿Podría comunicarme con Ana, por favor? (...). Gracias, muy amable. —No tuvo que esperar demasiado—. (...). Bien. ¿Y tú? (...). ¡¿En serio?! —exclamó, sorprendida—. Me alegro mucho por Beto, la verdad es que Raquel se fue de aquí muy preocupada. (...). ¡Vaya, lo lamento! (...). Sí, claro, en parte era previsible. Mejor esperar a que se apacigüen los ánimos. (...). Pues, en realidad, te llamaba para pedirte un favor. El lunes quiero ir de tiendas y me gustaría contar con tu compañía. (...). Gracias, Ana. (...). Lo sé. Así y todo, te lo agradezco.

Beto Salazar también se mostraba agradecido.

—He venido a traerle los libros que me prestó, señorita —dijo, apenas entrar en el despacho de la titular de la jefatura de estudios.

—¿Qué te han parecido?

—Muy interesantes.

—¿Te apetece leer más?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, lo hablaré con el doctor Nebrera.

—Gracias, señorita.

—No hay de qué. —Sonrió.

El muchacho se disponía a marchar, cuando la voz de Raquel lo detuvo.

—Beto, sé que has tenido problemas con tu padre. Me han contado que te denegaba el permiso para ir de excursión.

—Pero ya tengo la autorización, señorita.

—Lo sé. Sin embargo, no quiero que vuelvas a pasar por esto. Si se da otra situación parecida o tu padre interfiere en tus estudios, quiero que me lo hagas saber. No voy a tolerar que te manipule a su antojo. Tienes que prometerme que, pase lo que pase, no cederás a sus pretensiones. Tu futuro lo manejas tú.

El semblante de Beto mostró inquietud.

—No puedo prometerle eso, señorita.

—¿Por qué? —interrogó Raquel, sorprendida.

—Porque a mi padre lo quiero mucho y no haré nada que él no apruebe.

—¿Aunque ello comprometa tus sueños?

—Sí, señorita.

La respuesta del muchacho provenía de lo más hondo; Raquel se conmovió.

—Está bien, no tienes que prometerme nada. Así y todo, quiero que sepas que cuentas conmigo, siempre estaré dispuesta a escucharte y, llegado el caso, a interceder por ti.

Se lo quedó mirando. Beto tenía un gran parecido con su progenitor, sólo que su mirada era nítida y sin malicia; la de Gonzalo Salazar, en cambio, era extremadamente perturbadora.

—Sigo pensando que tu padre no te merece.

—Él es muy bueno, señorita; sólo que...

—Sólo que la cabezonería puede con él —subrayó.

Con todo, Raquel no estaba dispuesta a permitir que su oponente se saliera con la suya.

—No sé cómo, pero he de encontrar la manera de convencerlo —dijo, concluyente—. Tu padre y yo justo estamos en el primer asalto, queda mucha pelea por delante; te aseguro que no voy a darme por vencida así como así.

Alan Portman tampoco había tirado la toalla. Las noticias que llegaban, acerca de la evolución satisfactoria de la mujer que amaba, habían reavivado sus esperanzas.

—Estamos dentro del horario previsto —informó—, en menos de una hora llegaremos al pueblo.

—Te noto ansioso —remarcó Daryl Montesinos, burlón.

—Lo estoy. Saber que la actitud de tu hermana ha cambiado, me anima a intentarlo de nuevo. Tal vez ahora reflexione en positivo sobre lo nuestro y me dé la oportunidad que me ha negado a lo largo de estos meses. Yo la quiero, Daryl.

—Lo sé, has dado buena muestra de ello; otro, en tu lugar, ya habría desistido. De todos modos, no puedo inmiscuirme en su decisión; no obstante, como amigo tuyo que soy, me desharé en elogios con tal de persuadirla de que eres el mejor partido.

Aunque se expresaba en términos irónicos, lo cierto es que Alan tenía en él a su principal valedor.

—En lo que a mí respecta —prosiguió—, mis ansias por llegar a San Mauricio obedecen a dos razones capitales: la primera, comprobar por mí mismo la evolución satisfactoria de Marissa; la segunda, deleitarme con la cara de sorpresa que pondrán ella y la abuela al presentarnos sin previo aviso.



La caja de los truenos

—¡Santo cielo!

La vehemencia de Clara Velarde puso de manifiesto el alcance de su impresión: el joven que había llamado al videoportero de la Casa Grande era Daryl Montesinos, las fotos familiares que doña Adela tenía expuestas en diferentes dependencias de la casa así lo corroboraban. De manera que, ante la ausencia de Isaías —su marido se encontraba en el pueblo realizando gestiones—, tras franquear el paso de la verja se precipitó hacia el portal; no obstante, al abrir la puerta principal, advirtió que había incurrido en un error: los insignes representantes del género masculino eran dos.

—¡Qué extraordinaria sorpresa! —exclamó.

—Usted debe de ser Clara —dijo Daryl, sonriente.

—En efecto, joven.

—Gusto en conocerla.

—El gusto es mío.

—Le presento a mi amigo, Alan Portman.

—Un placer, señora —manifestó el aludido en un correcto español.

Clara, aun cuando recurrió al disimulo, acusó intranquilidad. Sabía del estadounidense por boca de doña Adela; de hecho, tenía el encargo de no atender sus llamadas: la señorita Marissa sólo aceptaba comunicarse con sus familiares más directos, y Alan, aunque exnovio, no era una excepción.

—Y la abuela y mi hermana, ¿dónde están?

—Doña Adela se encuentra en el jardín, la señorita Marissa hace un rato que se fue al embarcadero.

—¿Y qué hace allí? —preguntó Daryl un tanto sorprendido.

—Pintar.

—¡Caramba! —exclamó, encantado.

—Es un buen indicativo —celebró Alan.

—Si hacen el favor de seguirme, les acompaño donde la señora.

En su recorrido por el interior de la vivienda, los recién llegados no pudieron evitar mostrar su admiración: la armoniosa coexistencia de elementos contemporáneos, junto a piezas de estilo, antigüedades y grabados, evidenciaba un depurado gusto estético.

—Jamás pensé que esta casa albergase tanto señorío —comentó Daryl, francamente impresionado.

—Es magnífica —convino Alan—. No comprendo cómo has tardado tanto en descubrirlo.

La percepción de excelencia no era exclusiva del espacio interior, la cuidada vegetación del exuberante jardín privado, igualmente suscitaba sensaciones perdurables en el tiempo.

—Te miro y abarco la creación entera.

—¡Daryl!

La había sorprendido elaborando un arreglo de dalias recién cortadas.

—¡Bendito Dios! ¡No creí que eso fuera posible! —declaró doña Adela, presa de estupefacta excitación.

—Pues aquí me tienes —enfaticó el joven, abrazándose a ella con amoroso ademán—. No podía viajar a Europa sin despedirme. Además, quiero comprobar por mí mismo el cambio de actitud de Marissa; me parece increíble que se haya producido en el poco tiempo que lleva aquí.

—No te quepa la menor duda, hijo. Tu hermana ha recuperado las ganas de vivir.

—Deseo vivamente que sea como dices, abuela.

Hablaba con el corazón; por algo, Marissa y Daryl eran uña y carne.

—Por cierto, no he venido solo; Alan Portman ha viajado conmigo.

—¡Alan!

—Se ha propuesto convencer a Marissa, ansía que regrese con él. Espero que no te importe.

Aunque en presencia de su nieto doña Adela se mostró benevolente, para sus adentros, el desasosiego campó por sus respetos; de ahí que la felicidad de aquel momento se viese empañada.

Ajena por completo a los acontecimientos, Marissa, aquella tarde, se mostraba especialmente motivada: en su mano, el pincel se movía con gran maestría y el vigor de las pinceladas generaba en la obra pictórica una sensación de frescura y espontaneidad realmente sorprendente.

—¡Sublime! Tu lienzo ha absorbido el paisaje.

La impresión que produjo en el ánimo de la joven la voz familiar fue indescriptible. Instintivamente, ladeó la cabeza en busca de confirmación. Al ver a su hermano, la expresión de alegría de su rostro superó todas las expectativas.

—¡No puede ser verdad! —exclamó, atónita.

—Te ves radiante —ponderó Daryl, fundiéndose en un abrazo.

—¡Me cuesta creer que estés aquí! —reiteró ella, emocionada.

—No podía viajar con la incertidumbre, quería cerciorarme de que estás bien.

—Lo estoy, pongo toda mi voluntad en ello.

—¡Qué gusto que hables así! —enfaticó, pletórico—. Y no soy el único que anhelaba escucharte, detrás de ti hay alguien igual de ansioso.

Marissa se sorprendió; sin embargo, la intriga apenas duró un instante.

—¡Alan! ¡¿Qué haces aquí?! —interpeló, disimulando a duras penas su disgusto.

—Necesitaba verte, saber de ti.

Se había agachado con el propósito de abrazarla y lo consiguió, pero la aparición de Pancho Olmedo frenó las ansias.

—¡¿Qué ocurre, señorita Marissa?! ¿Todo bien?

El viejo lobo de mar había llegado jadeante y con el gesto crispado.

—Son inofensivos, Pancho —aclaró la joven, conmovida—. Le presento a Daryl Montesinos, mi hermano.

—¡Mucho gusto! —saludó Daryl, receptivo—. Él es Alan Portman, un buen amigo y pretendiente de mi hermana —añadió, sonriente.

Marissa acusó incomodidad, la situación resultaba de lo más engorrosa; tanto es así, que su presencia de ánimo empezó a decaer.

—Celebro que esté en buena compañía —resolvió Pancho con ademán cortés—. Nos vemos otro rato.

—Nos vemos —correspondió ella en tono amable—. Gracias por tomarse la molestia.

Mientras, la Revoltosa arribó a puerto y ante la secuencia presenciada, Ricardo Ibáñez mostró contrariedad. Tenía la certeza de que eran conocidos de Marissa, de lo contrario, Pancho no habría intercambiado el saludo; además, la desinhibida actitud de los forasteros suponía un claro indicio. Con todo, su semblante reflejaba desconfianza.

La llegada de la fuente informante puso fin a las cábalas.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Daryl Montesinos y un amigo.

—¿Amigo de quién?

—Del hermano.

La mirada del patrón de la Revoltosa era muy difícil de sostener, más aún si estaba carcomida por la impaciencia.

—Está bien, tú ganas —transigió, Pancho—. Según he podido saber, Alan Portman es su pretendiente.

—¡Lo sabía! Su proceder no dejaba lugar a duda —profirió Ricardo, irritado.

—¡No exageres! El abrazo ha sido inofensivo —intervino Lope.

—Si ella fuese Camila, ¿pensarías igual?

—¡Por supuesto!

—¡Sí, cómo no! Será que no nos conocemos.

—No tanto como pensaba. ¡Menudo cavernícola has salido! ¡Qué disimulado lo tenías!

—¡Ya! ¡Qué fácil dictaminar y qué transigentes somos cuando no nos atañe! El pretendiente de mi mujer la corteja delante de mis narices y, según tú, exagero. ¡Lo que hay que oír! ¡Encima de cornudo, apaleado!

—Lope tiene razón. ¡Te estás calentando sin motivo!

—¡También tú!

—¡Yo y cualquiera que lo haya visto! —declaró Andrés, terminante—. Además, ¡qué importa que sea su pretendiente! Ella te ha elegido a ti, con eso debería bastarte.

—Verdaderamente —asintió Pancho—. ¿Acaso tienes dudas respecto a lo que Marissa siente por ti?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Ninguno —concluyó Lope—. De haberlo, con maniatar al gringo y echarlo por la borda, asunto resuelto. Por ahí viene, tú decides.

En efecto, Alan Portman estaba a tiro de piedra. Daryl Montesinos quería presenciar *in situ* el desembarque de las capturas y, prácticamente, lo había arrastrado con él; no obstante, en su deambular entre pescadores y carretillas, el estadounidense había permanecido indiferente al trajín: la actitud fría y distante de Marissa socavaba su ánimo. En contraposición, el disfrute de Daryl era manifiesto: las cajas rebosantes de pargo, huachinango, pulpo, camarón..., constituían por sí solas un fascinante espectáculo. Curiosamente, al pasar junto a la Revoltosa, la barcaza reclamó su atención.

—Es la que aparece en el lienzo —se dijo.

Llevado por la curiosidad, permaneció expectante; lo suficiente para atinar acerca de quién era el patrón. A partir de ese momento, su interés se centró en elucubrar por qué, de entre todas las barcas, Marissa escogió aquella.

En la Casa Grande, Isaías, debidamente informado por su mujer, reflexionaba en voz alta:

—Ojalá me equivoque, pero me temo que la visita de Alan Portman abrirá la caja de los truenos. Difícilmente, Ricardo se sienta cómodo ante la nueva situación.

—Pues no, la verdad —admitió Clara—. Además, el ex no esconde sus intenciones.

—¿Y doña Adela?, ¿qué opinión le merece el asunto?

—Está realmente preocupada.

Más que preocupada, la respetable señora estaba indignada. Y durante la conversación telefónica mantenida con su hijo, así lo expresó:

—Francamente, Eduardo, la presencia de Alan me parece poco afortunada; os consta que Marissa no quiere nada con él, no entiendo vuestra condescendencia. (...). Lo estoy, pero mi enojo no es arbitrario, simplemente, me pongo en su piel, cosa que vosotros no hacéis. (...). Lo fueron, efectivamente, pero Marissa dio por terminada la relación y lo hizo cuando, en buena lógica, más necesitaba de él. Con vuestra permisividad, dais largas a una situación que para vuestra hija resulta agobiante: la estáis perjudicando.

Una llamada del todo necesaria; sin embargo, a efectos prácticos, infructuosa: el mal ya estaba hecho.

—¿Puedo llegar a ti o necesito el permiso de tu hermano?

—Tienes buenos informadores.

—Me gusta rodearme de gente competente.

Ricardo había ido al encuentro de su prometida. Aquella tarde no tenía por qué ser diferente; así y todo, sus facciones lucían marcadamente contrapuestas a lo habitual en él. Marissa tampoco mostraba su mejor semblante; la presencia de los visitantes condicionaba en gran medida la alegría del reencuentro.

—Daryl se ha presentado sin previo aviso —informó—. El próximo martes viaja a Italia y ha venido a despedirse.

—¿Y su amigo? ¿También ha venido a despedirse?

—Él no viaja.

—Está aquí por ti, entonces —anticipó con gesto serio—. Me han contado que es tu pretendiente.

—Te noto extraño. No estarás molesto, ¿verdad?

—Depende de quién sea ese hombre para ti.

—Alan y yo fuimos novios, pero lo dejamos hace tiempo.

La expresión de Ricardo se contrajo; no había considerado tal posibilidad.

—Nunca me has hablado de él.

—Tú tampoco me has hablado de tus novias.

—Eran amigas.

—Para el caso es lo mismo.

—En absoluto. El noviazgo implica otro grado de compromiso.

—Si no he hablado del tema es porque no ha salido; además, el hecho en sí no tiene mayor relevancia.

—Sin embargo, él está aquí —reiteró—. No hace falta ser muy avisado para sacar conclusiones. Ese hombre sigue enamorado de ti.

—Yo no le pedí que viniera. Alan sabe que no tengo ningún interés en él; se lo he dicho en repetidas ocasiones.

—Es obvio que no has sido suficientemente convincente. Si él no advirtiera posibilidades contigo, no habría viajado desde tan lejos. Aparte, has sido su mujer, te conoce bien y sabe distinguir entre un no y un sí encubierto.

—No he sido su mujer, he sido su novia.

—Es lo mismo, has compartido sus ansias.

—Te equivocas.

—¡Por favor, Marissa! ¿Por qué negarlo?

—No lo niego, simplemente, no se dio.

—¿Tampoco te ha besado?

El temple hacía agua.

—Ricardo, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada. Estoy molesto, eso es todo. Tengo motivos para estarlo, ¿no crees? Apenas llegar, te encuentro abrazada a un hombre que, además de pretenderte, es tu exnovio. ¿Te parecen pocas razones? Eso, sin contar que no puedo acercarme a ti más de lo debido; me imagino que te pondría en un serio apuro y difícilmente tu hermano superaría el síncope de verte besándote con un mugroso como yo. Antes, hay que allanar el terreno; eso, claro está, suponiendo que entre en tus planes contarle lo nuestro. Yo, en tu lugar, esperaría. A lo mejor, ni falta hace. Puede que tu ex te convenza de que regreses con él.

—¡Ya basta, Ricardo!

—Por cierto, ¿dónde escondes la sortija?

—En ningún sitio, quedó en la casa. No he querido exponerla a la pintura.

—¡Ya! —masculló, descreído.

—No estás siendo objetivo —se lamentó ella.

—Tal vez estés en lo cierto. Regreso a mi pregunta del principio, entonces: ¿puedo llegar a ti y besarte?

Marissa se encontraba en una difícil tesitura y, para colmo de males, Daryl y Alan se aproximaban. Aun así, no entraba en consideración decepcionar al ser amado.

—Sigo a la espera de una respuesta —insistió él.

—Puedes besarme, por supuesto.

Lo expresó de viva voz, por exigencias del corazón; sin embargo, cuando Ricardo salvó la distancia y en claro ademán se inclinó para besarla, no pudo evitar experimentar desasosiego.

—Besarte es lo que más deseo —dijo él, susurrante—, pero soy incapaz de ponerte en una situación comprometida.

Dicho esto, se apartó sin siquiera rozarla.

—La subasta está a punto de iniciar —anunció, consecuente—. Debo irme.

—Espera. Quiero presentarte.

—Como un conocido del pueblo, supongo. No, Marissa. Además, no tengo el ánimo para cumplidos.

Ella se sintió incapaz de rebatirle.

—Con respecto a la cena de esta noche, estás excusada —añadió con gesto grave—. Antes que nada, debes cumplimentar a tu gente.

Acto seguido, volteó y apresuró el paso. Al cruzarse con los estadounidenses, estos le observaron con marcado interés; él, en cambio, los ignoró.

—¿Quién es? —preguntó Daryl.

—Un conocido del pueblo.

La respuesta, por imprecisa, no convenció a su hermano; no en vano, pese al disimulo, el rostro de Marissa denotaba tribulación.

—Me siento cansada, mejor nos vamos.

En la lonja, la subasta del pescado seguía su curso habitual; con todo, Ricardo estaba desconocido.

—¿Qué te traes? —se interesó Miguel.

—Estoy rabioso, amigo.

—¿Por qué?

—Un exnovio de Marissa anda por el pueblo.

—Y qué hace aquí.

—Acompañar a Daryl Montesinos, pero es obvio que ha venido por ella.

—Y qué piensas hacer.

—Nada. Lo único sería liarme a puñetazos.

—No te lo aconsejo. —Sonrió.

—Acepto sugerencias. ¿Qué propones?

—Aguantar y tragar coraje, no hay de otra.

—Eso hago y así me ves. Además, estoy limitado, veo la jugada y no puedo mover ficha. De su familia, doña Adela es la única enterada de nuestra relación; el resto, ni saben que existo y acercarme a ella supone ponerla en aprietos.

En la Casa Grande, la situación no era mejor. Apenas llegar, Marissa había buscado refugio en su alcoba; necesitaba estar a solas, reflexionar sobre lo sucedido y hallar el modo de reconducir las aguas. En esas estaba cuando unos toques en la puerta interrumpieron las deliberaciones.

—Marissa, ¿puedo pasar?

No podía negarse: el afecto, la comprensión y el apoyo de su abuela eran inestimables.

—¿Qué ha sucedido?

—Ricardo se ha molestado conmigo.

—Por Alan, supongo.

Los celos no tienen nada de excepcional y si bien Ricardo Ibáñez gozaba de solidez psicológica y alta autoestima, había tomado conciencia del perjuicio; al fin y al cabo, el rival era real.

—Su postura es entendible, Marissa, le estás negando el lugar que le corresponde.

—No se lo niego, abuela, sólo que los hechos se han precipitado y no he tenido capacidad de respuesta. En cualquier caso, mañana buscaré un aparte con Daryl y le contaré la verdad acerca de mis sentimientos. Amo a Ricardo y no permitiré que nada ni nadie se interponga.

—Es lo correcto. Por otro lado, este paso es ineludible. Tus padres y tus hermanos tienen derecho a saber lo que está ocurriendo en tu vida.

—Lo sé; pensaba comunicárselo en un mes, aprovechando el viaje a Miami con motivo de la revisión programada; por teléfono no me parece apropiado. En cuanto a Daryl, le pediré que no comente nada; confío en él.

—Y con respecto a la cena, ¿piensas acudir?

—Me encantaría, pero mi hermano ha venido ex profeso a verme y sería una desconsideración de mi parte marcharme la noche de su llegada —argumentó—. En un rato, llamaré a la señora Flora para disculparme, aunque me imagino que Ricardo ya le habrá dado buena cuenta de la situación.

Efectivamente, Flora Acosta estaba debidamente enterada e incluso había tomado partido por una de las partes. Así que, cuando Marissa llamó, tenía el perdón concedido de antemano.

—(...). No tienes por qué disculparte, hija. Pese a quien pese, esta noche tu sitio está junto a tu hermano.

La mirada desafiante de Ricardo sirvió de poco, su madre expresó lo que le vino en gana; ni

siquiera al pasarle la llamada mostró encogimiento.

—(...). No estoy molesto contigo, Marissa —dijo, satisfaciendo la pregunta—. Lo estoy con las circunstancias que nos separan. ¿Estás segura de querer contárselo? (...). Aun así, no puedo estar tranquilo. ¡Por favor, entiéndeme! El tipo hará lo imposible por convencerte; pasaréis tiempo juntos, dormiréis bajo el mismo techo. No le veo la gracia —reprobó ante el reír de su enamorada—. (...). Está bien, intentaré calmarme, aunque no sé si lo conseguiré. De todos modos, tienes que prometerme que te mantendrás a distancia de él. Me traes loco, lo sabes, ¿verdad? (...). Y yo a ti.

Por suerte, la distancia entre Ana Salazar y Miguel Hernández no estaba restringida. Justamente, aquella noche tenían acordada una cita en La Imperial: Beto, en menos de cuarenta y ocho horas, partía de excursión y era menester que tuviese a su disposición la mochila, el saco de dormir y el resto de accesorios adquiridos en Gran Emporio. Así que Ana, un tanto deseosa, aguardaba detrás del mostrador; un hecho que se apartaba de lo ordinario, puesto que en horas nocturnas y una vez cerrada la cocina, la atención al cliente quedaba en manos de su hermano, los meseros y el bueno de Serafín.

—¡Vaya! ¡Apareció el intrigante! —exclamó Gonzalo con el ceño fruncido.

Había llegado el momento de poner los puntos sobre las íes.

Ana, con la mejor de las sonrisas, acudió al encuentro de Miguel y, solícita, lo ayudó con las bolsas. Estaba especialmente atractiva: llevaba puesto el jersey rojo que él sugirió.

—¿Me acompañas? Beto está en su cuarto.

—Sí, por supuesto.

—¡Encima trato deferente! —protestó Gonzalo, simulando enfado.

—¡Ya salió el remilgado! —replicó Miguel.

—Ni caso —dijo Ana, reidora.

—¡En un rato, tú y yo saldamos cuentas!

—Cuando quieras.

Sin más que añadir, la pareja abandonó la cantina y se adentró en el interior de la vivienda. El ambiente privado era amplio y acogedor. Todas las dependencias de la casa se abrían a un patio central, colmado de plantas y flores. Era el lugar secreto de los Salazar, el refugio donde permanecer al abrigo del mundo.

—Beto, ¿das tu permiso?

Había sido paciente, pero cuando la puerta se abrió, el ímpetu del muchacho se desmandó.

—¡Gracias, Miguel! —saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ábrelo. A ver qué te parece —instó Ana, risueña.

Su sobrino no se hizo de rogar.

—¡Está padrísimo, tía! —exclamó, visiblemente complacido.

—Miguel lo escogió. Yo no tuve nada que ver.

El aludido sonrió, la puntualización cabía interpretarse como una demostración de afecto.

—¡Voy en busca de papá! Quiero mostrárselo.

Dicho esto, Beto se fue con la exaltación a cuestas, de manera que Ana y Miguel se quedaron a solas.

—Te felicito, parece que el acierto ha sido pleno —dijo ella, un tanto turbada.

—Nunca mejor dicho, el color rojo te sienta divinamente. Te ves hermosa.

El encantamiento de Miguel había rebasado el límite de la resistencia; la tenía demasiado cerca para escapar de la atracción que ejercía su boca entreabierta. Por lo que, irrefrenable en su anhelo, en un certero movimiento la atrajo hacia sí y la besó con vehemencia.

Ana, estremecida de emoción, se entregó al beso.

—¡Estás de suerte, Miguel! Te perdono la deuda. —Irrumpió Gonzalo, sonriente—. Beto me asegura que has hecho un buen trabajo.

La distancia entre los amantes se había establecido de nuevo, las voces provenientes del patio ajardinado les habían advertido a tiempo; con todo, ella mostraba una enorme turbación; él, a su vez, trataba de descifrar la evidencia.

Por el contrario, en la Casa Grande, la certeza era manifiestamente clara.

—¡La felicito! Hacía tiempo que no probaba un pastel tan sabroso —ponderó Daryl.

—Pues justo le ha ido, joven —enfaticó Clara.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Iba destinado a complimentar otra mesa.

—¡No me diga! ¿Y eso?

—Esta noche la señorita Marissa tenía un compromiso, el pastel era parte del agasajo.

El cruce de miradas entre abuela y nieta fue significativo. Hasta aquel momento, la cena había transcurrido sin sobresaltos; de repente, la velada tomaba otro cariz.

—Tal parece que nuestra llegada ha sido inoportuna —se lamentó Daryl—. Te hemos estropeado la reunión.

—No te preocupes, la cena sigue en pie —informó Marissa—. Sólo ha cambiado de fecha.

—Siendo así, me quedo más tranquilo. Conque si Clara hace otro pastel, asunto arreglado.

La sonrisa se generalizó.

—Me alegra comprobar que haces vida social —continuó—, significa que en San Mauricio has

encontrado a personas de tu agrado.

—La verdad es que he conocido a gente maravillosa. Me siento muy a gusto.

—¿No extrañas Miami? —intervino Alan.

—En absoluto. Es más, no me apetece volver.

La perplejidad de los dos hombres fue manifiesta.

—¿Hablas en serio? —interpeló Daryl, sorprendido.

—Muy en serio.

—De escucharte, a mamá le daba un síncope.

—Este no es lugar para ti, Marissa —afirmó Alan con rotundidad.

—Antes, tal vez, pero ahora siento que formo parte de él.

La contundencia empleada puso en entredicho cualquier duda acerca de su estado anímico, y el anillo de pedida que lucía en su mano hizo innecesaria cualquier elucubración.

—De todos modos, hay que dejar pasar el tiempo —razonó Daryl, plenamente consciente de la realidad de su hermana—. En según qué decisiones es mejor no precipitarse. Puede que más adelante contemples otra posibilidad.

—Puede, pero, hoy por hoy, mi decisión es firme. Si te parece, mañana lo hablamos con calma.



Favor por favor

R ecién llegado de la Central de Abastos, Gonzalo Salazar fue al encuentro de su hermana; había algo que lo tenía intranquilo.

—Anoche, me extrañó que te fueras sin más.

—Me sentía algo cansada y preferí acostarme temprano —pretextó ella, recurriendo al disimulo—. Además, Beto os tenía a vosotros; mi ausencia ni la notó, con su entusiasmo se bastaba solo.

—Sí, realmente estaba exultante —asintió él—. Es justo reconocer que Miguel le acertó el gusto.

—Supongo que se lo agradeciste.

—Quise agasjarle, pero él no quiso; de hecho, al poco se fue.

El deseo de Ana era permanecer junto a Miguel el mayor tiempo posible, pero tras abandonarse al beso, se sintió incapaz de aguantar su mirada sin delatarse.

—Bien, voy a ponerme el uniforme —anunció Gonzalo—. La jornada está a punto de iniciar. Por cierto, Beto ¿a qué hora parte mañana?

—La salida es a las ocho. ¿Por qué?

—Tengo pensado acercarme a despedirlo.

La expresión de Ana fue de auténtica sorpresa.

—¿En serio?!

—¿Te parece mal?

—¡Al contrario! —enfaticó—. Pero me extraña. Será la primera vez que te impliques.

—Algún día tenía que ser el primero —dijo él, con solemnidad algo burlona.

Para satisfacción de Gonzalo, la llegada de Justina Gómez puso fin al interrogatorio.

—¡Buenos días! ¿Cómo amanecieron?

Era una pregunta recurrente; así y todo, ninguno de los hermanos Salazar respondió con la verdad. Ana, la noche pasada, apenas pudo conciliar el sueño; su mente estaba concentrada en hallar una argumentación aclaratoria: era obvio que Miguel se había dejado llevar por un impulso, pero ¿se trataba de un simple estímulo o emanaba del sentimiento? ¿Acaso era amor lo

que veía en sus ojos? En cuanto a Gonzalo, el vivo recuerdo de Raquel Bianchini le generaba insomnio. A pesar de su desencuentro, había algo en aquella mujer que lo atraía poderosamente.

En cuanto a atracción propiamente dicha, la que Roberto Govea experimentaba por Isabel Ibáñez no era menos digna de reseñar. Sin ir más lejos, aquella mañana, en un alarde de incontinencia, acosó a la joven viuda de camino a Dulcería Baeza.

—¿Cómo estás? —preguntó, asiéndola por el brazo.

Isabel se sobresaltó, no había advertido los pasos que se aproximaban por detrás.

—Me ha asustado —expresó, visiblemente perturbada.

—No era mi intención —se excusó él.

—Suélteme —exigió ella, reaccionando a la repulsión que le provocaba el contacto.

El honorable hizo caso omiso.

—¿Cuánto hace que no gozas con un hombre? —interrogó con mirada lujuriosa—. Siete años de privación es antinatural —aseveró, aprisionándola contra su cuerpo.

—¡Déjeme ir o gritaré! —advirtió ella, en un intento por zafarse de la repugnante cercanía.

Él exhaló una carcajada.

—Eres incapaz. Además, la calle está desierta. Y aun si no lo estuviera. Has tropezado. Te he asido a tiempo de no caerte —adujo, sarcástico—. Por qué mejor no te tranquilizas. No pretendo incomodarte. Te consta que soy tu fiel adorador. Sucede que mis ansias de ti son apremiantes.

—¡Cállese! Sus palabras me ofenden.

—Son palabras de hombre enamorado, deberías sentirte halagada.

Por fortuna para la joven viuda, en la bocacalle se apreció movimiento.

—Por allí viene alguien —aseguró—. ¿Me suelta o me pone a prueba?

El honorable volteó la cabeza para asegurarse.

—Está bien —replicó, soltándola con desgana—. Aun así, no cejaré en mi empeño de hacerte mía.

Dicho esto, se marchó.

Isabel lo vio alejarse estremecida de angustia; si bien la providencial aparición del transeúnte le evitó perjuicios mayores, había tomado conciencia de la realidad que enfrentaba.

En la Casa Grande, la realidad de aquel día era otra.

—Vas muy bien, Marissa —declaró Sandra Guillén—. La movilidad está ganando terreno a la rigidez y noto tus músculos mucho más flexibles.

—¿Cuánto crees que voy a tardar en poder caminar sin ayuda?

—Como fisioterapeuta no puedo responderte con exactitud. En casos similares, lo normal está entre doce y catorce meses, pero he conocido gente que lo ha logrado en ocho. Tú llevabas mucho tiempo de estancamiento y ello ha retrasado tu recuperación; no obstante, si sigues esforzándote como lo has hecho esta última semana, te puedo adelantar que será más rápido de lo que piensas. De todos modos, en tu próxima revisión, el doctor Hull valorará tus avances y sabrá responderte con más precisión.

—¿Cómo se porta? —interrumpió Daryl con semblante risueño.

La puerta del gimnasio estaba abierta y había entrado a cerciorarse de la verdad a propósito del estado físico de su hermana.

—Mejor imposible —afirmó Sandra—. Su progresión es francamente buena.

—Lo celebro —festejó él.

—Por lo que veo, tú también has estado haciendo ejercicio —observó Marissa.

La ropa deportiva que vestía su hermano, así lo indicaba.

—Me apetecía correr y nadar un rato.

—¿Te has bañado?! —se sorprendió.

—No he podido resistirme, la mar estaba irreverente. Aparte, el lugar es ideal para disfrutar de la actividad al aire libre. Empiezo a comprender por qué el abuelo escogió San Mauricio para establecerse.

—Cuando se descubre el sitio, resulta fácil de entender. El entorno seduce —convino Marissa.

—Tú eres un claro ejemplo —puntualizó Daryl.

—En verdad, me tiene atrapada.

—Si te parece, más tarde seguimos hablando de seducción —resolvió, enigmático—. Por lo pronto, voy a asearme. Y de paso, me intereso por Alan. Al pobre lo tenemos olvidado.

Era una forma de hablar, pero lo cierto es que la situación de Alan Portman era todo menos favorable.

—¿Cómo vas? —preguntó Daryl, cerrando la puerta del cuarto de invitados tras de sí.

—De mal en peor; siento que la estoy perdiendo —respondió su amigo, visiblemente atribulado.

—Sí, para qué engañarse, mi hermana está enamorada del patrón de la Revoltosa.

—No comprendo cómo ha podido suceder —se lamentó Alan—. Ese hombre es un simple pescador; dudo que su cultura y sus conocimientos abarquen mucho. No termino de entender que una mujer como Marissa se sienta a gusto con un palurdo como él.

—Como dice el dicho: el amor es ciego —resolvió Daryl con ironía—. No sé cuánta verdad contenga la máxima, pero en el caso de mi hermana el acierto es pleno. En cualquier caso, no

podemos juzgar a ese hombre sin fundamento práctico. No niego que, de entrada, el hecho resulte chocante, pero conozco a Marissa lo suficiente como para que él tenga de mi parte un margen de confianza.

—¿Piensas relacionarte con ese individuo? —interpeló un tanto sorprendido.

—Quiero averiguar quién es. Eso, claro está, suponiendo que él quiera relacionarse conmigo.

—¿Crees que pueda sentirse disminuido?

—Para nada. Por cómo se comportó en el embarcadero, demuestra ser un tipo muy seguro de sí mismo. Precisamente, es su aplomo lo que me hace dudar; no lo veo muy dado a los cumplidos. Sea como sea, lo primero es hablarle a mi hermana. Acabo de estar con ella, pero la ocasión no era propicia para sacar el tema, se encontraba en el gimnasio realizando ejercicios de fisioterapia; según la valoración de su fisioterapeuta, la evolución es muy buena.

—Me alegro.

—Estarás de acuerdo en que el cambio de actitud de Marissa es un hecho —indicó Daryl, introspectivo—. No sé quién sea el tal Ricardo; probablemente, tenga carencias, pero ha logrado que mi hermana recupere las ganas de vivir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es obvio que ella siente por él algo muy diferente a lo que sentía por ti. Marissa no te quiere, Alan. Hagas lo que hagas, digas lo que digas, su sentir no cambiará. Solamente puedes acercarte a ella como un amigo; de lo contrario, lo único que conseguirás será que te excluya de su vida. Tuviste tu oportunidad, pero mi hermana no halló en ti lo que buscaba.

—¿Y en él sí?! ¡Por favor, Daryl! Apenas lo conoce.

—Sin embargo, piensa permanecer a su lado. No sé cómo, pero ese hombre se ha ganado su oportunidad. Sólo el paso del tiempo resolverá si la elección de Marissa ha sido la correcta.

—Tu transigencia me sorprende —reprochó Alan—. De todos modos, dudo mucho que tus padres acepten la situación.

—Puede que no, pero mi hermana es una mujer adulta, libre de vivir su vida como quiera y con quien quiera —concluyó—. Por cierto, tengo que llamarlos, quedé en que lo haría. Tú, mientras, procura reflexionar en positivo. El mundo está lleno de mujeres y, en algún lugar, una de ellas te aguarda dispuesta a entregarte el amor que Marissa no ha podido darte. Es cuestión de tener los ojos bien abiertos.

Daryl Montesinos era un hombre con sentido práctico; desde su punto de vista, aquella situación no constituía ningún hecho dramático. Así pues, aunque comprensivo con el malestar de su amigo, no tenía vocación de plañidero y tampoco estaba dispuesto a favorecer la crítica; una norma que, tras marcar el número de teléfono de la residencia de Morningside, mantuvo intacta.

—¡Hola, mi reina! ¿Qué tal estás? —expresó, afable—. (...). El recorrido, perfecto. Marissa,

¡divina! Es la pura verdad. La abuela estaba en lo cierto. (...). ¿Os llamó? ¿Enojada? (...). — Sonrió, pillastre—. En parte, tiene razón, la circunstancia es incómoda para ambos. El pobre Alan lo está pasando mal, sus posibilidades se han agotado.

—¡Qué gusto verla comer, señorita! Creí que no llegaría el día.

—Tampoco exagere, Clara.

No era ninguna exageración. En apenas una semana, Marissa había pasado de comer gracias a la insistencia, a salir del gimnasio y entrar en la cocina por propia voluntad; aunque, todo sea dicho, el panqué con pasas de Dulcería Baeza constituía un succulento reclamo. Doña Adela tampoco le hacía ascos al pan de dulce, así que cuando Daryl entró, se encontró a sus familiares en plena degustación.

—¡Os he pillado infraganti! —enfaticó, ameno.

—Verdaderamente, pero en comparación con el atracón que os daréis Alan y tú, lo nuestro es *peccata minuta* —destacó la respetable señora, risueña.

Daryl reparó en la bandeja de desayuno que Clara terminaba de disponer.

—¡Aquí hay comida para cuatro! —exclamó.

—Para cuatro desganados, querrá decir —replicó ella sin inmutarse.

—Vete acostumbrando —intervino Marissa—, la ceiba es norma de la casa.

El comentario generó risa y confirmó que la joven avanzaba muy deprisa hacia el estado de normalidad anímica, por lo que su hermano tomó la determinación de evitar cualquier tema de conversación que evocase experiencias pretéritas, centrándose exclusivamente en la cotidianidad presente.

—¿Y qué tal el paseo, abuela? ¿Dónde has estado?

—En el embarcadero.

—Yo también me he acercado hasta allí.

—Lo sé, me lo ha dicho alguien que te ha visto.

Daryl se mostró sorprendido.

—Es otra de las cosas a las que tendrás que acostumbrarte —precisó doña Adela con una risa burlona—. En San Mauricio nadie da un paso sin que se sepa.

Aunque expresada con tono burlesco, la información iba acorde con la realidad.

—Y puestos a saber, ¿qué plato sugieren para el almuerzo? ¿Tienen alguna preferencia? —preguntó Clara, servicial.

—Por nosotros no se moleste, comeremos fuera. Alan y yo tenemos programado un recorrido turístico por la zona. Cuando mi hermana esté lista, nos vamos.

Marissa se sobresaltó.

—Conmigo no contéis.

—No tienes excusa —replicó él.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Como cuáles? ¿Leer, pintar? Eso puedes retomarlo el lunes. Creo que no es mucho pedir que nos acompañes los dos días que restan de estar aquí.

—No puedo, Daryl, es la verdad.

—O sea, el tipo es celoso.

Marissa se sorprendió; había olvidado que su hermano era de mente ágil.

—Por lo que se ve, ya estás enterado.

—He notado cosas.

—Ricardo Ibáñez es el hombre de mi vida —afirmó ella con vehemencia—. Lo amo.

—¿Estás segura de tus sentimientos?

—Completamente.

—Entonces, yo no tengo por qué dudarlo. Si él es tu felicidad, adelante.

—Sabía que podía contar contigo —celebró Marissa—. Con todo, tengo que pedirte un favor.

—El que quieras.

—No comentes nada a Edward ni a nuestros padres, prefiero hablarles de Ricardo en persona.

—Descuida, seré otro de tus cómplices.

—Bienvenido al clan, hijo —enfaticó doña Adela.

Daryl sonrió, pero aún no estaba todo dicho.

—Yo también quiero pedirte un favor.

—Adelante.

—Que vengas con nosotros.

Marissa se alteró.

—¡Por favor, Daryl! No me pidas eso.

—Espera, déjame terminar —suplicó, conciliador—. Me consta que las barcazas arriban pasada la media tarde, tienes mi palabra de que estaremos de regreso antes de que él llegue. Es más, yo mismo te acompañaré al embarcadero para que me lo presentes y de esta forma averiguar qué tiene ese hombre de especial.



Contratiempo

Como cada viernes, el padre Anselmo acudió a la Casa Grande a tomar una taza de humeante café: era una costumbre establecida por Lorenzo Montesinos y que su viuda, en sus períodos de estancia en San Mauricio, procuraba mantener; de manera que, sobre la media tarde, siempre y cuando no lo impidiera una causa de fuerza mayor, los contertulios se reunían e intercambiaban anécdotas y puntos de vista.

—Se dan situaciones que desembocan en circunstancias bien curiosas —destacó el padre Anselmo, reflexivo—. En tantos años, ninguno de sus nietos había aparecido por el pueblo y, en pocos días, se han presentado dos.

—Si le soy sincera, padre, no pensé que esto llegase a suceder —reveló la respetable señora—. En vida de mi esposo, intentamos traerlos en repetidas ocasiones, pero nunca mostraron interés, siempre salían con excusas; además, mi hijo y mi nuera tampoco participaban de la iniciativa. Al final, desistimos. Lorenzo no decía nada, pero le dolía: en cierta forma, se sentía ofendido. Usted sabe cuán importante era este lugar para él.

—Ciertamente. No obstante, el desinterés de sus nietos es comprensible, doña Adela —manifestó el cura párroco, indulgente—. San Mauricio no forma parte de sus recuerdos. Y, a decir verdad, los Estados Unidos Mexicanos tampoco. Porque, aunque de ascendencia mexicana, nacieron en Miami; son estadounidenses y aquel ha sido su entorno, sus vivencias están allí.

—Sí, tiene razón. Nuestra cultura, costumbres y tradiciones las conocen a través de las emociones de otros; las suyas han sido carenciales. Las veces que han venido de visita, han permanecido en el Distrito Federal por poco tiempo, insuficiente para dejar de sentirse forasteros. Realmente, México no significa nada especial en su existencia: es uno más de entre tantos países. Mi esposo se mortificaba por ello porque él siempre fue un enamorado de su tierra; de ahí que le costase tanto asimilar que sus nietos crecieran amando otra bandera.

—Recuerdo que, en alguna ocasión, don Lorenzo lo comentó —rememoró el padre Anselmo—. De todas formas, su frustración se inició mucho antes: fue cuando su hijo quiso estudiar arquitectura; entonces supo que Ahumados del Pacífico desaparecería con él.

—Efectivamente, ese fue su primer mal trago —convino doña Adela con gesto pesaroso—. Pobre Lorenzo, con Eduardo todo le salió al revés.

—Sin embargo, tal parece que el destino ha querido resarcirle —dijo el sacerdote, animoso—.

De sus tres nietos, dos están aquí. Y la benjamina con intención de afincarse.

En efecto, la voluntad de Marissa Montesinos era permanecer junto a Ricardo Ibáñez; como también lo era personarse en el embarcadero antes de que él arribase a puerto.

Se encontraban dentro del horario pactado, así que no había razón para inquietarse; en apenas tres cuartos de hora estarían en San Mauricio. Con todo, a medida que las manecillas del reloj progresaban alrededor del dial, el nerviosismo de Marissa iba en aumento; de manera que, cuando el coche hizo un extraño, se sobresaltó.

—¿Qué ocurre, Daryl?! —interpeló, alarmada.

—Un pinchazo, me temo —razonó él, deteniendo de inmediato el auto en el arcén—. No pases ansias —añadió—. Alan y yo cambiaremos la rueda en un santiamén.

El optimismo de Daryl Montesinos era de agradecer, pero aquella tendencia positiva duró poco, apenas el tiempo de comprobar que la rueda de repuesto estaba baja de presión de inflado; lo que, en aquellas circunstancias, equivalía a un serio contratiempo.

—El problema es más grave de lo que pensaba —informó, atribulado.

—No estoy para bromas, Daryl —replicó Marissa, incrédula.

Pero la realidad es tozuda y, para colmo de males, se encontraban en medio de la nada y el último núcleo habitado había quedado lejos; el próximo no tenían idea de a qué distancia estaba.

—Lo siento, cualquier solución pasa por demorarnos más de la cuenta.

—Por favor, no me digas eso —imploró ella, angustiada.

Daryl estaba en lo cierto, la única salida consistía en sustituir la rueda deteriorada de la parte delantera por una de las traseras y colocar en su lugar la de baja presión de inflado; a continuación, manejar despacio hasta la gasolinera más cercana.

El teléfono de la Casa Grande sonó pasada la media tarde.

—¿Dígame? (...). ¿Qué tal, Ricardo? Lo siento, pero ella no se encuentra. Esta mañana se ha ido con su hermano a recorrer la zona y pensaban llegar hasta San Blas. (...). Sí, lo más probable. (...). No hay de qué. A disponer.

Al colgar, la expresión de Isaías era de preocupación, presentía que aquella ausencia dilataría el conflicto.

—Señora, Ricardo Ibáñez ha llamado preguntando por la señorita Marissa —informó al poco.

Doña Adela, en un impulso instintivo, miró el reloj de pulsera que lucía en su muñeca.

—Ya deberían de estar en el embarcadero —dijo, contrariada.

—Por lo visto, van con retraso. Calcular la hora precisa cuando se desconoce el sitio es complicado —razonó Isaías.

—Así y todo, Daryl lo tenía que haber previsto. Le prometió a Marissa que estarían de regreso antes de que arribasen las barcazas —replicó la respetable señora, presa de inquietud—. Ahora, Ricardo ya sabe que Alan está con ella.

En casa de los Ibáñez, Sara Valdés mostraba un entusiasmo contagioso.

—El domingo recorreremos Tepic, la señorita Raquel nos explicó que esta ciudad fue fundada en el año 1532 por Nuño de Guzmán y que su centro histórico es muy bonito; los profesores nos llevarán a visitar el templo de la Cruz de Zacate, el Palacio de Gobierno, la catedral, el museo Amado Nervo... También nos dijo que desde el Mirador del Águila, en el cerro de San Juan, se observa la llanura costera del océano Pacífico y la Sierra Madre Occidental.

El sonido de la puerta de entrada interrumpió el monólogo y la sonrisa de la chiquilla se agrandó.

—¡Hola, tío!

El gesto afectuoso de Ricardo no disimuló la decepción de sus expectativas maltrechas.

—¿Lo tienes todo a punto? —preguntó, complaciente.

—Me falta la linterna.

—Te vienes conmigo y te la doy.

—De acuerdo.

El escueto saludo que intercambió con su madre y su hermana, afianzó la primera impresión.

—Parece que el tiempo anda borrascoso —indicó Isabel.

—Eso da a entender —asintió Flora—. ¿Has visto a Marissa?

—No, esta tarde no ha estado en el embarcadero.

—Por eso trae esa cara.

—Pero Ricardo no puede pretender que ella le aguarde día sí y día también.

—No, pero estoy segura de que habían quedado en encontrarse y, por algún motivo, Marissa no ha podido acudir.

El hecho es que el patrón de la Revoltosa necesitaba relajarse; sin embargo, el agua y el jabón no habían logrado el efecto deseado. Así que, cuando su madre llamó a la puerta, su mente aún permanecía agitada.

—Hijo, ¿das tu permiso?

Flora Acosta procuraba estar al tanto de lo que ocurría en la vida de sus hijos. Y si bien, a resultas del naufragio, su ternura y apoyo emocional se habían volcado en Isabel, en su preocupación constante también había espacio para el primogénito. De manera que, ante el notorio enfado de Ricardo que, todo sea dicho, disimulaba muy mal, era lógico que se interesara por él y quisiera saber el porqué de su malhumor.

—¿Qué ocurre? ¿Marissa tiene algo que ver con tu malestar? Tu hermana me ha comentado que esta tarde no ha ido al embarcadero.

—Tenía asuntos más importantes que atender —respondió él con resquemor—. Está haciendo turismo.

—¿Cómo lo sabes? —interpeló Flora un tanto sorprendida.

—Lo sé por Isaías. Al llegar y no encontrarla, me ha ganado la inquietud. Ayer quedamos en vernos, he supuesto que si no estaba era porque le había sucedido algo. He llamado a la Casa Grande y allí me han informado.

—Hijo...

—¡Por favor, madre! —cortó, tajante—. No insistas en que su sitio está junto a su hermano, ¡ya fue suficiente! Su sitio está junto a la persona que dice querer. Yo, al menos, lo entiendo así. Ocurre que Marissa es mi prioridad; ella, en cambio, tiene otras.

—Te consta que te quiere, hijo, no puedes juzgarla sin saber cómo han sido las cosas. Tal vez se ha visto obligada.

—¡No intentes excusarla!, ¡no me vale! —reprobó, terminante—. Marissa sabe que me molesta que esté junto a su exnovio; aun así, se ha ido con él. Si hubiera querido habría encontrado mil excusas o con decir la verdad hubiese bastado, pero ha preferido irse. Y lo más probable es que todo siga igual.

—¿A qué te refieres?

—¡Está muy claro, madre! —respondió, categórico—. Marissa no ha contado nada de lo nuestro.

—Ella dijo que lo haría.

—También me prometió que se mantendría alejada de su ex y está con él.

—¡¿Dudas de Marissa?! —

—Sí. Y no te imaginas cómo duele.

Dolía y mucho. Y por si fuera poco, la dolencia se agravó apenas Flora se hubo marchado. El teléfono móvil sonó y aunque desconocía el número del llamante, intuyó quién estaba al otro lado de la línea.

—¿Con quién hablo? (...). —Su percepción era acertada, pero su rostro permaneció imperturbable—. Dime —dijo, falto de emoción—. (...). Eso ocurre con relativa frecuencia —ironizó sin perder el dominio de los nervios—. (...). No sigas, me convenciste. Marissa, por favor, ya basta. No quiero saber más. Tienes a tu hermano y a tu exnovio contigo, supongo que son suficientemente capaces como para solucionar el problema. Por lo demás, no te preocupes, me consta que ellos son tu prioridad. Cuando se hayan ido, y si aún sigues interesada en mí, me buscas y después hablamos. Mientras tanto, te lo pongo fácil: en lo que a mí concierne, tienes absoluta libertad de movimientos, quédate tranquila, te ahorro la excusa de mañana.

Colgó sin más.

Ricardo estaba desconocido: los pensamientos negativos copaban su mente; por lo que las disculpas de Marissa habían sido interpretadas como una ofensa a su intelecto. En otras palabras, las explicaciones lejos de serenar el ánimo lo habían exaltado.

Lo cierto es que Ricardo Ibáñez no estaba hecho para conformarse, amaba a Marissa Montesinos apasionadamente y su naturaleza exigía ser correspondido con la misma intensidad. Así pues, no se trataba de una cuestión de celos en sentido estricto, sino de reciprocidad de sentimientos.

—Miguel, necesito platicar contigo —dijo tras marcar el número de su amigo y confidente—. (...). Marissa me tiene receloso. (...). En La Imperial, si te parece bien. (...). De acuerdo. Allí nos vemos.

En la reputada cantina, Ana Salazar fue al encuentro de Serafín Mendoza; lo halló en el mostrador, departiendo animadamente con unos clientes.

—¿Tienes un momento?

—Por supuesto.

—Desde esta mañana me ronda algo en la cabeza.

—Adelante, soy todo oídos.

—Se trata de Raquel Bianchini, tengo intriga por saber si mi hermano te ha pedido información.

—Creo recordar que me preguntó por ella el día posterior a la entrevista que mantuvieron.

—¿Y qué le contaste?

—Nada en particular, lo que sabemos la mayoría: que es divorciada, sin hijos y que procede del sureste de México. ¿Por qué la intriga?

—Gonzalo se ha interesado por la hora de salida de la excursión, piensa acompañar a Beto.

La expresión de Serafín fue de lo más significativa.

—¿No te parece raro?

—¡Raro es poco! —enfaticó él.

—De aquí mi intriga. Pienso que la entrevista guarda relación con su repentino interés.

—Puedes estar segura. De lo contrario, tu hermano no se mostraría tan predisposto.

La llegada de Ricardo Ibáñez aparcó las conjeturas.

—¿De dónde vienes? —preguntó Ana, extrañada—. No estás en tu horario habitual.

—Vengo del purgatorio.

Soltada la máxima, Ricardo pidió una botella de raicilla y un par de vasos.

—Yo me encargo.

La intención fue debidamente interpretada, de ahí que Serafín desviase su atención hacia el resto de clientes.

—Tu pena no será por Marissa, ¿verdad?

—Ella es mi tormento.

—¿Por qué? —interpeló Ana, desconcertada.

—Quedamos en encontrarnos, pero no ha podido ser, estaba de paseo con su hermano y su exnovio —informó con gesto sombrío—. Más tarde, me ha llamado para excusarse. En su descargo, ha argumentado que han sufrido un pinchazo y, para colmo de males, la rueda de repuesto estaba en mal estado. ¡Te imaginas! ¡Ni que fuera estúpido!

—¿Y por qué no puede ser verdad? No veo por qué habría de mentirte. Marissa te ama, Ricardo.

—Eso pensaba yo. Ahora ya no sé qué pensar.

—Hablas por hablar —recriminó ella—. Tu mosqueo es porque no la has visto, eso es todo.

—Tal vez, pero no dejo de hacerme preguntas.

—Pues es una... —se interrumpió.

Miguel Hernández estaba al alcance de su vista y la excitación emocional silenció el habla. Ricardo, ante el pasmo de su interlocutora, ladeó la cabeza. Al ver a su amigo, sonrió.

—¿Qué tal estás, Ana? —saludó Miguel, encubriendo a duras penas la embriaguez de sentimientos.

—Bien. ¿Y tú?

Sus ojos buscaban obtener respuesta al arrebato de la noche anterior, pero, en ocasiones, la mente es obtusa.

—¿Cuántos llevas?

—Justo empiezo. Te esperaba a ti.

—Entonces, vamos a sentarnos. Presumo que la noche será larga.

—Me llevo la botella, Ana.

—No, Ricardo.

—La necesito.

—Miguel, por favor —suplicó.

—Descuida. Yo cuido de él.

La acarició con la mirada, ella percibió el gesto y, en un intento por disimular su turbación, bajó la vista.

La alteración de Marissa Montesinos no necesitaba disimulo, su malestar era bien visible; aun

así, a pesar de que el desplante y la incomprensión recibida habían afectado su ánimo, no renunció a intentarlo de nuevo; por lo que, apenas llegar a la Casa Grande, retomó la iniciativa. Lamentablemente, el propósito de Marissa no obtuvo el resultado ambicionado, puesto que el móvil de Ricardo permanecía obstinadamente apagado; es más, cuando en un último y desesperado intento llamó al teléfono de la casa de los Ibáñez, una afectuosa y benevolente Isabel, no supo dar cumplida cuenta de dónde se encontraba su hermano.

—Llámalas, es lo mejor —sugirió Miguel.

—¿Para escuchar el mismo pretexto?

—¿Y si no lo es? Tratándose de un coche de alquiler, no veo por qué no puede ser verdad.

—Parece que estoy escuchando a Ana, es de tu misma opinión —replicó Ricardo.

De forma instintiva, los ojos de Miguel se posaron en la cantinera; de hecho, no había dejado de observarla, se decía para sí que estaba de suerte, ella habitualmente trajinaba en la cocina.

—Entonces, ya somos dos los que pensamos igual.

—Sí, pero Ana aboga por Marissa. Además, aun considerando que la circunstancia fuese cierta, me prometió que se mantendría alejada del gringo. Y se ha ido con él.

—Se ha ido con su hermano —puntualizó Miguel.

—Para el caso, es lo mismo, estoy seguro de que el *brother* no escatimará esfuerzos en beneficio del ex.

Apenas dicho esto, el semblante de Ricardo se enturbió aún más de lo que estaba.

—¡Lo que faltaba! —exclamó.

Alan Portman y Daryl Montesinos justo habían hecho su entrada.

Ajenos a la presencia de Ricardo Ibáñez y un tanto anonadados por el impresionante ambiente, los recién llegados se acercaron al mostrador.

—Tenía por cierto que el sol sólo resplandecía en el cielo, pero compruebo que estaba en un error.

Ana sonrió, el halago bien lo merecía.

—Marissa no me advirtió de tu hermosura, de haberlo hecho, habría venido antes.

El comentario no admitía dudas.

—¿Eres Daryl Montesinos?!

—Desde este momento, tu más rendido admirador.

La escena era suficientemente significativa como para que la incomodidad de Miguel empezara a

notarse.

—Por lo que se ve, a tu cuñado no le gusta perder el tiempo.

—Ana lo pondrá en su sitio.

—Eso espero —farfulló entre dientes.

La ocasión se prestaba a averiguar y la cantinera no desaprovechó la oportunidad.

—Y tu hermana, ¿cómo está?

—Podría estar mejor, si no le hubiese estropeado el día.

—No has sido tú, Daryl, han sido las circunstancias —intervino Alan.

—Unas circunstancias que yo he creado.

—¿Qué ha sucedido?

—Esta mañana he insistido en que nos acompañase en nuestro recorrido por la región; Marissa se resistía a venir, pero me he valido del chantaje emocional. Finalmente, ha cedido a condición de estar de regreso antes de que arribasen las barcas. Han surgido imprevistos con el coche y no hemos podido llegar a tiempo. Como era de prever, el estirado con el que sale se ha molestado con ella.

Ana rio abiertamente.

—¿He dicho algo chistoso?

—Ricardo no es estirado, es hombre de una pieza —rectificó.

—A eso me refería. —Sonrió Daryl, taimado.

El mosqueo de Miguel iba *in crescendo*.

—Parece que el tipo ha salido gracioso, Ana se divierte con él —destacó, malhumorado.

Se estaba adentrando en un terreno peligroso y si bien su templanza siempre salía victoriosa, en aquella ocasión no pensaba exponerla más de lo necesario.

—No sé a ti, pero a mí el aire de este sitio se me hace irrespirable —añadió.

—A mí también —convino Ricardo, plenamente consciente del malestar de su amigo—. Mejor nos vamos. Esos dos ya me han dado la tarde, no estoy dispuesto a que me den la noche.

Al verlos partir, Ana reaccionó.

—¡Miguel, aguarda!

Él hizo oídos sordos. Ella insistió.

Los estadounidenses, respondiendo a una reacción instintiva, voltearon a mirar. Al descubrir a Ricardo quedaron atorados, pero fueron ignorados. Con todo, aquel fugaz encuentro sirvió para que unas horas más tarde, Alan Portman se explayase.

Informada por su hermano de la presencia de Ricardo en La Imperial, Marissa abandonó toda esperanza de comunicarse con él; por lo que, postergando el insomnio, buscó airear su pesadumbre en la soledad del espacio ajardinado. Oportunidad que Alan no desaprovechó.

Desde el día anterior, perseguía sin éxito un aparte. Y aunque sus sentimientos habían sufrido modificación y la nobleza de sus intenciones sucumbido al resentimiento, no pensaba irse de allí con las orejas gachas. Así pues, cuando desde el balcón de la habitación de huéspedes la vio adentrarse en el sendero que llevaba al mirador, no dudó en ir tras ella.

La sorprendió de pie, junto a la baranda, con la mirada perdida en el firmamento de estrellas; sus sedosos cabellos negros, descuidados al viento, cubrían parcialmente su rostro de facciones puras y delicadas. Alan permaneció un tiempo en silencio, recreándose en la contemplación de la esbelta figura de contornos armoniosos que tanto deseaba... Y experimentó dolor y rabia.

—¿Puedo serte de ayuda?

Marissa volteó visiblemente sorprendida, en sus ojos se apreciaban señales claras de su padecimiento.

—No es propio de una mujer como tú soportar los desplantes de un tipo como él —recriminó Alan, dejándose llevar por el corrosivo despecho—. Supongo que tu aguante tiene mucho que ver con el modo de comportarse en la cama.

Acto seguido, en un impulso de amargo desenfreno, se abalanzó sobre ella y, con fuerza, la apretó contra sí, manoseándola y besuqueándola con una combinación de frustración, altivez y deseo.

—¡Suéltame! —exigió, categórica.

—Aún no, mi autoestima merece una compensación, no es justo que después de tanta espera te hayas entregado al primer donnadie —replicó, en tanto que cegado por las ansias acometía contra la desesperada resistencia de Marissa.

—¡Déjela en paz o no respondo!

La voz de Isaías tronó en la noche. Había estado atento a los movimientos del estadounidense; no sabía cuándo ni dónde, pero intuía que aquel agravio acabaría por producirse; a fin de cuentas, por muy abogado que fuese, por muchos modales que ostentase, Alan Portman era un hombre herido en su orgullo.

—Me ha podido la desesperación —se excusó Alan, al tiempo que recogía las muletas caídas—. En verdad lo siento, Marissa.

La disculpa no fue aceptada.

—Desde que llegaste, por consideración a mi hermano y al afecto que un día te tuve, he procurado ser amable contigo. Ahora no tengo por qué, lo que me unía al hombre que fuiste se acaba de romper: no te quiero en mi vida.

Sin más que añadir, Marissa, escoltada por Isaías, abandonó el mirador.

En la Revoltosa, Miguel y Ricardo compartían bebida y confidencias.

—No pensé que la extrañaría tanto; llevo un día sin verla y me parece una eternidad; ni con el mosqueo auestas puedo renunciar a su recuerdo.

Alzó la botella de tejuino y, a modo de rendición, declaró:

—¡Por Marissa Montesinos! La mujer de mis días y mis noches.

—¡Por Marissa! —solemnizó Miguel.

—Propongo otro brindis —anunció Ricardo con énfasis.

La sugerencia fue aceptada, los recursos eran limitados, pero suficientes para calmar la sed del alma.

—¡Por Ana Salazar! Tu mujer del ayer, del hoy y del mañana.

La alteración del rostro de Miguel respondió a las mejores expectativas.

—Compruebo que he dado en el blanco —festejó Ricardo—. ¿Piensas negarlo?

En ocasiones, no hay más remedio que ceder a la evidencia, y tampoco era cuestión de llevar la duda hasta la terquedad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace relativamente poco. Marissa me puso sobre la pista. Tu malhumor de esta noche, ha sido la confirmación. Si no te saco de La Imperial, se arma la de Dios es Cristo.

—¡Mira quién fue a hablar!



Rosas rojas

Las primeras luces del día iluminaron la cubierta. Los semblantes de Miguel Hernández y Ricardo Ibáñez mostraban somnolencia; con todo, había llegado la hora de tomar decisiones.

—¿Qué piensas hacer, Miguel?

—Antes que nada, disculparme. Ana no se merecía el desaire, anoche me porté como un cretino. En un rato, paso por La Imperial; no quiero irme a casa sin dar razones.

—¿Y con respecto a lo que te he comentado?

—Me asaltan dudas, la verdad. Aunque Marissa atinó conmigo, con Ana difícilmente haya acertado. Aun así, intentaré averiguar qué hay de cierto en su impresión. Repetidamente, me has oído decir que mi amor era un imposible, que de haber advertido una posibilidad habría batallado por ese querer; pues bien, según el dictamen de Marissa, esa posibilidad existe y te aseguro que no voy a cruzarme de brazos, llevo demasiado tiempo esperando la oportunidad; es momento de desentrañar qué sentimiento escondía Ana tras el beso que nos dimos.

—¿Os besasteis?! —exclamó Ricardo, sorprendido.

—Hace dos noches, en un arrebato, no pude contenerme y la besé.

—¿Y?

—Se entregó al beso —reveló Miguel, conmovido—. No puedo dejar de preguntarme por qué se dio.

—¿No lo hablasteis?

—No hubo ocasión, Gonzalo y Beto hicieron acto de presencia.

—¿Os sorprendieron?

—Nos separamos a tiempo. Al poco, ella se fue sin pronunciar palabra. Hasta la tarde-noche de ayer no volvimos a coincidir.

—Ahora me explico por qué se cortó cuando llegaste —razonó Ricardo, sonriente—. Tú puedes decir misa, amigo, pero Ana siente algo por ti, la intuición de Marissa es acertada.

—De ser así, sería el hecho más relevante de mi existencia —subrayó Miguel con emoción contenida.

—Por lo pronto, todo apunta a que has malgastado el tiempo. Yo que tú, no perdería ni un

minuto más. ¡Búscala! ¡Sincérate con ella! Total, si lo que suponemos no fuese verdad, ¿qué pasaría contigo? ¿Acaso no seguirías con tu vida como hasta ahora? Para ti, el amor de Ana siempre ha sido un imposible, ¿dónde estaría la diferencia?

—Sí, tienes razón, no tengo nada que perder.

—Entonces, ¿a qué esperas? ¡Ya te estás tardando! —apremió.

—Enseguida voy para allá, pero antes, quiero saber qué piensas hacer con Marissa.

—Amarla —enfaticó—. No puedo hacer otra cosa, estoy atrapado. Más tarde la llamo, ya no aguanto más: llevo un día sin verla, doce horas sin oír su voz..., mi orgullo no puede luchar contra eso; si tengo que creer lo increíble, lo creeré, si he de conformarme con que sólo me quiera un poco, me conformaré. Todo, con tal de que esté a mi lado, sin ella me falta el aire.

La sensación de ahogo no era exclusiva de Ricardo Ibáñez. La tasa de flujo que pasaba a través de los pulmones de Daryl Montesinos también empezaba a declinar. El joven le había cogido gusto al madrugón y, al igual que el día anterior, en su carrera matinal, sus zancadas le habían conducido hasta el embarcadero.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Ricardo al percatarse de la presencia del intruso.

—Tal parece que ese niño nos aceche —resaltó Miguel, igualmente sorprendido.

La sorpresa de Daryl no fue menor; si bien en la distancia había percibido dos siluetas, en ningún momento se le pasó por la cabeza que se tratase de conocidos. No fue hasta divisar la Revoltosa que tomó conciencia de quiénes eran. Sin embargo, aquella certeza no modificó su recorrido; es más, haciendo gala de su proverbial desparpajo, se plantó delante de ellos.

—¡Buenos días! —saludó, sonriente.

Ricardo y Miguel respondieron al saludo con cara de pocos amigos.

—Por lo que se ve, esta noche ha sido de insomnio —comentó Daryl, socarrón.

La mirada de Ricardo fue demoledora.

—Aparte del pitorreo, ¿se te ofrece algo más? —preguntó, ceñudo.

—Nada, pasaba por aquí y al verte me he dicho: voy a desearle un buen día, el pobre lo va a necesitar.

—¿Ah, sí? —replicó con ironía—. ¿Por qué?

—Mi hermana está en tu casa.

Ricardo se sorprendió.

—Comprobar que has pasado la noche fuera, difícilmente le cause gracia —continuó Daryl—. Yo, en tu lugar, empezaría a pensar en una buena excusa. Te advierto que Marissa cuando se enoja es muy brava.

—Esta situación te divierte, ¿verdad?

—Al contrario, no soporto ver sufrir a mi hermana, menos todavía por los desplantes de un estirado como tú. Ella ha intentado comunicarse contigo; sabías que lo haría, pero has mantenido tu celular apagado. Era necesario, ¿no es cierto? De ese modo, le devolvías el malestar que te provocó al no presentarse.

—Eso no es así —contradijo Ricardo.

—Intencionadamente, puede que no, pero el resultado es el mismo. Me conforta saber que tú también has pasado mala noche. En cuanto a lo ocurrido ayer, mi hermana te contó la verdad. Has subestimado su inteligencia, si hubiese necesitado una excusa, te aseguro que habría encontrado otra más original.

—Veo que ya estás enterado.

—En efecto.

—No voy a preguntarte qué opinión te merece el asunto —dijo, desafiante—. Así y todo, te hago saber que amo a Marissa y, pese a quien pese y se oponga quien se oponga, voy a defender este sentimiento.

—No te equivoques conmigo, Ricardo, no soy tu enemigo ni pretendo entorpecer tu relación con mi hermana. No sé por qué te ha elegido a ti, pero es un hecho: Marissa te quiere. Y yo sólo deseo verla feliz. Si su felicidad pasa por estar a tu lado, a mí me vale. Probablemente, nuestros pensamientos sean dispares, no lo sabemos; necesitaríamos tiempo para averiguarlo y no lo tenemos. Mañana parto hacia el D. F. para el próximo martes viajar a Florencia, donde permaneceré por espacio de dos años. No sé cuánto tiempo pasará antes de que volvamos a coincidir ni cómo estará entonces tu relación con mi hermana; sin embargo, si como dices la amas, te pido por favor que, a cada instante, la hagas sentir viva. Para ti no supone un imposible, sabes cómo lograrlo.

—Cuenta con ello.

La tensión había desaparecido o lo que es lo mismo, la contienda entre Daryl Montesinos y Ricardo Ibáñez no traería consecuencias importantes.

—Bien, creo que he dicho todo cuanto tenía que decir.

A continuación, Daryl extendió la mano para despedirse de Ricardo. Éste correspondió al ademán con un rápido y firme apretón.

—Gracias por advertirme.

Acto seguido, repitió el gesto con Miguel Hernández. Cortesía que fue compensada.

—Que tengas buen viaje.

Sin más que añadir, Daryl retomó la carrera.

—Parece buena gente —observó Miguel.

—Esa es la impresión —admitió Ricardo.

No podía decir otra cosa, la actitud de su futurible cuñado no merecía reproche alguno; al contrario, le había proporcionado una información valiosísima.

—Llegó el momento, amigo.

—Suerte.

—Lo mismo digo.

Aquella mañana, las despedidas se sucedían, pero ninguna tan esperada, celebrada y bulliciosa como la llevada a cabo por los alumnos del Colegio Mayor de San Mauricio. Para los últimos grados de Primaria, aquel era el gran día, así que el desbordante entusiasmo de unas y otros, Sara Valdés y Beto Salazar incluidos, se entroncaba con las consignas del profesorado involucrado y la titular de la jefatura de estudios en particular.

—Cuando quieras podemos irnos, estamos todos.

—De acuerdo —asintió Raquel, reaccionando al aturdimiento.

El aviso había resultado de lo más conveniente, ya que un momento antes se había quedado atorada; la perturbación emocional transitoria tenía su origen en un estímulo con nombre y apellido: Gonzalo Salazar.

Lo había descubierto justo cuando se disponía a subir al autocar y su presencia había provocado en ella sensaciones contradictorias; por un lado, sus prejuicios negativos permanecían inquebrantables; por el otro, la mirada de aquel hombre conseguía aturdirlo más de lo apropiado. Tanto es así, que una vez dentro del vehículo y en contra de sus convicciones, observó a Gonzalo con tanto interés como disimulo.

Gonzalo Salazar no era precisamente un hombre de catálogo, pero sus imperfecciones le hacían francamente atractivo: de apariencia madura, cuerpo duro y musculoso, considerable estatura, pelo canoso y mirada profunda, aportaban a su aspecto un aire mayestático que lo diferenciaba del resto. Un tipo peligroso, se mire por donde se mire.

A diferencia de su hermano, Ana Salazar era una mujer de rasgos armoniosos y figura ideal. El sufrimiento derivado de las malas experiencias no había mermado un ápice su belleza: de pelo castaño claro, ojos avellana, cintura pequeña, busto y caderas proporcionadas, a sus veintiocho años incitaba los más ardientes anhelos.

—¡Miguel! ¿Qué haces aquí tan de mañana?

La extrañeza de Filo —la limpiadora— tenía razón de ser.

—Ando rezagado. —Sonrió.

—¡Y que lo digas!

—Me urge hablar con Ana, ¿se encuentra?

Había dado el primer paso y no se iría de allí sin conocer la verdad, por muy desesperanzadora que fuese. Ricardo tenía razón en una cosa: ¿acaso no seguiría con su vida como hasta ahora? Sin embargo, Miguel era plenamente consciente de que la diferencia existiría. Hasta el momento, su pasión por Ana Salazar se ocultaba bajo el paraguas de la amistad; una vez ventilados los sentimientos, difícilmente la actitud de ella continuaría siendo la misma. Éste era el motivo de su preocupación, la certeza de que entre ellos nada sería como venía siendo; pero, ante el resquicio de esperanza que suponía el juicio desinteresado de Marissa Montesinos, ¿qué otra cosa podía hacer sino arriesgarse?

Debidamente informada por Filo, con el ánimo bamboleándose entre el desconcierto y la exaltación, Ana abrió la puerta del despacho donde, previamente, el rezagado había sido conducido.

—Buenos días —saludó, visiblemente turbada.

Esta vez, el rojo subido de sus mejillas no pasó inadvertido. Miguel había ido dispuesto a examinar hasta el más mínimo gesto, señal o palabra, y la turbación de la joven le ensanchó el pecho y dio bríos a sus ansias; porque, aunque de apariencia seria y reservada, su corazón se manifestaba ardiente como el que más.

—Lamento importunarte a estas horas, pero necesitaba pedirte disculpas por mi comportamiento de anoche. Me dejé llevar por el malestar de Ricardo y, en cierto modo, me solidaricé con él. En verdad, lo siento, Ana.

—Despreocúpate, está olvidado.

—Te lo agradezco.

—La noche ha sido larga, por lo que veo.

—Ciertamente. Perdona mi aspecto, vengo de pasarla en la Revoltosa.

—Pues no parece que estés tomado.

—La reserva de Lope es baja en alcohol. —Sonrió.

—Mejor así.

Ana lo intentaba, pero le suponía un enorme esfuerzo mostrar tranquilidad y la mirada envolvente de Miguel tampoco ayudaba.

—Y Ricardo, ¿cómo está?

—En calma, la tormenta amainó.

—Pues fue una lástima que anoche no quisieras escucharme, os hubierais ahorrado las horas de insomnio. Marissa dijo la verdad, su hermano me puso al tanto de lo sucedido.

—Sí, fue una lástima. En el embarcadero hemos coincidido con Daryl Montesinos y nos ha contado cómo fueron las cosas.

—¿Habéis platicado con él?! —enfaticó Ana con cierta expectación.

—Así es.

—Y Ricardo y Daryl, ¿qué tal?

—Con el tiempo, puede que lleguen a ser amigos —aventuró, risueño.

Ella mostró complacencia para, seguidamente, experimentar nerviosismo: el tema de conversación estaba agotado y no se le ocurría nada que decir, su mente se hallaba demasiado aturdida. Miguel pareció adivinar su apuro, porque al momento anunció:

—Es preciso que me vaya, te estoy entreteniendo.

—En absoluto. Todavía es pronto para empezar con la tarea.

—Lo sé, pero si me quedo un rato más, no podré resistirme al deseo de besarte.

Ana sufrió un estremecimiento, a la par que la sangre de sus venas se elevaba cual tromba marina.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Miguel, acercándose hasta casi rozarla.

Muda de emoción, incapaz de sobreponerse, ella no se pronunció.

—¿Tu silencio significa que sí? —insistió él, entretanto sus brazos la estrechaban.

Ana se sintió al límite de lo que podía soportar su templanza.

—Sí —asintió en un hilo de voz.

Eran reincidentes, por lo que se entregaron al beso con exaltada ambición; esto es, sin mesura que pusiera en tela de juicio la pasión que sentían por el otro.

—No es un desvarío, ¿verdad? —susurró Miguel en tono interrogante—. Por favor, Ana, dime que no lo es.

No lo era. Así y todo, ambos estaban a la defensiva, el período de desesperanza había sido demasiado extenso y doloroso. En cualquier caso, las ansias iban muy por delante de su desconfianza y, una vez liberadas, se revelaban ávidas e impetuosas sin apenas dejar espacio a la contención que requería el lugar donde se encontraban.

—Mi hermano acaba de llegar —advirtió ella en medio del frenesí.

En efecto, las voces de Filo y Gonzalo eran perfectamente audibles.

—Es preciso que me vaya —razonó Miguel, recuperando la mesura—. En la noche paso por ti.

—No puede ser, es sábado.

—¿Y qué? Una vez cerrada la cocina estás libre.

—Sí, pero...

—Necesito verte, Ana, no me prives de estar contigo. Te quiero.

—¿De verdad, Miguel?

—Nací queriéndote.

En éstas, Gonzalo entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Estás en tu casa —saludó el rezagado, animoso.

—¿Qué ocurre? —interrogó, expectante—. Te lo pregunto porque a estas horas no es normal que andes por aquí.

—Tenía pendientes con tu hermana, anoche me porté borde con ella. He venido a disculparme.

—¿Borde tú?! —exclamó, incrédulo.

—En ocasiones tampoco me libro de ser un necio.

—Me parece que en este apartado caemos todos —convino Gonzalo—. ¿Y cómo te ha ido? ¿Ha sido compasiva o tengo que interceder por ti?

—No puedo quejarme, la penitencia me ha sabido a gloria.

Ana se sonrojó.

—No os entretengo más —se excusó Miguel, sonriente.

—Que descanses —acertó a decir ella.

—Nos vemos en la noche —reiteró él.

—Nos vemos.

De haber estado a solas, Ana hubiera gritado de alegría y derramado lágrimas con el mismo ímpetu: ¡Miguel la amaba! No era compasión lo que veía en sus ojos, tampoco complacencia: era amor. Por primera vez en cinco años, su corazón se abría de par en par a la esperanza. No obstante, era preciso tranquilizar el ánimo y contener la euforia, su hermano estaba presente y la contemplaba con manifiesto interés.

—¿Y a ti cómo te ha ido? —preguntó, encubriendo su efervescencia—. ¿Has hablado con Raquel? ¿Te has disculpado?

—No era el momento idóneo, estaba demasiado ocupada dirigiendo el operativo; además, no tengo claro que deba disculparme.

—¿Ah, no? Entonces, ¿a qué fuiste?

Gonzalo cambió el gesto.

—A despedir a Beto.

—Como excusa es perfecta, pero tú has ido por ella. Aparte de que una disculpa nunca está de más. No sé qué pasó entre vosotros aquel día ni cuáles fueron las palabras en discordia, pero dudo mucho que Raquel mereciera el trato que recibió. Como profesora es excelente y como persona también.

—Estás de su parte y, sin embargo, no creo que sepas mucho de ella —replicó él a la defensiva.

—Sé lo suficiente para afirmar que Raquel Bianchini es una gran mujer, a la vista está; de lo

contrario, no te habrías molestado en acompañar a tu hijo.

—Mejor cambiemos de asunto —concluyó Gonzalo.

Ana sonrió. Ya habría tiempo de sondear, porque estaba convencida de que aquel tema se prestaba para mucho más.

—Por cierto, Miguel me ha dejado intrigado. ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué el malestar?

—Uno de los hermanos de Marissa Montesinos ha venido a visitarla y lo ha hecho en compañía de un exnovio de ella. La situación ha provocado que Ricardo Ibáñez ande picajoso.

—¡Me imagino! —exclamó, risueño.

—Ayer, a última hora de la tarde, los forasteros se presentaron en La Imperial. Ricardo y Miguel se encontraban conversando en una de las mesas.

—¡Vaya! Nadie me informó de que hubiese habido bronca.

—No la hubo; al poco, los nuestros se fueron sin mediar palabra. Yo estaba departiendo con los recién llegados, llamé a Miguel por dos veces, pero me ignoró. Al parecer, el malhumor de Ricardo resultó contagioso.

—Pues le ha podido el remordimiento.

—Eso parece. —Sonrió, disimulada.

—En cuanto a los pretendientes, confío en que no lleguen al duelo.

—No será necesario, la dama en disputa ya hizo su elección.

En casa de los Ibáñez, la espera se hacía insostenible. Marissa estaba inquieta y pesarosa, no podía más.

—Creo que lo mejor será que me vaya. Ricardo tal vez no aparezca en todo el día. Y la verdad, en estos momentos, tampoco sé si quiero nada de él.

—No sabes cuánto lamento esta situación. De poder aliviar tu pena, lo haría; pero me temo que el remedio no está en mis manos —deploró Flora.

—No, no lo está. De todos modos, agradezco su comprensión.

El trato entre ambas era sin reservas; además, participaban de la misma contrariedad y el mismo disgusto.

—¿Me permite hacer una llamada? Preciso pedirle a Isaías que venga en mi busca.

Apenas dicho esto, la joven acusó nerviosismo: alguien llegaba procedente de la calle; al momento, su sospecha se desvaneció.

—¡Qué grata sorpresa! Soy Isabel Ibáñez. Encantada de conocerte —saludó, afectuosa.

—Lo mismo digo, sólo conocía tu voz —comentó Marissa, igual de cariñosa.

—Yo jugaba con ventaja, estos días te he visto en el embarcadero —reveló Isabel.

—¡Ah, claro! Debí suponerlo.

—¿Y cómo has madrugado tanto?

—Necesitaba hablar con Ricardo, pero sus ocupaciones le llevan mucho tiempo.

—¿Todavía no ha llegado? —se sorprendió.

—Aún no —intervino Flora—, pero cuando aparezca tendrá que escucharme; una llamada para avisar de su ausencia era lo menos que se podía esperar de él.

—Tienes razón, mamá. Así y todo, estoy segura de que no ha actuado de mala fe. Él te quiere, Marissa, no hará nada que ponga en peligro vuestra relación.

—Sospecho que ya lo ha hecho, Isabel —replicó con amargura.

El sonido de la puerta principal reapareció y esta vez no cabía duda.

—¡Buenos días, familia! —saludó Ricardo, festivo.

Un esplendoroso ramo de rosas rojas iba por delante de él.

—Son para ti, vida mía —dijo, arrodillándose frente a su enamorada.

La expresión de la joven se mantuvo seria e inescrutable.

—Tenías razón al decir que tus informadores son gente muy competente —su voz sonaba extraña.

—Lo son —declaró él sin perder la sonrisa.

—De todos modos, aunque las rosas son una preciosidad, no las quiero. Mejor llévaselas a Laura, seguro que te lo agradecerá; eso, claro está, suponiendo que no las haya recibido.

—No he estado con ninguna mujer, no podría; en mi mente sólo estás tú.

—No te creo.

—Te hablo con la verdad.

—¿Y por qué he de creerte? ¿Acaso tú me crees a mí?

—Marissa...

—¡No, Ricardo! —interrumpió—. No quiero oír ni una palabra más. En estos momentos sólo me apetece estar sola, necesito tranquilizarme y pensar.

—¡Pensar! ¿Pensar en qué? No hay nada que pensar. ¿En verdad crees que el amor que te tengo es para jugármelo a cambio de una noche loca? ¡Por favor, Marissa! Lo que siento por ti es demasiado valioso para exponerlo. Hace relativamente poco afirmabas que no habías sentido por nadie lo que sientes por mí, que desconocías hasta dónde podía llegar el sentimiento y que lo estabas descubriendo conmigo. Mi vida, lo estamos descubriendo juntos. ¿Crees que me arriesgaría a perderlo ahora que lo he encontrado?

Su gesto era grave, ya no sonreía.

—Cariño, por favor, mírame. ¿De verdad adviertes que mis ojos te mienten?

Marissa se había propuesto no titubear; estaba dolida, pero su corazón creía en él.

—¡Has estado ilocalizable toda la noche, Ricardo! ¿Qué pensarías tú en mi lugar?

—Necesitaba sacar la frustración que llevaba dentro. Ayer, al no encontrarte y saber que te habías ido con ellos, me decepcioné. Cuando llamaste y me contaste lo sucedido, no te creí; era algo tan trillado que me resultó ofensivo. Después, busqué el apoyo de Miguel, él aguantó mi malhumor y terminamos pasando la noche en la Revoltosa. Hace un rato, tu hermano nos ha sorprendido saliendo de ella. Él ha sido quien me ha informado de que estabas aquí. También me ha deseado suerte; según él la iba a necesitar, ya que cuando te enfadas te pones muy brava.

Aquella revelación hizo que Marissa recuperase el sosiego, no obstante:

—Tengo mis razones, Ricardo. Tú sólo has sopesado tu malestar, no has pensado en lo que yo podía estar sintiendo. Ayer fue un día espantoso para mí. Por compromiso, intenté complacer a mi hermano con la condición de que estuviéramos en el embarcadero antes de que tú llegaras. Para mi desgracia, ocurrió el absurdo y me tocó padecer tu desplante; pero aún faltaba lo peor, pasar la noche preguntándome dónde y con quién estabas.

—Amor mío, perdóname, te lo ruego —suplicó.

—No es tan sencillo, antes debo recapacitar —manifestó ella, ofreciendo resistencia.

—Está bien, yo te ayudo.

En un rápido y acertado movimiento, Ricardo la atrajo hacia él y, con vehemente ademán, aprisionó su boca. Marissa se resistió a ser besada; mas, acuciada por las ansias, finalmente cedió.

Mientras, Flora e Isabel, espectadoras mudas de la escena, abandonaron la estancia con expresión placentera.



Vorágine

—¡Caramba, hermanita, estás preciosa! —expresó Daryl, admirado—. No creo que el tipo merezca tanto.

—Él tampoco está nada mal —replicó Marissa con cara risueña.

—Reconozco que tienes buen gusto, aunque a mi lado desmerece.

La risa se tornó carcajada.

—A propósito, aún no me has dicho qué opinión te merece.

—¿De verdad lo quieres saber?

—¿Y por qué no?

—Puede que mi juicio no te agrade.

—En cualquier caso, será tu parecer; por mucho que digas en su contra, mi opinión no va a variar.

—Pues la verdad es que me mantengo en mi primera impresión: lo considero un tipo curtido y arrogante.

—¿En qué te basas?

—Curtido, porque su capacidad de reacción así lo demuestra: sin ir más lejos, esta mañana sabía que tendría problemas contigo y se ha valido de las rosas para amortiguar el golpe; esto es, ha adaptado a conveniencia una situación que le era adversa. Arrogante, porque no admite estar en segundo plano: él es el patrón, el que da las órdenes y decide la ruta a seguir. Tal vez en esto influya lo acontecido en su familia, aunque pienso que el temple lo lleva en los genes. Ricardo Ibáñez demuestra ser alguien muy seguro de sí mismo, no se amilana, no importa quién o quiénes sean los adversarios, muestra sus garras y marca su territorio.

—¿Y eso es malo?

—No digo que sea malo, pero monopoliza lo que quiere y a quien quiere. Y eso te concierne a ti. Tu galán no es hombre manejable, al contrario, es un tipo duro y posesivo.

—Quizá, pero tú solo conoces una parte de su personalidad. Ricardo también es ocurrente, divertido, amoroso y apasionado.

—¡Habló la cautiva!

Daryl atinaba: su hermana, antes que nada, era una mujer enamorada y en ciertas naturalezas se ama a ciegas.

—Tu superhombre, ¿a qué hora viene por ti? Quiero prepararle una emboscada.

—¡Ni te muevas! —exclamó ella, sobresaltada.

—Descuida —rio, jocoso—, no seré yo quien lo ponga a prueba... me he propuesto llegar a viejo.

—Tampoco exageres.

—Por si acaso, es mejor no provocarlo. Te lo pregunto porque creo conveniente llevarme a Alan y, de ese modo, evitar situaciones incómodas.

—Está sobre la hora, no puede tardar.

—Lo dicho: cuando te vea se derrite.

En casa de los Ibáñez, la conversación transcurría en términos parecidos.

—Id con cuidado, hijo.

—Y compórtate, no seas glotón —intervino Isabel.

—Eso es imposible, el dulce es demasiado sabroso —replicó Ricardo, jovial.

—Te creo, basta ver los bocados que te coges.

En el tono de Isabel no cabían falsas interpretaciones; es más, cuando él se hubo marchado, su comentario fue manifiestamente explícito.

—No es porque sea mi hermano, pero a Marissa le debe costar lo suyo resistirse. ¿Papá también era así de impetuoso?

—No sé si tanto como Ricardo —respondió Flora, complaciente.

—¿Era celoso?

—Tu padre nunca sufrió por celos, no le di motivos.

—Y él, ¿te los dio?

La expresión de Flora se enturbió.

—No. Sin embargo, hubo un tiempo en que estuve intranquila.

—¿Por qué?

—Una mujer lo acosaba.

Isabel se sorprendió.

—¿Era del pueblo?

—Sí.

—¿Quién?

—Silvina Guzmán.

—¡Silvina! —exclamó, atónita.

—Se encaprichó de Vicente e hizo lo imposible por seducirlo. Tenía mucho a su favor: era joven y guapa, aparte de sensual y descocada, pero no lo consiguió.

—¿Cómo te enteraste?

—Tu padre me puso al tanto, quiso evitar que el asunto llegase a mis oídos por boca de terceros. Silvina, en aquel entonces, trabajaba en Ahumados del Pacífico; allí todos conocían su pasión por él: ella no se reprimía, al contrario, ventilaba su sentir a quien quisiera escucharla; buscaba a toda costa la manera de comprometerlo sin pararse a considerar que era un hombre casado y con hijos de corta edad.

—Esa mujer siempre me ha resultado desagradable; ahora mi aversión estará justificada —afirmó Isabel, mostrando sentida indignación—. ¿La enfrentaste?

—¿Para qué? Habría sido darle demasiada relevancia. Además, confiaba ciegamente en tu padre, no tenía por qué dudar; sabía que para él lo más importante era su familia; jamás la hubiese expuesto por una libertina.

—¿Y cómo fue que desistió de sus pretensiones?

—Intervino don Lorenzo Montesinos.

El gesto de Isabel fue de perplejidad.

—Él apreciaba mucho a Vicente —prosiguió Flora— y se percató de su malestar, lo hablaron y poco después amenazó a Silvina con despedirla de la empresa. Tras la advertencia, cesó el acoso.

El relato resultaba de lo más asombroso.

—En la vida hubiera imaginado algo así —razonó Isabel como pensando en voz alta.

—¿Y por qué no? Tu padre, a diferencia de tu hermano, nunca fue un conquistador, pero tenía su misma galanura; cualquier mujer podía sentirse atraída. Mi salvaguarda estaba en que Vicente me amaba, al igual que Ricardo ama a Marissa.

A Flora le sobraba razón y las probabilidades de alteración de aquella pasión eran francamente bajas.

—¿Qué sucede contigo? Cada vez que te veo estás más hermosa —declaró Ricardo, fascinado—. ¿Qué pretendes? ¿Acaso quieres verme derretido? ¿No te vale con tenerme embobado?

—No, no me vale, ambiciono más —respondió Marissa con voz insinuante.

—¡¿Más?! —enfaticó él—. ¿No has pensado que la situación puede descontrolarse y acabar en algo irreversible?

—Sí, lo he pensado.

—Y aun así, ¿estás dispuesta a correr el riesgo? —insistió, acariciando el labio que segundos antes había besado.

—Lo estoy, quiero levar anclas y poner rumbo a nuestros más hondos anhelos.

Ricardo sintió que la emoción lo embargaba. Había acudido a la Casa Grande con la ilusión propia de un hombre enamorado y se iría de allí con la certeza de que, aquella tarde, Marissa sería su mujer. ¿Podía alcanzarse mayor dicha?

En la playa, Alan Portman y Daryl Montesinos deambulaban entre pompas de espuma blanca; no eran los únicos, el lugar estaba muy concurrido, se notaba que era vigilia de festivo.

—Es curioso, desde que estoy en San Mauricio, el recuerdo de mi abuelo ha cogido viveza, nunca lo había extrañado tanto —se sinceró Daryl.

—¿Sintonizabas con él?

—Guardo un grato recuerdo.

—Lo que no me explico es cómo no habías venido antes.

—Cuando conoces el sitio, aún resulta menos entendible —admitió—. Supongo que mis padres tendrían mucho que decir al respecto. En cuanto a mí, los alicientes que podía ofrecerme un recóndito pueblo de pescadores distaban mucho de ser atractivos. Habría sido diferente si San Mauricio hubiese acogido una parte de las vivencias de mi niñez, pero, al igual que mis hermanos, crecí al margen de este lugar, y de no ser por la afectación de Marissa, continuaría siendo irrelevante.

—Casi que hubiera sido preferible —espetó Alan con resquemor.

—Me imagino que el tuyo no será un buen recuerdo.

—En absoluto. Vine con las esperanzas puestas en una mujer y me iré de aquí sin haberla reconocido.

—Marissa sigue siendo la misma —replicó Daryl.

—Entonces, estaba equivocado: una persona que hace apología de lo absurdo, no es digna de... —se cortó.

Al fondo del arenal, una pareja de enamorados avanzaba en dirección al embarcadero. El hombre sostenía a la mujer en brazos, en tanto que ella, reclinada contra el cuerpo varonil, parecía susurrarle requiebros al oído.

—Necesito un trago, ¿me acompañas? —masculló Alan con gesto sombrío.

—Sí, por supuesto.

En La Imperial, la rutina de aquel sábado se vio alterada.

—Ana, Daryl Montesinos pregunta por ti.

—Gracias, Serafín, enseguida estoy con él.

El cruce de miradas entre Camila y Justina fue de lo más entendedor. Ana llevaba todo el día

con la cabeza en otra parte y, según la consideración del equipo de cocina, el hecho se debía a algún motivo en particular.

—¿Será el tal Daryl el culpable de su ensimismamiento? —aventuró Camila.

—¡Quién sabe! Lo único que sé es que ayer lo conoció y hoy no da una a derechas.

—¡Pues, ojalá! Ya es hora de que se ilusione de nuevo.

—Verdaderamente.

Desde el punto de vista de ambas mujeres, las piezas encajaban, pero antes de echar las campanas al vuelo, se requería un tiempo prudencial.

Donde no cabía espera era en la situación que enfrentaba Alan Portman.

—¿Cómo lo lleva? —se interesó Ana, aprovechando el aparte con Daryl.

—Está hundido. Finalmente, se ha dado cuenta de que sus posibilidades con mi hermana están agotadas. Ya lo sabía, pero se negaba a aceptar el hecho. Esta tarde ha recibido el tiro de gracia.

—¿Cómo ha sido?

—Hemos coincidido con Marissa y Ricardo, se dirigían al embarcadero; ellos no nos han visto y, obviamente, su actitud se correspondía con la de una pareja de enamorados.

—Comprendo. No es una situación agradable, desde luego.

—No, supongo que no. En fin, mañana a primera hora nos vamos y confío en que la distancia le ayude a olvidar y abrirse a nuevas expectativas. Es por este motivo que he solicitado tu presencia, quería despedirme de ti.

—La visita ha sido corta. —Sonrió ella, amable.

—Se trataba de un viaje relámpago para comprobar *in situ* la adaptación de mi hermana; así, todos en la familia nos quedábamos más tranquilos. Y, a decir verdad, me he llevado una sorpresa extraordinaria: Marissa no solamente se siente cómoda en San Mauricio, sino que vuelve a ser la que era.

No, exactamente...

En la cubierta de la Revoltosa, bajo el cielo anaranjado del crepúsculo, Marissa Montesinos dormitaba arrullada por el murmullo de las olas; una vorágine de sensaciones ignoradas hasta entonces la había sumido en un estado de profundo arrobamiento. Jamás de los jamases hubiera imaginado hasta qué punto su pasión se manifestaría de una forma tan desenfrenada como lo había hecho; pero Ricardo Ibáñez, cual diestro amante, había sabido ganarse la confianza de su cuerpo y su instinto natural se había abierto a las caricias como una flor al sol en una mañana de primavera. Marissa amaba y se sentía amada y esas poderosas razones habían vencido reparos, inhibido temores y colmado sus más íntimos anhelos.

Las sensaciones del patrón de la Revoltosa no habían sido menos relevantes; a decir verdad, la intensidad experimentada había superado todo lo concebible. Si bien en el campo amatorio no era parco en conocimientos, la ferviente entrega de la mujer amada había enardecido sus estímulos hasta límites insospechados: la quería con vehemencia y la deseaba con la misma imperiosa necesidad.

A diferencia de ella, él no había sucumbido al estado de reposo; sus ojos permanecían insomnes, deleitándose en la contemplación de las suaves y armoniosas curvas que resguardaba en su abrazo. Marissa se mostraba espléndida en su desnudez. Su cuerpo se ofrecía con impudor, seguro de su belleza exultante. Y su piel aterciopelada generaba al tacto un placer tórrido y subyugante.

—Te miro y creo que estoy vagando en sueños; eres demasiado perfecta para ser real —susurró, cautivo.

Ella abrió los párpados, su mirada brillaba con nueva luz.

—No soy un sueño, soy tu mujer.

—Así y todo, me resulta imposible calmar mis ansias de ti: eres etérea, inalcanzable.

Marissa sonrió e incorporándose levemente prendió los labios de Ricardo con ardorosa pasión. Él, perturbada la voluntad, desposeído de todo pensamiento que no fuese su ansia perpetua, se tumbó nuevamente sobre ella y, con armoniosa cadencia, se adentró en su cuerpo.

Ricardo Ibáñez no estaba lejos de la verdad al afirmar que Marissa Montesinos era un ensueño, una embriaguez divina, un ideal de amor: con ella remontaba todas las cumbres; con ella recorría las cuatro fases de la luna; con ella, ideales y deseos se fundían en una realidad triunfante sin dejar en su vida más huella que la felicidad.

El ideal de Miguel Hernández también estaba bien definido.

—¡Miguel!, ¿qué haces aquí?

No contaba con que viniese a recogerla tan temprano; justo había terminado su jornada laboral y ni siquiera estaba arreglada. Con todo, los rasgos de Ana Salazar lucían radiantes.

—Tu hermano me ha dado permiso —aclaró él, risueño—. He venido antes porque tengo un recado para ti.

—¿Un recado?! —expresó, desconcertada.

—Miguel Hernández me manda decirte que muere por verte.

Ana sonrió complacida. Durante todo el día, había estado alimentando dudas, recelando de aquella realidad, temiendo que la dicha que experimentaba fuese efímera; pero sus cábalas eran infundadas, puesto que el hombre que amaba había irrumpido en la cocina y estaba a la distancia de un beso.

—Mejor no, Miguel, alguien puede entrar.

—Despreocúpate —dijo atrayéndola hacia sí—. Justina y Camila ya se fueron, acabo de cruzarme con ellas. En cuanto a los meseros, los he dejado inconscientes: estorbaban mis planes.

No hubo réplica, Ana se rindió gozosa.

Una llamada entrante en el teléfono móvil de Miguel puso fin a la incontinencia, por lo que ambos amantes se separaron con expresión enfadada.

—Dígame. (...). —Al momento, acusó inquietud—. Tranquilízate, Isabel. ¿Qué ocurre? (...). ¡Vaya por Dios! Sí, me hallo en San Mauricio. (...). No te preocupes, ahora mismo voy para allá. Descuida. Una vez hable con tu hermano, te pongo sobre aviso.

—¿Qué sucede? —preguntó Ana, apenas Miguel hubo colgado.

—Era Isabel Ibáñez. Su hija ha sufrido una caída, sospechan que se ha fracturado una pierna. La han llevado de urgencia al hospital.

—¡Ay, Dios mío, pobrecita! —exclamó, apesadumbrada—. Con lo buena y cariñosa que es.

—Isabel me ha pedido que avise a Ricardo por radio. En la Casa Grande le han informado que él y Marissa salieron a navegar.

—En efecto, Daryl Montesinos los ha visto hacerse a la mar.

El semblante de Miguel mostró cierta contrariedad.

—¿Ha estado aquí?

—Vino a despedirse.

—Por lo que se ve, habéis congeniado.

—Daryl es muy simpático y agradable.

—Ayer te reíste mucho con él.

—No recuerdo haber reído tanto —se sorprendió.

—Pues lo hiciste.

—En cualquier caso, no creo que reírse con alguien sea motivo de reproche; aunque, escuchándote, cualquiera diría que te molestó.

De inmediato, el rostro de Ana se iluminó. Miguel, por su parte, tomó conciencia de que había incurrido en un error.

—¿Fue mi actitud con él lo que provocó tu malestar de anoche? —interrogó ella, exultante.

Era demasiado tarde para recurrir al disimulo; además, el brillo de su mirada bien valía una claudicación.

—Tuvo mucho que ver.

—¿Estabas celoso de Daryl?

—Estaba, estoy y estaré celoso de cualquier hombre que me robe tu sonrisa.

Dicho esto, la besó con vehemente pasión; siendo compensado en su justa medida.

—No quiero, pero debo irme —se lamentó—. Si me tardo, Isabel no esperará y viajará sola.

No creo que le resulte difícil localizar el 4Runner, debe estar estacionado cerca del embarcadero.

—¿Sola?! —se inquietó.

—Su madre piensa acompañarla, pero no voy a permitir que viajen de noche y con el nerviosismo a cuestas. Apenas me haya comunicado con Ricardo, me reuniré con ellas y las llevaré a Tepic.

—Será lo mejor.

—Adiós, Ana.

—Te acompaño.

La Imperial estaba dividida en dos ambientes claramente diferenciados entre sí y separados por una puerta de vidrio biselado de doble hoja. El primero lo presidía una enorme barra de bebidas que, al igual que las mesas y las sillas distribuidas a lo largo y ancho del local, era de madera de chechén de tonalidad café con encimera de granito blanco. Aquel espacio constituía el alma de la cantina propiamente dicha, el sitio de las gargantas sedientas; donde, amén de degustar unos buenos tragos y botanas, pasar un rato agradable con el cubilete, el dominó y la charla en compañía de amigos; los fines de semana podía disfrutarse de música en vivo. El segundo, más regio, se destinaba exclusivamente a restaurante y comunicaba directamente con la cocina.

—¿Todo bien?

No era una pregunta banal, Gonzalo Salazar no era dado a comentarios intrascendentes; simplemente, su intuición le indicaba que algo anormal estaba sucediendo; no en vano, al partir, el semblante del patrón de la Marinera distaba mucho de ser el del hombre que un rato antes había bromeado con él.

—Han surgido imprevistos —informó su hermana—. Sara Valdés se ha fracturado una pierna.

—¡Válgame Dios! —expresó Gonzalo, consternado—. Precisamente este mañana he estado departiendo con ella: estaba realmente entusiasmada con la excursión; su madre me ha contado que sería su primera noche fuera de casa.

—Así es —asintió Ana, compungida—. Por desgracia, la pasará en la cama de un hospital.

—¿Y qué ocurre con Miguel? ¿Por qué la prisa?

—Se dirige a la Marinera para establecer comunicación con Ricardo Ibáñez e informarle por radio de lo sucedido. Él y Marissa Montesinos se encuentran navegando.

—Siendo así, aún pasará un buen rato hasta que arriben a puerto —indicó Gonzalo.

—Es por esta razón que Isabel no quiere esperar. Apenas localice el 4Runner de Ricardo emprenderá viaje hacia Tepic. Su madre irá con ella.

—¿Pero cómo van a ir solas! —expresó él con gesto disconforme—. Es de noche, no conocen

el sitio; además, no creo que Isabel Ibáñez ande muy segura con el coche.

—Miguel es de tu misma opinión. De ahí que cuando haya informado a Ricardo, irá en su busca y será él quien las lleve.

—Eso suponiendo que la radio de la Revoltosa esté conectada.

—No había pensado en esa posibilidad.

Aquella era una circunstancia que cabía tener en cuenta.

—Bien, no perdamos más tiempo —resolvió Gonzalo—. Llama a Isabel y dile que en diez minutos paso por ellas.

—¿Hablas en serio? —interpeló Ana, sorprendida.

—¡Por supuesto! —respondió él con rotundidad—. No creo que la situación se preste a choteo.

—Por eso mismo.

—Pues ya está decidido. Comunícate con Miguel y entérale del cambio de planes. En cuanto a la cantina, esta noche te tocará echarle una mano a Serafín.

La mar había perdido sus llameantes reflejos y los ardorosos rayos del sol poniente habían cedido el cielo a centelleantes luces plateadas. El tiempo de los amantes, sin embargo, parecía haberse detenido, como si aparte de ellos dos no existiese en el mundo ninguna otra cosa.

Lamentablemente, la radio dio señales y, aun en su estado de arrobamiento, atinaron a comprender que no estaban solos.



Resignación

Cuando Marissa y Ricardo llegaron a la Casa Grande, la noche había traspasado el umbral de las horas cortas; con todo, los miembros de la familia Montesinos se mantenían a la espera de noticias.

—¡Abuela! ¡Daryl! ¿Qué hacéis despiertos?

—Me preocupaba que Isabel no hubiera podido contactar con vosotros —respondió la respetable señora—. He intentado comunicarme con tu madre, Ricardo, pero nadie ha atendido la llamada. He supuesto que había partido hacia Tepic.

—Así es, doña Adela. Ella y mi hermana ya deben estar llegando al hospital. Gonzalo Salazar se ha ofrecido a llevarlas y Miguel Hernández se ha comunicado conmigo por radio y me ha puesto al tanto de los hechos.

—Eso me tranquiliza, hijo. El pensar que iban solas me mortificaba. Isabel estaba muy angustiada.

—Una mala noticia cuesta de asimilar —argumentó él, indulgente.

—Desde luego. Aunque la adversidad es parte natural de la vida, nadie está suficientemente preparado para aceptar el curso de los acontecimientos.

Y en aquel caso, el suceso requería inmediatez.

—Me van a disculpar, pero debo ponerme en camino.

—Ricardo...

—No, Marissa —interrumpió él—. Ya hemos hablado al respecto. Tú te quedas.

—Podría regresar con tu madre y con Gonzalo.

—Por favor, no insistas —reiteró, terminante.

Ella frunció el ceño.

—Mi amor, no te enfades —rogó en tono suplicante—. Te consta que lo que más deseo es tenerte junto a mí, pero en esta ocasión no puede ser; permaneceré en el hospital hasta que me permitan traer de regreso a Sara y, muy probablemente, la tengan un tiempo en observación; es absurdo que viajes conmigo para seguidamente volver para acá. El trayecto es largo, Marissa y tú necesitas descansar.

—Aun así, yo siento que debo ir contigo.

—Conmigo vas, mi corazón te lleva.

El cruce de miradas entre doña Adela y Daryl no pudo ser más significativo.

—Está bien, no insisto —cedió, resignada—, pero llámame nada más llegar.

—Marissa...

—¡Por favor, Ricardo! —cortó, categórica—. Necesito saber de ti y de la niña; de lo contrario, tampoco podré conciliar el sueño.

—De acuerdo —transigió él—. Te llamo en cuanto llegue.

—Cuídate, mi bien.

—Tú también, vida mía.

El beso que siguió fue más parco que de costumbre; ante la familia era menester guardar las formas.

—Buenas noches, doña Adela —se despidió, amable.

—Sé prudente, hijo.

—Descuide. —Sonrió.

—Te acompaño hasta el coche —anunció Daryl en un claro gesto de deferencia.

Ricardo no puso objeción, si algo cabía reconocerle al hermano de Marissa era su franqueza. Y si bien es cierto que al principio dudó de sus intenciones, los hechos habían demostrado que era hombre de fiar.

—Que tengas buen viaje —se despidió Daryl, una vez llegados a la altura del 4Runner.

—Lo mismo digo. Te deseo una feliz estancia en Italia.

—Estoy convencido de que así será.

—Que la disfrutes, entonces.

Se dieron la mano en un firme apretón.

—¡Ah, por cierto! Me he quedado con ganas de ir de pesca. Apenas regrese a San Mauricio, me enrolo de grumete en la Revoltosa.

—¿Piensas volver?!

—¡Por supuesto! Capturaste a mi hermana, es suficiente motivo ¿no crees? —alegó, sonriente—. Además, me encanta el sitio. Con todo, te prometo que la próxima vez viajaré sin compañía.

—¡Más te vale! —advirtió Ricardo con mirada incisiva—. Siendo así, el cargo de grumete es tuyo.

Lo dicho, entre Daryl Montesinos y Ricardo Ibáñez había más afinidad que disparidad de criterio.

En cuanto a criterio se refiere, la valoración del traumatólogo que atendía a Sara Valdés se

fundamentaba en el resultado de las radiografías: la rotura era limpia, no se observaba indicio de complicación; por lo que el proceso de curación sería el normal en estos casos: cuarenta días con la pierna inmovilizada.

—Has sido muy valiente, Sara —ensalzó el médico.

—Se lo prometí a mi mamá.

—Pues has cumplido sobradamente.

La chiquilla esbozó una soñolienta sonrisa, el calmante suministrado empezaba a surtir efecto.

—Mañana por la mañana paso a verte —prosiguió el facultativo—. Ahora, es necesario que te centres en dormir.

—¡No, todavía no! —discrepó la paciente, mostrando inquietud—. Quiero esperar a mi mamá.

—Ocurre que el viaje es muy largo, Sara —intervino Raquel, afectuosa—. Ella no conoce el camino, puede que tarde un poco. Mejor será que hagas caso al doctor.

—No quiero dormir, señorita; aún no —contradijo, angustiada.

—De acuerdo, tú ganas. Puedes esperar a tu mamá despierta —transigió el médico—. No obstante, tienes que prometerme que una vez ella esté aquí, dormirás durante lo que resta de noche.

—Lo prometo.

La expresión de la niña fue de alivio.

—Si necesita algo, la enfermera de planta queda a su disposición —indicó el traumatólogo, dirigiéndose a Raquel.

—Gracias, doctor.

Sus miradas eran de complicidad, sabían que Sara, en breve, caería rendida.

—Beto, salgo un momento al pasillo —comunicó la titular de la jefatura de estudios, instantes después de que el facultativo hubiese abandonado el cuarto—. Voy a llamar al albergue, le pediré a Germán que venga por ti.

—No es necesario, señorita —replicó el muchacho, contrariado—. Me iré al tiempo que usted.

—No puede ser, Beto. Ya es muy tarde, necesitas descansar; mañana te espera un día de mucha actividad.

—No voy a participar en nada, señorita. Prefiero venir al hospital y acompañar a Sara.

Raquel experimentó admiración y ternura.

—Bueno, ya hablaremos sobre eso —resolvió, receptiva—. De todos modos, haré la llamada, necesito saber cómo va todo. Enseguida estoy de regreso; mientras, cuida de ella.

Al quedar a solas, la chiquilla hizo un esfuerzo de concentración mental.

—No quiero que por mi culpa te pierdas el plan de mañana —recalcó con preocupación.

—Me da igual —aseguró él, mostrándose firme en su determinación.

—No, Beto, tienes que ir para después contarme —argumentó ella.

El hecho de que Beto Salazar estuviese a pie de cama, obedecía a dos razones primordiales: la primera y más relevante, por la estima que profesaba a Sara Valdés y a los miembros de su familia; la segunda, porque en aquel ambiente de signos, síntomas y diagnosis se sentía cómodo; no en vano todo lo que veía y oía suponía la adquisición de nuevos conocimientos.

—¡Raquel!

La voz de Isabel Ibáñez puso fin a la conversación telefónica. Con todo, el encuentro no por esperado resultó menos sorpresivo. A entender de Raquel Bianchini, el acompañamiento de Flora Acosta entraba dentro de lo posible; la presencia de Gonzalo Salazar, en cambio, escapaba de toda lógica.

—Mi hija, ¿cómo está? —preguntó Isabel, angustiada.

—No pases pena. El traumatólogo acaba de informarme de que la fractura no reviste mayores consecuencias —informó Raquel en tono tranquilizador.

Si bien hablaba con seguridad, el esfuerzo por disimular su turbación era enorme.

—Sara lleva un buen rato luchando contra el sueño —prosiguió—, ha insistido en aguardarte despierta.

Sin más demora, pasaron al cuarto. Cabe destacar que el intercambio de saludos entre Flora, Gonzalo y Raquel se dio en un marco formal de respeto y cortesía.

—¡Mamá!

El rostro de Sara se iluminó, sus ojos se agrandaron y, aparentemente, le ganó la batalla al sueño: los arrumacos de su madre y su abuela favorecieron la estimulación.

Beto también tuvo su momento grato: la aparición de su padre, por inesperada, mereció una sonrisa, un abrazo y un par de besos.

A propósito de Gonzalo, mencionar que él partía de una posición aventajada, ya que apenas llegar a la casa de los Ibáñez, le informaron de la presencia de su hijo en el cuarto de hospital.

—¿Y el tío? —preguntó la chiquilla, mostrando extrañeza.

—Viene de camino, mi amor —aclaró Isabel, amorosa—. Cuando la señorita Raquel llamó para comunicarnos lo sucedido, él y Marissa se encontraban navegando. Para no perder tiempo, el papá de Beto se ofreció a traernos hasta aquí. No se fía de mí, ¿tú crees!

Sara miró a Gonzalo con semblante risueño. Éste correspondió con un guiño simpático. Las cábalas de la titular de la jefatura de estudios quedaban resueltas.

—¿Aún te duele, cielo?

—No, abuelita, ya no.

—Su nieta ha sido muy valiente, señora —ponderó Raquel—. El doctor ha quedado

impresionado con ella.

—¡Qué me dice! —exclamó Flora, haciendo alarde de entusiasmo.

—Se lo prometí a mamá.

—Es verdad, pero no pensé que lo serías tanto.

Lo cierto es que durante la conversación telefónica mantenida entre Raquel e Isabel, la primera había predispuesto que madre e hija hablasen entre ellas, propiciando que la situación fuese más soportable para ambas y dando lugar a un diálogo animoso y una promesa: «Seré valiente».

—Mamá, me puede el sueño.

La exaltación cedía terreno; esto es, la capacidad de resistencia de la paciente estaba agotada.

—Después de tanto relajo es natural, linda mía, tu cuerpo necesita descanso; es tiempo de cerrar los ojos —instó Isabel, amantísima.

—Beto... —llamó la niña con voz queda.

El muchacho se aproximó expectante.

—Tú también debes irte a dormir, mañana tienes que participar en todo para así poder contarme.

—Bueno, si tú quieres —acató él, un tanto contrariado.

Raquel sonrió, Sara se lo había puesto en charola de plata.

Los párpados de la chiquilla se cerraron al poco, momento en el que Beto, Gonzalo y Raquel abandonaron el cuarto de hospital.

—Bien, ya escuchaste, tienes que participar en todo.

—Sí, señorita, pero preferiría venir aquí.

—Lo sé, Beto, me consta que tú y Sara sois grandes amigos; sin embargo, ella tiene a su familia y tú debes estar con tus otros compañeros. Mañana hay mucho que ver, escuchar y compartir, no puedes quedarte al margen. Durante la próxima semana, vamos a trabajar sobre las experiencias que hemos vivido estos dos días de convivencia y tú deberás exponer las tuyas, son necesarias para la evaluación.

—La señorita Raquel tiene razón, hijo, debes continuar con lo que has venido a hacer aquí —intervino Gonzalo, consecuente—. Además, Sara te lo ha pedido: en las mujeres, los deseos son órdenes.

Soltada la máxima, preguntó:

—¿El albergue a qué distancia está?—A unos seis kilómetros.

—Imagino que habrán venido en la ambulancia.

—En efecto.

—Entonces, los acerco en mi coche.

—No es necesario que se moleste, cuando ustedes han llegado, recién había pedido a un

compañero que en media hora viniese por Beto.

—Pues avísele de que no venga, estando yo disponible es tontería movilizarlo a él —replicó Gonzalo con rotundidad.

Era de una lógica aplastante, Raquel no tenía alternativa.

—Está bien, como guste.

No era una cesión, sino una respuesta natural a una determinada situación. Así y todo, en el enmarañado campo de los sentimientos afectivos, la titular de la jefatura de estudios sentía que perdía posiciones con respecto al enemigo.

La posición de Isabel Ibáñez, en cambio, era meridianamente clara; de ahí que saliese al pasillo con una única intención.

—Beto, quiero darte las gracias por acompañar a mi hija en este trance tan duro para ella, estoy segura de que sin ti a su lado no habría sido ni la mitad de valiente; en verdad, Sara cuenta con el mejor de los amigos. Tu padre puede sentirse orgulloso de ti, eres un muchacho admirable.

Lo era. Y su progenitor se sentía plenamente satisfecho.

—Ya está avisado —comunicó Raquel, regresando al grupo.

—De acuerdo —aprobó Gonzalo—. Cuando quiera podemos irnos.

—Sólo preciso un momento para informar a Isabel.

—Te escucho.

—Nada más ocurrir el accidente, he contactado con el doctor Nebrera, supongo que lo conoces.

—Lo conozco por referencias, pero nunca he tenido trato con él.

—Aun así, te consta que es el médico de urgencias del Colegio Mayor de San Mauricio.

—Recuerdo que en una reunión de padres y maestros nos lo comentaste.

—Pues como te decía, le he puesto al tanto de lo ocurrido y me ha dicho que apenas Sara llegue a San Mauricio, irá a tu casa a visitarla. Y si tú estás de acuerdo, hará el seguimiento de su evolución.

—Por mi parte no hay inconveniente.

—En cuanto al traumatólogo, pasará su visita mañana por la mañana, él te informará más detalladamente. De todas formas, ante cualquier duda o cosa que necesites, la enfermera de planta queda al pendiente. Es todo lo que me quedaba por decir —aclaró—. No obstante, a primera hora me acercaré al hospital para saber cómo ha pasado la noche.

—En verdad te lo agradezco, Raquel, pero no lo creo necesario, ya has hecho lo que te correspondía —discrepó Isabel, cordial—. Mejor ocúpate de atender al resto de alumnos. Mi hija, aun sin pretenderlo, se ha apropiado de tu tiempo.

—No te preocupes por mi tiempo, en este colectivo los imprevistos están a la orden del día;

estamos acostumbrados a improvisar; además, no estoy sola, soy parte de un equipo.

La determinación era característica de la titular de la jefatura de estudios y sus actos y decisiones así lo corroboraban. Así pues, tras un afectuoso «hasta mañana», un cariñoso abrazo y un «hasta luego», Isabel se despidió de Raquel, Beto y Gonzalo, regresando al cuarto donde la menor dormía plácidamente bajo la atenta mirada de su abuela.

—¡Pobrecita mía! —se lamentó al contemplar a la niña—, con lo contenta que estaba ella y mira dónde ha terminado su aventura.

—No te mortifiques, hija, en poco más de un mes volverá a estar bien.

—Mañana, el doctor Nebrera pasará por casa; él atiende las emergencias que se dan entre el alumnado —anunció—. Raquel le ha informado acerca de lo ocurrido y me ha preguntado si estaba de acuerdo en que Sara fuese su paciente. He dicho que sí.

—Por supuesto. Todos los comentarios que he oído, al respecto de su trayectoria profesional, son excelentes. Además, el doctor Aguilar pronto cerrará su consulta y el cambio de médico será inevitable.

—¿Te lo ha dicho él?

—Hace poco lo estuvimos hablando con su mujer, me comentó que se sentía cansado. Es lógico, son muchos años ejerciendo.

—Sí, ya es mayor. Así y todo, cuando llegue el día lo voy a extrañar.

A todo esto, y con la intención de amortiguar el ruido, Gonzalo Salazar detuvo el coche a una distancia prudencial del portón de entrada al albergue. La noche era luminosa y permitía desplazarse entre las sombras sin miedo a tropezar; no obstante, a los pocos segundos de silenciar el motor, la puerta del refugio se abrió y un joven de aspecto agradable y animoso fue a su encuentro.

—Buenas noches, señor. Gracias por molestarse —saludó Germán, deferente.

—No ha sido ninguna molestia —correspondió Gonzalo, amable.

—¿Vamos, Beto?

—Sí —asintió el muchacho—. Adiós, papá —se despidió abrazándose a él.

—Que descanses, hijo. Y no pases ansia, Sara estará bien atendida.

El afecto entre padre e hijo era del todo perceptible; ni siquiera la escrutadora mirada de Raquel Bianchini había podido vislumbrar ningún indicio de desamor.

—Venir hasta aquí no ha servido de mucho —reconoció Gonzalo, apenas Beto y Germán hicieron mutis tras la puerta—, su compañero ya estaba levantado.

—Lo estará toda la noche, es uno de los dos profesores auxiliares que permanecen de guardia.

—Comprendo. Con razón decía que no hacía falta mi presencia aquí. —Sonrió—. Aun así,

pienso que ha valido la pena, he podido comprobar la coordinación *in situ*.

—Aunque lo ponga en duda, nos esforzamos en equivocarnos lo menos posible.

La contestación y el tono con que se acompañaba, ponían de manifiesto que la titular de la jefatura de estudios permanecía en estado de alerta.

—No lo pongo en duda, no es necesario que esté a la defensiva, he venido en son de paz.

—Se lo agradezco. Hoy ha sido un día muy complicado para mí y lo que menos deseo es entablar una discusión con usted. Necesito una tregua —admitió—. El accidente de Sara me ha afectado en demasía; es la primera vez que uno de mis alumnos sufre un percance de esta índole y, en cierto modo, me siento responsable.

—Estas situaciones pueden darse en cualquier momento y lugar.

—Lo sé. Sin embargo, no puedo evitar sentirme intranquila.

Con diez años menos, Gonzalo la hubiera tomado entre sus brazos y, con sus mimos, habría hecho que olvidara el motivo de su tribulación, pero siendo casi un cuarentón, le correspondía guardar las formas.

—En tal caso, lo mínimo que puedo hacer por usted es dejar que se vaya a descansar —resolvió, cortés—. Estoy seguro de que mañana su intranquilidad habrá desaparecido.

Seguidamente, tendió la mano en claro gesto de despedida.

—Buenas noches.

Ella correspondió al saludo, aliviada y abrumada a un tiempo.

—Buen viaje.

Lo vio partir y el alivio mudó a vacío, una sensación reveladora que Raquel, en su afán por negar la realidad, achacó a la fatiga.

El rostro de Serafín Mendoza también acusaba el cansancio.

—Ana, si no dispones lo contrario, me voy a mi casa.

—De acuerdo, Serafín, nos vemos mañana.

—¿Vienes o te quedas, Miguel?

—Me quedo, mi intención es permanecer aquí hasta que Gonzalo se comunique. Quiero saber cómo están las cosas.

—Esperemos que no surjan complicaciones.

—Dios no lo quiera.

Aquella noche, los parroquianos de La Imperial se habían prorrogado en exceso; pero, al fin, las puertas del local estaban cerradas y apenas una tenue luz iluminaba la encimera de granito blanco donde las manos de los amantes se abandonaban a las caricias.

—Me siento rara, no sé cómo comportarme —se sinceró Ana.

—Es natural, ocurre cuando las personas no se conocen —argumentó Miguel, risueño.

—No es el caso, nosotros nos conocemos desde la infancia.

—Como amigos. La situación ha cambiado. Es lógico que nos sintamos inseguros.

—¿A ti también te sucede?

—No, exactamente. A mí me asalta la inquietud. No sé si he alcanzado una estrella o es un trazo luminoso de los que surcan el cielo y al poco desaparecen.

Afortunadamente, Ana Salazar no era una estrella fugaz ni tampoco un cuerpo luminoso, pero en el sentir de Miguel Hernández la dicha y la intranquilidad coexistían a un tiempo.

—Miguel, ¿hace cuánto que me quieres? —preguntó entre confortada y dubitativa.

—Te he querido siempre, Ana.

Aquella respuesta originó en ella un profundo desconcierto.

—Si es como dices, ¿por qué nunca te insinuaste? ¿Por qué no me hablaste de tus sentimientos?

—Porque te creía un deseo inalcanzable. A lo máximo que podía aspirar un tipo como yo era a estar a tu lado como amigo. Tú te merecías alguien más relevante que un simple pescador, alguien que pudiera darte más de lo que yo podía ofrecerte.

—¡Qué equivocado estabas, Miguel! —replicó, doliente.

—Tal vez. Sin embargo, te enamoraste de un hombre que encajaba a la perfección con el estereotipo.

El rostro de Ana se ensombreció.

—No me enamoré —afirmó con rotundidad—. Fantaseé con mis deseos, que es diferente. Por desgracia, cuando la realidad se impuso, la situación ya era irreversible.

Miguel no tenía una idea clara del significado de aquella negación. ¿Acaso estaba malinterpretando sus palabras?

—¿Desde cuándo te importo?

—Desde el día en que te ofreciste a poner la cadena de mi *cleta*.

—¡¿Qué?! —exclamó, incrédulo—. ¡Por favor, Ana! No tienes por qué mentir.

—No miento, es la verdad —insistió ella con una amarga sonrisa—. Aquel día te convertiste en mi salvador. Desde niña me sentí atraída por ti; eras diferente al resto de muchachos: serio, reflexivo, comedido en gestos y palabras. Me impresionaba tu seriedad, parecías estar por encima de las emociones.

Las cejas de Miguel se habían fruncido y en su semblante se percibía un rictus de tristeza.

—Qué doloroso me resulta escucharte —admitió, consternado—. De haberlo sospechado, habría hecho lo imposible por tenerte conmigo.

—Y si yo hubiese sabido que te importaba, me habría atrevido a buscarte, pero tu frialdad de entonces me lo impidió.

Por unos momentos, permanecieron en silencio, abismados en un profundo abatimiento.

—Pero ¿de qué sirve lamentarse cuando no hay posibilidad de enmienda?! —declaró Ana tras coger aliento—. Tú copaste mi niñez y mi adolescencia, eras mi amor ilusionante y secreto, lo fuiste hasta que Fabián Ugarte me embaucó. Él prodigaba lo que yo anhelaba de ti: derrochaba interés, me agasajaba, me consentía; por vez primera me sentí amada. ¡Qué ilusa! —exclamó, mortificada—. Después, mi ingenuidad y mi torpe inteligencia de entonces hicieron el resto.

—Hazme el favor, no te atormentes más, este capítulo de tu vida quedó atrás.

—Te equivocas, Miguel, tú me lo recuerdas a cada rato.

—No te entiendo.

—Tus ojos me recriminan.

—¡Eso no es cierto! —negó, categórico.

—Puede que no, pero yo lo percibo así. No sabes cuánto daría por ser digna de ti.

—¡Por Dios, Ana! ¡De qué hablas!

—Fui su mujer.

Lo expresaba desde el remordimiento intenso y continuado; no tanto por el hecho de haberse abandonado a una apariencia, sino por haber traicionado su verdadero sentir.

—Tu entrega no te desmerece un ápice ante mis ojos, mi amor se eleva por encima de todo eso. Ni aun sabiéndote en sus brazos pude dejar de amarte. Ni siquiera la desesperanza y el sufrimiento de estos años han podido dañar el sentimiento que te tengo.

Se había precipitado al otro lado de la barra y la sostenía apretada contra su pecho.

El sonido del teléfono neutralizó la ferviente pasión.

—Gonzalo, ¿qué tal? (...). ¿La niña cómo está?

A Dios gracias, las noticias eran confortadoras.

—Ricardo recién llegó al hospital —aclaró Ana, apenas colgar—. En cuanto a Sara, todavía permanecerá unas horas en observación, pero el traumatólogo se muestra muy confiado.

Miguel la escuchó con sumo interés; su prioridad, sin embargo, era otra.

—¿Dónde nos quedamos? —interpeló, predisponiendo sus instintos a actuar a su albedrío.

—Mi hermano me ha dicho que te diga que durante su ausencia te comportes.

—Si supiese la verdad de lo nuestro, entendería que eso es imposible.

Lo era, ciertamente, las ansias apremiaban.

—Te amo, Miguel —susurró, cautiva.

—Ni en mis mejores sueños imaginé que un día te escucharía decir eso.

—He derramado muchas lágrimas por no poder gritártelo a la cara.

—¿Tu desesperanza era por mí?

Ella asintió.

—¡Qué ciego he estado! —se lamentó—. Y de no ser por Marissa Montesinos permanecería anclado en mi ceguera.

—¡Marissa! —exclamó Ana, sensiblemente sorprendida.

—Ella ha sabido leer en nuestros ojos las palabras que nuestra voz silenciaba.



En familia

A buela y nieto se disponían a desayunar en el cenador del jardín, cuando Clara Velarde apareció portando un succulento pastel de elote.

—¡Caramba! —exclamó Daryl, sorprendido.

—Como sé que le gusta y pasará un buen tiempo antes de que vuelva a probar otro, me he tomado la libertad de agasajarle.

—¡Gracias, Clara! En verdad, le agradezco que se haya molestado por mí —enfaticó el joven, reconocido.

—Ninguna molestia, disfruto con ello.

—Pues ha de saber que su pastel figura entre los reclamos para regresar al pueblo.

—¡¿He escuchado bien?! ¿Has dicho regresar? —intervino doña Adela, asombrada.

—En efecto —reiteró, risueño—. San Mauricio me ha cautivado. Aunque la próxima vez vendré con tiempo, cuatro días me han sabido a poco; aparte, quiero ir de pesca en la Revoltosa. Anoche lo hablé con Ricardo y aceptó llevarme de grumete con la condición *sine qua non* de que viaje solo.

La risa fue generalizada.

—No creo que te cueste mucho complacerle.

—La verdad es que no. Difícilmente, Alan se preste a acompañarme.

—¿Cómo sigue?

—La resaca aún le puede.

—Si les parece, preparo algo ligero y se lo acerco —sugirió Clara.

—Será lo mejor —asintió doña Adela—. Con la barriga llena las penas resultan más llevaderas.

La compasión entraba dentro de lo racional, y más, siendo como eran desconocedores de lo sucedido en el mirador. Un hecho que por petición de la propia ofendida, y para evitar más tensión añadida, Isaías convino en silenciar.

—Sin duda, Alan pasa por un mal momento —elucubró la respetable señora—. No obstante, era cuestión de tiempo que esta situación se diese.

—De todos modos, el pensar que podía reconquistarla no era tan descabellado —replicó Daryl, abogando por su amigo—. Si bien las circunstancias favorecieron el aislamiento de Marissa, lo cierto es que durante estos meses no se había relacionado con nadie más.

—Pero, gracias a Dios y a Ricardo, el aislamiento acabó. Tu hermana ha iniciado una nueva etapa en su vida y, en ella, Alan no tiene cabida.

—Eso está muy claro, abuela. Con todo, queda por ver si este sentimiento logrará superar el día a día; no podemos ignorar que ambos provienen de círculos muy dispares.

—No te confundas, hijo. La realidad cotidiana nos afecta a todos y pertenecer al mismo ambiente social no garantiza la inmunidad.

—Pero hace las cosas más fáciles.

—Así y todo, en una relación de pareja lo fundamental es la solidez del vínculo afectivo. Si éste es fuerte, las diferencias se reducen considerablemente. El amor con mayúsculas no entiende de círculos.

Daryl hizo ademán de disconformidad.

—Esta expresión siempre me ha sonado utópica —contradijo, sonriente pero firme—. ¿Acaso en el amor existen categorías?, ¿dónde concluye lo ordinario?, ¿dónde se origina lo mayúsculo?, ¿quién o quiénes y bajo qué criterio lo determinan?

—El amor no tiene con qué medirse, ciertamente, pero el calificativo de mayúsculo no es cuestión de medición, sino de actitud. La diferencia consiste en anteponer la felicidad del ser amado a la tuya propia.

No hubo réplica, la llegada de Marissa desvió la conversación hacia un tema más apremiante.

—¿Te has comunicado con Ricardo, hija? ¿Hay alguna novedad al respecto de la niña?

—Acabo de hablar con él. Los resultados de las últimas pruebas han convalidado el primer diagnóstico, la cirugía no será necesaria.

—¡Gracias a Dios! —exclamó doña Adela, confortada—. Dentro de lo que cabe, los Ibáñez pueden respirar tranquilos.

Al tomar asiento, Marissa se percató del pastel de elote.

—¡Cómo te consienten, eh! —enfaticó.

—Clara quiere que viaje con buen sabor de boca —argumentó Daryl, risueño.

—¿Cuándo os vais?

—En menos de dos horas. Si te parece bien, antes te acompaño a casa de Ricardo y le ofrezco mis respetos a su madre. La abuela me ha comentado que en un rato piensas ir.

—Así es.

—Por cierto, Daryl, ayer avisé a Dora de vuestra llegada —informó doña Adela—. Doy por hecho que encontraréis el apartamento en perfectas condiciones.

—Gracias, abuela, pero no era necesario importunar a tu asistente, apenas estaremos un par de días en el D. F., y la mayor parte del tiempo fuera del apartamento. Pablo Ruano nos aguarda con una agenda repleta. Por lo pronto, esta noche cenamos en su casa. Creo que en alguna ocasión te he hablado de él.

—Es graduado en artes, si no recuerdo mal.

—Efectivamente. Coincidimos en un máster de conservación y restauración; atesora amplios conocimientos en este campo. Además de gestor cultural y profesor de museografía y diseño de exposiciones, forma parte del comité de selección de la feria de arte contemporáneo.

—En suma, una cena de carácter monotemático. Al pobre Alan lo vais a aburrir —ponderó doña Adela.

—En absoluto, cenamos en grupo, habrá gente relacionada con otras disciplinas.

—¿Sigue en su habitación? —preguntó Marissa.

—Sí. ¿Quieres hablar con él?

—Entre Alan y yo está todo dicho.

—¿Piensas negarle el adiós de despedida?

—No es cuestión de negación, si antes de que me vaya coincido con él, le desearé buen viaje; de lo contrario, será que no. En cualquier caso, no iré a su encuentro; no quiero dar pie a que interprete mi acción como algo más que un simple gesto de cortesía.

—Descuida —expresó Daryl con énfasis—. Tras lo presenciado en el embarcadero, dudo mucho que le quepan interpretaciones equívocas. Ayer vio cómo Ricardo y tú os comíais a besos.

Marissa se mostró un tanto sorprendida, pero el hecho en sí no le produjo mayor contrariedad.

—No os vi —aclaró.

—Lógico —replicó él, taimado—. Al pobre Alan tu efervescencia le supuso el descabello.

Ella frunció el ceño.

—Mi efervescencia, como tú la llamas, proviene del amor que le profeso a Ricardo Ibáñez y en modo alguno voy a disculparme por este sentimiento, menos aún me hará sentir mal ante los ojos de nadie.

—No estoy cuestionando tu comportamiento, Marissa, ¡faltaría más! No hay nada que reprochar. Amas a Ricardo y él te ama a ti; en tales condiciones, lo extraño sería que la efervescencia no se diera. Sólo te he puesto en conocimiento de una situación que, como amigo de Alan, hubiese preferido evitar y, de esa forma, ahorrarle el malestar que le produjo verte en brazos de su rival.

—¿Cuál rival?! —contradijo, rotunda—. Lo mío con Alan Portman acabó hace tiempo, siempre he sido honesta con él, nunca le he dado esperanzas; por lo que el término queda desprovisto de fundamento.

El rifirrafe no tuvo mayor trascendencia. Así que una vez degustado el desayuno, y según lo previsto y acordado, Daryl acercó a su hermana a la casa de los Ibáñez. Aquella no era una decisión premeditada, la idea había surgido de forma espontánea y sin intención alguna; ahora bien, la curiosidad por saber nace con el sujeto y Daryl Montesinos estaba dispuesto a desentrañar más allá de la simple apariencia. Indagaciones aparte, lo cierto es que la presentación se dio en los mejores términos. Y, tras conocer a Flora Acosta, Daryl hubo de admitir que los miembros de la familia Ibáñez tenían un carisma especial.

—Tu hermano es muy simpático —destacó Flora, apenas el visitante se hubo despedido—. Además, se nota que te adora.

—La verdad es que Daryl y yo siempre nos hemos llevado bien. Con Edward también —puntualizó—, sólo que a él le tocó el rol de hermano mayor. Aun así, no podemos quejarnos, con cualquier otro nos habría ido peor.

Rieron al unísono, ambas se encontraban a gusto y en proceso de elaboración.

—¡Ya está lista! —anunció Flora—. Ahora hay que dejar que se enfríe a temperatura ambiente y una vez reposada se espolvorea con azúcar y se dora al horno hasta formar una costra acaramelada. Como puedes ver, la cocada es fácil de preparar, sin contar que tiene diferentes representaciones: las hay de leche, de jugo de frutas, secas... En casa nos gustan todas, pero Sara tiene preferencia por las cremosas.

—¡Huele riquísima! Con razón Clara afirma que usted es la mejor repostera de San Mauricio.

Flora rio abiertamente.

—No creo que mi saber llegue a tanto, lo único es que siempre me ha gustado cocinar y ya son muchos años de experiencia.

—Pues en lo que a mí respecta, lo voy a tener muy crudo; difícilmente mis conocimientos culinarios consigan contentar el estómago de Ricardo.

—Eso tiene fácil arreglo. Si lo deseas, Isabel y yo podemos enseñarte a elaborar los platos que más le gustan. Con todo, mi hijo es de buen conformar; sin obviar que el amor no precisa mayor sustento —replicó, risueña.

Un instante después, el timbre de la puerta principal sonó; por lo que Flora se vio obligada a ausentarse de la cocina.

—Alan Portman pregunta por ti —informó al poco.

—¡Alan! —exclamó Marissa, visiblemente contrariada.

Desde la escena del mirador no había coincidido con él, y con el paso de las horas creía haberse librado de su presencia.

—Disculpe, enseguida estoy de regreso —se excusó, un tanto incómoda por la situación.

—Claro, hija. —Sonrió Flora, condescendiente.

En el zaguán se percibía un olor suave y agradable, en casa de los Ibáñez siempre olía a flores;

de ahí que, nada más llegar, Alan se llevase un buen chasco. Esperaba encontrarse con la ordinarietà personificada, sin embargo, aunque humilde, el lugar rebosaba encanto. Y por si esto no fuera suficiente, la madre del patrón de la Revoltosa demostraba ser una mujer con buen gusto y buenas maneras.

—¿Qué haces aquí? —interpeló Marissa en tono grave.

—No podía irme sin despedirme, pero no pases ansia, no voy a demorarme mucho. Daryl me aguarda en el coche, me ha traído con la condición de ser breve.

—En tal caso, te deseo un buen viaje —dijo ella sin perder la seriedad.

—¿Es todo lo que vas a decir? ¿Tu frialdad es todo cuanto puedo esperar?

—En mi boca no caben palabras que no se correspondan con lo que siento.

—Ya no sé qué es más doloroso, si tu desamor o tu indiferencia —manifestó, doliente—. Aunque eso tiene poca importancia, lo que realmente me mortifica es que me hayas excluido de tu vida por un capricho.

—Ricardo Ibáñez no es un capricho —expresó Marissa con firmeza.

—Tengo todas las razones del mundo para pensar que sí, pero mi queja es la de un hombre al que han arruinado sus expectativas, todo lo que pueda decir al respecto no tiene posibilidad de éxito; no obstante, ten por seguro que se alzarán otras voces menos parciales y con más autoridad que la mía.

—Si te refieres a mis padres, si mi amor por Ricardo es cuestionado y mis sentimientos son motivo de censura, haré todo lo que esté en mi mano para sacarles de su error. Y si aun así no logro convencerlos, entonces serán ellos los que deberán justificar su actitud, porque la mía está libre de duda.

No hubo réplica, Alan se sintió incapaz de rebatir.

Por su parte, Flora, perfectamente camuflada, mostró satisfacción.

—Creo que ya hemos dicho más que suficiente —prosiguió Marissa—, es absurdo prolongar una situación que nos incomoda a los dos. Me hago cargo de tu sentir y lamento que sufras por mi culpa, pero no esperes que tu queja consiga que me avergüence de mis sentimientos. A Ricardo lo amo por encima de las razones, los prejuicios y el resentimiento.

A continuación, giró sobre sus muletas y abandonó el zaguán en dirección a la cocina. Alan, derrotado, la contempló por última vez: definitivamente, sus esperanzas estaban muertas y enterradas.

—¿Todo bien? —preguntó Flora, apelando al disimulo.

—No del todo —respondió Marissa—. Cuando una se sabe la causa de la infelicidad de otra persona, no puede estar bien.

—Ciertamente, pero hay situaciones ineludibles y no queda más remedio que afrontarlas; antes que nada, debemos ser honestos con nosotros mismos.

—Siempre lo he sido, pero Alan insistía en desconsiderar mis noes y perseverar en su autoengaño.

—¿Fue importante para ti?

—La verdad es que no. Al conocer a Ricardo me he dado cuenta de su insignificancia —respondió, reflexiva—. Como amigo de Daryl, pasaba mucho tiempo metido en casa y le cogí afecto; sin embargo, confieso que nunca estuve segura de su relevancia. Fue Julia Collins, que en paz descanse, quien me sacó de la duda. Ella estaba perdidamente enamorada del hombre con el que iba a casarse y su forma de expresarse era muy diferente a la mía: Julia desbordaba felicidad, ensimismamiento, su amor era ardiente, entusiasta... —Sus pupilas se anegaron, el dolor emocional persistía; así y todo, tras un breve paréntesis, logró continuar—. Mis emociones, en cambio, eran previsibles y mecánicas. A través de ella, comprendí que había otra forma de amar y que, al interpretar mi sentir, me había equivocado.

—El lenguaje de los sentimientos es de difícil interpretación —dijo Flora, magnánima—, por ello, es conveniente no precipitarse. De todas maneras, escuchándote, nadie se atrevería a poner en duda tu capacidad de juicio.

Marissa acusó cierta turbación.

—Hace relativamente poco, tu abuela y yo estuvimos hablando sobre ti y Ricardo —prosiguió—. Ante mis reticencias, ella me comentó que eres de las que piensan que el amor puede con todo; no me cabe duda de que si alguien puede echarles un pulso a las diferencias, ésa eres tú.

En la carretera, la serie de paisajes de tupido bosque tropical se sucedían sin tregua y, en algunos tramos, las puntas de las altas ramas se inclinaban sobre el asfalto, formando breves túneles revestidos de un vistoso verde tornasolado.

—Esta zona es de una belleza inusitada, su juego de contrastes es impresionante —dijo Daryl Montesinos, extasiado—. ¿Sabías que este lugar fue escenario de heroicos combates entre las tropas del virrey y los insurgentes?

El mutismo de Alan Portman se mantuvo invariable.

—Inclusive un cura llamado José María Mercado tomó las armas a favor de la independencia mexicana, erigiéndose en jefe del movimiento independentista.

Había sido el enésimo intento de Daryl por hilvanar un diálogo, pero lo cierto es que su acompañante se mostraba muy poco participativo.

—Me lo estás poniendo muy difícil, ya no sé qué tema sacar para darte conversación. Confío que con la cena de esta noche se te levante el ánimo.

—No pienso asistir. Tendrás que ir sin mí.

—¡Me lo temía! Pero ni creas que aceptaré tu negativa —reprobó, contrariado.

—No intentes convencerme, mi humor no está para festejos —replicó Alan con forzada calma

—. Apenas lleguemos a México D. F., cogeré vuelo en el primer avión que salga para Miami.

—¡No fastidies! Quedamos en pasar estos días con Pablo y su gente.

—En estos momentos, la mayor deferencia que puedo tener con vosotros es privaros de mi compañía.

Hablaba sin acritud, pero mascaba resentimiento.

—Entiendo tu malestar. Así y todo, no dejes que la amargura corrompa tu sentir.

—Es un buen consejo. Sin embargo, a mí no me resulta tan fácil aceptar lo sucedido. Y si he de ser franco, me sorprende sobremanera tu condescendencia.

—Pues no debería, conoces de sobra mi planteamiento filosófico: vive y deja vivir.

—Entonces, apelo a tu filosofía y como amigo te pido un favor: deja que viva la frustración a mi manera.

Mientras tanto, en casa de los Ibáñez, los acontecimientos se sucedían dentro de la más absoluta normalidad. Sara Valdés había sido recibida con una calurosa bienvenida. Y si bien al principio, ante la presencia de Marissa, la chiquilla mostró turbación, las expresiones de cariño y naturalidad dispensadas por la novia de su tío incentivaron su confianza y vencieron su timidez. Una familiaridad que alcanzó su punto culminante apenas atravesar el umbral de la puerta de su habitación y descubrir una espectacular muñeca de trapo, recostada en el almohadón de la cama.

—¡Qué bonita! —exclamó, anonadada.

—Es un regalo de Marissa —informó Flora, risueña.

—¡Muchas gracias! —expresó la niña, llena de gratitud.

—Celebro que te guste. Tenía que traértela el jueves, pero no pudo ser.

—¿Te quedarás a comer con nosotros?

—Si tú quieres.

—¡Sí! Afirmó Sara con entusiasta determinación.

Lo dicho, estaban en familia.

Aquella cordialidad reinante se mantuvo con la anticipada visita del doctor Nebrera. El cual, tras ser recibido por Ricardo, fue conducido al cuarto de la paciente.

—Bienvenido a esta su casa, doctor —dijo Flora, reverente.

—Un placer saludarla, señora.

—No lo esperábamos hasta la tarde —saludó Isabel, amable.

—A media mañana he llamado al hospital para interesarme por su hija y me han informado de que estaban en camino, por lo que he creído conveniente venir antes; de ese modo si, en el transcurrir de las horas, Sara se sinte fatigada, podrá descansar sin ser perturbada.

—Se lo agradezco.

Mencionar que la salutación entre Marissa y el doctor Nebrera fue especialmente cordial, distando mucho del acto formal protagonizado con

Ricardo, Flora e Isabel.

—Y bien, Sara, cuéntame. ¿Cómo sucedieron las cosas?

—Buscábamos los cinco continentes.

—¡Caramba! No tenía noticia de que anduvieran perdidos.

—Era un juego que idearon los profesores —aclaró Sara, sonriente—. Se trataba de ubicar cinco esferas del mismo color, cada una de ellas representaba un continente. Había de tres colores distintos, un color para cada equipo; el primero que lograra reunir las dentro del plazo fijado sería el que crearía el mundo y ganaría el juego. Las esferas estaban escondidas en un circuito alrededor del albergue y todos contábamos con un plano que se acompañaba de jeroglíficos que, al descifrarlos, daban pistas. América y Oceanía fueron fáciles de localizar, con Asia y África perdimos mucho tiempo y a Europa la encontramos sobre la hora y nos echamos a correr. El sendero era estrecho y algunos corrimos entre la maleza; de repente, algo me trabó el pie y perdí el equilibrio; llevaba la linterna del tío, pero no sé con qué tropecé y al caer noté un dolor muy fuerte en la pierna; intenté incorporarme y no pude, me dolía muchísimo.

—¡Pobrecita mía! —se lamentó Isabel—. Qué experiencia tan desagradable te ha tocado vivir.

—Desafortunadamente, hay sucesos que no pueden evitarse, pero ahora lo único que debe importarnos es que la lesión no es severa y en pocos días sanará por completo —resolvió el doctor Nebrera—. Además, toda aventura comporta riesgos y crear el mundo no es cualquier cosa.

Sobra decir que la excelencia de Víctor Nebrera se fundamentaba en su calidad humana.

—Bien, Sara, es todo por hoy —declaró el facultativo, una vez leído el informe y visualizada la placa del área afectada—. Mañana pasaré para ver cómo sigues y programaré la siguiente radiografía; con ello nos aseguraremos de que el hueso evoluciona correctamente. En cuanto a la medicación prescrita, sé que es de mal tomar; aun así, te pido que hagas el esfuerzo, es necesaria para bajar la inflamación y aliviar el dolor y las posibles molestias. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No esperaba menos de ti —ensalzó—. Me han contado que eres una jovencita muy valiente. Las mejillas de la niña se sonrojaron.

—Gracias por todo —dijo Isabel, receptiva.

—A disponer —correspondió él, cortés—. Cualquier cosa me avisan.

Sin más que añadir y una vez reiterado el saludo a los presentes, el doctor Nebrera abandonó la habitación en compañía de Flora. Oportunidad que Ricardo aprovechó para buscar un aparte con su enamorada.

—Mi amor, vente conmigo, quiero mostrarte algo.

Ni el tono ni la expresión levantaban sospecha, de modo que Marissa siguió sus pasos.

Se trataba de una acción de corto recorrido, justo hasta el final del pasillo.

—Detrás de esta puerta está mi cama y he llegado hambriento y sediento de ti —dijo él con voz sugerente.

—Éste no es momento, Ricardo —replicó, abrumada.

—¿Tú crees? —interpeló, apretujándola contra su pecho.

—Por favor...

El ruego no fue atendido y en un rápido movimiento la introdujo en su dormitorio.

—Te necesito —adujo, acallándola con sus labios.

—Te estás aprovechando de mí —protestó.

—¿Doy esa impresión?

—Es convicción —reiteró Marissa con voz queda.

—Me ofendes, soy incapaz.

—Entonces, ¿cómo justificas tu proceder?

—Intento satisfacer tus ansias.

Ella se tensó, pero no hubo réplica; Ricardo, llevado de la pasión, la sumió en una vorágine de sensaciones que excedieron el límite del decoro.

—Eres mi perdición —dijo, mirándola con una extraña mezcla de triunfo y desesperación—. Emborrachas mi mente hasta el punto de hacerme perder la lucidez.

La claridad mental de Marissa tampoco estaba en su estado normal; su cuerpo, impaciente y ardoroso, se había abandonado a las caricias subestimando el riesgo que entrañaba estar a solas con él.

—Mejor será que regreses al lado de Sara, no respondo de mí si te quedas —razonó Ricardo en lucha contra sí mismo.

—Sí, será lo mejor —convino ella, tomando conciencia de la expuesta situación.

—Aprovecharé para asearme y cambiarme de ropa.

—Está bien —asintió Marissa, volteando camino de la salvación.

Al verla llegar, el rostro de Sara se puso de fiesta.

—¿Vienes a quedarte?

—¿Aún te quedan preguntas por hacer?

—Sí —admitió la niña con naturalidad.

—Pues aquí me tienes, aunque te advierto que yo también soy muy curiosa.

—¡Huy, Sara, eso suena a revancha! —intervino Isabel, risueña.

—Adelante. ¿Qué quieres saber de mí?

—Si te gusta San Mauricio.

—¡Me encanta!

—¿Más que Miami?

—Son lugares distintos, sin embargo, ambos tienen su atractivo.

—Pero si tuvieras que elegir, ¿con cuál te quedarías?

—Elegir porque sí no tiene sentido; toda elección conlleva la renuncia de algo, la decisión depende de lo que estemos dispuestos a sacrificar.

El semblante de la chiquilla acusó contrariedad.

—Por lo que veo, esperabas otro tipo de respuesta.

—Sí.

—En ese caso, necesito saber la razón de tu pregunta. Tal vez pueda darte una contestación diferente.

—El tío me pidió ayuda para convencerte de que te quedes aquí —reveló con ojos expectantes.

—Entiendo. —Sonrió, afectuosa—. La verdad es que es una decisión difícil. He nacido en Miami, allí viven mis padres, mis hermanos... Alejarse de los seres queridos y del entorno donde has crecido causa dolor.

—¿Entonces no te quedarás? —interpeló, compungida.

—No atosigues, Sara, las decisiones importantes deben meditarse con calma —intercedió Isabel.

—Ciertamente, pero no es mi caso —declaró Marissa—. Yo no puedo pensar, mi mente se ha rendido al hechizo de las palabras misteriosas.

El asombro de la niña fue proporcional a su interés.

—¿Cuándo las escuchaste?

—Al poco de llegar a San Mauricio.

—¿Dónde?

—En el embarcadero.

En aquel preciso momento, Ricardo hizo su entrada.

—¿Interrumpo? —se excusó, animoso.

—Hablamos de las palabras misteriosas —informó Sara—. ¿Las conoces, tío?

Él negó con la cabeza.

—Marissa sí, las escuchó en el embarcadero.

—¡Qué interesante! —enfaticó, taimado—. ¿Y qué decían? —interrogó, dirigiéndose a su enamorada.

La expectación alcanzó su punto álgido; así y todo, la narradora no se achicó.

—Cosas que nuestras palabras no pueden expresar, pero una vez las escuchas, nada vuelve a ser igual; en tu interior anida una luz poderosamente hipnótica que te transporta a un universo de sensaciones mágicas sin las cuales ya no podrías vivir.

—¿Tanto así? —cuestionó Ricardo, rendido.

No dio tiempo a respuesta; de inmediato, los labios de Marissa quedaron sellados.

—¡¡¡Guau!!! ¡Un beso de película! —proclamó Sara, entusiasmada.

—¡Corte! —gritó Flora, acabada de llegar.



Comadreo

Acomodados en el salón de su residencia de Morningside, Elsa St. Clair y Eduardo Montesinos aguardaban expectantes.

—La llamada de Edward me ha dejado intrigada, no encuentro justificación alguna para esta entrevista.

—Puede que venga a pedirnos que abogemos por él.

La curiosidad del matrimonio Montesinos al poco quedó satisfecha.

—Mamá, papá, siento importunarlos —se disculpó Edward con gesto grave—, pero es preciso que sepáis lo que pasa.

—Me asustas, hijo —expresó su madre con cara de preocupación—. ¿Qué ocurre?

—Marissa ha caído en brazos de un indeseable.

Elsa y Eduardo intercambiaron miradas de desconcierto.

—Alan ha sido testigo —continuó Edward—. Y he preferido que sea él en persona quien os dé debida cuenta de ello.

En otras palabras, Alan Portman había resuelto vengar su derrota.

—Me apena interferir en los asuntos de su familia —se excusó el aludido—, pero ante la pasividad de Daryl, considero que mi deber es informar de lo que sucede. Pienso que la circunstancia es lo suficientemente grave como para que intervengan.

—Por favor, Alan, explícate —suplicó Elsa, impaciente.

—Marissa anda en amores con un pescador.

—¡Un pescador! —exclamó, atónita.

—Se llama Ricardo Ibáñez y es patrón de una barcaza de pesca. Lo conoció apenas llegar al pueblo.

—¿Ibáñez? —resaltó Eduardo.

—Así es.

—¿Te suena, papá?

—Conocí a un Ibáñez, se llamaba Vicente. Era coordinador de capturas de Ahumados del Pacífico.

—Puede que ese individuo sea pariente suyo.

—Posiblemente. El Ibáñez que conocí tenía familia, recuerdo que en alguna ocasión lo mencionó.

—¿De qué clase de gente hablamos, Eduardo? —interrogó Elsa, angustiada.

—Mi contacto con ese hombre fue casual. Sin embargo, mi padre le tenía alta estima. La última noticia que tuve de él fue que sucumbió en un naufragio.

—Según he podido saber, el padre del tal Ricardo cayó en parecidas circunstancias.

—Entonces, no hay duda —elucubró Edward—. Eso haría entendible el vínculo. El tipo se ha beneficiado de la relación que mantuvieron su padre y el abuelo, para acercarse a Marissa y camelarla. Teniendo en cuenta la situación que afecta a mi hermana, no le habrá supuesto mucho esfuerzo, y más, siendo quien es.

—¿Quién es?! —preguntó Elsa, alarmada.

—Un casanova, señora, un bravucón que se las da de macho y se jacta de ello.

Aquello era más de lo que el comedimiento de Elsa St. Clair podía soportar.

—¿Lo que no me explico es por qué Adela no nos ha comentado nada! Ella tenía la obligación de avisarnos —manifestó, en airada reacción.

—Estás omitiendo a alguien —advirtió Eduardo con gesto serio.

—No pensaba hacerlo, pero tu madre estaba enterada desde un principio —replicó, incisiva.

—¿Por favor, Elsa! No sirve de nada entablar una discusión de este tipo, la situación ya se dio.

—Papá tiene razón; en estos momentos, el grado de culpabilidad de cada quien es lo que menos importa; ahora, debemos centrarnos en buscar la solución.

—Efectivamente —asintió Eduardo—. No obstante, toda decisión requiere ser meditada. El estado emocional de Marissa es demasiado complejo como para que encima nos aventuremos en resoluciones equivocadas.

El mensaje no admitía duda, Edward lo interpretó a la perfección.

—Sí, no podemos precipitarnos, hay que pensarlo con calma.

—Agradezco la confianza que has tenido con nosotros, Alan —destacó Eduardo, consecuente—. Confío en poder reembolsártela en un futuro.

—No hay nada que agradecer, señor. He obrado por el bien de Marissa. Me duele verla en brazos de alguien que no la merece.

—Ten por seguro que encontraremos el modo de hacerla recapacitar —intervino Elsa.

—Espero que así sea, señora. Aunque después de esto, difícilmente su hija quiera nada conmigo, pero siempre me quedará el consuelo de haberla librado de un don nadie.

La situación no daba para más: la frustración de Alan Portman había sido debidamente compensada.

—No hay nada más indigesto que la amargura —aseveró Eduardo, apenas el visitante se fue.

—Tiene sobradas razones, ¿no crees? —contradijo Elsa con expresión desencajada.

—En cualquier caso, son sus razones.

—¿Qué quieres decir?

—Alan habla a través del resentimiento, no podemos fiarnos de su buen juicio.

—Así y todo, el hecho es irrefutable —intervino Edward—. Marissa tiene una relación amorosa con un desaprensivo.

—No puedes emitir juicios sobre alguien que no conoces, hijo —reprobó Eduardo.

—¡Por favor, papá! ¡La situación es de libro! Un pelado ha visto la oportunidad de cambiar de vida y la está aprovechando. ¿Qué más quieres saber?

—Quién es él en realidad. La información que tenemos proviene de un hombre despechado. Además, el que sea pescador no le hace merecedor de descalificaciones gratuitas.

—Entonces, ¿qué sugieres? —interpeló Elsa, frenética—. ¿Nos quedamos a verlas venir?

—No he dicho tal cosa, pero es necesario actuar con prudencia hasta saber de quién se trata. Mi madre no habría solapado esta relación si no contase con buenas referencias, de eso estoy seguro; es más, si Daryl hubiera advertido algo sospechoso ya habría dado la voz de alarma.

—¡Ese tipo es un tunante, papá! Lo más probable es que los haya engatusado. Aparte, en su haber cuenta con el cambio de actitud de Marissa. Sin duda, esto ha primado sobre todo lo demás; de ahí que Daryl y la abuela se prestaran al encubrimiento.

—Tú lo has dicho: «el cambio de actitud» —recalcó—. ¿Te parece poca razón para otorgarle el beneficio de la duda?

—¡De acuerdo! ¡Otorgado el beneficio! —proclamó Elsa, iracunda—. Y mientras tanto, ¿qué? ¿Dejamos a nuestra hija en manos de ese individuo y esperamos a que los hechos nos revelen quién lleva la razón? ¡Por Dios, Eduardo! En el estado actual de Marissa, ese hombre tiene las de ganar, ¿acaso no te das cuenta?

—Me doy perfecta cuenta —replicó, malhumorado—, pero nuestra hija es mayor de edad; por tanto, libre de decidir. Y si como parece está enamorada, por muy canalla que sea él, no será tan fácil disuadirla y menos aún con presiones y exigencias.

Un detalle que Elsa no había tomado en consideración.

—Reitero la pregunta, entonces: ¿qué sugieres?

—Lo primero, encontrar una excusa creíble para hacerla volver. Marissa no puede sospechar las verdaderas intenciones y eso incluye a mi madre y a Daryl. Ante todo, hay que actuar con naturalidad. Una vez en Miami, decidiremos qué hacer. Estoy convencido de que la distancia será nuestro principal aliado; al fin y al cabo, es una relación emergente, difícilmente aguante la separación; lo lógico es que a los pocos días pierda intensidad y termine diluyéndose.

A casi cuatro mil kilómetros, y según lo acordado, Ana Salazar y Marissa Montesinos, aquel lunes, fueron de tiendas.

—Debes de estar cansada; sin duda, nos hemos excedido.

—En absoluto. Además, el recorrido era necesario.

—Ricardo se sorprenderá.

—Dudo que consiga sorprenderle tanto como él a mí —declaró, contemplando su anillo de pedida—. Conque le guste me conformo.

—¡Cómo no va a gustarle! ¡Es precioso!

—La verdad es que su diseño es muy creativo. De toda la amplia gama, es el único que me ha proporcionado una impresión diferente. En fin, ¡ojalá le acierte el gusto! —enfaticó.

—Seguro que sí.

Decir que se encontraban en buena compañía era una obviedad.

—Agradezco tu interés y tu tiempo, Ana.

—No hay nada que agradecer, cuentas conmigo para todo lo que precises. Por mucho que haga, jamás podrá equipararse a lo que tú has hecho por mí. Siempre estaré en deuda contigo.

—Me limité a observar y extraer conclusiones —argumentó, risueña—. A decir verdad, vuestros ojos hablaban a gritos.

—Y de no ser por ti, seguirían gritando.

—¿Nunca pensaste en la posibilidad de que Miguel estuviese enamorado de ti?

—Muchas veces, pero mi culpa se apresuraba a decirme que estaba en un error, que su mirada reflejaba mi propio deseo y que, en realidad, lo que expresaban sus ojos era compasión.

—Enamorarse de un canalla es mala suerte, nada que ver con el sentimiento de culpa.

—Cuando pones en fuga la razón y te dejas cortejar por el halago, es tu responsabilidad —aseveró Ana, categórica.

—¿Estás dando a entender que a ese hombre no lo amabas?

—Amaba sus atenciones, su predilección... satisfacía mi vanidad. De Fabián recibía las lisonjas que Miguel me negaba.

Marissa se mostró sorprendida.

—Creía que tu interés por Miguel Hernández era más reciente.

—Mi amor por él viene de lejos. Y es aquí donde radica mi culpa. Quise suplantar un sentimiento nacido del corazón por otro salido de la adulación y la preferencia. Es cierto que Fabián Ugarte colaboró en mi autoengaño, pero la principal responsable de aquellos hechos fui yo.

—Estás siendo muy dura.

—Las circunstancias que derivaron de mi absurdo fueron tan dolorosas, que seguiré

condenándome el resto de mis días.

—Tenías derecho a buscar la felicidad.

—Pero debí buscarla a través de los dictados del corazón.

—Un corazón que vuelve a latir con fuerza —subrayó Marissa, animosa—. La vida te está dando una nueva oportunidad.

—Lo sé. Y me puede la inquietud. Temo que suceda algo impensado y mi dicha se malogre de nuevo.

Lamentablemente, la desconfianza que experimentaba Ana Salazar estaba próxima a convertirse en un sentimiento de angustia. Y la creencia imaginaria de un hecho contrario a sus deseos en un peligro real.

—Miguel, ¿tienes un momento?

Cuando Emilio Suárez fue a su encuentro, el patrón de la Marinera se hallaba en la lonja, reunido con un grupo de cofrades.

—¿Qué ocurre? —preguntó tras el aparte.

—Elena Piñero merodea por el embarcadero.

El semblante de Miguel se tensó.

—¿Estás seguro?

Emilio asintió. Era una mala noticia, pero como hombre de confianza en la Marinera, había creído conveniente ponerlo sobre aviso.

El caso es que la tribulación de Miguel Hernández no pasó inadvertida.

—¿Qué sucede? —preguntó Ricardo Ibáñez al finalizar la reunión—. Tu expresión no es muy halagüeña que digamos.

—Elena está aquí.

No era una buena noticia, desde luego.

—¿Piensas rehuirla?

—Me gustaría, pero dime cómo.

—Puedes echar a correr —sugirió Ricardo con sorna.

—Puedo, pero no pienso hacerlo. Este es mi feudo, es ella quien debe evitarme.

—No parece que ésta sea su intención.

—Entonces, de poco serviría evadirme ahora, más tarde o más temprano el encuentro se daría. Por otro lado, ni quiero ni tengo por qué esconderme. Lo que pasó, pasó en su día; cargo con el remordimiento de lo vivido, pero no estoy dispuesto a que el pasado condicione mi presente.

Elena se dejó ver apenas salidos de la lonja y, aunque ambos amigos optaron por el disimulo, ella no tardó en alcanzarles.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó, mostrando su mejor sonrisa.

El atractivo de la joven se había incrementado sensiblemente; no era una mujer estilosa, pero sabía sacar excelente partido a sus atributos femeninos; siendo, a juicio de cualquier varón predispuesto a la pasión, una fémica muy deseable.

—¿Qué tal estás? —saludó Ricardo, cortés.

—¡Feliz de estar aquí!

—¿De vacaciones, supongo?

—Supones mal. He vuelto para quedarme —anunció—. Pasado mañana empiezo a trabajar en Gran Emporio.

Las malas noticias se sucedían.

—¿Habrás apreciado cambios? —aventuró Ricardo.

—Algunos, pero no tantos como para que me sorprendan. Además, durante este tiempo he estado bien informada. En lo esencial, no ha habido variación —respondió, clavando los ojos en Miguel—. Y tú, ¿no piensas saludar?

—Celebro verte bien —dijo él, inexpresivo.

Elena percibió su frialdad; aun así, no perdió la sonrisa.

—Preciso hablar contigo a solas.

—Lo siento, no puedo entretenerme, tengo pendientes.

—Por favor —rogó, asiéndolo por el brazo—. Será sólo un momento.

El cruce de miradas entre Miguel y Ricardo fue suficiente para tomar una determinación.

—Empiezo a pasar.

—Enseguida te alcanzo.

Elena había conseguido su propósito.

—No parece que te haya alegrado verme —observó—. No he venido a reclamarte —rio, abiertamente.

—Desconozco cuáles son tus pretensiones, pero cualquier reclamación de tu parte estaría fuera de lugar —respondió él sin mostrar fisura.

—No tienes que ponerte a la defensiva, la Elena que conociste se esfumó —replicó ella con voz sensual—. Enfrente tienes a una mujer madura, desinhibida y dispuesta a vivir la pasión sin exigencias ni reclamos —afirmó, acercándose con intención de besarlo.

Miguel se apartó.

—Me alegra escucharte. De todas formas, en lo tocante a mi persona, no es necesario que malgastes tu tiempo.

—¿Y por qué no? Estoy convencida de que juntos podríamos pasarlo muy bien.

—Que cuentes conmigo es de agradecer, pero me basto con mi mujer.

Una respuesta inesperada y contundente. Tanto es así, que Elena no tuvo capacidad de reacción, lo que facilitó que Miguel se reuniera con su amigo.

Cuando el patrón de la Revoltosa entró en su casa, su madre y su hermana se hallaban entre fogones.

—¡Hum! ¡Qué bien huele!

—Traes hambre por lo que veo —dijo Flora, sonriente.

—Sara, ¿qué tal está?

—Ha pasado el día sin excesivas molestias —informó Isabel—. El doctor Nebrera ha estado aquí. La radiografía de seguimiento está programada para este jueves.

—Perfecto. Voy a verla.

—Ándate con tiento, tiene visita —advirtió Flora—. Llevamos todo el día así. Entre compañeros y profesores, se ha presentado medio colegio; incluidas doña Berta y la señorita Raquel. También han estado aquí doña Adela y el padre Anselmo, sin contar la parte del vecindario que no vino ayer. Sara ha estado de lo más entretenida. Hace un momento se han marchado Beto y su tía.

—¡Ana! —exclamó, gozoso—. ¿Quieres decir que Marissa ya está en casa?

—Es la visita que resta —aclaró Flora, risueña.

—¡Híjole! Haber empezado por ahí.

—¡No tan deprisa, galán! —enfaticó Isabel, cerrándole el paso—. Refrena tus ansias que hay ropa tendida.

—Descuida, hermanita —rio, jocoso—, la escena será apta para menores.

En La Imperial, el plano corría a cargo de Gonzalo Salazar y la carta que escribía de su puño y letra; una carta dirigida a una mujer que, sin saber cómo, se había adueñado de su pensamiento. De manera que, al abrirse la puerta del despacho, y a fin de evitar tener que dar explicaciones, incurrió en el disimulo.

—La cena está servida —informó Ana.

—Enseguida estoy con vosotros.

—Apúrate, tengo planes para esta noche.

—¿Vas a salir? —se sorprendió.

—He quedado con Marissa y Ricardo. Iremos a tomar algo por ahí.

Como tapadera era perfecta.

—Me alegro —aplaudió Gonzalo—. Estos días te noto más animada, no sabes lo feliz que me hace.

—Lo sé —respondió ella, lanzándole un beso.

En casa de los Ibáñez, los comensales también se disponían a cenar.

—Duerme profundamente —afirmó Isabel, sumándose al grupo.

—Era de esperar, ha sido un día francamente intenso.

—Y tú te has llevado la peor parte.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Porque monopoliza tu atención.

—Es natural, soy la novedad —replicó, risueña.

Lo era, ciertamente. Aparte, Sara se hacía querer.

—Hablando de novedades, aunque difícilmente para Marissa lo sea, me ha llegado la noticia de que la hija menor de los Piñero se ha instalado en la casa de sus padres —informó Flora.

—Así es. Tenía conocimiento de ello por mi abuela; Clara se lo comentó hará un par de días.

—Esperemos que sea para bien —dijo Isabel con retintín.

—No lo dices muy convencida.

—No es santa de mi devoción.

—No puedes juzgarla por aquellos hechos, hija, era una chiquilla —alegó Flora—. De joven hay predisposición a cometer locuras.

—Pero eso no la exime de culpa. Rosa Suárez está en las mismas con Ricardo y su conducta no tiene nada que ver.

Apenas pronunciarse, Isabel se percató de que había hablado de más.

—Lo siento —se disculpó, mirando a su hermano.

—¿Quién es ella? —preguntó Marissa, deseosa de saber.

—Una cría —respondió Ricardo—. Su padre es compañero de Miguel en la Marinera. Trabaja en Dulcería Baeza, es sobrina de la mujer del dueño.

—¿Cómo es?

—Franca, simpática, buena gente, incapaz de nada impropio.

—Eso no lo sabemos —intervino Flora—. Sus circunstancias han sido distintas. Que yo sepa, tú nunca le has dado pie.

—Puedes estar segura, madre; de lo contrario, ya estarías enterada —dijo, socarrón—. En cuanto a las comparaciones, concuerdo con Isabel. Rosa no tiene malicia. Elena, en cambio, sabe manejarse muy bien. Y, por lo que he podido comprobar, ha vuelto dispuesta a hacerse notar.

—¿Por qué lo dices? —interrogó Marissa con cierta inquietud.

—Esta tarde se ha dejado ver en el embarcadero; por descontado, ha ido en busca de Miguel. De casualidad, él y yo estábamos juntos. Tras el primer saludo, le ha pedido un aparte.

—¡Pues haberse negado! —expresó, terminante.

Ricardo soltó una carcajada.

—¿Hablas por Ana, supongo?

—Por supuesto.

—Tranquilízate, no hay de qué preocuparse, el ofrecimiento no tendrá recorrido. La pasión de Miguel está cimentada con la espera y el sufrimiento.

—¿Estás dando a entender que se le ofreció?

—Interpretas bien. A decir verdad, la actitud de Elena no admitía dudas.

La expresión de Marissa fue de profundo desagrado y no fue la única.

—Por lo que se ve, el alejamiento no ha servido de mucho —enfaticó Isabel—. Sigue con la misma fijación.

—Eso parece —asintió Ricardo.

—A todo esto, desconocía que Miguel tuviese pareja. ¿Quién es? ¿La conozco?

Una pregunta directa que obtuvo una respuesta concisa.

—Ana Salazar.

La primera reacción fue de incredulidad; después, siguió la confirmación y un más que exaltado regocijo.

Ajenos a la alegría que la noticia de su relación sentimental había provocado, Ana y Miguel paseaban su amor bajo el manto de estrellas.

—El lugar está desierto —comentó ella.

—¿Es una insinuación?

—Es un simple comentario —respondió, turbada.

—Lástima.

Ana acusó desconcierto; a sus oídos, la indirecta había sonado a queja.

—Miguel, ¿qué esperas de mí? —interrogó, dudosa.

—¿A qué viene la pregunta? —protestó él—. Era una forma de hablar, mi lamento no escondía ningún mensaje.

—Puede que no, pero igual quiero saber.

—Ana...

—Por favor —suplicó.

Él transigió con obsequiosa actitud.

—No espero nada más de lo que tú estés dispuesta a darme; no podría ser de otro modo. Han sido muchos años de continencia; durante este tiempo, mi amor se ha alimentado de miradas furtivas, caricias desnudas, palabras breves. Cómo quieres que te pida si sólo he conocido la carencia.

No fueron necesarias más explicaciones, Ana se abrazó a Miguel con la intención de satisfacer su ansia de goces. Y ocurrió que, prendida la pasión, se vieron arrastrados por una fuerza ilimitada e impetuosa. Y en la arena de la orilla, al arrullo de las olas, sus cuerpos, libres de pudor, se fundieron sobre un lecho de brasas.

En contraste, aquella noche, la tensión amorosa entre Marissa y Ricardo se expresaba con cierto comedimiento. La velada en casa de los Ibáñez se había prolongado en exceso, por lo que apenas habían disfrutado de un momento a solas; sin contar que al llegar a la Casa Grande, Isaías les aguardaba en el soportal de la entrada.

—Su madre ha telefoneado y ha dejado un recado para usted, señorita —informó, servicial—. Quiere que se comunique con ella lo antes posible.

—Pero ya es muy tarde para llamar.

—Me ha insistido que quedaba a la espera.

—Está bien. Gracias, Isaías.

El semblante de Marissa no reflejó ningún atisbo de preocupación, su madre era propensa a la exageración y a la inmediatez.

—Es hora de despedirnos —se lamentó Ricardo.

—Sí, es medianoche, la sobremesa se ha dilatado más de lo previsto.

—Las mujeres sois únicas para el comadreo —replicó—. Lo peor es que tanta palabrería me ha privado de estar a solas contigo.

—Pobrecito mío —enfaticó ella entre cariñosa y burlona—. ¿Resistirás hasta mañana?

—A duras penas.

—Bueno, vale, te doy un anticipo.

Lo besó con vehemencia, pero a él le supo a poco.

—Estás cogiendo de más —protestó Marissa.

—Lo haré siempre que tenga oportunidad —advirtió, impenitente.

—Te amo.

—Yo más.

—Eso es discutible.

—Para nada, soy más fornido que tú, tengo más capacidad de almacenaje.

—Pero puede que mi amor sea de mejor calidad —contrarrestó ella.

—¡Imposible! El mío es clase Premium. Así y todo, estoy dispuesto a pasar el control de calidad —se reafirmó Ricardo en tono insinuante.

—Te tomo la palabra.

—¿Qué tal mañana por la noche?

—¿Dónde?

—En un lugar suficientemente apartado como para que podamos evaluar sin ser molestados.

—Suená bien —asintió Marissa con la mejor sonrisa.

—Si no es mucho pedir, me gustaría que lucieras alguno de los trapos que te has comprado hoy.

—¿Quieres comprobar cómo me sientan?

—No ha lugar: todo te sienta divinamente.

—Gracias. —Sonrió, complacida—. ¿Entonces?

—Quiero supervisar el cierre.

Una noche prometedora, pero, por lo pronto, las ansias quedaban postergadas.

—No sabes cómo odio tener que separarme de ti —declaró Ricardo, apurando las últimas caricias.

—Sí, lo sé, tu aversión es la mía.

Realmente lo era, pero no había otra opción.

—Saluda a tu madre de mi parte —se despidió, burlón.



Algo mío

En La Imperial, el equipo de cocina andaba en dimes y diretes.

—Pues sí, hija, está como quiere —enfaticó Justina—. Anoche más de uno soñó con ella.

—¡Y te extraña! Según Lope, vestía la mar de provocativa.

—Se sabe atractiva y resalta sus encantos. ¡Quién pudiera! Pero con mi armazón no hay toxina ni silicona que valgan.

La socarronería era propia de Justina Gómez; sin embargo, aunque Camila Morillo rio su gracia, estaba lejos de compartir su parecer.

—Pues a mí el proceder de esa joven me parece censurable.

—Porque la juzgas como competidora.

—¡Por favor, Justina! De fijarse en alguien, dudo que fuese mi marido. Así y todo, considero que no es la mejor forma de presentarse. A menos, claro está, que su exhibición sea parte de un propósito.

—¿A qué te refieres?

—¿No te lo imaginas?

—Si apuntas la posibilidad de intentarlo de nuevo con Miguel Hernández, no lo creo, ha pasado demasiado tiempo.

—Eso no quita que lo siga queriendo. ¿Cómo explicas si no que nada más llegar fuera en su busca?

—Estaba dando un paseo y coincidió con él.

—¡Ja! ¡Ni tú te lo crees! —replicó Camila con sorna—. Fue por lo que fue: tiene a Miguel en el punto de mira.

Uno de los utensilios de cocina cayó al suelo y no era el primero; aquella jornada, Ana Salazar se mostraba especialmente torpe.

—Te ves mal, ¿qué tienes? —se interesó Justina.

—Me ha entrado jaqueca, necesito despejarme —disimuló Ana—. Regreso al rato.

En la Casa Grande, las circunstancias eran otras, aunque igualmente relevantes.

—¿Qué tal, hija? ¿Cómo te fue?

—Francamente bien, abuela. Raquel Bianchini es muy amable: me ha asesorado en todo lo relativo a las normativas y condiciones de trabajo. También he estado platicando con doña Berta.

—¿Estás convencida del paso que vas a dar?

—Absolutamente. Mi vida está junto a Ricardo. Y su mundo es éste. Mañana aprovecharé las horas de estancia en México D. F. para pulir flecos pendientes.

—¿Temes que pueda haber problemas con la homologación del título?

—No creo. Ambos países suscribieron el Convenio de La Haya. Con la legalización por parte de las autoridades competentes será suficiente.

—Entonces, es un hecho.

—Lo es. Y lo primero será ir al Instituto Nacional de Migración, a informarme acerca de los requisitos para la obtención del permiso de residencia permanente; cuanto antes empiece con los trámites, mejor.

La irrupción de Isaías cargando el caballete y los útiles de pintura desvió la conversación.

—Cuando quiera podemos irnos, señorita.

—Ahora mismo —indicó, cortés.

—Vas al embarcadero, por lo que veo.

—Así es, aprovecharé hasta el mediodía. Le prometí a Sara que la tarde la pasaría con ella. Además, quiero despedirme de Pancho Olmedo; difícilmente, hasta mi regreso él y yo volvamos a coincidir.

En casa de los Ibáñez proseguían las visitas.

—¡Don Roberto! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Flora, visiblemente sorprendida.

—He venido a interesarme por su nieta, justo anoche me enteré de lo sucedido; espero que mi visita no resulte inoportuna.

—De ningún modo, está en su casa —recalcó, deferente—. Por favor, pase.

El honorable no se hizo de rogar.

—Me he permitido traer un obsequio para la niña —reveló, mostrando la bolsa que asía.

—No tenía por qué molestarse, don Roberto.

—No es ninguna molestia —enfaticó—. Las veces que he intercambiado saludos con su nieta, me ha parecido una chiquilla encantadora; si alguien merece ser consentida es ella.

—No seré yo quien le contradiga —dijo Flora, sonriente—. La verdad es que Sara es muy buena y cariñosa.

—No me cabe duda; es más, de decir lo contrario no la creería.

El habla de don Roberto era de una estudiada y dolosa exquisitez.

—Si gusta acompañarme, usted mismo podrá cumplimentarla.

—Será un placer.

Un placer que había comenzado a disfrutar mucho antes de tocar el timbre de la puerta; tenía constancia de que Isabel había salido, así que para excitarse le bastaba con imaginar la cara de la joven viuda al encontrarlo allí.

—¡Hola, bonita! ¿Cómo estás? —saludó, afable.

—Bien —respondió la niña un tanto turbada.

—Cuando me contaron lo de tu traspié, me dije: «Sara estará convaleciente por un tiempo y aunque no está en tus manos poder aliviarla, puedes contribuir a que estos días sean más llevaderos»; conque te he traído esto —argumentó, entretanto le hacía entrega del presente—. Me han asegurado que es a prueba de aburrimiento.

—¡Muchas gracias! —correspondió la menor entre expectante y agradecida.

—Ábrelo, a ver qué te parece —instó él—. Si no te gusta o ya tienes, lo cambiamos por otra cosa y asunto arreglado.

Antes de proceder, Sara buscó la aprobación de su abuela; obtenido el permiso, se dio prisa en rasgar la colorida envoltura. Al descubrir el contenido, el semblante de la chiquilla pasó de la expectación a la euforia.

Recién llegada a casa, Isabel Ibáñez se dispuso a guardar la compra; una vez almacenados los alimentos en la despensa, se dirigió al encuentro de sus seres queridos.

—Yo te enseño, abuelita.

—Mejor, no. Tu abuela es muy torpe para esas cosas.

—Pero si es muy fácil de manejar.

—No sé si tanto.

—¡Isabel! —exclamó don Roberto, sonriente—. ¡Qué gusto verte!

El pasmo de la joven viuda fue manifiesto; ni en sus peores pesadillas hubiera contemplado una circunstancia parecida.

—¡Mamá! ¡Don Roberto me ha regalado la Nintendo DS! —proclamó Sara, entusiasta.

—Y sobra decir que le ha acertado el gusto —enfaticó Flora, risueña.

Isabel, petrificada por la indignación, permaneció muda.

—¡Acércate, mamá! —insistió la niña—. Don Roberto también me ha regalado el videojuego *Pokémon*.

—Sara me ha contado que eras reacia a comprarle la videoconsola, espero que no te molestes conmigo.

El comentario obtuvo la callada por respuesta. Flora, visiblemente sorprendida por el mutismo de su hija, se apresuró a intervenir.

—Lo era —puntualizó, benevolente—, pero sé de buena fuente que estaba a punto de ceder.

—Lo supongo. —Sonrió el honorable, recreándose con la situación—. De todos modos, saberlo me tranquiliza. Si bien mi prioridad estaba en consentir a Sara, habría lamentado que el hecho conllevara el enojo de Isabel. Tras la aclaración, de lo único que se me puede acusar es de haberme anticipado a los deseos. En todo caso, confío que la penitencia no sea muy dura.

—No lo será, en su actitud sólo cabe el agradecimiento —resolvió Flora, sonriente.

—Créame que el agradecimiento es lo último que ando buscando —replicó, disimulado—. Me basta con saberme útil. Por desgracia, las circunstancias han propiciado que mi entorno sea deficitario en afectos; poder darme a los demás es la mayor de las compensaciones.

Isabel estuvo a punto de soltar un improperio; la irritación la corroía, pero, ante todo, quería evitar el escándalo; por lo que, aquel desaprensivo no lograría sacarle ni media palabra ni que fuera un insulto.

—Sé de lo que habla, don Roberto —declaró Flora, magnánima—. Las personas que, como usted, padecemos de añoranza, podemos corroborar la verdad de sus palabras. Y si bien es cierto que nada puede suplir la ausencia, el hecho de sentirse útil ayuda a sobrellevarla.

—Efectivamente. Y la prueba la tenemos en Sara. ¿Puede haber algo más gratificante que su entusiasmo? Para mí no, desde luego. Y si, además, este entusiasmo se acompaña con la mejor sonrisa, hablar de melancolía está fuera de lugar.

—Tiene razón. En momentos así, la queja resulta cuando menos improcedente.

—Estamos de acuerdo. Y estoy seguro de que Isabel comparte esta misma opinión. Esta certeza es la que me ha facilitado el venir hasta aquí, pues aun suponiendo que mi presencia resultase inoportuna, sabía que participábamos de una misma voluntad: mimar a Sara.

—Así es. En cuanto a la conveniencia de haber venido, me sorprendería que a estas alturas aún recelara; la alegría que muestra el semblante de mi nieta confirma que su presencia ha sido oportunísima.

—Yo no diría tanto, doña Flora —sonrió, taimado—, pero agradezco su consideración; sólo espero seguir siendo merecedor de ella.

—No me cabe duda de que así será.

Verdad es que aquel martes se presentaba favorable para situaciones fuera de lo común. Sin ir más lejos, en Dulcería Baeza la turbación de Rosa Suárez era superlativa. Ni por un momento había contemplado la posibilidad de atender a Marissa Montesinos —en la Casa Grande, el encargado de hacer la compra era Isaías, aparte de que aquella mañana él ya había estado en la tienda—; no obstante, Marissa se encontraba frente al mostrador aguardando turno. Así que,

cuando la clienta que la precedía se despidió, Rosa tuvo que hacer de tripas corazón y dirigirse a ella.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó seria, pero cortés.

—Necesito consejo.

—Usted dirá —dijo, sorprendida.

—No soy muy dada a los formalismos, ¿será mucho pedir que nos tuteemos? —sugirió Marissa, amigable.

—Como prefieras.

—Pues, como te decía, necesito que me aconsejes. Mañana regreso a Miami por unos días y me gustaría agasajar a los míos con un surtido de vuestras especialidades. A mí se me antojan todas, pero presumo que algunas no soportarían el viaje.

—Así es. Las hay que deben consumirse a las pocas horas. Si te parece, te muestro las variedades más apropiadas para llevar.

Marissa asintió. A eso había ido hasta allí, a interesarse por el pan de dulce y, dicho sea de paso, conocer a la muchacha que sabía enamorada de Ricardo. No era una cuestión de celos, propiamente dicha, no había motivo; más bien, se trataba de una mezcla de ideas inconexas, realimentadas por la curiosidad.

El recorrido por las bandejas de formas, colores y sabores que colmaban los expositores resultó de lo más sugestivo. Rosa se mostró segura en su rol de vendedora. Marissa, por su parte, escuchó atenta, interesándose por el producto y los elementos implicados en su elaboración. Cabe destacar que las explicaciones se dieron de forma natural y sin el menor guiño de resquemor.

—Buenos días —saludó Cecilia Suárez, recién salida del obrador.

Al ir a depositar la bandeja de chilindrinas que portaba sobre el mostrador, la pastelera se percató de que la bella desconocida se sostenía con muletas.

—Disculpe, ahora mismo le alcanzo una silla.

—No se moleste, no hace falta —aseguró Marissa.

—De todos modos, voy a acercársela —resolvió Cecilia, no muy convencida.

—Se lo agradezco, pero de ser necesaria yo misma se la pediría. En mi caso, el estar de pie entra dentro del ejercicio diario para fortalecer los músculos.

—Siendo así, no insistiré; no obstante, si cambia de parecer estoy a su disposición.

—Descuide, si llega el caso, no desaprovecharé la oportunidad de ser consentida.

Cecilia y Rosa cruzaron una mirada de complacencia, el ángel de Marissa era realmente seductor.

—Para mí será un placer consentirla —declaró la pastelera.

—Gracias, muy amable. Aunque, difícilmente, sus atenciones consigan agasajarme tanto como sus dulces; nunca los había probado tan ricos. En mi ausencia, los voy a extrañar, Isaías me tiene muy mal acostumbrada.

—¡Isaías! —exclamó, atónita—. ¿Es usted nieta de doña Adela?!

—Así es.

Rosa sintió cómo los ojos de Cecilia se clavaban en ella.

—Gusto en conocerla.

—El gusto es mío. Y nunca mejor dicho. Su buen hacer endulza mis días.

—Lo celebro. De todos modos, el mérito no es mío, sino de mi esposo y de nuestro hijo y sucesor, Dani Baeza.

—Entonces, le ruego que les transmita a ambos mi reconocimiento.

—Descuide, se lo haré llegar —convino la pastelera con agrado.

—Tía —intervino Rosa—, Marissa mañana viaja a Miami y quiere llevar consigo un surtido de Dulcería Baeza; estaba sugiriéndole las variedades de mejor aguante, pero prefiero que tú des el visto bueno.

El tuteo no pasó inadvertido; con todo, Cecilia no tardó en comprobar que la franqueza entre las jóvenes era recíproca y el diálogo sereno y grato.

—Con estas especialidades no habrá ningún problema —indicó—. Además, siendo el encargo para mañana, nos permitirá añadir un par de variedades que en estos momentos están agotadas.

—Lo dejo en sus manos —concluyó Marissa con gesto amable.

—No se preocupe. Y si por algún motivo Isaías no pudiera acercarse a recogerlo, mi sobrina se lo llevará a su casa.

—Sí, claro, no hay inconveniente —asintió Rosa.

La disposición de la muchacha era admirable y, una vez superada la turbación del primer momento, se había mostrado tal cual era, sin necesidad de recurrir al fingimiento; sin duda, el trato dispensado por Marissa lo había hecho posible.

Silvina Guzmán también tenía una opinión formada; se había cruzado con Marissa Montesinos cuando ésta se dirigía al coche donde aguardaba Isaías.

—Es guapa —reconoció, apenas entrar en Dulcería Baeza—, pero se me hace insulsa. Tal parece que al Ibáñez le gustan modosas.

—Mejor di con distinción —puntualizó Cecilia.

—Con dinero es fácil ser distinguido.

—La distinción no tiene nada que ver con el dinero; su madre y su hermana son un claro ejemplo.

—¡Por favor! —replicó Silvina con sorna—. Flora siempre ha sido una mujer gris, y la remilgada de su hija ni te digo.

—Es tu parecer; sin embargo, muchos opinamos lo contrario. En todo caso, ambas merecen la mayor consideración.

—¡Oh, por supuesto! Isabel la que más —recalcó con retintín.

—Isabel Ibáñez es una gran persona —intervino Rosa.

—No hay que fiarse de las apariencias —enfaticó Silvina en tono malicioso.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, sólo que yo no estaría tan segura: las mosquitas muertas son las peores.

—El comportamiento de Isabel siempre ha sido intachable —aseveró Cecilia.

—Así y todo, yo no pondría la mano en el fuego.

El pescado sobre fuego caliente señalaba la hora punta, por lo que el trajín del equipo de cocina de La Imperial era considerable; la única que no entraba al quite era Ana Salazar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gonzalo, extrañado.

—No me pasa nada —contestó ella con sequedad.

Él optó por no insistir; aun así, buscó información a la primera oportunidad que se presentó.

—¿Qué ocurre con Ana? ¿Sabes algo?

—¡Ya me gustaría! —enfaticó Justina—. Pero no puedo chivarte nada, me tiene en ascuas. Sin embargo, estos últimos días la noto rara: a ratos muestra contento, otros abatimiento. Esta mañana, cuando Camila y yo hemos llegado, llevaba puesta la cara alegre; al rato, sin motivo aparente, se la ha quitado.

—Tienes razón. A primera hora su aspecto lucía radiante.

—Justo por eso no tiene explicación. A no ser que ande enamorada.

La expresión de Gonzalo denotó asombro.

—Y no creo que sea tan descabellado —prosiguió Justina—. Camila y yo lo hemos hablado y las fechas coinciden.

—¿Qué fechas?

—Tu hermana empezó con el bamboleo apenas conocer a Daryl Montesinos.

Él la miró con ojos de pasmo.

—Por lo que se ve, los Montesinos atrapan —resaltó Justina, medio en serio medio en broma.

Ricardo Ibáñez podía dar fe; su pasión por Marissa Montesinos era ilimitada. Y para mayor dicha, aquel atardecer, al volver a casa después del trabajo, la encontraría allí.

—Marissa tiene algo que contarte —informó Flora, apenas puso los pies en la cocina—. Te aguarda en tu habitación, es el lugar idóneo para que nadie os moleste; estos días la casa está muy transitada.

—¿Te ha dicho de qué se trata? —preguntó él, mostrando cierta inquietud.

—Sí, pero es preferible que te lo cuente ella.

Ricardo salvó la distancia hasta su dormitorio sin tenerlas todas consigo: de ser algo grave, su madre le habría puesto sobre aviso; de ser algo bueno, Marissa se lo diría apenas abrir la puerta.

—Compruebo que sigues vestida.

—Te esperaba a ti.

—Te ayudo, entonces.

Se puso a su alcance y, con habilidad manifiesta, empezó a desabrochar los botones del camisero que encubría las sugerentes formas.

—No, Ricardo —protestó ella, electrizada.

—Qué poca seriedad la tuya, te retiras apenas iniciada la partida.

—En ocasiones es mejor retirarse a tiempo.

Él acató a medias.

—Te estás haciendo la difícil, es eso —resolvió, al tiempo que su cabeza se hundía en el cuello de Marissa y sus labios se habrían paso a lo largo de la sutil garganta.

—No, exactamente —negó, inflamada—. Pretendo cuidarme de ti, siempre sacas ventaja.

—Juego con las cartas que me tocan.

—Pues sabes jugarlas muy bien.

—Es necesario para ganar.

—Precisamente por eso, no quiero arriesgarme a que me confundas.

—¿Te da reparo hacer el amor en mi cama? Te aseguro que es muy mullida.

—Así y todo, prefiero dejarlo para otra ocasión.

—Lástima —dijo él, aparentemente contrariado—. He equivocado la estrategia.

Ella había dejado de sonreír.

Ricardo supo que había llegado el momento de saber de qué trataba lo menos malo.

—Mañana viajo a Miami. El doctor Hull precisa trasladarse a Washington para una convención; los días del evento coinciden con mi visita programada y se ha producido un adelanto de fecha. Sabe de mi progresión a través del contacto regular que mantiene con el doctor Nebrera y está muy interesado en verme. La llamada de mi madre era para informarme al respecto.

Él se mantuvo en silencio.

—Mi amor, serán pocos días; pero debo ir, es necesario. Además, ansío obtener respuesta

acerca del tiempo que me falta para poder caminar sin muletas, es muy importante para mí. Por favor, di algo.

La súplica sacó a Ricardo de la cavilación.

—Perdóname —se excusó—. Me ha cogido tan de sorpresa, que me he bloqueado; apenas me estaba preparando para tu partida del próximo mes.

—También yo, no quisiera tener que separarme de ti nunca.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—¿Acaso tienes motivos para dudar?

—No, no los tengo.

—Eres el hombre de mi vida, Ricardo —afirmó, abrazándose a él, dispuesta a velar su inquietud con un beso febril.

—Prométeme que regresarás a mí —susurró, suplicante.

—Siempre regresaré a ti; sólo la muerte me impediría hacerlo.

—En tal caso, mi alma sería la que iría en busca de la tuya.

Se miraron con la certeza de amar al otro por encima de lo imaginable: por encima de la vida y de la muerte.

En la residencia de Morningside, la situación se percibía desde otra óptica.

—¿Hablaste con él?

—Todo ha quedado atado, no pases ansia.

—¿Qué te ha dicho al respecto?

—Él también es padre, Elsa.

—¡Por amor de Dios, Eduardo! ¿No puedes ser más explícito? —refunfuñó.

—De encontrarse en nuestra situación, actuaría del mismo modo. ¿Satisfecha?

—¿Tú no?

—No puedo estar satisfecho cuando estoy manipulando la vida de mi hija.

—Es por su bien.

—Aun así, no puedo evitar sentirme mal.

—¿Acaso te sentirías mejor sabiéndola a merced de un sinvergüenza?

—No lo conoces, no puedes condenarlo sin juicio previo.

—Me basta con las acusaciones de Alan Portman —replicó, terminante—. Si bien las hizo desde el despecho, estoy convencida de que llevaba gran parte de razón.

—Así y todo, Ricardo Ibáñez tenía derecho a defenderse.

Ciertamente, pero para qué tomarse la molestia; lo más práctico en aquel asunto era poner

tierra de por medio y estaban a unas horas de conseguirlo.

Ajenos al ardid, los amantes disfrutaban su tiempo de pasión; la brisa que entraba por la abertura del bungalow mecía levemente las telas vaporosas del mosquitero que cubría la cama. Era la última noche antes de la partida y el lugar escogido suficientemente aislado del mundo como para que las ansias del uno y del otro se manifestasen sin reservas.

—¿Estás bien? —preguntó Ricardo, susurrante.

—Sin fuerzas —respondió Marissa, burlona.

—Me he empleado a fondo —adujo él en tono socarrón—. Debo asegurarme de que vas a volver.

—¿Te crees insuperable?

—Por supuesto. Mis dotes amatorias no tienen parangón. A la vista está: te he dejado exhausta.

Marissa sonrió, así y todo:

—¿Y qué me dices de las mías? ¿He cumplido con tus expectativas? En mi experiencia no caben las comparaciones, en la tuya sí.

—Te equivocas, tampoco caben.

Ella frunció el ceño, pero él la acalló antes de que pudiese protestar.

—Mis relaciones pasadas fueron deficitarias en sentimiento, no me pidas que las rescate del olvido sólo para restregarles su insignificancia.

No hizo falta añadir nada más, la pasión arremetió con renovados bríos. Alcanzada la máxima plenitud, Marissa, rogó:

—Me acercas el bolso, por favor; tus dotes amatorias merecen una recompensa.

—No soy avaricioso —se carcajeó Ricardo—, me conformo con tu vehemencia.

—Lo sé. Sin embargo, ayer, al ir de tiendas, vi algo que me agradó; nada importante, una baratija de apenas cuatro pesos, pero lo considero un recuerdo muy apropiado para una noche de pasión.

Él acusó desconcierto. Marissa hablaba en serio; de ahí que atendiendo al ruego, fuese por el encargo.

Apenas entregárselo, de su interior ella extrajo un delicado envoltorio.

—Ábrelo —instó, amorosa.

Ricardo se mostró indeciso; finalmente, lo abrió.

—¡Por Dios, Marissa! No tenías por qué —reprobó, impresionado.

—Me apetecía que tuvieras algo mío. ¿Te gusta?

—¡Es magnífico! No se corresponde con mi muñeca.

—Éste no es el Ricardo Ibáñez que conozco. ¿Dónde quedó tu arrogancia?

—La dinamitaste.

—¡Imposible! Ni con una relojería.

El reloj, de acero negro, era de un gusto exquisito, pero lo verdaderamente importante era el compromiso que implicaba.

—¿Dejas que te lo ponga?

—No, aún no.

—¿Por qué? —preguntó, desconcertada.

—Lo harás cuando regreses a mí; hasta ese día, mi tiempo quedará detenido y mis horas serán horas muertas.



Soledad

Conforme avanzaba la mañana, la actividad en la Casa Grande decrecía. No en vano las ausencias obligaban a modificar rutinas. A primera hora, Isaías había conducido a Marissa y a doña Adela al aeropuerto, y estaba previsto que en su viaje de regreso a San Mauricio viajase sin compañía. El caso es que, aprovechando que su nieta partía hacia Miami, la respetable señora, viuda de Montesinos, había determinado pasar aquel período de tiempo en su residencia de México D. F.; por lo que aún cabría esperar un par de semanas para que el lugar recuperase la vitalidad de los últimos días.

En casa de los Ibáñez, la actividad también empezaba a decaer; las visitas se espaciaban en el tiempo y, para sosiego de sus moradores, la normalidad volvía por sus fueros.

El doctor Nebrera era de los pocos que persistía en su visita diaria, una presencia que Isabel agradecía; puesto que, aparte de sentirse confortada, podía explayar sus miedos con respecto a su hija.

—No hay de qué preocuparse —aseguró el facultativo, complaciente—, no se aprecian síntomas que indiquen lo contrario. De todos modos, para mayor tranquilidad, la nueva placa nos confirmará el buen pronóstico. Mañana pasaré a recogerlas sobre las diez.

—No es necesario que se moleste, podemos desplazarnos en el coche de mi hermano.

—Prefiero ser yo quien las lleve. Durante la prueba quiero estar presente.

Cabe resaltar que el doctor Nebrera sobrepasaba con creces sus atribuciones como médico; la evolución de Sara Valdés era normal y predecible, no había necesidad de visitar a la chiquilla todos los días. En cuanto al 4Runner de Ricardo Ibáñez, se apreciaba suficientemente amplio como para que la niña fuese cómodamente transportada. Además, en lo tocante a la radiografía, sus colaboradores le harían llegar el resultado de manera inmediata. ¿Entonces? ¿A qué obedecía su comportamiento o, mejor dicho, su denodado interés? Había coincidido con Isabel Ibáñez en contadas ocasiones y sabía acerca de ella por terceros; no obstante, había algo en aquella mujer que le atraía poderosamente. Y si bien es cierto que, dado su estado de desolada viudedad, no había hecho nada por tratarla, se congratulaba de que la coyuntura del momento le brindase la oportunidad.

Gonzalo Salazar también buscaba su oportunidad, aunque en él no cabían dudas: se sabía enamorado de Raquel Bianchini. Con todo, era consciente de que no sería fácil acercarse a ella.

—Señorita, mi padre me ha pedido que le entregue este paquete.

—¿Tu padre?! —exclamó, sorprendida.

—Sí, señorita —reiteró el muchacho, casi tan extrañado como ella.

—¿No te ha dicho de qué se trata?

—No se lo he preguntado.

—Está bien, Beto. Gracias.

Beto Salazar abandonó el despacho de la titular de la jefatura de estudios con la misma incertidumbre con la que había entrado; no tanto por desconocer el contenido del presente, que a tenor de su peso y tamaño se adivinaba, sino por el enigmático y peculiar proceder de su progenitor.

Raquel tampoco las tenía todas consigo: de aquel hombre podía esperarse cualquier cosa, pero lo verdaderamente preocupante era que conseguía confundirla como el que más.

Pasados unos instantes dubitativos, rasgó el regio envoltorio; al apreciar el contenido, su semblante reflejó a un tiempo admiración y desconcierto.

—Versión —enfaticó—. Obra poética ganadora del premio Xavier Villaurrutia.

Seguidamente, levantó la cubierta del libro, donde aguardaba otra sorpresa: una carta. Su estado de confusión se agravó; dudó de qué hacer, pero la curiosidad no admitía espera, de manera que extrajo la hoja de papel doblada que contenía el sobre y la desdobló:

«Estimada Raquel:

Tendrá que perdonar la libertad que me tomo al dirigirme a usted a través de esta carta; aun así, apelo a su indulgencia y confío en que el esfuerzo que supone su lectura quede recompensado. No tema encontrar entre estas líneas nada impropio; en modo alguno escribo con la intención de fomentar su aversión hacia mi persona, simplemente, trato de disculparme por la actitud mostrada en nuestro primer encuentro; una actitud merecedora de reproche y que si bien derivó de unas acusaciones que me resultaron irritantes, la indignación de aquel momento no excusa mi proceder: si la ofendí, sólo puedo decir que lo lamento y aun cuando sus sentimientos no me sean favorables, le ruego encarecidamente que acepte mis disculpas. Queda, no obstante, otra cuestión de naturaleza distinta, pero igualmente relevante: la gravedad de la culpa que usted me atribuyó, en relación con mi injerencia en el porvenir de mi hijo, me sorprendió sobremanera; no tanto por la reivindicación en sí, sino porque habló de ello como de algo seguro. Desconozco el origen de esta creencia y la información en la cual se apoya; sin embargo, aun a pesar de los hechos que me acusan, le juro por lo más sagrado que en mis decisiones con respecto a Beto, jamás he obrado de mala fe. Amo demasiado a mi hijo, como para evitar comprometer

con mis acciones su felicidad presente o futura. No niego que mi mayor ilusión sería que Beto fuese mi sucesor en La Imperial. Así y todo, no considero que este deseo sea indigno ni reprehensible y mucho menos se me alcanza que sea condenable. Probablemente, por su condición de licenciada, sostendrá que la mejor opción de futuro pasa por tener un título universitario. No voy a entrar en valoraciones, el tema es propio de una mesa de debate. De todos modos, a título personal, le diré que la experiencia me ha demostrado que las oportunidades, así como el éxito y el fracaso, se dan en todos los campos: estoy seguro de que en este inciso no apporto nada que usted no sepa. Raquel, no pretendo escudarme en la experiencia, tampoco aspiro a que comulgue con mi pensamiento, pecaría de iluso si lo creyera posible: su posicionamiento es claro y el mío también. Pese a ello, no crea que soy insensible a su inquietud; es más, agradezco su intervención. Si hay algo que no admite discusión es su interés por la prosperidad de mi hijo. Y eso se presta al mayor elogio. Su actitud la dignifica. Y aunque lo ponga en duda, celebro que Beto cuente con su afecto. Créame que me gustaría encontrar la manera de compensar esta estima, pero no se me ocurre cómo. La opinión que usted tiene de mí supone un hándicap a mi pretensión. Con todo, me va a permitir que concluya esta carta con una proposición; una proposición que, en la situación actual, considero justa. Teniendo en cuenta que la decisión en litigio no ha de tomarse hasta dentro de cuatro años, propongo que durante este tiempo hagamos un pacto de no injerencia. Yo me comprometo a respetar sus intereses para con Beto y usted hará lo propio al respecto de los míos; llegado el momento, y con amplio conocimiento de causa, será mi hijo quien valore y decida.

En la esperanza de que mi proposición sea aceptada y la tregua se eternice, me despido de usted, no sin antes agradecerle la atención prestada.

Gonzalo Salazar

P. D.: Confío en que el libro que acompaña la misiva sea de su agrado. No ha sido elección mía; mi nebulosa literaria no me permite escoger sin riesgo de metedura de pata; en esta ocasión, el reclamo no me corresponde a mí sino al librero».

Los rasgos de Raquel mostraban admiración.

—Este hombre es desconcertante —admitió, abrumada.

En cuanto a peculiaridades, Lope Ricoy también mostraba las suyas.

—¿Qué tal, ricuras? Os miro y la boca se me hace agua.

—¡Sálvese quien pueda, el tiburón llegó hambriento! —clamó Justina—. Pues conmigo no cuentas, tu dentado no puede con una carne tan dura como la mía, tendrás que contentarte con la de tu mujer.

—¡Todos los días gallina amarga al gusto! —se lamentó él—. Con razón Matías usa dentadura

postiza: será de tanto hincarte el diente.

—¡Hasta que lo averiguaste!

La Revoltosa era la principal proveedora de pescado de La Imperial, por lo que la presencia de Lope en modo alguno constituía una salvedad. Además, su mujer era parte del equipo de cocina; de ahí que al arribar no dejase escapar la oportunidad de consentirla.

—¿Cómo fue la jornada? —preguntó Camila, afectuosa.

—Mejor de lo esperado —respondió él, besándola amoroso.

Llevaban seis años de feliz matrimonio y, en verdad, formaban una pareja muy avenida. Los dos iban para solterones, hasta que un buen día coincidieron en las fiestas patronales del pueblo de Camila. Lope andaba de parranda con unos amigos y entre bromas, tequilas y cachondeo, germinó el amor. Desde aquel encuentro, se volvieron inseparables.

—¿Mi hermano no ha venido contigo? —preguntó Ana Salazar, extrañada.

—Se ha quedado platicando con Ricardo Ibáñez: el patrón necesita atención, anda deprimido.

—Obvio, hoy no había quien le aguardase —dijo Justina, sonriente.

—Efectivamente —asintió Lope—. Ahora, al que aguardan es a Miguel Hernández.

—¡¿No me digas que Elena Piñero estaba en el embarcadero?! —exclamó Camila entre sorprendida e indignada.

—Estaba y estará —afirmó su marido, concluyente—. Según parece, en Gran Emporio le han asignado el turno de mañana, así que su presencia está asegurada.

Ana había dejado de atender, no quería oír nada más, por lo que abandonó la cocina sin decir palabra. Sufría, su angustia escapaba al control de su voluntad, y lo peor de todo es que se sentía incapaz de sobreponerse.

Por el contrario, Elena Piñero se mostraba exultante: sus indagaciones acerca de Miguel Hernández no habían revelado nada que afectase su determinación; de ahí que fuese al embarcadero a dejarse ver. Y lo seguiría haciendo hasta que Miguel cayera en sus redes.

—¿Me ayudas, por favor? Llevo tiempo sin subirme a una barcaza y esta tarde me apetece especialmente.

—No quiero meterme en problemas.

—Descuida, tu patrón y yo somos viejos amigos.

Felipe Guzmán, si bien conocía la historia pasada, desconocía la situación actual. En cualquier caso, Elena era una mujer demasiado atractiva como para negarle el capricho.

—Está bien —transigió—. De todos modos, no considero que una barcaza sea apropiada para alguien como tú. Te verías mejor en un yate —añadió, galante.

—Gracias. —Sonrió, coqueta—. Me conformo con lo que tengo a mi alcance.

Acto seguido, asiendo la mano que Felipe le tendía, de un salto subió a cubierta. Él la sujetó fuertemente para evitar que cayera y ante la proximidad de los labios color fuego, el deseo del hombre se inflamó.

—Si cambias de parecer, tengo un yate a tu disposición —reiteró.

—¡Vaya! —exclamó Elena, burlona—. Por lo que veo, has progresado mucho.

—Más de lo que imaginas.

En efecto, Felipe Guzmán pasaba por ser tripulante de la Marinera y encargado de mantenimiento del yate de Roberto Govea. Lo que desconocían los pobladores de San Mauricio era que, gracias al trapicheo, se había convertido en un hombre de posibles. Lo cierto es que la llegada al pueblo de don Roberto había supuesto una suerte para sus pretensiones, ya que si bien el honorable era un ser vil y autoritario al que aborrecía, le proporcionaba el medio de conseguir dinero fácil; después de todo, Felipe tenía en mente hacerse rico: era necesario para alcanzar su objetivo, que no era otro que levar anclas hacia un nuevo horizonte donde romper con sus orígenes y deshacerse del apellido que arrastraba.

Ana Salazar también anhelaba dejar atrás el pasado, y en aquellos días lo creía posible, pero la presencia de Elena Piñero había agitado sus fantasmas; era tanto el miedo que tenía de perder su felicidad presente, que el sentimiento de desconfianza revertía contra sí misma. Y, para colmo de males, no tenía con quién explayar su angustia. A primera hora de la mañana, Marissa Montesinos había acudido a La Imperial a despedirse, pero ni el lugar ni el momento resultaba apropiado para sincerarse y exponer su recelo; además, la coincidencia con Gonzalo y la consecuente presentación personal, habían acaparado gran parte de la conversación.

Así pues, Ana se encontraba a merced de sus temores y aunque se esforzaba por borrar de su mente pensamientos arbitrarios, tras la concisa información de Lope, la necesidad de comprobar *in situ* que sus cábalas eran infundadas, primó sobre todo lo demás.

Infortunadamente, al llegar al embarcadero, la visión que obtuvo no pudo ser más contraproducente; si bien la actividad en el sitio era inexistente, en cubierta de la Marinera se distinguía la figura erguida de una mujer.

—Elena —murmuró en un lamento.

Una mezcla de confusión y desespero la embargó; había visto suficiente: Miguel figuraba como el patrón de la Marinera y Elena Piñero se encontraba a bordo. Presa de decepción, superada a duras penas la parálisis del primer momento, giró sobre sus pasos y, con los ojos anegados de dolor, se dispuso a desandar lo andado.

—¡Ana!

El grito a sus espaldas la detuvo y dudó de qué hacer, pero las dudas sólo duraron un instante; siquiera volteó y de manera inmediata retomó la marcha y aceleró el paso, alejándose del lugar,

herida en lo más profundo.

Los rasgos de Miguel mostraron perplejidad: la actitud de la mujer amada estaba fuera de su comprensión. Justo regresaba del surtidor cuando la vio cruzar el arenal; caminaban en sentido opuesto y el espacio entre ellos era considerable, de modo que llamó su atención, pero la alegría del reencuentro se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos. Con expresión incierta miró hacia el embarcadero, buscando encontrar respuesta. La halló al momento. El coraje y la animadversión sacudieron su entraña; era evidente que Ana había sacado sus propias conclusiones y éstas venían precedidas de comentarios y elucubraciones de terceras personas. Todo encajaba. La noche anterior, ella había renunciado a su cita, escudándose en una indisposición, pero el motivo era otro.

—¡Miguel!

La voz lo enfadó aún más; con todo, hizo caso omiso al requerimiento: su prioridad era otra. Y, aun sabiendo que la distancia era insalvable, echó a correr cual poseído tras los pasos de su enamorada.

Elena acusó desconcierto; sin embargo, la secuencia no admitía equívoco; no sabía quién era aquella mujer, alta y esbelta, que se alejaba a toda prisa. Se había percatado de ella a raíz del llamado de Miguel y estaba demasiado lejos para reconocerla, pero lo cierto es que él la prefería. La rabia quebró su semblante en una mueca de desespero: de nuevo el rechazo, el dolor y la insoportable sensación de vacío.

La carrera sirvió de poco; antes de que Miguel pudiese alcanzarla, Ana se refugió en el interior de la vivienda familiar. Así y todo, él no estaba dispuesto a irse de allí sin aclarar las cosas; conque, tras pulsar el timbre de la puerta en repetidas ocasiones y no obtener respuesta, abandonó el florido callejón de buganvillas que daba acceso a la zona privada y se encaminó hacia la parte delantera de la edificación donde se ubicaba el local comercial.

La Imperial estaba bastante concurrida, pero no se entretuvo intercambiando saludos, la desazón apremiaba; de ahí que, con paso decidido, se dirigiese al encuentro de Gonzalo Salazar.

—Me urge hablar con tu hermana.

—No se encuentra —afirmó con cara de preocupación—. Hace un rato se marchó sin avisar ni decir adónde iba.

—Estaba en el embarcadero, acaba de regresar de allí.

Gonzalo se sorprendió.

—¿Sabes a qué fue?

—A sacar conclusiones equivocadas.

—¿A qué te refieres? —interpeló, confundido.

—Ana y yo nos queremos.

—¿Qué?! —exclamó, patidifuso.

La revelación era tan sumamente extraordinaria, que en un principio Gonzalo dudó, pero Miguel Hernández no era hombre que se caracterizase por hablar de más, de manera que no cabía duda acerca de la veracidad del hecho.

—Necesito un trago —acertó a decir.

Lo necesitaba, desde luego; de todos modos, mal que se tomó su tiempo para sobreponerse al pismo, no se abstuvo de hacer preguntas y conforme Miguel entró en detalles, su estupor se agrandó.

—¡Es inaudito, delante de mis narices y sin darme cuenta! —enfaticó—. Aunque sospecho que no he sido el único.

Con todo, entre tanta estupefacción, a Gonzalo no se le pasó por alto la grandeza del momento: su hermana estaba enamorada y el afortunado era alguien en quien confiaba plenamente.

—¿Das tu permiso?

Había golpeado suavemente la puerta, pero la abrió sin consentimiento previo.

Ana, sentada al borde de la cama, se apresuró a secar las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Necesitaba despejarme —se excusó con voz ahogada—. Enseguida retomo la tarea.

—Miguel Hernández me ha dicho que te ama.

Aquella era toda una declaración de intenciones: Gonzalo Salazar no era hombre de andarse por las ramas.

—Quiere hablar contigo —prosiguió—. Está desesperado.

La contundencia de la afirmación, así como la certeza de que su hermano estaba enterado de la situación, hizo que Ana evidenciase turbación.

Pero aún no estaba todo dicho.

—Tal parece que a ti también te puede el desconsuelo —resaltó Gonzalo, escrutándola con la mirada—. Y el porqué, no lo entiendo —añadió—. ¿De verdad piensas que alguien que te ha aguardado durante tanto tiempo está dispuesto a perderte tan fácilmente?

—¡Elena Piñero estaba en cubierta de la Marinera! —respondió, atormentada.

—¡Y qué! Miguel no la invitó a subir. Ni siquiera sabía que estaba allí. Venía del surtidor cuando te vio cruzar el arenal y la descubrió a ella.

Ana no había contemplado otra posibilidad que no fuese la que alimentaban sus miedos, por lo que la sensación de alivio fue tan intensa, que sus pupilas se anegaron de nuevo.

—Quiero que me respondas con la verdad —instó Gonzalo con gesto serio—. ¿Lo amas?

—Con todo lo que soy.

—Entonces, quiero que salgas ahí afuera y lo demuestres; quiero que te abandones a este sentimiento, que sientas y goces; quiero verte confiada, radiante en tu hermosura.

Dicho esto, se dirigió hacia la puerta y, justo en el umbral, advirtió:

—Te doy cinco minutos.

A Ana no le quedaba otra que cumplir la exigencia, por algo era el hermano mayor, el que en ausencia de sus padres había prometido cuidarla y protegerla; el que la adoraba y consentía; el que lloraba con ella y reía con su felicidad.

—Así que Daryl Montesinos, ¡no te digo!

Gonzalo había irrumpido en la cocina como una exhalación y de igual modo había hecho mutis.

—¿Qué habrá querido decir? —elucubró Camila.

—No sé, pero sospecho que sabe más que nosotras —replicó Justina.

En la cantina propiamente dicha, la enigmática actitud de Gonzalo no mudó, se limitó a dejar fuera de alcance la botella de mezcal que acompañaba la tensa espera de Miguel.

—Te quiero sobrio —dijo, escueto.

—¿Hablaste con ella? —preguntó preso de impaciencia—. ¿Pudiste convencerla?

—Al poco lo sabrás.

—Pero...

Fue inútil, el cantinero se escabulló hacia el otro extremo de la barra.

—Advierte al mozo de que vaya al almacén a por más bebida.

—No hace falta, tenemos suficiente.

—Haz lo que te digo.

Serafín se encogió de hombros y se dispuso a ejecutar la orden.

La serenidad de Miguel presentaba debilidad. Gonzalo no había sido muy explícito que digamos y aunque creía en su honradez, desconocía hasta qué punto habría logrado convencer a su hermana.

Por suerte para él, aquella incertidumbre no tardó en disiparse. Había mantenido la vista puesta en la abertura de madera de chechén que accedía a las dependencias privadas; intuía que de salir a su encuentro lo haría por aquel sitio. No se equivocó. Al poco, la puerta se abrió y la imagen que anhelaban sus ojos acaparó la escena.

—Ana —susurró, arrobado.

Con la sonrisa dibujada en el rostro, apaciguado el corazón por la serena plenitud que le otorgaban los miedos vencidos, Ana Salazar fue donde su hombre y, con vehemente pasión, se enseñoreó de su boca.

El hecho no pasó inadvertido. Los parroquianos de La Imperial rompieron en silbidos, aplausos y aclamaciones.

—¡Invita la casa! —proclamó Gonzalo, festivo.

El bueno de Serafín no salía del pasmo.

Pero la alegría va por barrios. No muy lejos de allí, alguien lo pasaba francamente mal: veinticuatro horas antes tenía la dicha en sus brazos; aquella noche, en cambio, Ricardo Ibáñez estaba a solas con la soledad.



La ofensa

—¡L o amo!

Había transcurrido un mes desde esta proclamación, treinta días de fingimiento y pruebas médicas que se prorrogaban en el tiempo; esto es, el presente de Marissa Montesinos estaba planificado y la táctica empleada parecía no tener fisuras; la confianza depositada en su familia y en el equipo médico facilitaba el logro.

Lo cierto es que la agenda de la joven estaba de lo más apretada: terapia física y rehabilitación; tiendas, paseos, terrazas a pie de calle y a ras de cielo; galerías de arte, museos, estrenos de cine, teatro, conciertos. O sea, los tentáculos de la gran ciudad, ese mundo electrizante al que ella pertenecía, dispuesto a dominar su espíritu y desvanecer a la mayor celeridad posible el recuerdo del hombre que ocupaba su mente y su corazón.

Pero nada más lejos de la realidad. El amor que Marissa profesaba a Ricardo Ibáñez permanecía inalterable y las estrellas del cielo de San Mauricio resplandecían por encima de las luces de neón.

Sin embargo, Elsa, Eduardo y Edward persistían en que era cuestión de tiempo. Y aun reconociendo su extraordinario cambio de actitud, les resultaba inconcebible la posibilidad de que aquel amor que proclamaba fuese algo más que un sentimiento pasajero. En definitiva, las acusaciones vertidas en su día por Alan Portman prevalecían en el ánimo de los Montesinos hasta el punto de maquinar en perjuicio del ser querido. No obstante, un imprevisto escapó a su control.

—Dime, Brenda.

El rostro de Eduardo mostró un atisbo de inquietud: la empleada de hogar no tenía por costumbre dirigirse a él, lo relativo al servicio doméstico corría a cargo de su mujer; por tanto, aquella llamada a destiempo indicaba que en la residencia de Morningside algo no iba bien.

—Enseguida voy para allá —dijo, una vez confirmada la sospecha—. (...). No, no será necesario, yo me encargo.

—¿Qué ocurre, papá?

Una pregunta obligada, puesto que la expresión de su padre era manifiestamente sombría.

—Ricardo Ibáñez está en nuestra casa.

—¡Qué! —exclamó Edward, atónito.

—Contacta con tu madre, ponla en antecedentes, que actúe en consecuencia.

Era un hecho consumado, la impaciencia había rebasado el límite soportable; para un corazón palpitante, treinta días de privación equivalen a una eternidad y Ricardo no podía más: extrañaba a Marissa, sufría su ausencia; la comunicación con ella no era todo lo deseable que sus ansias requerían —corría el año dos mil seis, los medios tenían sus limitaciones—. Su jornada laboral tampoco ayudaba, aparte de la diferencia horaria; su tiempo disponible, comúnmente, se mostraba incompatible con la apretada agenda de su enamorada; de ahí que aquella sarta de contratiempos minase seriamente su ánimo. Así y todo, en él no se había creado ningún recelo: las explicaciones bastaban; esto, unido a la seguridad que tenía a propósito de la aceptación de su relación por parte de los Montesinos, alejaba cualquier sospecha acerca de veladas intenciones. Sabía por boca de Marissa que su familia no había puesto objeción alguna; por tanto, la desconfianza no tenía cabida, de manera que la planificación del viaje a Miami entraba dentro de la lógica del amor vehemente. Y aunque las obligaciones de Ricardo, amén de su presupuesto, no le permitían excederse en el tiempo, las horas previstas de estadía en el lugar, aunque insuficientes, aliviarían al menos la imperiosa necesidad de estar con ella. Aun así, el propósito que le guiaba se topó con un serio contratiempo.

—La señorita Marissa no se encuentra —informó Brenda Arias, servicial—. Ha salido de compras con su madre.

Aquella era una probabilidad contemplada; a fin de cuentas, se había personado en el sitio sin previo aviso. El caso es que Ricardo buscaba sorprender. La espera, por tanto, entraba dentro de lo posible.

Hecha la presentación, Brenda lo condujo a través del amplio *hall* hasta el despacho-biblioteca; una estancia elegante y luminosa, desde cuyos ventanales se divisaba la hermosa bahía de Biscayne. Era, a ojos del visitante, un entorno privilegiado y selecto. A Ricardo, sin embargo, la exclusividad del ambiente le produjo cierto desasosiego; no en vano si algo quedaba notoriamente probado era la elevada posición social que disfrutaban los dueños. Y aunque en modo alguno la solvencia económica de los Montesinos suponía una revelación, justo hasta aquel momento no había tomado consciencia de la diferencia de clase entre Marissa y él.

En esas estaba, cuando el sonido del picaporte de la puerta interrumpió las cábalas. Preso de impaciencia, giró sobre sí mismo con la esperanza de reflejarse en las pupilas de su amada; pero no, en su defecto, aparecieron dos hombres: uno joven y otro de mediana edad.

—Eduardo Montesinos, supongo —saludó con gesto amable.

Era fácil adivinar de quién se trataba. Eduardo guardaba un gran parecido con su progenitor. Además, estaba la memoria visual, la imagen asociada a las fotos de familia que, de forma contumaz, doña Adela exponía en las diferentes estancias de la Casa Grande. La herencia

genética también se manifestaba en el acompañante; la semejanza entre padre e hijo era perceptible a la vista de cualquiera, constatando que de los tres hermanos, el primogénito era el principal depositario de los caracteres hereditarios.

—¿A qué has venido? —interpeló Edward con aspereza—. Aquí no eres bien recibido.

Ricardo, que en ademán de cortesía se dirigía con la mano tendida hacia Eduardo, se detuvo en seco, interrumpiendo la continuidad de la acción.

—Perdón, creo que no entendí bien —expresó con visible desconcierto.

—Entendiste perfectamente —aseveró Edward, mordaz—. Tu presencia resulta ofensiva.

Aquello no podía estar pasando, sin duda se trataba de una confusión.

—Soy Ricardo Ibáñez, el prometido de tu hermana —se acreditó en un intento por reconducir la situación.

—Sabemos quién eres —replicó Edward, terminante—. El canalla que se ha valido de su debilidad para confundirla.

No era un malentendido, el conflicto existía. El semblante de Ricardo ensombreció y una tromba de indignación agitó su interior: habría golpeado al presuntuoso con gusto, pero se contuvo.

—Si por canalla se entiende al hombre que hace lo imposible por conquistar el corazón de una mujer, entonces sí, soy un canalla —declaró—. Me enamoré de tu hermana en el mismo instante en que la vi y me propuse dar lo mejor de mí para enamorarla; de no haberlo logrado, jamás me lo habría perdonado. Marissa ha resultado la mujer de mi vida. La amo.

—Si en verdad la amas, apártate de ella.

Los ojos de Ricardo se precipitaron hacia Eduardo, era la primera vez que escuchaba su voz y mejor hubiera permanecido muda.

—Eso es imposible —afirmó, categórico—. Además, no hay razón.

—Sí la hay. Desde tu óptica, tal vez no; después de todo, en tu relación con mi hija tú no renuncias a nada. La sacrificada es ella. Porque, aun considerando que este sentimiento que dices profesar sea honesto y sincero, ¿qué futuro le aguarda a tu lado?

—Lo desconozco —resolvió, combativo—. No está a mi alcance predecir el mañana.

Aquella respuesta fue suficiente para que Eduardo tomase conciencia de la agudeza del oponente.

—Pero a nadie se le escapa que el entorno y la posición social ayudan a conseguir los propósitos —prosiguió—. Antes del accidente, Marissa se había propuesto muchos objetivos y en ninguno de ellos figuraba abandonar los Estados Unidos de América.

—Menos aún radicar en un pueblo de pescadores, convertida en la esposa de un mugroso pescador —interrumpió Ricardo, incisivo—. Éste es el problema, mi insignificante procedencia.

—No he dicho tal cosa.

—Por supuesto que no, ante todo hay que guardar las formas. Supongo que ésta es la razón por la cual Marissa está al margen de sus verdaderas intenciones. Vive en el engaño.

—Es por su bien —alegó Eduardo—. Mi hija tiene derecho a decidir sobre su vida desde la consciencia plena y sin limitaciones que restrinjan su libertad de acción. El futuro es imprevisible, ciertamente, pero hoy por hoy, tu porvenir se asienta en San Mauricio; a tu lado, sus expectativas quedan supeditadas a unos intereses que distan mucho de los que ella había proyectado. En Miami, en cambio, tiene la oportunidad de verse realizada.

—¡Por favor, papá! Y a él qué más le da —intervino Edward, cáustico—. Es inútil intentar razonar, sólo busca sacar provecho de la situación; sabe que junto a Marissa siempre habrá donde rascar. ¿Cuánto pides por dejarla en paz?

La ofensa era más de lo que Ricardo estaba dispuesto a tolerar.

—Has ido demasiado lejos —afirmó, al tiempo que se abalanzaba sobre Edward y le asestaba un puñetazo en la mandíbula.

La pegada fue contundente y efectiva, dejando al contendiente sin capacidad de reacción.

—Los pedantes como tú me pierden —remarcó.

A continuación, se encaminó hacia la puerta.

—Con su permiso —se despidió, sardónico.

Las horas que siguieron fueron de auténtico desconcierto. Ricardo se mostraba incapaz de tomar una determinación; era tanta la indignación, tanto el coraje, que el sentimiento de venganza se entremetía en cada razonamiento que hilvanaba. ¡Era tan fácil devolver el agravio! Marissa y su madre aparecerían en un momento u otro por la residencia de Morningside, bastaba con merodear alrededor del garaje y dejarse ver. Después, vendría la verdad, la decepción y el enfado y, con toda probabilidad, ella dejaría Miami para regresar con él.

Así y todo, en su interior se alzaba una voz contraria a ejecutar la infalible acción. El baño de realidad con que se acompañaban las reflexiones de Eduardo Montesinos, al respecto de la renuncia y las frustradas expectativas de su hija, pesaba en su ánimo más de lo deseable, coartando cualquier decisión. Porque, ¿qué podía ofrecer él salvo su amor vehemente? Sus posibles se circunscribían a su actividad laboral, el 4Runner y la Revoltosa, unos bienes que ante cualquier comparativa se presumían ridículos.

No obstante, cuando el Buick LaCrosse blanco que conducía Elsa St. Clair dobló la esquina y la puerta automática de acceso al garaje se abrió, Ricardo aún permanecía en el lugar a la espera de su oportunidad. Era noche cerrada, el follaje de las palmeras bajo el cielo estrellado proyectaba borrosas siluetas que dificultaban la visión; conque, para ser reconocido era preciso que se aproximara a la entrada de la cochera, de lo contrario, su presencia difícilmente sería detectada. Sin embargo, no se movió.

Conforme fueron pasando los días, la inquietud de los Montesinos se atemperó y transcurrida una semana de los hechos, el estado anímico de los conjurados mostraba signos evidentes de recuperación. Según Marissa, Ricardo se encontraba en San Mauricio; por lo que el peligro inminente había desaparecido, así pues, todo apuntaba a que las expectativas trazadas habían salido reforzadas.

Pero, en aquella combinación de elementos y circunstancias había variables que escapaban a los intereses creados y lo cierto es que la intranquilidad de la joven empezaba a manifestarse. Su preocupación residía en la actitud del hombre amado: lo notaba esquivo; la ironía, el desparpajo y la llaneza, características propias de su manera de ser habían sido relegadas. Sabía que atravesaba dificultades en lo tocante a las capturas; sin ir más allá, los dos últimos fines de semana, la Revoltosa había permanecido en la mar en busca de nuevos caladeros, restringiendo su estancia en tierra y coartando las posibilidades de comunicación. Con todo, Marissa intuía que tras el lógico nerviosismo que conllevaba la situación, había algo más; no en vano, Ricardo había demostrado ser alguien que no se achicaba y, según sus propias palabras, aquella circunstancia se repetía cada cierto tiempo. Por tanto, desde su percepción intuitiva, el cambio obedecía a otra cuestión de fondo. ¿Cuál?

Era una respuesta que se había propuesto obtener antes de que la mortificación causara estragos. Y nadie mejor que Ana Salazar para confiarse y salir de dudas. En aquella ocasión, sin embargo, su amiga se resistía a dar información concisa.

—Ana, por favor, necesito saber la verdad. ¿Hay otra mujer? —interrogó, angustiada—. (...). Lo sé. Aun así, no dejo de hacerme preguntas.

La falta de sosiego se percibía con tanta claridad, que su confidente no tuvo corazón para mentir y faltó a la palabra dada.

—¿Miami?! —exclamó, desconcertada—. ¿Cuándo?!

La conversación telefónica deparó una sucesión de asombros tan sumamente extraordinarios como dolorosos.

Marissa aquella noche eludió cenar en familia, no estaba preparada para el disimulo, tampoco lo estaba para pedir explicaciones; antes, necesitaba reconducir la indignación que violentaba su alma. No tenía ninguna duda al respecto de los hechos atribuidos a sus padres y a su hermano mayor. Ana Salazar le merecía plena confianza. Además, todo encajaba: el hematoma que Edward lucía en la cara, el cambio de planes del penúltimo fin de semana, el repentino interés de su madre acerca del día a día de Ricardo. Todo ello, sumado a las pruebas médicas más extensas de lo inicialmente previsto, excluía cualquier tergiversación. Así que, la maquinación orquestada en contra suya era un hecho. Y había sido ideada por las personas que más confianza le habían infundido.

Las dos jornadas que siguieron fueron encaradas con gran dificultad. Si bien la decisión estaba tomada, la movilidad limitada que afectaba a Marissa le impedía actuar con celeridad; por lo que,

a efectos de retardar al máximo el enfrentamiento, optó por fingir desconocimiento de la realidad. De suerte que, tal como estaba acordado, el momento esperado se dio puntualmente la mañana del tercer día.

—Señora, doña Adela acaba de llegar —informó Brenda.

—¡Pero cómo! —exclamó Elsa, sorprendida.

—Ha venido en taxi —precisó la asistenta—. La señorita Marissa ha salido a recibirla.

Aquel constituía un hecho sin precedentes, la respetable señora, viuda de Montesinos, jamás se había personado en la residencia de Morningside sin previo aviso, ni siquiera en tiempos de su difunto esposo, por lo que su presencia abría interrogantes y generaba cierta intranquilidad.

Dispuesta a averiguar la razón o razones que subyacían bajo aquella situación excepcional, Elsa se apresuró a salir al encuentro de su suegra. La halló de pie, apoyada en la impoluta carrocería del taxi que la había traído y sin aparente intención de querer moverse de donde estaba.

—Adela, ¡qué pena contigo! ¿Cuándo has llegado? —saludó, afectuosa—. De haber avisado, habríamos ido a recibirte al aeropuerto.

—Llegué anoche —informó, escueta.

—¡Anoche!

La sonrisa de Elsa se desdibujó.

—¡¿Y cómo no llamaste?! ¡¿Dónde has estado?! —interpeló, alarmada.

—En un hotel.

Elsa no daba crédito.

—¡Por Dios, Adela! ¡¿Cómo pudiste?! —recriminó, consternada—. Eduardo lo tomará como un agravio.

—Despreocúpate, mi hijo es mayorcito, lo superará.

Una situación sin precedentes, desde luego.

—Mejor pasemos dentro —propuso Elsa, confusa—. Debes de estar cansada.

—Estoy bien. Además, no es necesario, parto de inmediato.

—¡¿Cómo?! ¡Si acabas de llegar!

—Estoy de paso.

El desconcierto de Elsa St. Clair se agrandaba conforme pasaban los minutos; con todo, su estado de perplejidad aún no había alcanzado el punto álgido. Fue al ver salir a su hija del interior de la vivienda, seguida de un hombre cargado con maletas, cuando su confusión llegó al cénit.

—¡Marissa! ¿Adónde vas? —preguntó, sobresaltada.

—Al aeropuerto. En dos horas viajo a México D. F..

Era la respuesta a todos los interrogantes.

—¡No puedes irte! —exclamó Elsa con cara de estupor—. ¡Las pruebas médicas no han finalizado!

—¡Por favor, mamá! Ahórrate la táctica —interrumpió Marissa con tono cortante—. La intriga acabó.

—¿Qué quieres decir?! —expresó, alterada.

—Sé que mi prometido estuvo aquí.

Las cartas al fin bocarriba.

—¡Lo sabía! —enfaticó, airada—. ¡Sabía que ese miserable no se iría de vacío! Doy por supuesto que fue él quien te informó.

—Te equivocas. A Ricardo Ibáñez le sobra orgullo y dignidad, no como otros —sentenció—. Supongo que Alan Portman tiene mucho que ver con este despropósito. ¿Te contó que quiso abusar de mí?

—¿Alan?! —exclamó Elsa, perpleja.

El semblante de doña Adela tampoco escapó al desconcierto.

—Tuve suerte de que Isaías aquella noche anduviera vigilante.

—¿No estabas enterada, Adela? —interpeló Elsa, contrariada.

—No. Y no puedo concebir que no se me informara de lo sucedido.

—Yo se lo pedí. Quise impedir que aumentara la tensión existente, además de evitar la enemistad con Daryl. No obstante, dado que Alan se ha portado como un perfecto canalla, no tengo reparo en descubrir su bajeza moral. En cuanto a la fuente de información, Ricardo y yo contamos con amigos que procuran por nuestra felicidad.

—Ese hombre no te conviene —insistió Elsa, atribulada.

—Desde tu prejuicio, tal vez. En lo que a mí respecta, no me planteo mi vida sin él.

La decepción había velado el brillo de sus ojos, pero su mirada irradiaba una gran determinación.

—¿Piensas irte sin despedirte de tu padre?

Era un intento desesperado por retrasar el fatídico desenlace.

—No dispongo de tiempo ni me apetece escuchar injurias que atenten contra la dignidad del hombre que amo.

—Pero, hija...

—Adiós, mamá.

Estaba demasiado dolida para mostrarse comprensiva, necesitaba recuperar la calma, recapitular acerca de lo sucedido y replantearse la relación con su familia.

Elsa no sabía cómo poner resistencia a lo inevitable, su poder de convicción había fracasado.

—No puedes secundar este sinsentido, Adela —reprochó, incisiva—. Ese hombre no es de fiar.

—Persistes en tu error —afirmó la respetable señora con expresión serena—. Así y todo, te hago saber que Ricardo Ibáñez me merece más confianza de la que tú me mereciste en su día.

Sonaba a reprensión, pero no, simplemente era un comentario claro y preciso acerca de su preferencia.

A todo esto, en la sala H de la Terminal Sur del Miami International Airport, se produjo un nuevo intercambio de pareceres. En esa ocasión, los interlocutores eran Eduardo y Edward Montesinos.

—No son maneras de proceder —manifestó Eduardo con gesto serio—. Cuando Elsa me ha comentado que habías pernoctado en un hotel, no daba crédito.

—Es de lo más normal —recalcó doña Adela, impertérrita—. Además, a mi edad no debo explicaciones a nadie.

—¡Madre, por Dios! Desde siempre te hospedaste en casa.

—Me consta que últimamente las visitas no son bien recibidas.

No era una mujer presta a la discusión, pero tampoco se inhibía cuando se trataba de defender una causa que considerase justa; conque, su hijo sabía que en aquella contienda la tendría enfrente.

—Me pregunto dónde quedó la buena educación, el respeto y la consideración hacia los demás que tu padre y yo te inculcamos —prosiguió, inclemente—. Que yo sepa, el conjunto de normas de comportamiento en el trato social no excluye a los nacidos en San Mauricio.

—El comportamiento de papá con ese hombre fue intachable —intervino Edward, rotundo.

—Más que el tuyo, por supuesto —replicó doña Adela con marcada ironía—. El moratón que llevas en la cara da fe; con todo, tuviste suerte, otro en su lugar te habría roto la mandíbula.

—No es lo que parece, abuela —intervino Marissa, taimada—. Edward se dio contra un andamio durante una supervisión técnica.

Era una crítica, desde luego, un guiño mordaz que el aludido, haciéndose el desentendido, procuró revertir.

—Nuestra madre está angustiada, te consta.

—Mamá se angustia por todo, no hay que darle mayor trascendencia; además, meterse en la vida de los demás conlleva un riesgo. Tenía que haberlo previsto de antemano.

—Hablas de tu madre como lo harías de una extraña —reprobó Eduardo.

—Simplemente, hablo de la mujer que ha traicionado mi confianza.

—Ha sido con la mejor voluntad, hija.

—¿Llamas buena voluntad a anular la capacidad de alguien menospreciando sus decisiones?

—Marissa...

—No he terminado todavía —interrumpió, taxativa—. Habéis venido hasta aquí con la intención expresa de disuadirme, pero sé muy bien cuál es mi realidad y cuáles mis sentimientos. Y ni la intriga ni el chantaje emocional servirán a vuestro propósito; al contrario, sólo conseguirán aumentar la decepción que me ha causado el saberos indignos. Sobre todo tú, papá. ¿Cómo es posible que hayas caído en el prejuicio? ¿Dudas acaso de mi capacidad de discernir? ¿Con qué pretexto si no puedes justificar tu contribución al logro de tan reprochable fin? De mamá podría llegar a entenderlo, ella siempre tiende a exagerar las cosas, pero de ti jamás lo hubiera sospechado. Habéis valorado mi vida y mis decisiones a partir de la realidad que vuestra mente ha creado y lo habéis hecho en base a la opinión distorsionada y malintencionada de un hombre despechado; pero lo realmente indignante es que hayáis dado más validez a los juicios ajenos que a los míos propios. Amo a Ricardo Ibáñez, es mi verdad indiscutible. Y aunque os cueste aceptarlo, viajo a San Mauricio para reunirme con él. Porque, ante todo, quiero salvaguardar mis sueños.

Los sueños del patrón de la Revoltosa habían sido obstinadamente relegados y la carga emocional que comportaba aquella decisión, revertía negativamente en su ánimo y en su conducta: Ricardo Ibáñez estaba desconocido, la imagen que proyectaba era la de un hombre triste y desolado y realmente lo estaba. Se preguntaba cuánto tiempo podría resistir aquel tormento. Amaba a Marissa Montesinos con desesperación, pero las circunstancias exigían que la distancia mediase entre ambos hasta conseguir debilitar la relación; no había alternativa posible, era evidente que, a su lado, Marissa no podría disponer de la proyección profesional, el lujo y el *glamour* del mundo al cual pertenecía. El viaje a Miami le había revelado la diferencia de clase existente entre los dos. Conocía el poder económico de los Montesinos; ciertamente, la Casa Grande era tanto o más señorial que la residencia de Morningside; no obstante, hasta aquel momento no había entrado en valoraciones: la familiaridad en el trato, el respeto y la humildad con que se había acompañado el proceder de doña Adela y don Lorenzo con las gentes del pueblo, hacían insignificante el resto. Sin embargo, en aquel vecindario ubicado dentro del área general del Upper East Side, de calles privadas, grandes mansiones y exuberantes jardines, era imposible desentenderse de lo exclusivo del sitio o afectar ignorancia respecto a la elevada posición social de sus moradores. En cualquier caso, la nueva realidad le había obligado a hacerse preguntas. Y aquella noche, mientras aguardaba la llegada de Marissa entre las sombras del bulevar, obtuvo una única y demoledora respuesta. A partir de ese instante, la frustración, el pesar y la impotencia lo acompañaron en su viaje de vuelta y en los días subsiguientes. Había conocido el amor real y el nombre de la mujer amada permanecería por siempre tatuado en su alma y en su piel, pero debía aprender a vivir sin ella.

—¡Ricardo, espabila! ¡Tu mujercita aguarda!

La voz de Lope Ricoy resonó con claridad cristalina por toda la cubierta, en tanto que en el puente de mando las consideraciones del patrón de la Revoltosa caían una tras otra cual fichas de dominó; una sensación indescriptible lo embargó. De inmediato, miró a su compañero con una mezcla de incredulidad y exaltación contenida. Afortunadamente, la sonrisa de oreja a oreja que exhibía Lope desterró cualquier suspicacia; el enunciado exclamativo no se sustentaba en un efecto óptico ni una burla a destiempo, tenía poco de choteo y mucho de verdad.

Ebrio de impaciencia, enardecidos los sentidos de eufórica plenitud, Ricardo desvió la vista sobre el banco de arena blanca y cuando la magnífica estampa de la mujer pintando sobre lienzo cogió forma, sintió el latido de su corazón en la garganta.

A partir de ahí, todo se aceleró: un ademán a Andrés Padilla, segundo de a bordo y hombre de confianza, un fugaz cruce de miradas con guiño de complicidad incluido a Carlos Heredia y Lope Ricoy y, a continuación, el paraíso.

Cuando sus ojos se engarzaron, la infelicidad que habían experimentado aquellos días desapareció.

Marissa, preciosa, perfecta, enamorada y feliz, se incorporó de la silla plegable que ocupaba y, dejando atrás el caballete que exhibía el lienzo inacabado, con la ayuda de las muletas se dirigió al encuentro de Ricardo.

Éste, con la respiración entrecortada, revuelto el cabello, dura la barba, expuesto, sereno e invencible le cerró el paso.

Se mantuvieron inmóviles, atrapados en un instante de mutua admiración, comunicándose sin palabras en medio de un elocuente silencio; después de todo, lo que es inaccesible al oído es más ardiente, más sutil y más directo que el habla. Y aquel universo de gestos imperceptibles, miradas e intenciones excedía en sentimiento; no en vano, su amor no se subordinaba a ley alguna, brotaba de la conciencia y del mismo subconsciente: se amaban, simple y sencillamente.

—Deshacerse de mí no es tan fácil —destacó Marissa con una sonrisa en los labios.

—Lo sé, creas dependencia y la abstinencia supone el descenso a los infiernos.

Felizmente, estaba a un paso de la gloria.



El final

Los dos meses que siguieron al reencuentro fueron de frenética actividad. Marissa y Ricardo tenían previsto contraer matrimonio apenas finalizadas las obras de reforma de la vivienda destinada a ser su hogar: una casa solariega, pequeña pero con encanto, herencia de los Acosta y que Flora, ante los planes de futuro de su hijo, le había cedido el derecho de propiedad.

Eran días de fuerzas creadoras, de fines de semana empleados en amar, adecuar y embellecer; donde todo alrededor de los amantes parecía impregnarse de la pasión y el entusiasmo que irradiaban; días donde el amor se consolidaba y los sueños se hacían realidad.

Pero un amanecer, la luz blanquecina del alba mudó a grisácea y, bien entrada la mañana, densos nubarrones cubrieron el cielo anunciando oscuros presagios. Lo que había iniciado como una depresión típica de mediados de septiembre, a medida que avanzaba hacia el norte-noroeste de la costa del Pacífico mexicano, se había desarrollado convirtiéndose en tormenta tropical, generando en su área de influencia intensas lluvias y vientos sostenidos de más de noventa kilómetros por hora.

—La situación empeora por momentos —anunció Serafín Mendoza en tono grave—. El Servicio Meteorológico Nacional acaba de advertir sobre la amenaza de vendaval, inundaciones y deslizamientos de tierras.

—¿Y las barcas? ¿Sabes si arribaron a puerto? —preguntó Gonzalo Salazar con intranquilidad manifiesta.

—Todas, salvo la Revoltosa. Al recibir aviso de temporal se hallaba a veinte millas de San Mauricio.

—De eso hace cuatro horas —precisó Lope Ricoy, mortificado—. Ya tendría que estar de vuelta.

Aquella jornada, Lope se había quedado en tierra, aquejado de una fuerte lumbalgia, pero en aquel momento hubiera dado su sangre por estar junto a sus compañeros y servirles de ayuda.

Por desgracia, cuando el patrón de la Marinera se personó en La Imperial, los allí reunidos supieron que la realidad era desesperada.

—¿Pudiste contactar con ellos? —interrogó Lope, impaciente.

—No, nadie responde —afirmó Miguel con ademán de exasperada impotencia.

El reiterativo intento de comunicarse con la tripulación de la Revoltosa había sido vano. Y en aquellas circunstancias, contemplar la posibilidad de salir en su busca, con olas que alcanzaban los ocho metros de altura, era un suicidio.

—Lane sigue una trayectoria perpendicular a la costa —informó Emilio Suárez—. El último parte meteorológico informa de que la tormenta se ha fortalecido, ascendiendo a estado de huracán. Las autoridades han cerrado los puertos marítimos entre Michoacán y Sinaloa.

La noticia era devastadora. Todos, sin excepción, fueron conscientes de lo que eso significaba: Carlos Heredia, Andrés Padilla y Ricardo Ibáñez estaban atrapados en las aguas a merced del temporal: la inquietud socavó el ánimo. Así y todo, sabían de la pericia del patrón de la Revoltosa como navegante. Ricardo había enfrentado el riesgo en otras ocasiones —la temporada de huracanes en el Pacífico se repite año tras año—, por lo que dominaba las reglas. De manera que estaban convencidos de que, de encontrarse en los márgenes de la perturbación, sabría escapar del cuadrante de su influencia.

Pero la mar embravecida es imprevisible y aún quedaban preguntas sin responder: ¿Por qué no había emitido un mensaje de urgencia? ¿Por qué no respondía a señal alguna?

En los hogares de los ausentes reinaba la desesperación y mantener la serenidad en momentos de incertidumbre es sumamente complicado; requiere tomar distancia, y no era el caso: el sordo y agotador suplicio de la impotencia impregnaba el alma y la razón, y aunque el corazón se aferraba a la esperanza, conforme el tiempo discurría, la voluntad se debilitaba, dejando el pensamiento abandonado a la peor predicción.

Sobre las cabezas de los miembros de la familia Ibáñez planeaba el fantasma del pasado.

—Al tío no le pasará nada, ¿verdad, mamá? —interrogó Sara Valdés con cara de preocupación.

—Nada en absoluto, mi bien —respondió Isabel con determinación—. Tu tío es un hombre resuelto y valeroso, él peleará los vientos y luchará hasta doblegarlos.

No era convicción, era implorar a la fe. Ante su hija tenía que asirse a la confianza y mostrar seguridad, no podía dejarse vencer por la inquietud; en su interior, sin embargo, el temor dominaba y el desasosiego amenazaba con manifestarse de un momento a otro.

Marissa Montesinos tampoco quería pensar en nada que no fuera tranquilizador, si bien la comunicación que mantenía con Isabel Ibáñez y Miguel Hernández no daba los frutos anhelados, confiaba en la habilidad y la experiencia de Ricardo y creía firmemente que saldría triunfante de la adversa situación.

Con todo, cuando el primer rayo cortó las nubes y el estrépito del trueno resonó en las profundidades del cielo, una especie de vértigo se apoderó de ella y el equilibrio mantenido hasta entonces resultó imposible de sostener. Marissa había experimentado el estado de emergencia en diferentes ocasiones —la ciudad de Miami está expuesta a los ciclones tropicales y las perturbaciones de la cuenca Atlántica apenas se diferencian de las del Pacífico—, pero nunca había sentido aquella terrible sensación de espanto; no parecía acordarse ya de su propósito de no doblarse al peso del desaliento. El bramar del oleaje y las ráfagas de viento despejando a los árboles de sus hojas le habían dejado entrever el riesgo, y la imagen de la Revoltosa zozobrando entre la inmensa espiral destructora la hizo estremecer.

—No puede permanecer en el mirador, señorita, es peligroso; en breve comenzará a diluviar.

El acento de Isaías Piñero era amable y protector. Había salido en su busca por orden de doña Adela, la respetable señora estaba muy preocupada por la angustiosa situación que enfrentaba su nieta.

—Tenga confianza —añadió—. Ricardo es un tipo duro; además, conoce el medio, sabe cómo sortear el peligro. Y lo más importante de todo, tiene por quién luchar.

—Gracias por infundirme ánimos —dijo, agradecida—. En verdad lo necesito. Creí poder mantener la calma, pero siento que la estoy perdiendo.

Marissa no podía hacer otra cosa más que confiar; así pues, tras contemplar por última vez el horizonte de tinieblas, en un gesto de familiaridad y respeto, se cogió del brazo de Isaías y se dejó llevar.

En cuanto a confianza, propiamente dicha, la que Gonzalo Salazar tenía depositada en los organismos gubernamentales era más bien deficitaria; de ahí que optase por comprobar en persona la capacidad organizativa en uno de los puntos habilitados como refugio, concretamente el Colegio Mayor de San Mauricio.

—¡Gonzalo! ¿Qué hace aquí?

El semblante de Raquel Bianchini sólo reveló desconcierto, pero las fibras de su ser vibraron incontroladas.

—Lo sé —razonó enseguida—, ha venido a comprobar la coordinación *in situ*.

Él rio abiertamente.

—Me alegra advertir que presta atención a mis comentarios —ponderó en clara alusión a la conversación mantenida tiempo atrás en las inmediaciones del albergue.

—Prestar atención forma parte de mi rutina —argumentó ella, favoreciendo el disimulo.

—Y mantener la distancia también —afirmó Gonzalo, taimado.

—¿Qué quiere decir? —interpeló, turbada.

—Me pregunto para cuándo la confianza y el tuteo.

No era un tema de confianza, sino de prudencia; al fin y al cabo, de la confianza a la intimidad hay un paso y Raquel intuía lo que eso comportaría. Así que tratando de usted a Gonzalo Salazar interponía una especie de barrera que, de alguna manera, facilitaba su relación. Porque, antes que nada, era el padre de su mejor alumno, y ella una mujer que se había propuesto mantener a raya los estímulos que aquel hombre le suscitaba.

—No acabamos de conocernos —insistió él—. Y si el problema está en la falta de trato continuado, estoy dispuesto a dejarme ver todos los días.

—En tal caso, considero que lo prudente es que nos tuteemos —resolvió, evasiva.

Gonzalo sonrió, pero no iba a contentarse con meras nimiedades: la quería a ella. Y un momento antes, los ojos de Raquel le habían dado esperanzas.

—Te faltó añadir: siempre y cuando te mantengas a prudencial distancia.

—¿Cómo dices?

La efervescencia contenida amenazaba con desprenderse.

—Es lo que diste a entender.

—No era mi intención —se excusó, azorada.

—¿Significa que aceptas verme un día sí y otro también? —interrogó, amo y señor de la situación.

Ella no supo qué responder.

Suficiente para que, sin dar tiempo a reacción alguna, él la estrechara entre sus brazos y, en un vehemente gesto, apresara sus labios.

Lo sabía, Raquel sabía que el tuteo perjudicaría sus intereses; de hecho, lo supo apenas leer la misiva que Gonzalo le hizo llegar a través de su hijo. Aquel día, tomó consciencia de su debilidad y de lo difícil que le resultaría tener reservas; de ahí que, aunque la respuesta fue cordial, se cuidara muy mucho de expresar sentimientos.

Pero sabido es que las emociones van por libre. Y si bien, debido a sus respectivas ocupaciones, los encuentros casuales entre ambos escaseaban, si algo había podido constatar durante aquellos meses era que la atracción que sentía por Gonzalo Salazar, lejos de decrecer, iba en aumento.

—Traicionaste mi confianza —dijo, aturdida.

—Con tal de besarte soy capaz de cualquier cosa —afirmó Gonzalo reincidiendo en el beso.

—Abusas de mi indefensión —protestó ella, susurrante.

—No lo tomes en consideración, no tengo fuerza de voluntad.

Los labios de la titular de la jefatura de estudios se curvaron en una sonrisa un tanto incrédula.

—Siendo así, ¿cómo justificas tu presencia aquí? Transitar por la calle en las condiciones actuales es de resistentes.

—Quería cerciorarme de que estabas a salvo.

Si Raquel hubiese albergado alguna duda acerca del sentimiento que Gonzalo le profesaba, se habría disipado en aquel momento.

—Pero no debiste venir, te expusiste demasiado.

—Nunca es demasiado si el peligro acecha a alguien que uno quiere.

—Suen a declaración de amor —aventuró, conmovida.

—Lo es. Y te advierto que un posible rechazo de tu parte me hundirá en la desesperación.

Había exteriorizado sus sentimientos de forma rotunda y sin vacilaciones, como corresponde a un hombre que ha alcanzado un alto grado de madurez y de experiencia. Porque, aunque es verdad que era de temperamento obstinado, sabía comportarse con prudencia, serenidad y buen juicio. Y aquella tarde estaba de suerte.

—No puedo rechazarte. Y lo sabes. Entraste en mi vida avasallando.

—No es verdad. Fuiste tú quien vino a mí y me aturdió con exigencias.

Raquel quiso replicar, pero Gonzalo selló su boca de forma apasionada; después de todo, cuando el deseo es compartido importa poco quién domina a quién.

Elena Piñero también compartía anhelos, en su caso; sin embargo, la experiencia no era con el hombre pretendido. Aun así, no estaba dispuesta a dejarse vencer por la desesperación. Había madurado lo suficiente como para no caer en el mismo error; sin contar que la relación de Miguel con Ana Salazar podía avinagrarse con el tiempo. Por tanto, se trataba de estar atenta y no desfallecer. Mientras, bien podía aliviar la espera con algún amorío. Y ya puestos, si era con alguien del entorno del patrón de la Marinera, mejor que mejor: nada para aligerar la rabia y el despecho que restregar en la cara del que ofende un nuevo amor. Además, Felipe Guzmán se adecuaba a la perfección con el amante ocasional: puro deseo, sin justificaciones ni ataduras.

—¿Sufrías por mí o no tenías nada mejor que hacer? —interpeló con sorna.

—Ambas cosas.

Felipe era un hombre parco de palabras, postura reservada y pocas concesiones; no obstante, poseía una mirada penetrante y un cuerpo perfecto que le hacían sexualmente deseable. Con veintisiete años, todavía no había perdido la cabeza por ninguna mujer y Elena no era la excepción; en la cama se retorcían de gusto, pero los sentimientos de ambos permanecían blindados.

—¿Han llegado noticias de la Revoltosa?

—Aún no, me temo que esta noche será larga —respondió él con cara de circunstancias.

Efectivamente, las horas se hicieron eternas. Y la poca información que llegó, sólo alimentó el

desasosiego. Lane, a lo largo de su trayectoria, había alcanzado vientos máximos de doscientos kilómetros hora, derribando árboles y torres de electricidad; igualmente, la precipitación asociada había destruido puentes, dañado caminos, arrasado carreteras y causado inundaciones, dejando a muchas comunidades aisladas y miles de personas evacuadas de sus hogares.

Por fortuna, en San Mauricio los efectos del temporal de lluvia y viento apenas causaron destrozos materiales de consideración; no obstante, al amanecer del nuevo día, tres de sus convecinos seguían desaparecidos.

El operativo de búsqueda y salvamento a cargo de efectivos de la Secretaría de Marina se inició, apenas las condiciones meteorológicas lo permitieron. Miguel Hernández, al frente de la Marinera, se sumó a la acción. No fue el único. Todas las barcas de la cofradía de pescadores participaron en el rastreo inclusive el yate de Roberto Govea.

—¿Tienes localizadas las coordenadas?

—Sí, don Roberto, el Viejo se halla a sesenta millas náuticas —informó Felipe—. Tal parece que a fin de esquivar la tempestad han optado por abrirse a la mar.

—Eso retrasará la entrega —masculó el honorable—. Apenas finalice el operativo de búsqueda, iremos a su encuentro.

Intereses aparte, en aquel momento, la iniciativa de unos y otros estaba dirigida a localizar la Revoltosa. Y pese a que durante la mañana el intento resultó infructuoso, nadie estaba dispuesto a darse por vencido.

No fue hasta media tarde que el sentimiento de esperanza sucumbió a los más indecibles temores: dos náufragos habían sido avistados por la aeronave del Centro Coordinador de Rescate Marino Nacional. Desgraciadamente, el aviso del hallazgo suponía la confirmación del naufragio.

Andrés Padilla, segundo de a bordo, apenas pudo sobrevivir unas horas al rescate: sus signos vitales no lograron superar la hipotermia que desencadenó su prolongada exposición a las aguas. Dejó viuda y tres huérfanos de padre.

Carlos Heredia tuvo mejor suerte, su juventud determinó su salvación. Con todo, las más de veinte horas de lucha entre la vida y la muerte habían mermado considerablemente sus fuerzas. Y si bien el electrocardiograma y los análisis de sangre no mostraron órganos afectados, su recuperación todavía llevaría un tiempo.

—Salvo sus más allegados, nadie puede verle —aseguró Serafín Mendoza con gesto serio—. El doctor Nebrera ha dado órdenes explícitas al respecto.

—¿Tiene conciencia? —preguntó Justina Gómez, visiblemente afectada.

—Apenas. Articula mal las palabras y tiene dificultades para prestar atención.

—Pobre Carlos, tan joven y verse involucrado en esta tragedia —deploró Camila Morillo con semblante compungido.

—Gracias a Dios, él podrá contarle —razonó Justina—. En cambio, el desventurado de Andrés ya se nos fue.

—El caso es que no sabremos cómo sucedieron las cosas hasta que Carlos se recupere —deliberó Serafín—. Aunque no pierdo la esperanza de que sea el propio Ricardo Ibáñez quien nos dé debida cuenta de ello.

—Así será, estoy convencida.

—Soy de la misma opinión —asintió Camila—. Es más, no contemplo otra posibilidad. Carlos y Andrés, que en paz descanse, llevaban puesto el chaleco salvavidas, sería ilógico que él no, y más en situación de emergencia. Si ellos pudieron resistir hasta ser rescatados, Ricardo, con su fortaleza física, tenía muchas más probabilidades.

—Ciertamente —convino Serafín—. Y si nos regimos por la lógica, no puede estar muy lejos de donde ellos estaban. Probablemente, ya lo han localizado.

Las reflexiones del equipo de cocina de La Imperial eran las predominantes entre las gentes de San Mauricio, pero conforme la noche avanzaba y las barcasas regresaban a puerto, el desconsuelo se adueñaba de las voluntades. Así y todo, hubo quien intentó sacar provecho.

—Señorita Montesinos, siento mucho conocerla en esta situación tan angustiosa —se lamentó Roberto Govea—. En lo que a mí respecta, haré lo imposible por encontrar a su prometido. Apenas haya recuperado fuerzas, me haré de nuevo a la mar.

—No sabe cuánto agradezco su implicación —expresó Marissa, reconocida.

—No busco su gratitud —objetó él, disimulado—. Es mi estima a los miembros de la familia Ibáñez lo que me empuja a sacar lo mejor de mí. Usted, en breve, formará parte de ella, mi esperanza está en que, al igual que Isabel, me considere digno de su confianza.

Felipe escuchó las medias verdades de su execrable jefe sin soltar palabra; quedaba claro que el cinismo de don Roberto prevalecía por encima de cualquier sentimiento. Ni siquiera ante el rostro desencajado de las dos mujeres había mostrado verdadera afectación.

Ahora bien, si la pretensión del honorable residía en ablandar el corazón de Isabel Ibáñez y ganarse la consideración de Marissa Montesinos, lo segundo lo había conseguido en parte, lo primero quedaba lejos de lo que pretendía. A decir verdad, la joven viuda apenas le prestó atención. La angustia de Isabel nublaba su mente y su visión. Y las escasas fuerzas que le quedaban iban destinadas a consolar el desespero de Marissa.

Sí, Marissa Montesinos había sucumbido a la adversidad y estaba devastada. A cada barcaza que

arribaba, su ánimo renacía para seguidamente volver a desfallecer; esta constante había socavado su firmeza y tras horas de baldío esfuerzo mental, se había abandonado a la desesperación. Quería creer, asirse a la esperanza, pero la visión del ser amado a merced de la mar brava quebraba su fuerza de voluntad. Marissa se sentía sola, terriblemente sola. Y aunque durante el transcurso de aquel día había llorado sus temores en el regazo de su abuela; compartido con Flora la desazón que oprimía su pecho; acudido a la iglesia en busca de luz y sosiego, su fe se hallaba extraviada en un vasto desierto de tristeza.

—Ten fe, Marissa —alentó Isabel, amorosa—. Todavía queda un atisbo de esperanza. Faltan por llegar la Marinera y los efectivos de la Secretaría de Marina.

—Ya es de noche —replicó ella con la mirada bañada en lágrimas—. Lo más probable es que hayan suspendido la búsqueda.

—De ser así, se reanudará al amanecer —intervino Ana Salazar, afectuosa—. No desesperes.

Su compañía era reconfortante, pero las palabras de ánimo habían dejado de tener sentido. Marissa había sobrepasado el límite, la angustia sin control ni conciencia la dominaba y a cada segundo que pasaba sentía que la felicidad se escurría por las palmas de las manos.

Cuando los efectivos de búsqueda y salvamento de la Secretaría de Marina arribaron a puerto, la desazón y el desánimo se propagaron por todo el pueblo.

—La búsqueda ha resultado infructuosa —comunicó Cecilia Suárez con gesto apesadumbrado—. Vengo de estar con Flora, permanece entera; pero su rostro no esconde el sufrimiento.

—Y su hija, ¿cómo está? —preguntó Daniel Baeza tan conmovido como su mujer.

—No he coincidido con ella. Isabel se encontraba en el embarcadero en compañía de Marissa Montesinos y Ana Salazar. Aguardan el arribo de la Marinera, la postrera esperanza.

—Una vaga esperanza —auguró Daniel, abatido.

—Ves improbable que Ricardo sobreviva, ¿verdad?

—Por desventura, el tiempo juega en su contra. La hipotermia es una afección que progresa gradualmente. Y aunque es un hombre fuerte, si en breve no recibe tratamiento, el riesgo de un mal pronóstico aumentará considerablemente. Eso, claro está, suponiendo que sus circunstancias sean las mismas que las de sus compañeros.

Era noche cerrada, la iniciativa para tratar de localizar a Ricardo Ibáñez no había obtenido el resultado esperado, el plazo se había agotado sin hallar ningún indicio de su presencia. El semblante demacrado de Miguel Hernández, Emilio Suárez y el aún convaleciente Lope Ricoy, revelaba su fatiga, su impotencia y el amargo sentimiento de frustración. Se habían echado a la mar esperanzados, confiaban plenamente en las posibilidades de Ricardo; pero tras horas de búsqueda infructífera, regresaban a puerto desolados. El cruce de miradas entre Ana y Miguel

escenificó la confirmación de la derrota: un diálogo silencioso que, apenas atracar, se tradujo en palabras.

—Lo siento —dijo el patrón de la Marinera con el rostro desencajado—. Al alba volveremos a intentarlo.

La voluntad quebró, el aire del lugar devino irrespirable y la sensación de asfixia degeneró en inmenso dolor. Isabel y Marissa se abrazaron en busca de mutuo consuelo y el llanto desgarrado de ambas mujeres dejó traslucir la pérdida de toda esperanza: era el final.

Durante el transcurrir del día siguiente, la autoridad competente obtuvo el permiso del doctor Nebrera para interrogar a Carlos Heredia acerca de lo acontecido.

—¿Cómo fue?

No era un recuerdo grato, el susto todavía permanecía en el cuerpo; pese a ello, Carlos sabía que tenía que hacer el esfuerzo.

—Andrés y yo estábamos en cubierta recogiendo los aparejos —explicó con cierta dificultad en la voz—, de súbito, por estribor, se levantó una pared inmensa que nos envolvió en espuma y oscuridad; no había posibilidad de escape, el labio de la ola cayó literalmente sobre nuestras cabezas, zarandeándonos con fuerza hasta salir despedidos. El chaleco salvavidas evitó que el movimiento de aguas nos succionase hacia el fondo...

Se interrumpió, el recuerdo dolía, la secuencia de imágenes era demasiado reciente y espantosa; así y todo, fue capaz de sobreponerse a la impresión y continuó:

—Cuando la ola hubo pasado y recuperé la visión, comprobé que Andrés había caído relativamente cerca de donde yo estaba, un simple ademán fue suficiente para saber que, a pesar del aturdimiento, se encontraba en buenas condiciones. Miré hacia la Revoltosa con la esperanza de que Ricardo se hubiera percatado de nuestro infortunio: el resoplar del viento y el bramar del oleaje impedían oír cualquier tipo de sonido, por lo que el grito de «¡hombre al agua!» era imposible que fuese escuchado. Lo vi salir del puente de mando y, a continuación, dirigirse hacia donde se encontraba el salvavidas circular, pero apenas lo tuvo en sus manos, todo a su alrededor se cubrió de tinieblas y un segundo muro, aún mayor, lo engulló sin piedad —desveló, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Momentos después, el aro flotaba en la superficie mientras que, a cada golpe de ola, la Revoltosa se alejaba mar adentro.

—¿Ves probable que Ricardo cayese por la borda?

—Es una posibilidad. Sin embargo, al igual que nosotros, llevaba puesto el chaleco salvavidas; de haber caído al agua, habríamos detectado su presencia.

—¿Cuál es tu versión de los hechos?

—Creo que en el momento de ser abatido, recibió un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento —respondió el joven tras unos instantes reflexivos.

Era una hipótesis que merecía ser contemplada. En cualquier caso, aunque la aportación de Carlos modificase el relato, el desenlace no variaba.

La tarde de aquel domingo de septiembre, ante la imposibilidad de localizar los restos del naufragio, Ricardo Ibáñez fue dado por desaparecido...